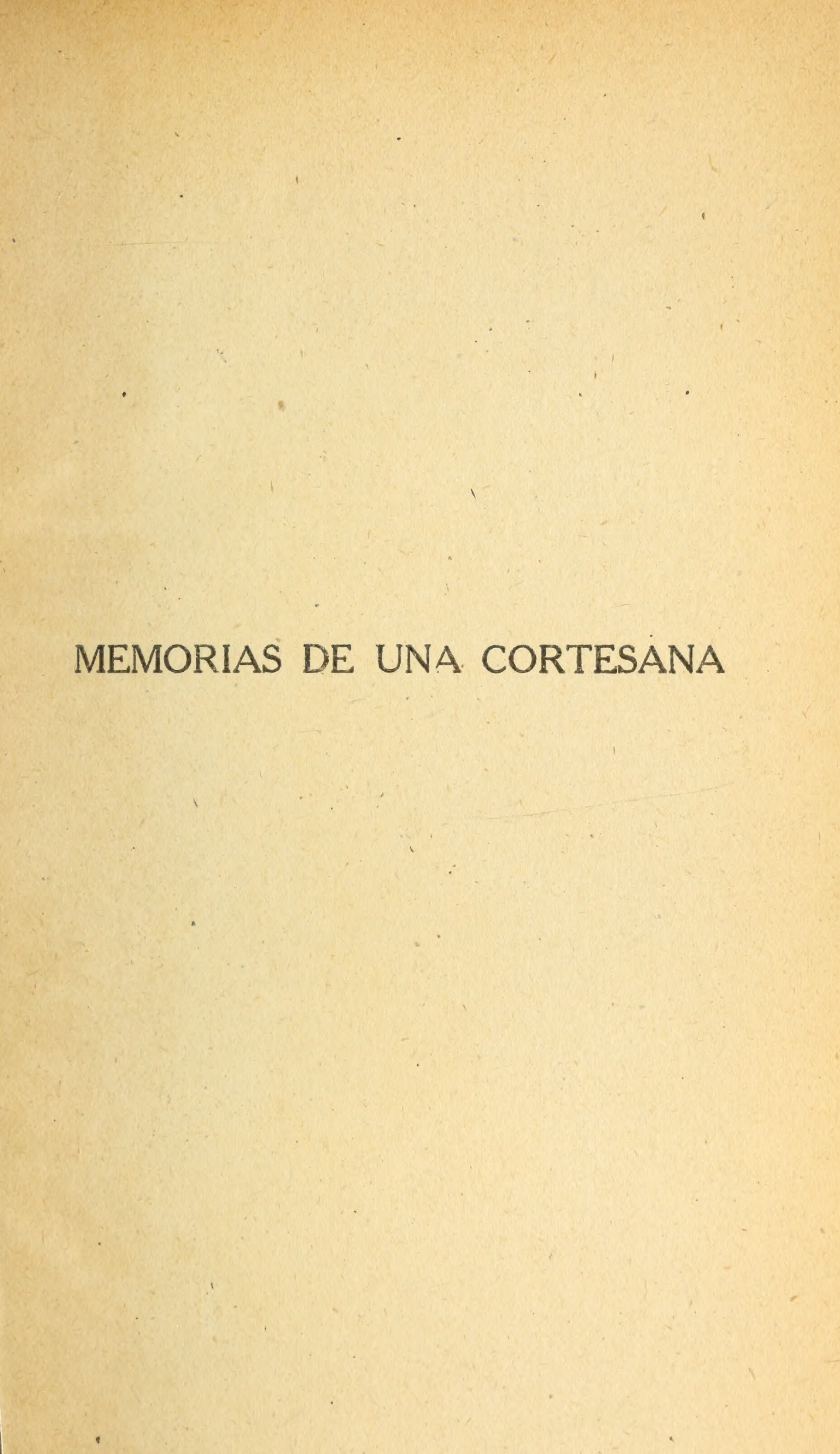










MEMORIAS DE UNA CORTESANA

DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR RENACIMIENTO

NOVELAS DE «LA SEGUNDA ÉPOCA»

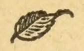
El otro (2.ª edición). *Novela*	3,50
La opinión ajena. *Novela*........................	3,50
El misterio de un hombre pequeñito. *Novela*..	3,50
La cita (edición popular)........................	1,00

OBRAS COMPLETAS DE «LA PRIMERA ÉPOCA»

Única edición refundida de las siguientes novelas á 2 pesetas volumen.

I.—El seductor.
II.—Sobre el abismo.
III.—Punto-Negro.
IV.—Duelo á muerte.
V y VI.—Memorias de una cortesana.
VII.—Tik-Nay (el payaso inimitable).
VIII.—Incesto.
IX.—Loca de amor.
X.—La enferma.
XI.—El secreto—Semana de Pasión. —Cara-Triste.—El lacayo.
XII.—Bodas trágicas—La Quimera. — Amar á oscuras.—La estatua.
XIII.—De carne y hueso.
XIV.—Horas crueles.
XV.—Impresiones de Arte.

EDUARDO ZAMACOIS



OBRAS COMPLETAS

TOMO VI

MEMORIAS DE UNA CORTESANA

SEGUNDA PARTE

ÚNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1917

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono 4.967.

MEMORIAS DE UNA CORTESANA

2 marzo.

Empiezo con este capítulo la historia de mi gran pasión; del amor que, según las hercúleas raíces con que va aferrándose á mi alma de hora en hora, ha de llenar toda mi vida.

Jamás olvidaré la fecha del día dos de abril, ni el aspecto de aquella tarde. Hallábame asomada al balcón; Paco Narbona había salido; mi espíritu, fatigado por ese perenne trasiego de impresiones que aturde la vida en las grandes capitales, atravesaba uno de esos momentos sentimentales, de expectación y perplejidad, que tanto relieve y colorido prestan á las impresiones nuevas. Sucesivamente iban desfilando por mi memoria, como afirman los médicos que acontece con los moribundos, todos mis recuerdos: recordé mi infancia, mi llegada á Madrid, la silueta del primer hombre que me compró: un amante ge-

neroso y dulce cuyo nombre he olvidado, y que se despidió de mí en un billete de cien pesetas; vi también á Pedro Francos como una silueta simpática esfumándose en las lejanías pálidas de lo perdido; al jorobadito Cristóbal Soto, aprovechando inconscientemente, para llegar á mí, mis ardientes deseos de tener un hijo; y luego recordaba al marqués de Lágaro y á don Alberto, atormentado por la sed de los caprichos, y mi imaginación vagorosa iba y volvía de Madrid al pueblo, donde, gracias á mi esfuerzo, los muros del templo iban elevándose lentamente...

Acodada sobre la barandilla del balcón estuve largo rato; ya era tarde, las sombras crepusculares invadían la calle, sobre los aleros de las casas la falta de luz griseaba el azul celeste, la brisa traía rumores lejanos de risas y voces; el eco trepidante de los coches dominaba el confuso murmullo de los transeuntes que invadían las aceras en inacabable y mareante hormigueo. Un pianito callejero que había comenzado á tocar delante de mis balcones me obligó á bajar la cabeza.

El individuo que daba vueltas al manubrio era un muchacho de catorce á quince años; sus facciones de impecable corrección, su frente bien calzada, su nariz, su mento, dignos de un Antinóo, me interesaron; tenía el rostro aguileño, los ojos grandes, el pelo negrísimo; iba bien calzado, llevaba pantalón de pana, ancho de piernas y muy perfilado y ceñido de caderas, chaqueta corta de paño y un pañuelo rojo alrededor del cuello; cubría su cabeza una boina

azul. Mientras manejaba el manubrio, el mozo no apartó sus ojos de mí, ni yo dejé de mirarle; aquello fué como un ensueño sin palabras; después la música cesó y la pobre orquesta reanudó su camino; el organillero que tanto me había impresionado me saludó quitándose la boina; yo le sonreí; sin saber exactamente por qué, aquella sonrisa y aquel saludo fueron dulces como una cita. Al día siguiente, y á la misma hora, repitióse la escena; el organillero me contemplaba fijamente, con mirada suplicante y codiciosa, como se mira á los ideales colocados muy altos; yo vestía una bata azul adornada de blanco, que obligaba á levantar la cabeza á muchos transeuntes. En tardes sucesivas ocurrió lo mismo y, según el tiempo pasaba, los encantos de aquella cita vaga crecían. Mientras el mancebo volteaba el manubrio del piano, yo le observaba detallándole, rindiéndome al seductor imán de sus perfecciones físicas; me disgustaba hallarle demasiado achulado y plebeyo con sus pantalones de pana, su chaquetilla corta, su camisa sin corbata, su pañuelo bermejo anudado al cuello, sus cabellos rizosos peinados sobre las sienes, su rostro lampiño, algo puntiagudo, de hombre inteligente y ambicioso. Pero de estas desagradables observaciones me consolaba reflexionando que, si aquel mancebo llegare á ser algo mío, podría transformarle fácilmente, limarle, ilustrarle, inculcarle las nociones elementales de la distinción y del buen gusto, y ponerle, en fin, á mi nivel y altura.

Una tarde, socapa de darle dinero, tuve el antojo, ignoro aún si dichoso ó fatal, de llamarle, indicándole con un gesto que subiese; él obedeció en seguida. Era un lunes por la tarde; Narbona estaba en las carreras, mis criadas habían salido. Al abrir la puerta, el organillero se descubrió; en sus ojos ardía la luz de los presentimientos felices; sin duda su avisado espíritu esperaba, como el mío, algo raro y dulce.

—Pase usted...

Entró; sin hablarle comencé á examinarle minuciosamente, hallándole más joven de lo que visto á distancia parecía; su cutis, expuesto á los rigores de la lluvia y del sol, no había perdido aún la aterciopelada y madorosa frescura de la niñez; su boca, de labios finos, era impúdica y alegre como la de una virgen loca; sus ojos tenían el tenaz mirar de las grandes pasiones. Yo, valida de mi edad y posición, le observaba reposadamente y sin empacho, como debe hacerlo quien se propone adquirir algo para su regocijo, pasatiempo ó regalo.

—Me gustas—dije.

Su semblante resplandeció, sus dientes apretados y blanquísimos aparecieron. Replicó sin desconcertarse:

—Usted también me gusta mucho.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señora; la querida del marqués de Lágaro; ayer me lo dijeron en la taberna de enfrente.

—¿Lo preguntaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me interesaba usted.

El timbre de su voz, empañada aún por el desarrollo de la pubertad, era caricioso y simpático; su acento, breve y resuelto, acusaba una voluntad impaciente.

—¿Cómo te llamas?

—Julio Maldonado.

—¿Edad?

—Catorce años.

—¡Catorce años...! ¡Qué jovencito...!

Ganas me dieron de abrazarle y besarle allí mismo, sin más preámbulos; mi exclamación le había ruborizado un poco.

—¿Tienes padre?—añadí.

Vaciló antes de responder; luego dijo:

—No, señora.

—¿Y madre?

—Tampoco... Pues, aunque vive y la conozco, como no quiere vivir conmigo, la he dado por muerta.

Seguidamente, con una brusquedad varonil que me encantó, despidióse recordándome que sus compañeros le esperaban. Me acerqué á él y, cogiéndole por los hombros, aproximé mi rostro al suyo; así permanecí un instante, aspirando su aliento, su aliento sano y cálido; después le besé los labios; quedamos citados para aquella misma noche, en mi casa, á las diez...

¿Cómo evocar aquí las sutiles y rebuscadas emociones de aquella primera entrevista, ni el génesis y veloz crecimiento de esta pasión que durará lo que mi vida...?

Sentado cerca de mí, Julio, aunque abrasado por el deseo, no osaba moverse; hablaba poco; sólo sus ojos parecían ocupados en cantarme un poema ardiente; me acerqué á él excitándole, mas sin lograr vencer su comedimiento; sus palabras inocentes me turbaban; las mías le ponían fuera de sí; me confesó que en una novela leyó un lance análogo ocurrido entre una cortesana y un artista; los desperezos apasionales de su alma me hechizaban; viéndole acobardado y remiso concluí por cogerle una mano y ponérmela sobre el seno, acreditándole así mi total rendimiento y entrega. Desde aquel momento, mis palabras, mis actos, convergieron al mismo punto: á ver á Julio Maldonado un par de horas, por lo menos, todos los días.

Aquellos amores me rejuvenecieron; Julio fué para mí lo que el relámpago que transformó á Pablo en el camino de Damasco; era como el vino, como el café, como el opio; personificaba, pues, lo inútil, pero también lo divino que excita; era, además, el único hombre que no se parecía á Eduardo Olmedo, aquel amante funesto cuyo recuerdo emponzoña, como el abubir, todo cuanto toca. Con Julio Maldonado renacieron mis adormecidos deseos de tener un hijo; era tímido y dulce como Cristóbal Soto, apuesto como Narbona, ingenuo y manejable como un

niño. Su soledad y pobreza constituyeron para mí nuevos pretextos de amor. Julio me había referido su historia, la historia breve y triste de los niños abandonados; era hijo natural del magistrado don Arsenio Ortiz, á quien yo conocía de vista; su padre no quiso reconocerle y él llevaba el apellido de su madre, que era planchadora; la primera enseñanza la cursó en el colegio de San Antón, y á los doce años empezó á vender periódicos; después logró colocarse en una fábrica de organillos, y desde entonces era independiente, pues su madre se fué á vivir con un tahonero francés, con quien estaba en relaciones hacía muchos años. Estos pormenores interesaron mi corazón más y más; los hijos ilegítimos surgen bruscamente de la noche, son como puntos negros perdidos en la sombra de lo indocumentado; á los otros, por el contrario, á los legítimos, diríase que la limpia historia de sus antecesores les alumbra desde lejos, poniéndoles un nimbo, y esta luz baña su porvenir, guía sus pasos, preside su camino, como aquélla que orientó al pueblo hebreo en su peregrinación á Egipto. Repentinamente sentí fusionarse en mi corazón los cariños de amante y de madre; era la pasión dulce, llena de noble desinterés, conmiseración y filantropía, que le abrió al experto Rousseau los brazos de la señora de Warens. Julio Maldonado no había tenido novia; la lucha incesante por la vida le prohibió tales esparcimientos; yo simbolizaría, pues, su primer amor, el ensueño primero de su adolescencia; aquel muchacho sería mío; yo me proponía re-

velarle la ciencia del mundo, descubrirle todas las caricias, apartarle con segura mano de las monstruosidades de la materia y del espíritu, inculcarle de manera indeleble los principios redentores del honor, aficionarle al estudio y al progreso, enseñándole que sólo del trabajo depende la regeneración y el mejoramiento de la sociedad y de nosotros mismos, y otras varias máximas de recta y saludable filosofía que yo, desgraciadamente, no puedo ejercitar; haría de él mi amante, mi hijo, mi consejero, mi hermano..., y desde luego resolví darle una carrera ó, al menos, medios decorosos de subsistencia.

Acaso los aficionados á desmenuzar la recóndita psicología de los actos humanos sorprendan en este proceder mío dejos amargosos de egoísmo y cansancio. ¡Tal vez...! Ni lo sé ni jamás me entremetí á averiguarlo; mas, aunque así fuese, la desesperante soledad en que vivimos las mujeres de todo el mundo abona, justifica y disculpa, cumplidamente, el interés que tengo en asociar á mi vida la de otro ser tan huérfano y desamparado de protección como yo misma. Si la realidad dice bien aconsejándonos guiar hacia la virtud el ánimo de los incrédulos y descarriados, que tal es la misión de los sacerdotes de todos los cultos, yo imagino cumplir mi deber redimiendo del pecado á esa alma simpática que un vulgar accidente interpoló en mi camino; enseñando á Julio Maldonado á ser bueno, imagino haber cumplido mis obligaciones para con la sociedad; pues que la vida es corta, ¿cómo salvar á muchos peca-

dores? Con redimir á uno, basta; redimiendo el alma de Julio, creo que la mía está salva también.

No me fué difícil conocer el espíritu de mi amado; era un carácter delicadísimo, dulce y brioso á la vez, terco á ratos, cuando suponíase colocado en el camino de la legalidad y de la razón, á ratos muelle y perplejo, con esas dudas y ambagiosidades emanadas de exceso de reflexión y amplitud de pensamiento, que no de atrofia ó pobreza de voluntad; todo lo escuchaba; sus dotes asimilativas eran grandes, su ambición inmensa; esta última propensión, que tan repugnante máscara suele poner á los hombres, estaba discretamente velada por el prurito, nunca dormido, de parecer bien, manteniéndole en los agradables límites de la tolerancia.

Echaré el paso largo acerca de todo esto, pues la circunstanciada enumeración de los sutiles momentos psicológicos por que pasó mi ánimo durante aquella época exigiría de mi atención un esfuerzo concentrativo mayúsculo; sólo diré que, deseando apartar á Maldonado de las malas compañías á que su existencia vagabunda le obligaba, me comprometí á pagar todas sus necesidades, y con tal objeto busqué en la calle de Gravina una casa de huéspedes donde, por diez y ocho duros mensuales, cuidaban hasta de lavarle la ropa; también fueron de mi cuenta otros gastillos menores, como el tabaco y el café, á los que Julio era muy aficionado; el pobre muchacho, con una mansedumbre que esclavizaba mi voluntad, se doblegaba á todo, bajando la cabeza.

Tres meses después de hallarse en relaciones conmigo, Julio Maldonado hablaba como yo, tenía mis gustos, mis gestos; era como una fotografía de mi alma. Esto me encantaba; considerábale como á hijo; mi carne era suya, su espíritu trepaba hacia el porvenir aferrándose á mí; los mismos anhelos y temores nos impulsaban.

Aunque nacida en cuna humilde, me agradan los hombres distinguidos, caballerescos en la conducta, atildados y correctos en el vestir. Aborrezco la majeza, los cabellos peinados sobre las sienes, las chaquetillas toreras que descubren lo más deshonesto del busto, los sombreros cordobeses, las botas de elevado tacón, que afeminan el pie. Hablé de esto con Julio, rogándole suavemente modificase su cursi indumentaria de organillero; él respondió á mi súplica alzándose de hombros, asegurándome hallarse incondicionalmente á merced de mis gustos; su único deseo era agradarme por cuantos medios le fuesen permitidos. Al día siguiente el sastre del marqués de Lágaro, por mediación de don Pablo Ardémiz, recibió orden de hacerle á Julio Maldonado dos trajes: uno negro de americana y otro de smoking. Julio, aunque criado en un ambiente plebeyo, tenía cierta distinción de actitudes y movimientos, herencia, sin duda, de su padre el magistrado don Arsenio, y esta capacidad favoreció las transformaciones moral y física que yo meditaba; la primera vez que, hallándome en un palco del Teatro Español con Paco Narbona, vi entrar á Julio por el pasillo de

butacas vestido de frac y con su sombrero de copa en la mano, tan jovencito, tan pálido, mirando á su alrededor con cierta desconfianza, experimenté una emoción que sólo las madres comprenderán.

Otro día Julio se atrevió á insinuarme su deseo de estudiar; se avergonzaba de no tener ningún título académico; además, su dignidad y su amor hacia mí le inducían á labrarse una posición independiente y decorosa con que pagar los favores que de mí tenía recibidos.

—Ya comprenderás—añadió—que no debo vivir indefinidamente á costa tuya.

Además manifestó deseos de reconquistarme para sí solo, de apartarme del mundo, de vivir conmigo, de dedicarse á mí en cuerpo y alma, desposándome si tal era mi gusto y para algo podía servirme su nombre oscuro. Estábamos en el salón; Julio se había hincado de rodillas delante de mí, besándome las manos y los pies, acariciándome los cabellos, llamándome *chacha,* recordándome con este apodo pueril las relaciones, filiales por muchos conceptos, que nos ligaban. Él iba á cumplir quince años; en septiembre podía examinarse para ingresar en el Instituto y luego ir aprobando por enseñanza libre los cinco años que antes componían el bachillerato. Los libros no le asustaban, su comprensión era clara y vigorosa, y el anhelo de serme útil redoblaba su aplicación.

—A los diez y ocho años—dijo—puedo ser bachiller.

Sus ojos brillaban, su semblante resplandecía con el divino ardor de los ambiciosos que llaman á las puertas del porvenir y de la fortuna.

—¡Pobre niño!—exclamé—. ¿Y después?

—Lo que quieras.

—¿Qué carrera deseas seguir?

—La que más te guste.

—¿Comercio...?

Miróme de hito en hito y una sombra triste nubló su frente. Murmuró:

—¿Por qué no abogado?

Le abracé conmovida, asegurándole que mi gusto era el suyo y mi única ilusión verle encumbrado y feliz. Preguntándole mañosamente llegué á comprender el motivo de aquel deseo: él quería luchar en el foro y escalar los peldaños más altos de la magistratura; acaso, discurriendo así, recordaba á su padre don Arsenio Ortiz, llegando á casa de su querida con un rollo de papelotes debajo del brazo, hablando de los procesados que al día siguiente debía, según los casos, empujar á la muerte ó librar del presidio.

—Serás abogado—repuse.

Luego, con la imaginación abismada en un lejano ensueño, añadí:

—Tal vez llegues á diputado..., á ministro... Yo juro hacer cuanto esté de mi mano por que así sea.

¡Qué existencia tan íntima y tan familiar la que ordenamos Julio y yo durante aquellos primeros me-

ses! Todos los días, de tres y media á siete de la tarde, horas en que el marqués de Lágaro no estaba nunca conmigo, iba Julio á mi casa, pues yo no renunciaba al placer de verle estudiar: unas veces traía un tratadito de geografía elemental, otras un manual de Historia de España ó nociones de matemáticas y de gramática castellana. Yo, para animarle al trabajo y poder repasarle las lecciones, estudiaba también.

A Carmen Arellano y Consuelito Vera solía yo explicarles largamente las purísimas voluptuosidades de mi nuevo amor, demostrándoles que Julio, aunque nacido en modestos pañales, no era plebeyo, como no es de la peña estéril y agria la flor que allí nace, porque algún pájaro dejó caer sobre ella una semilla. Julio era aristócrata; su espíritu delicado y fuerte estaba apercibido á todas las luchas y fracasos de la ambición; tenía cuantas cualidades llevan al triunfo: belleza física, don de gentes, verbo persuasivo y copioso, imaginación fértil, voluntad robusta. Oyéndome hablar, mis amigas reían, sosteniendo que yo tenía el prurito de divinizarlo todo, cimentando sobre lo vulgar y rutinario novelas preciosas. Unicamente don Pablo Ardémiz, bien fuese por agradarme ó porque así lo apreciase su leal y agudo entender, aplaudía mis sacrificios, diciendo que él también apreciaba en Julio Maldonado facultades extraordinarias. A lo que yo respondía entusiasmada:

—Si Julio se dedica á la política, respondo que

muy pronto hemos de verle hecho un señor diputado.

Las escrupulosas reservas con que mi amado y yo maniobrábamos no bastaron á impedir que la antorcha, nunca bien apagada, de los celos abrasase de nuevo el corazón de Paco Narbona. La traición, como la electricidad de las tempestades, es algo que flota en la atmósfera: el marqués de Lágaro, se sabía engañado; lo adivinaba tal vez en la vaguedad fría de mis caricias, en mi repentina afición á exhibirme lo menos posible, cual si repentinamente tuviese vergüenza del pasado y quisiera borrar con la penitencia la larga historia de mis escándalos; en cierta distracción que borraba la elocuencia de mis palabras y de mis gestos.

Paco Narbona, alterando inopinadamente sus horas de entrada y salida, había sorprendido á Julio en mi casa varias veces; yo le dije que Maldonado era un pobre muchacho huérfano á quien Ardémiz me recomendaba para colocarle aunque fuese de lacayo. Observé que Narbona examinaba á Julio atentamente, y las conclusiones de aquella inspección no hubieron de ser tranquilizadoras por cuanto su irascible entrecejo se contrajo. A partir de aquel momento, los celos siempre indefinidos del marqués se concretaron, y aunque aparentemente tranquilo, la tormenta proseguía creciendo y rugiendo en su alma: nunca me hablaba de Julio; si alguna vez yo, por razones de prudencia, le nombraba, Narbona palidecía, desmintiendo aquella vibración colérica de sus nervios el falaz sosiego de sus palabras. Más

tarde, como no podemos vivir sin buscar explicación á los hechos que nos preocupan, el marqués de Lágaro dió en achacar mis desvíos al mal curso de sus negocios; y en vano procuré extremar mis halagos y atenciones para con él; Narbona, seguro de su desgracia, afirmaba que yo había cambiado y que las campanas de nuestra pasión doblaban á muerto. Una noche me dijo que necesitábamos renunciar al coche: yo me encogí de hombros.

—Como quieras—repuse—; los lujos no me importan.

El contestó, sondeando mi ánimo:

—Estoy arruinado, Isabel, y no podemos seguir viviendo como hasta aquí. Yo estropeé tu carrera y ahora no puedo cumplir las ofertas que entonces te hice: por tanto, si quieres separarte de mí, hazlo; tienes derecho á ello.

Repuse lacónicamente:

—Yo no abandono en la desgracia al que siendo rico compartió su fortuna conmigo. Si de algo pueden servirte mis joyas, empéñalas ó véndelas: lo mío es tuyo.

Le vi palidecer, y luego su inmenso amor hacia mí y sus celos explotaron en sollozos. El dolor y femenil abandono de aquel macho, habitualmente impulsivo y brusco, me conmovieron: los hombres que tienen celos de las mujeres públicas, ó son imbéciles á quienes un torpe capricho carnal enajena, ó inteligencias superiores que, como todo lo comprenden, todo lo perdonan.

Transcurrieron varios meses; Julio había ingresado con la calificación de "sobresaliente" en el Instituto del Cardenal Cisneros, y comenzado á estudiar, según el plan de enseñanza entonces vigente, geografía y primer curso de latín y castellano.

Los rápidos progresos del muchacho me tenían hechizada; á la voz de su amor, mi alma despertó; los celos, las cartas perfumadas con que los amantes concluyen una conversación interrumpida, los rizos de cabellos, las flores, pañuelos y demás grandes minucias del amor, que ya no existían para mí, tornaron á preocuparme; en mi frente, bajo el roce caricioso de sus labios, el recuerdo de Pedro Francos palidecía; aquello era para mi corazón decadente, á modo de crepúsculo; crepúsculo fresco, esperanzado y riente, como una aurora. ¿Cómo pudo aquel amor desenvolverse tan rápidamente? ¿Qué inexplicable sortilegio guardan para mí las palabras de Julio...? Lo ignoro; quizá en la generación de este sentimiento interviniesen las orientaciones místicas de mi temperamento meridional y el deseo que siempre tuve de ser buena, pues muchas veces, merced á raras derivaciones de ideas, los nombres de Julio Maldonado y de mi madre se fusionaban en una especie de íntima y consoladora apoteosis; recordándole, la imagen de mi pueblo, con su cielo azul y sus palmeras tristes cabeceando sobre las blancas tapias de los huertos, asaltaba mi memoria: me veía otra vez en él; cerca de Julio y de mi madre, acordándome del mundo cual de una desagradable pe-

sadilla, sembrando flores en el jardín del hogar paterno como veinte años antes, cuando era niña; á ratos evocaba también la silueta de la iglesia que á expensas mías iban levantando allá lejos don Toribio y don Joaquín, y la de un chiquillo pelinegro dormido en mis rodillas; á ratos también, la figura de Julio lo llenaba todo, descollando sobre la misma torre del templo. Julio Maldonado era, y es para mí, como el arbolillo que un jardinero planta en el desierto con la esperanza de más tarde, cuando sea elevado y robusto, poder descansar á la sombra de su follaje: yo había sembrado á Julio en tierra que luego procuré fertilizar con el abono del estudio y las abnegaciones de mi pasión; aquella obra iba creciendo pujante y lozana, alimentándose de mi savia, reflejando la luz que sobre ella irradiaba mi amor, rompiendo con su juvenil silueta la uniformidad del árido arenal de mi vida: ¿por qué no alimentar, pues, como el jardinero del símil precitado, la ilusión de reposar los años fatigados de mi vejez bajo la sombra consoladora de su cariño...?

A principios de diciembre, Narbona y yo nos trasladamos á un cuartito segundo de la calle de Pelayo; los negocios del pobre marqués iban de mal en peor y no era fácil hallar dique ó represa que oponer al nutrido torrente de tantos desastres; yo, sin embargo, le quería con pasión agradecida y respetuosa, y con nadie, excepción hecha de Julio, hubera sido capaz de burlarle: Paco Narbona era bueno, generoso y apasionado; yo había dispuesto

de su dinero á mi antojo; si mi corazón no llegó á interesarse fuertemente por él, la culpa no era suya.

Aquella falta de recursos determinó una paralización completa en las obras de la iglesia; don Toribio hubo de despedir á los obreros en vista de que mis cartas no prometían nuevos refuerzos pecuniarios; quince días después, don Joaquín escribió diciéndome que sobre los muros abandonados comenzaba á crecer la hierba. Esta noticia hábilmente deslizada entre dos renglones, arrasó mis ojos en lágrimas; no obstante, respondí al cura animándole, hablándole de seguros negocios que devolverían al marqués de Lágaro su desbaratado capital, esperanzándole con un artificioso caramillo de promesas y deslumbrantes embustes. Milagro también me escribió diciendo que mi sobrina Virginia estaba enferma. Todos eran disgustos. La única alegría que vino á endulzar tan triste situación, me la proporcionó Julio, aprobando con notas de "sobresaliente" las dos asignaturas de primer curso de bachillerato. Estábamos á mediados de enero.

Al fin sucedió lo que no podía menos de ocurrir, pues los criminales van adormeciéndose en el pecado hasta que la confianza de quedar impunes les hace despertar en el castigo.

Una noche, Julio Maldonado, y yo, suponiendo que el marqués de Lágaro, según inveterada costumbre suya, estaría en el casino, fuimos á cenar á uno de los comedorcitos reservados del café Haba-

nero, del que serán muy contados los madrileños aventureros que no recuerden. La habitación donde nos hallábamos era una estancia cuadrangular, sin otros adornos que un espejo con marco dorado y algunos cromos: la mesa, oculta bajo un mantel blanquísimo, ocupaba casi todo el perímetro del comedor; alrededor había varias sillas; un diván de felpa verde invitaba á los amantes á sentarse juntos. Acababan de servirnos el café cuando llamaron á la puerta, que el camarero dejó cerrada; Julio y yo nos miramos y vi el terror pintado en sus pupilas desmesuradamente abiertas. Volvieron á llamar.

—Abre—murmuró Julio.

Yo repuse entre dientes.

—No...

—¿Por qué?

—Es él...

Maldonado hizo con la cabeza un gesto afirmativo; luego se levantó, encogiéndose de hombros, con el aplomo estoico de quien sale al encuentro de la muerte porque no puede evitarla. Yo denegaba con la cabeza, agitando los brazos en el espacio desesperadamente: él me preguntó con un ademán:

—¿Qué hago...?

Y avanzó hacia la puerta, significándome con aquella entrega voluntaria que estábamos perdidos y que, pues no había ventana ni resquicio por donde escapar, toda resistencia era inútil. Yo grité, aferrándome á la vida:

—¡No, no...!

Tornaron á llamar, esta vez con más fuerza.

—¡No abras!—repetí.

Desde fuera ordenaron:

—¡Abre!

Era la voz breve, imperativa, inconfundible, del marqués de Lágaro. Transcurrierón algunos segundos. Narbona añadió:

—Si no abrís, echo la puerta abajo.

Hablaba quedamente para no alarmar la curiosidad de los camareros; su aparente tranquilidad acabó de aterrarme. Julio lentamente, con la sumisión fatal con que los objetos abandonados en el radio de atracción de las vorágines van aproximándose al abismo, acercóse á la puerta y abrió. Paco Narbona penetró en el comedor empuñando un revólver; la ira le había demudado el rostro dando á su cutis moreno la blancura del mármol: Julio retrocedió instintivamente, buscando tras la mesa un refugio contra la primera acometida de la fiera. Narbona murmuró:

—Salga usted.

Hubo una pausa.

—Salga usted...—repitió el marqués—: vámonos..., á la calle...

—¿Para qué?

—Para matarle á usted..., necesito matarle...: á eso he venido.

Sus pulmones, sofocados por la ira, jadeaban con un anhelo que llenaba la habitación; sacudimientos

nerviosos contraían sus músculos faciales, poniendo sobre sus labios una mueca sanguinaria, que descubría sus blancos y apretados dientes de animal carnívoro. Julio, inerme y sin medios de defensa, había dejado caer los brazos, rindiéndose á la muerte.

—Tire usted—dijo.

—O sales—rugió el marqués de Lágaro apretando los puños—, ó te mato aquí mismo.

Maldonado repitió con la impasibilidad desesperante de las estatuas.

—Tire usted...

Narbona extendió el brazo; fué un segundo terrible; sin duda el gatillo había comenzado á recorrer su camino fatal, ese espacio pequeñísimo donde la inmensidad de la muerte está encerrada... De pronto, yo, que hasta allí permanecí quieta en mi asiento, me levanté exclamando:

—¡Quieto!

Mi grito represó un instante la intención del marqués, dándome tiempo á añadir:

—Si le matas, has muerto para mí...

¿Qué elocuencia suprema hubo en mi gesto ó qué decisión irrevocable tuvieron mis palabras? No recuerdo; pero algo sobrehumano, fascinador, irresistible, divinizó mi ademán, por cuanto Paco Narbona no disparó. Aquella fracción de segundo bastó á descubrirme lo ventajoso de mi posición.

—Si le matas ó le hieres—insistí—, hemos concluído; habías de despedazarme... ¡y no sería tuya...!

Mi voluntad, siempre animosa y varonil en los trances de verdadero peligro, reaccionaba y me dictaba soberanos arrestos. Yo era lo único que podía impedir el choque de aquellos dos hombres; m amor, impeliéndoles el uno contra el otro, imposibilitaba, sin embargo, su siniestra conjunción; por reconquistarme completamente ninguno de ellos hubiese retrocedido ante el crimen; pero el temor de perderme irremisiblemente, les contenía; yo era, pues, como las puntas de hierro, que atrayendo al rayo lo evitan. Paco Narbona bajó el brazo acobardado ante la idea de morir por mí.

—¿Qué hago entonces—murmuró desfallecido—, qué hago...?

—Si prefieres tu venganza á mi amor—repuse—, mátale, ahí le tienes... Pero si quieres conservarme, vámonos.

El marqués de Lágaro guardó su revólver maquinalmente; su actitud y la expresión de su rostro revelaban cansancio inmenso. Después, hablando consigo mismo, murmuró:

—¿Cómo matarle, si no podría vivir sin ella?

Yo repetí, acercándome á él:

—Vámonos...

Le debía esta reparación; Julio me miró angustiado, temiendo por mí. Yo le tranquilicé con un gesto... El marqués dió media vuelta y salió del comedor sin levantar la cabeza y dando traspiés como un borracho: al bajar la angosta escalerilla que conducía á la calle, hube de agarrarle del brazo; tan

extremados eran su debilidad y alelamiento. Por la calle caminamos sin hablar, apoyándonos el uno en el otro: él soliloqueaba devorado por la misma idea fija:

—¿Cómo vivir sin ella...? ¿Cómo vivir sin ella...?

Esta pregunta, para la que la sublime ceguedad de su amor no hallaba contestación, la repitió incalculables veces en menos de media hora; llegamos á nuestra casa, y el sereno acudió á abrirnos la puerta. Viendo que Narbona permanecía inmóvil y como idiotizado en medio de la acera, pregunté:

—¿Subes?

—No.

Tardó un poco en responder; yo añadí:

—¿Volverás pronto?

—No sé.

Aquella noche le esperé hasta muy tarde; ya de madrugada, el sueño me venció dejándome profundamente dormida. A las cuatro de la tarde del otro día, hora en que Julio Maldonado, adoptando grandes precauciones, fué á verme, el marqués de Lágaro aún no había reaparecido. Comprendí que una terrible desgracia aleteaba sobre mi cabeza; la miseria ó la muerte me acechaban; ciertamente Narbona, si no se había suicidado ya, era porque pensaba asesinarme. Temiendo otra celada despedí á Julio, citándole para la tarde siguiente, á las cinco, en la esquina de las calles de Fuencarral y Hernán Cortés. La noche transcurrió sin incidentes, la emoción no me dejó comer, las criadas, extrañando mi

sobresalto y la ausencia del marqués, parecían tan preocupadas y tristes como yo. De madrugada volví á mi dormitorio decidida á proporcionarme algún reposo; pero mis nervios sublevados rechazaban la quietud; encendí luz, y el aspecto de los muebles tranquilos contribuyó á serenarme un poco: abrigaba un presentimiento descomunal, la necesidad de un largo viaje que trocase mi situación radicalmente: los adormidos recuerdos de mi pretérito vivir aventurero despertaban; los años que duraron mis relaciones con el marqués de Lágaro debían de ser como paréntesis abierto en la ordenada relación de mi historia, como calderón con que el cansancio interrumpió el turbulento poema sinfónico de mis bacanales y de mis escandalosos triunfos de gran cortesana, ó como oasis donde la fatigada caravana descansa algunos días para luego, y con más ánimos, reanudar su viaje: yo, por tanto, debía reverdecer mis antiguos laureles báquicos, romper el círculo de pobreza con que mi pasividad y estancamiento iban cercándome, explorar horizontes nuevos, vencer á la fortuna y conquistar el porvenir de una vez. Discurriendo así, la idea de un dilatado viaje tornaba á preocuparme. ¿Por qué no emprenderlo? ¿Quién podía vedarme la realización de aquel añejo y agudo deseo...? Quizá de este caso dependiese el logro de mis dos ambiciones mayores: ver la iglesia de mi pueblo terminada y á Julio Maldonado con carrera. Invertí el resto de la noche en contar mis recursos: poseía cincuenta ó sesenta duros en billetes, y más

de treinta mil pesetas en vestidos y joyas; según los cálculos menos optimistas, todo ello, por mal vendido que fuese, me permitiría presentarme en el magnífico mercado de París decorosamente. Ya muy de mañana tuve la fortuna de poder dormir algunas horas.

Aquel día fué de asonada en Madrid; á cada momento pasaban bajo mis balcones pelotones de guardias civiles montados y grupos de paisanos que, no bien la fuerza pública se distanciaba un poco, prorrumpían en vivas y mueras, de cuya verdadera intención y finalidad mi atribulado espíritu no pudo percatarse; probablemente estaba relacionado todo ello con la luctuosa jornada de Santa Isabel, que salpicó de sangre inocente los claustros de la Universidad Central, porque recuerdo que en aquella época don Antonio Cánovas del Castillo ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros, y Villaverde la cartera de Gobernación. Eran las diez de la mañana cuando desperté; Narbona no había vuelto aún. Inmediatamente ordené que llamasen á mi modista y, vistiéndome ligeramente, salí en un coche llevando en un maletín casi todas mis joyas; desde luego visité al joyero que me las vendió, y después recorrí varias casas de préstamos, en todo lo cual invertí más de dos horas, pues las patrullas de agentes de Seguridad que ocupaban militarmente las encrucijadas principales de la ciudad, me obligaron á dar grandes rodeos. Cuando regresé á mi domicilio, llevaba en la cartera nueve mil pesetas; la modista ya estaba esperándome. Al saber que yo trataba de

vender mis vestidos, admiróse hasta el pasmo; su primer ademán fué de negación y protesta; aquello era un disparate; yo insistí, probando la necesidad de mi viaje, rebajando con esta indiscreta confesión el mérito de la mercancía; ella, venteando un buen negocio, fué cediendo poco á poco, oponiéndome capciosos obstáculos; al fin logró adquirir mis mejores trajes en menos de la tercera parte de su valor.

A media tarde mi doncella volvió á recordarme que el almuerzo estaba servido; presa de la inquietud febril que me había espoleado durante toda la mañana, empecé á comer precipitadamente, con ese apetito nervioso de los viajeros. De súbito recordé que Paco Narbona podía volver, y esta probabilidad me intimidó; ¿cómo explicar la ausencia de mis vestidos y de mis joyas? Además mi semblante debía de acusarme, cual si llevase escrito allí el propósito de fugarme. Mi terror era tan grande, que perdoné los postres y el café. Cuando ya me levantaba, el timbre de la escalera vibró largamente; no pude reprimir un grito y comencé á pasarme las manos por la cara procurando serenarme. Era el cartero que me traía, con una carta de don Joaquín, un eco de mi pueblo, durmiendo tranquilo lejos del mundo que ambiciona y que lucha. No queriendo dejar nada inconcluído detrás de mí, contesté al cura por estilo expresivo y lacónico:

"Su carta me sorprende con un pie en el estribo. Esta noche salgo para París. Desde allí remitiré á usted fondos."

Después, vestida con un elegante traje liso de paño negro, un largo gabán inglés y un sombrerito redondo, corrí á la calle llevando todo mi equipaje en un maletín de viaje. Las criadas me preguntaron si mi ausencia sería larga.

—No—repuse—; y si viene don Paco, podéis decirle que he ido á pasar en Aranjuez tres ó cuatro días.

Eran las tres de la tarde y yo estaba citada con Julio á las cinco; aquellas dos horas, de una longevidad interminable, las entretuve en el solitario café de Ambos Mundos, recordando señas de antiguos amigos que en épocas diferentes me escribieron desde París. Entretanto, la imagen pálida y triste del marqués de Lágaro aparecía sentada delante de mí atormentándome, apercibida á cerrarme el paso no bien tratase de dirigirme á la puerta. Cuando llegué á la calle de Hernán Cortés, Julio ya esperaba; yo iba en coche; como adivinase la utilidad de esta precaución, abrió la portezuela rápidamente y subió al vehículo. Ordené al cochero nos llevase á la estación del Norte. Maldonado preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Que me voy.

—¿Adónde?

—A París.

—¡A París!—repitió alelado.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, dentro de un momento, en el expreso de las seis y cuarenta y cinco.

Hubo un corto silencio.

—¿Sola?—interrogó Julio.

—Sí, sola.

Procuré explicarle clara y sucintamente lo comprometido de mi situación; era probable que el marqués de Lágaro, cuya desaparición nada bueno auguraba, no tardase en buscarme para castigar, por estilo sangriento y cruel, mi traición; además, Narbona estaba arruinado y á su lado; por tanto, sólo podía aguardarme un mañana de privaciones, alambicamientos y miseria; Julio, presa de fortísimo dolor, rompió á llorar.

—Quiero irme contigo—sollozaba—; me he acostumbrado á tu cariño; faltándome tú se me van compañeros, madre, alegría..., ¡todo...! ¡Todo se va, yéndote tú!

Aun sin reprimir mis lágrimas, procuré consolarle; él necesitaba concluir el bachillerato para comenzar en seguida su carrera de abogado; yo, entretanto, remediaría mi descalabrado peculio, volviendo á bailar ó buscando algún amante dadivoso que pudiera librarme del naufragio y conducirme á seguro puerto, y si aquel hombre codiciado no llegaba, sería indispensable reunir dos ó más, hasta que el cociente de tantos sumandos fuese digno de mi ambición y de los nobles destinos á que me creía obligada. Todo ello, indudablemente, era muy triste, muy feo y hasta aborrecible si lo examinábamos

desde el punto de vista de nuestro excelso amor, mas no por esto, menos necesario.

—Cuando sea rica—añadí aplastando bajo mis labios ilusionados la boca angustiada de Julio—volveré á reunirme contigo para pertenecerte completamente.

En el andén, ante la portezuela del vagón que había de trasladarme á la frontera, abracé á mi amado, esforzándome en templar su acerbo duelo. También le entregué doscientas pesetas para libros, matrículas y gastos de pupilaje, rogándole fuese juicioso y exhortándole á no olvidarme.

—Acuérdate—dije—de que soy tu amante y también tu madre, y de que cuanto daño me hagas recaerá sobre tu cabeza, pues hemos de reunirnos muy pronto.

La pesadumbre de Julio era tan inmensa, que tentada anduve de atropellarlo todo y llevarle conmigo; mas inmediatamente reflexioné que su compañía podía perjudicarme mucho, pues amén de las horas que su amor robase á mi interés, los hombres adinerados huyen de las mujeres que tienen un amante pobre. La locomotora silbó pidiendo vía libre; un empleado pasaba cerrando las puertas de los vagones; vibró una campana.

—Adiós, Julio.

—Adiós, chacha; adiós, sí..., que escribas...

—Que seas bueno.

Subí á mi coche; el tren rodaba desperezando sus férreos anillos á lo largo del andén; Julio me despe-

día agitando su pañuelo empapado en lágrimas; entre nosotros la memoria y la distancia comenzaban á tejer el hilo dorado del recuerdo. Tenía yo entonces veintisiete años.

24 marzo.

Contra la opinión, muy generalizada, de que los españoles vivimos en una perpetua bacanal, debo decir que España es el pueblo más triste, cejijunto y estúpidamente juicioso de Europa; el pueblo donde se come y se bebe menos, donde hay menos adulterios y menos suicidios. La pobreza y fatal estancamiento de las industrias y riquezas nacionales, por una parte, y el quietismo frailuno, herencia pérfida de los siglos medioevales, de otra, nos han sumido en un marasmo del cual libraremos difícilmente.

Repasando las columnas de nuestra Prensa diaria nos convenceremos de que en este país desdichado, antaño manantial copioso de vida activísima, jamás sucede nada notable. Todo es uniforme aquí; nuestras cortesanas son vulgares y feas; nuestros aventureros disipan su salud en orgías vulgares sin genialidades artísticas que disculpen y embellezcan su desenfreno; nuestros criminales también son impulsivos, que sólo manejan el revólver y la navaja, y que jamás sabrán explorar en las siniestras regiones del asesinato horizontes nuevos de ensañamiento y crueldad; la vida nacional corre sin convulsiones, todos

los días se parecen, cada año es reproducción fidelísima de los precedentes y modelo ó patrón de los venideros; todas nuestras cursis visten según el mismo figurín, todos los hombres hablan y caminan del mismo modo; como no hay luchas intelectuales, el aburrimiento y la rutina son los dos únicos pastores encargados de guiar este triste rebaño; nuestros escritores siguen imitando servilmente á los clásicos, sin comprender que el arte, en sus detalles y dintornos menores, debe modificarse con las costumbres, pues la época moderna exige de la literatura nuevos alambicamientos y sensaciones en armonía con la ciencia; ante los modernos problemas sociales, nos encogemos de hombros; nuestros filósofos, después de lo que Vives, Feyjóo y Balmes dejaron escrito, no se atreverían á añadir una página más; los extranjeros que vienen á visitarnos nos dedican el prolijo examen que merecen los fósiles guardados tras las vitrinas de los Museos; nosotros correspondemos á su natural extrañeza con la curiosidad más impolítica y descortés; nos maravillan el desenfado de sus costumbres, el corte de sus pantalones, el monóculo sujeto al ojal superior de sus levitas, el color rubio de sus cabellos; todo lo que no sea genuinamente español, lo convertimos en objeto de admiración burlona; lo más inocente, siempre que sea algo raro, nos apasiona y remueve; la hazaña del hombre que mata á su querida no nos escandaliza tanto como la despreocupación de dos novios que se besan ó que se fugan para formar un nido; aquí Baudelaire no

hubiese podido salir á la calle, como lo hizo en París, con el pelo pintado de verde, sin exponerse á morir lapidado.

Digo esto, porque la impresión que en mí produjo la existencia calenturienta de París y de Londres fué inmensa; allí todo está permitido, lo más grande parece pequeño, lo más original y descarrilado es moneda corriente; como en todos los pueblos realmente libres, cada cual camina á su destino sin discutir ni morder los actos ajenos. Quizá la sociedad francesa peque, como sus grandes actores, de enfática y soplada, pues siempre creí ver en ella algo convencional y postizo; mas tales defectos no oscurecen las ventajas que hacen de París el pueblo excelente y simpático por antonomasia.

Los lances peregrinos donde estuve presa y los descomunales tipos que pasaron cerca de mí, podrían contarse por docenas.

No bien llegué á la gran cosmópolis, visité á un amigo de don Alberto, llamado Benito Lamarca, que tenía en la calle de San Honorato una agencia filatélica. Lamarca era solterón, rico y vicioso; me recibió cariñosamente y ofrecióse á presentarme en un círculo de amigos; yo acepté la invitación; las nociones de francés que aprendí siendo niña me sirvieron de mucho; una semana después, los aventureros del *boulevard* volvían la cabeza para verme pasar en un landó que me costaba mil trescientos francos mensuales.

Quince días más tarde, Lamarca y otros amigos

suyos, franceses todos, me llevaron á un círculo, donde, por invitación y á espaldas de las autoridades tolerantes, iban á batirse el atlético Juan Gabler, que el invierno anterior mató á puñetazos en el castillo Gried un oso de dos años, y Luys, príncipe de los boxeadores escoceses: alto, enjuto, animado por un egoísmo temerario, invencible bajo sus músculos de acero. Asistían al combate más de quinientas personas, banqueros y nobles millonarios casi todos, entre los cuales comenzaron á cruzarse desde los primeros momentos apuestas formidables. A mi lado estaba el duque dinamarqués Edelmiro Wandirweld, gran camarada de Benito Lamarca. Wandirweld me examinaba atentamente, registrándome el cuerpo y el alma con la mirada rectilínea, mortificante como una confesión, de sus ojuelos azules; luego cambió en voz imperceptible algunas palabras con Lamarca, y siguió observándome. Yo fingía no percatarme de nada, hablando con una linda francesa que meses después murió trágicamente en los alrededores de Trouville, arrastrada por un caballo desbocado. Casi todos los espectadores se habían sentado ya; el Jurado estaba constituído, los luchadores se observaban de reojo mientras fortificaban sus brazos desnudos con friegas de ungüentos analépticos; sobre la pista, dos arcos voltaicos derramaban una catarata de luz blanca. Wandirweld, viéndome presa en la fiebre de interés y codicia que dominaba á la concurrencia, preguntó:

—Todos apuestan; ¿quiere usted que hagamos lo

mismo? Así el combate nos parecerá más interesante.

Benito Lamarca me hizo disimuladamente un signo afirmativo, dándome á comprender que el opulento dinamarqués estaba enamorado de mí. Yo le complací:

—Bueno—repuse.

—¿Por quién apuesta usted?

—Por Juan Galber.

—Hace usted bien; yo, sin embargo, no me arredro y apuesto por Luys. ¿Qué jugamos?

—Lo que usted guste.

—¿Dinero?

—Bien—dije alzándome de hombros.

Miróme fijamente; temía que su proposición fuese rechazada. Luego, sonriendo:

—¿Quiere usted—preguntó—jugarse el corazón? Es usted hermosa y me gusta usted mucho.

La originalidad de tal oferta me entusiasmó.

—¡Corriente—exclamé—; muy bien!

—Si gano...

—Tiene usted la palabra.

—Desde esta noche me pertenece usted

—Conformes.

—Si pierdo...

—Hemos concluído para siempre.

—Usted lo dijo. No hablemos más.

Lamarca y sus amigos reían, haciendo votos fervorosos por que Wandirweld ganase; yo, como es de adivinar, unía secretamente mis preces á las suyas.

En los primeros momentos, Galber obtuvo gran ventaja, agobiando bajo sus férreos puños al rey de los boxeadores escoceses; pero luego, enardecido por los aplausos tributados á su rival, Luys se rehizo; sus músculos adquirieron elasticidad y vigores nuevos; su espíritu heroico, insensible al dolor, se rebeló contra la derrota y la muerte. Hubo para los luchadores una tregua de diez minutos; después se reanudó la pelea. Galber recibió dos golpes formidables: el primero creo le partió la mandíbula inferior; el segundo le derribó en tierra de bruces, echando sangre por la nariz y los oídos. Sobre el cuello inerte del vencido, Luys, aunque magullado, puso gozoso su planta vencedora.

El espectáculo había terminado; los amigos de Lamarca nos rodearon á Edelmiro Wandirweld y á mí, felicitándonos calurosos y burlones por nuestra improvisada unión. El duque se levantó diciéndome flemáticamente:

—Me pertenece usted.

Y puso sobre mi cabeza su diestra enguantada.

—Tiene usted razón—repuse riendo—; usted manda en mí; vámonos...

Aquella madrugada Luys, que estaba entre sábanas vendado y bizmado, supo, por su ayuda de cámara, que dos señores principales deseaban verle. ¡Eramos nosotros, Edelmiro y yo, que volvíamos de cenar aturdidos aún por los vapores del Frontiñán y del Champagne!

—Caballero—dijo Wandirweld inclinándose res-

petuosamente ante el lecho del herido—: merced á los vigorosos puños de usted, esta señorita, que es mi alma, me pertenece.

Y refirió nuestra apuesta. Luys, á fuer de buen sajón, le escuchó impasible.

—¿Y bien?—preguntó.

—Que esta noche...—balbuceó el duque—, la noche mejor de mi vida..., se la debo á usted..., y no he querido regresar á mi hotel... sin antes darle las gracias...

El duque Wandirweld me lanzó en el torbellino de aquel caótico y presuroso vivir; era un tipo incomprensible, estrafalario, de viejo millonario que, aburrido de lo normal, rebuscaba lo extravagante. Los carnavales, al coincidir con la aurora de nuestra pasión, imprimieron á mi delirio nuevo impulso; al baile de la Gran Ópera fuimos, yo disfrazada de Eva, y Edelmiro de fauno barbudo, con el seco cuello al aire y dos dorados cuernecillos sobre la frente; en la batalla de flores de Niza, mi carroza obtuvo el primer premio; un periódico ilustrado publicó mi retrato; preciosa efigie en donde mi cuerpo desnudo se insinuaba tras una nube de gasas.

Terminado el Carnaval, Edelmiro y yo fuimos á Monte Carlo. Una noche me puse á jugar; una multitud cosmopolita, elegante y viciosa, invadía los salones anegados en luz; los correctos fracs pintaban manchas graves sobre las espaldas desnudas de las mujeres; sobre los cabellos negros ó rubios y las gargantas blanquísimas, los brillantes y las esmeraldas

resplandecían; una orquesta de cíngaros llenaba de voluptuosas armonías el espacio. La suerte me favorecía; en menos de media hora gané ocho mil francos. Cerca de mí había un individuo alto, casi albino, á quien mortificaba mi excelente fortuna; á cada momento me miraba, y sus ojos refulgían coléricos entre los manojitos de pestañas blancas. Su aire petulante me irritó; jugó cinco mil francos á un rey, y perdió; tornó á jugar otros mil duros, y volvió á perder; lanzó una interjección soez y nuestras miradas se cruzaron.

—Es usted hermosa—dijo.

—Gracias—repuse secamente.

—Sin embargo, me trae usted la mala suerte.

Me encogí de hombros y le oí murmurar palabras rencorosas en un idioma ininteligible; indudablemente estaba borracho. Cuando, cansada de jugar, me dirigí al jardín, me cogieron de un brazo: era él...

—¿Cuánto?—preguntó.

Le miré duramente, sin responder. El agregó:

—Aún me queda dinero. ¿Cuánto vale usted...?

Sin contestarle, saqué un pequeño revólver y disparé dos tiros sobre el indiscreto, procurando no herirle. El estampido de las detonaciones provocó un escándalo indescriptible; fuí presa y conducida á la Delegación, de donde el duque Wandirweld, más enamorado de mí que nunca, me libertaba un momento después; los periódicos repitieron mi nombre en la sección de ecos mundanos; el eco de aquellos

pistoletazos resonó en todo París, conquistándome una reputación; mi prestigio creció como por ensalmo; aquella semana el correo me trajo más de cincuenta cartas de amor, suscritas por personalidades importantes.

Aunque viviendo á mi lado, el duque Wandirweld, ó por indiferencia de su carácter poco celoso, ó por cálculo, no demostraba ignorar el libertinaje de mis costumbres; la fiebre del dinero me dominaba; para ganarlo, ni la distancia, ni el cansancio, ni los peligros me detenían; por mi dormitorio principesco, lo más excelente de la sociedad parisina desfiló convertido, como Júpiter, en lluvia de oro.

Nunca, como entonces, comprendí que, para ser gran cortesana, es necesario mucho talento. La borrachera amorosa depende de la cantidad de ingenio y belleza que la mujer dé á beber en la roja copa de sus labios; como la de alcohol, proviene de la dosis de vino trasegada; y por eso la hetera debe estudiar cuidadosamente el carácter del hombre con quien ha de habérselas, para así rendir su voluntad mejor y más pronto; cada amante requiere un trato sui géneris; éste es un crapuloso alegre, otro un concupiscente sentimental, aquél un romántico..., y ello nos obliga á mantener nuestras facultades de observación en interminable alerta, batallando por que en los íntimos rasgos, miradas, conversaciones y demás modulaciones ó matices de tantos y variados dúos de amor, nuestra alma flexible no desentone.

Entre los tipos más notables que conocí durante

aquella época, citaré al marqués italiano César Llarias, y al aventurero ruso Kupling, que murió como un estafador después de vivir como un nabab. Ambos nombres van unidos á dos historias trágicas.

A Kupling le conocí en Londres; era hombre instruído y agradable, fuerte como un cosaco, sensual y lascivo como un turco. Kupling, que estaba casado cuatro veces, trabó relaciones amorosas en París con una amiga mía, llamada Evangelina; la infeliz, que era rica, se arruinó por él; una mañana amaneció asesinado y horriblemente mutilado en su lecho el banquero Gonnard; el móvil del crimen fué el robo; el presunto autor de tan atroz delito resultó ser Kupling; comprobado el hecho, el polígamo ruso fué condenado á muerte. Antes de ser puesto en capilla, Kupling, deseando popularizar á Evangelina y recompensar así su abnegación y los sacrificios que por él hizo, solicitó pasar con ella la víspera de su ejecución. Con tal propósito me escribió, y el duque Wandirweld, que se desperecía por todo lo raro y era gran amigo del director de Mazás y de otras personalidades del Palacio de Justicia, puso en juego sus poderosas influencias para obtener secretamente el permiso que Kupling solicitaba. Al fin, lo consiguió: Evangelina embelleció la última noche de su adorado; fué una noche siniestra que los dos amantes, incapaces de todo sentimiento alegre, pasaron llorando. Pero Kupling logró su deseo; su trágica muerte fué para mi pobre amiga una especie de herencia; desde el mismo día de la ejecución, Evan-

gelina comenzó á ser famosa y á cotizar su hermosura á precio muy alto.

El capricho del marqués César Llarias es también de una fúnebre y llamativa originalidad.

Yo estaba en relaciones con él cuando ocurrió lo que voy á referir. Honorata Preylón, que había envenenado con arsénico á la madre y á los dos hijos de su amante, fué condenada á muerte; el Jurado ratificó la sentencia; Honorata era una histérica bellísima, cuya sensualidad tuvo delirios y refinamientos enfermizos. Llarias, que siempre sintió punzante deseo hacia aquella mujer, quiso poseerla en la capilla la noche víspera de su muerte.

—Sólo así—decía—lograré lo que ninguno de sus amantes consiguió: la seguridad absoluta de no haber sido nunca engañado.

Desmintiendo todo lo verosímil, Honorata Preylón aceptó con gusto la proposición del marqués italiano. Para facilitar la entrevista hubo influencias y recomendaciones á granel; fué una batalla terrible de intrigas librada en pocas horas. Al cabo César Llarias logró su objeto, si bien gastando en tal empresa cuatro ó cinco mil francos, por lo menos. El duque de Wandirweld y los carceleros que pasaron la noche junto á la puerta de la capilla decían que aquellas bodas celebradas en los dinteles de la muerte, con valor y desenfado inverosímiles, fueron un largo y no interrumpido delirio voluptuoso. A las tres y media de la madrugada, Honorata y César Llarias se despidieron. Ella quería que él presen-

ciase su ejecución; deseaba dilatar aquella impresión hasta el fin, llevando en sus pupilas y en su carne, camino de la eternidad, el recuerdo de su último amante.

—Aunque no podamos hablarnos—decía—, tu presencia, reanimándome, me proporcionará gran consuelo.

César Llarias prometió asistir al acto, pero no fué; Honorata le esperó inútilmente, buscándole con ojos ávidos entre la multitud; era muy temprano y el marqués, á quien el deleite desmazaló, se había quedado dormido.

Renuncio al ímprobo trabajo de recomponer escenas que, por lo vulgares y uniformemente repetidas, apenas si dejaron una leve huella en mi memoria. Sólo diré que, enamorada y aburrida simultáneamente de aquel presuroso vivir, trabajé mucho, sin otro ahinco que el de ganar dinero para Julio y para mi iglesia. Las heteras, creo haberlo dicho ya en otra ocasión, son como los verdaderos artistas, que ponen en todas sus obras, aun en las más pequeñas, la mayor cantidad posible de alma; el buen actor, el escultor, el literato, trabajan siempre cual si de su creación última dependiese el crédito total de su firma; les aflige la idea de disgustar á un espectador inteligente; los más modestos abrigan la convicción secreta de que la posteridad, ¡toda la posteridad...!, desfilará ante sus libros... Así las cortesanas procuramos dejar en nuestros amantes impresión agradable y duradera; los hombres se lo dicen todo, y los aplau-

sos ó la calumnia amasan prestamente, en el laboratorio de las opiniones humanas, el prestigio ó demérito de las mujeres; las noticias corren pronto; cada amigo puede ser un elemento de beneficiosa propaganda ó un motivo de depreciación y aislamiento. Por eso las heteras, que son artistas ya que viven de la belleza y procuran expresarla de modo característico y personal, dando forma al enamorado pensamiento, poesía y románticas preseas al carnal apetito, modulación dulce á la voz, ritmo al movimiento y acordado impulso á la conciencia y á los sentidos, convierten sus dormitorios en escenarios donde trabajan como si un público inmenso las contemplase; y es porque sabemos que los hombres, para cuyo regalo y placer nos desnudamos, son el tornavoz que luego lanzará al mundo el eco de nuestras excelencias ó defectos; por esto conviene dejarles contentos á todos y tener para cada cual una frase ó una caricia feliz. Afortunadamente, de tantos combates parciales logré salir triunfante; en poco más de un año varios aristócratas se arruinaron por mí ó escaparon de mis cariñosas manos con la hacienda mal herida; mi cuarto de la calle Cambón era una casa de banca donde diariamente se giraban caricias contra millares de francos, y las acciones que daban opción á mi cuerpo estaban en alza. Jamás rehusé, por pereza ó cansancio, ningún lance ventajoso; llegó momento en que mi nombre nubló la escandalosa celebridad de las aventureras parisinas más en boga; bajo mi dirección, mi modista confeccionó é impuso un mode-

lo de pantalones; los "don Juanes" del *boulevard* citaban familiarmente el lunar que adorna mi espalda...

Julio Maldonado, mi madre y el cura don Joaquín me escribían asiduamente; al primero, de cuya aplicación y buen comportamiento seguía recibiendo, por conducto de mis amigas Consuelito Vera y Carmen Arellano, las mejores noticias, le enviaba doscientas pesetas los días primero de cada mes; á don Joaquín pude remitirle á fines de septiembre, y utilizando mi amistad con cierto banquero sevillano, una letra por valor de siete mil francos.

Todas las semanas, Julio me preguntaba:

—¿Cuándo vuelves?

A lo que yo, invariablemente, respondía:

—Espera, espera...

Era mi actividad, el empuje irrefrenable del torbellino, la codicia calenturienta del minero que trabaja por cuenta propia en un filón aurífero. Lanzada en pleno vértigo, mis bravías facultades primitivas cobraron nuevo incremento; nada calmaba mi ambición; la diosa Fortuna hubiese volcado sobre mi regazo el cuerno de todas sus riquezas sin lograr complacerme; pidiendo, mi boca tenía la succión devorante, inagotable, de la muerte. El duque Wandirweld, esquilmado y vencido por otros rivales más ricos, iba retirándose paulatinamente, y sólo pasaba junto á mí, de tarde en tarde, como una sombra excéntrica y pálida, rezagada de los viejos días. Mi sed de riquezas multiplicaba mis energías y faculta-

des; ni mis músculos se negaban al ejercicio de la bicicleta ó del baile, ni mi inteligencia á la conversación, ni mi estómago á la orgía; la inercia del movimiento me impedía sentir el cansancio. Los hombres que pagan el amor quieren verse complacidos en sus menores gustos; yo, sabiéndolo, cumplía con todos; poco importaba que unos amantes me tomasen sacándome de los brazos de otros; yo siempre me hallaba apercibida á la alegría y ninguno pudo jactarse de haberme visto desmayar. Algunas noches, no obstante, en horas contadas de reposo, pensaba en Julio; yo le daría una carrera, un empleo, acaso una diputación; después viviríamos juntos en hogar para nosotros solos; quizá llegásemos á casarnos y nuestros hijos serían bautizados en aquella iglesia que hogaño mi devoción estaba levantando.

Rompiendo la larga serie de estas orgías, un poco tristes por el fin interesado que las inspiraba, cometí muchas locuras que proporcionaron esparcimiento ameno á mi carácter novelero é imbécil.

Vaya una entre cien:

Cierta noche, saliendo del teatro Olimpia, reconocí, en un individuo que charlaba con otros, á mi antiguo amante Antonio Regenta; mi regocijo fué inmenso; él también se alegró mucho y nos abrazamos delante de los mirones, besándonos apasionadamente sobre los labios; luego subimos á mi landó.

—Esta noche—dije—vamos á emborracharnos...; si no llevas dinero, es igual, yo soy rica.

Mientras el coche nos conducía á un colmado de

Montmartre, tuvimos tiempo de referirnos las líneas principales de nuestra historia durante aquellos últimos tiempos; la última temporada de invierno la pasó Antonio jugando en Monte Carlo; se había casado y tenía dos hijos; su familia residía en Madrid. Yo le examinaba, hallándole un poco avejentado, con las sienes y el bigote sembrados de cabellos blancos, pero siempre guapo, decidor y elegante, con aquella su elegancia sui géneris de tahur de gran mundo.

Cuando terminó la cena, el Champagne realizó su deliciosa labor de inconsciencia y heroísmo; todo se me antojaba natural y fácil.

—¡Ahora—exclamé —vente conmigo!

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Vives sola?

—No. Vivo con Luis Sauté.

—¿El banquero?

—Sí.

—¿Y si viene de pronto y nos sorprende?

—No vendrá.

—¿Pues?

—Porque ya estará allí.

Antonio Regenta, atónito, me miró á los ojos. Yo lancé una carcajada loca.

—No importa—dije—; esa es la gracia; pasar la noche allí aunque él esté...

Antonio quiso disuadirme de su empeño; pero yo insistí mortificándole en su amor propio, llamándole

cobarde, y él, que es hombre de arrestos, decidióse á correr la aventura.

Mi casa de la calle de Cambón era un cuarto magnífico con escalerilla de servicio y cinco balcones; la cocina y los cuartos de las criadas estaban muy separados de mis habitaciones. Luis Santé, mi amante "oficial"—llamémosle así—, dormía en un espacioso gabinete donde, además de la cama, teníamos un soberbio lavabo de palosanto y dos armarios de luna; en la alcoba, forrada de linoleum, estaba el baño y un ancho diván donde yo, luego de bañarme, solía tenderme á reposar, mientras mi doncella me perfumaba los pies.

—Aquí ha de ser—murmuré.

Regenta, que me seguía de puntillas, preguntó:

—¿Y Luis?

—Duerme ahí.

A través de los cortinajes que separaban el gabinete de la alcoba, llegaba á nosotros la respiración tranquila y rítmica del banquero dormido.

—Esto es una locura—balbuceó Regenta.

—No importa—repuse—; mejor...

Penetré sigilosamente en la habitación contigua, reapareciendo después con un revólver. Sauté gozaba fama de ser buen tirador; yo tampoco tiraba mal.

—¿Qué haces, loca?—musitó Antonio.

—Vas á verlo.

Me acosté pecho arriba en el diván, dando la cara al gabinete y con el revólver preparado, dis-

puesta á disparar sobre Sauté si éste, para desgracia de todos, llegaba á sorprendernos. Luego, dirigiéndome á Regenta, murmuré:

—Ahora, ven...

Felizmente, el banquero no despertó; el recuerdo, sin embargo, de aquella aventura, aún me hace temblar.

Aquella existencia delirante terminó de un modo brusco. La tarde del once de diciembre recibí el siguiente telegrama, firmado por Julio:

"Paco se ha suicidado. Debes venir. Te espero."

El mismo Sauté me entregó el telegrama intacto; al leerlo las lágrimas inundaron mis ojos; comencé á sollozar; aunque yo no amase al marqués de Lágaro con verdadero amor, debía llorarle; al fin, según todas las probabilidades indicaban, sólo mi ingratitud le llevó á la muerte.

—¿Qué es ello?—preguntó Sauté.

—Que un amante mío se ha suicidado.

—¿Por ti?

—Por mí...

Tras una breve pausa, el banquero repuso galante y flemático:

—Quizá hizo bien; una mujer como tú lo merece todo.

Repentinamente sentí deseos de volver á Madrid; parecíame que cuantas personas yo amaba podían imitar la conducta del desdichado marqués. Inmediatamente, con esta resolución con que suelo unir la acción al pensamiento, comuniqué á Luis Sauté mi

propósito de regresar á España. El era hombre de mundo, curtido en toda suerte de uniones pasajeras, y frío; no obstante, mi brusca resolución le inmutó y quiso protestar; mas como leyese claramente en mis ojos la inquebrantabilidad de mi propósito, renunció á toda discusión, diciendo que podía marcharme cuando quisiera y comprometiéndose á vender los muebles de mi casa y á remitirme su importe. Yo acepté su oferta y le abracé conmovida, agradeciéndole lealmente aquel rasgo de desinteresada amistad.

Ocho días después llegué á Madrid; Julio, que acudió á recibirme á la estación, me refirió cuantos detalles sabía relativos á la muerte del marqués de Lágaro. Al verse abandonado por mí, apoderóse de él una terrible melancolía, encerróse en su casa evitando la molesta solicitud de sus amigos, no volvió á pisar un teatro y continuó emborrachándose, pero sin que nadie le viese, entre las cuatro paredes de su alcoba, como los desgraciados que beben para suicidarse: mis éxitos exacerbaban más y más su dolor; sus criados le oían llorar por las noches...

Yo, recordando las generosidades de Paco Narbona, también le lloré mucho; su vida fué calenturienta, devoradora, como el vivir de las cortesanas; toda su hacienda fué mía: jamás hizo conscientemente nada que pudiera perjudicarme ó disgustarme; el tiro que le mató, popularizando mi nombre, fué para mí su última bondad.

Desde entonces, los caballos de mi landó, mis

trajes, mis corsés, mis pantalones..., todo es negro. Muchos me llaman la *Dama Negra*. Este color, amén de orlarme con el recuerdo prestigioso de una leyenda romántica, perfecciona y exalta mi belleza; entre las gasas sombrías de mis camisas, mis senos parecen más blancos; bajo el ala de los grandes sombreros empenachados, sobre mi rostro pálido, los ojos y los labios viven la expresión atrayente, dramática y resignada á la vez, de los dolores inconsolables.

V

Mayo 1

Escribiendo estas *Memorias* imagino cumplir una misión moral. "Mañana saldría á escena—dijo Diderot—, y me estimaría más grande, haciendo llorar al malvado ante la virtud perseguida, que predicando desde un púlpito, con sotana y bonete cuadrado, tonterías religiosas interesantes sólo para los tontos que las creen."

Estas páginas escritas familiarmente, ingenuamente, con la sencillez de las confesiones que imaginamos, han de quedar eternamente calladas ó inéditas, tienen esa tristeza indefinible que en los espíritus fatigados parece renovarse á cada nuevo amanecer. Todo en el mundo muere y cambia, los nombres más preclaros se pierden, la fuerza coercitiva, abandonando las moléculas del granito, permite que los montes enhiestos se pulvericen; en la tumba donde

los restos de Espronceda descansaron, sus admiradores sólo hallaban, sesenta años más tarde, el hueso frontal del gran poeta, un zapato de charol y un puñado de polvo... ¡Ah! Si las heteras, que vivimos tan cerca del mundo, porque lo apresurado de nuestras emociones nos prohibe gozar vida interior, diésemos en publicar nuestros recuerdos, formaríamos una nutrida biblioteca que abonaría en pro del arrepentimiento y del ascetismo más que la *Imitación de Cristo* y todo el ramillete de obras místicas de su laya, pues nosotras, odiando la vida, sólo podemos enseñar á aborrecerla.

Nunca mejor que anoche, al presenciar desde el balcón de mi cuarto un eclipse de luna, he reconocido la insignificancia atómica de lo humano: la Luna lucía en un cielo límpido manchado solamente por un pequeño grupo de nubes plateadas: el eclipse comenzó; la Tierra, avanzando, pintaba sobre el disco pálido de su satélite una panza. "En esa curva—pensé—, está todo: mares, cordilleras, naciones, hombres, inmortalidad: las tumbas de Alejandro y Virgilio, las glorias de Lepanto, cuanto los pueblos fueron y serán cabe en el perímetro de esa sombra; yo misma estoy allí... ¿Y qué vale eso en la inmensidad del espacio...?"

Al salir de París, antes de que el tren comenzase á rodar, fuí á ver la locomotora que había de volverme á España y á los brazos de Julio en el breve intervalo de una noche. "Máquina—murmuré—, cuídate y procura no descarrilar ni embestir contra

ninguna hermana tuya, pues me llevas á mí, que corro hacia mi amor y no quiero morir sin abrazarle..." Y la máquina, en cuyas entrañas rugen la voluntad y la impaciencia, parecía comprenderme. Regresé á Madrid... ¿Y qué...? Todo continuaba idéntico á como yo lo conocí: calles, plazas, paseos; las casas que derribaron ó los edificios que los hombres, con su pausado laborar de abejas, levantaron, constituían detalles inapreciables que no turbaban las líneas generales del cuadro; y éste me pareció peor, más triste: únicamente las personas eran distintas: las más se habían perdido; las que quedaron me parecieron diferentes; y es que con los lugares ocurre lo que á los hombres con las mujeres ha tiempo poseídas; que las hallan invariablemente inferiores al recuerdo que de ellas conservan; y es porque hay algo intangible, pero excelsamente delicioso, que desaparece con las primeras impresiones, bien porque el tiempo trueca ó desluce los méritos del objeto considerado, ó porque, á espaldas de la conciencia, la imaginación generosa todo lo magnifica y lo encumbra. Los abismos, cuanto más hondos, mejor atraen: por eso el mundo, que es sima, seduce tanto; todo desaparece en ella; sobre su brocal negro, el tiempo teje los cendales grises del olvido.

Al releer los capítulos primeros de mi historia, sospecho que acaso algún espíritu inexperto podrá tildarlos de incongruentes ó deshilvanados, pues las escenas y los personajes se suceden sin que los actos de muchos de ellos influyan en la aparición ó eclip-

samiento de los restantes; pero la culpa, si culpa hay en ésto, no es mía, sino de la vida, donde los individuos van y vienen sin tener, en una inmensa pluralidad de casos, más que un leve y fugitivo contacto de codos.

Todos conocemos la impresión del teatro, lleno al principio de luces y aplausos, más tarde á oscuras, callado y vacío: las luces se apagan, los ruidos cesan, el cansancio empereza á los espectadores; el público se va: así es la vida... Ya lo dije en otra ocasión, queriendo desenvolver este mismo concepto: en los mundos físico y moral, todo es mudable: los flancos lapidarios de las esfinges, el lomo rugoso de las cordilleras, los contornos irresolutos de los mares, ¿qué son más que manifestaciones ó fases de una materia tan inconsciente y voltaria como la espuma de las olas; ni qué mayores títulos de solidez pueden ofrecer ante lo eterno que la hoja caída ó la nube que pasa? Y si esto ocurre á las creaciones seculares del basalto, el mármol ó el granito, ¿qué no les acontecerá á los hombres, inconscientes polichinelas arrancados al árbol de la vida, que cruzan el mundo empujados por el desatado huracán de las pasiones y del ensueño...? La historia es una especie de frase descolorida y ampulosa, como las carnes de esas mujeres rubias blanqueadas por la anemia: en éstas las venas y los músculos desaparecen bajo la grasa: en aquélla, las hazañas de los héroes y de los mártires, las conquistas de un pueblo, el idioma de toda una civilización, se borran bajo el buril igualador

del tiempo, achicándose como se empequeñecen los objetos camino del horizonte.

Al llegar á Madrid, sólo había cuatro ó cinco antiguos amigos que, al verme, demostraron gran contento; los demás, diríase que huyeron espantados por el suicidio del marqués.

—Indudablemente—pensé—, toda aquella generación ha concluído.

Una tarde saludé á un íntimo camarada de Paco Narbona, quien agarrándose á uno de esos ofrecimientos vulgares que la urbanidad y la costumbre nos imponen, fué á visitarme al día siguiente. Era un individuo que alargaba la cabeza para caminar, lo que descubría su fatiga. Más tarde, aún ignoro por qué, tornó á molestarme varias veces: siempre iba á la misma hora, asomando su cara triste por encima del cuello, un poco sucio, de su gabán abrochado. Bajo aquel gabán azul me parecía adivinar un cuchillo, la miseria, la delación, algo malo, en suma; sus viejas botas, al andar, jamás hicieron ruido. Consignando este último detalle, pienso que el calzado nuevo chilla porque no quiere doblegarse, porque se rebela á mancharse de barro; luego, vencida su protesta, se rinde y enmudece; así son los hombres vividos, como botas viejas, que, domadas por el uso, caminan por el arroyo callando y sin quejarse.

Aquel individuo, cuyo apellido he olvidado, es, con su silueta desdibujada y anónima, un símbolo de la vida en general, y particularmente, de mi pro-

pia vida. Mirando hacia atrás veo una multitud de cabezas pálidas; las rizadas cabelleras y los altos corbatines románticos pasaron; los fracs y los ahuecadores de las faldas femeninas cayeron en desuso: lo pretérito no tiene fuerza: modas, instituciones, músicas, costumbres, todo perece; los hijos, devorando á sus padres, vengan los crímenes de Saturno. Unicamente, dominando tantas mutaciones, aparece el egoísmo, ocupando siempre la cabecera del festín humano. Por eso escribo estas confesiones con desencanto y hastío profundos, segura de que el ropaje con que vayan vestidas poco ó ningún valimiento han de añadir al mérito de la esencia. "No hay que agradar á los tártaros—decía Daudet—, sino á los atenienses. Yo presumo que los atenienses, que depuraron sus gustos viviendo la vida, sabrán comprenderme."

La tarde del día veinticuatro de diciembre, Julio fué á verme después de almorzar; parecía muy abatido; yo le pregunté cuál era la razón de su disgusto.

—Es—repuso—que mi madre, á quien no veía desde muchos meses atrás, me ha invitado á cenar y no he sabido eludir el compromiso. ¿Qué hago...? Mi gusto sería cenar contigo...

Reflexioné un momento, pensando enternecida en mi madre, á quien escribí dos días antes. También la madre de Julio, aunque liviana, quería á su hijo.

—Cena con ella—repuse—; es tu deber.

Me molestaba hallarme separada de Julio durante esa velada que trae á nuestra memoria tantas añoranzas, y porque una larga experiencia me probó que las Nochebuenas de las cortesanas suelen ser muy tristes.

—¿Qué harás esta noche?—preguntó Julio.

—Nada.

—¿Quieres que, ya tarde, á las dos ó dos y media de la madrugada, venga á buscarte?

Vacilé un instante, halagada por su proposición; ¿pero cómo distraer las horas que hasta entonces faltaban...? De pronto cambié de pensamiento: yo necesitaba aturdirme, bebiendo ó hablando con alguien. Cualquiera de los amigos que diariamente me visitaban podría servirme para el caso.

—No vengas—repuse.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer: cenaré con el baroncito del Copo.

Con la brusquedad y concisión de mi respuesta me pareció haber lastimado á Julio, y añadí suavizando la voz y dándole palmaditas en las mejillas:

—Ese barón es un títere antipático...; pero, ¿qué remedio...? Ya me he comprometido...

Como siempre, Julio bajó la cabeza, absteniéndose de discutir mi voluntad.

Yo habitaba en aquella época un pisito entresuelo de la calle de Lope de Vega. El gabinete era una habitación moderna, con muebles frívolos y elegantes: formaban el mobiliario dos armarios de luna co-

locados simétricamente á ambos lados de la chimenea; jugueteros con entrepaños de cristal cargados de figulinas y sutiles chucherías perfectamente inútiles, confidentes de laca con asientos sedeños de brillantes colores y finamente bordados; butaquitas de felpa roja, mollares y emperezadoras como colchones de plumas: la alfombra y los cortinajes ahogaban los ruidos; adornaban las paredes cuadros y retratos empalidecidos por la penumbra; las notas vibrantes de la alegría y los apesarados arpegios del recuerdo dormían en las entrañas de un piano cerrado: al fondo, en la alcoba, bajo un pabellón negro, estaba el lecho, altar augusto donde se muere y se bebe el deleite y se llama á la vida...

Momentos después de haberse marchado Maldonado, y desmintiendo cuanto yo tenía previsto, llegó el baroncito del Copo: le recibí amablemente, con una afabilidad á la que el pobre hombre no estaba acostumbrado.

—¿Cómo tan temprano?—pregunté.

—He salido—repuso—con el exclusivo propósito de verte.

—Gracias. ¿Qué sucede? ¿Quieres quedarte á cenar conmigo?

Hizo un mohín significativo de disgusto; él no esperaba tanto; sólo deseaba pasar en mi compañía un rato agradable.

—Esta noche—añadió—, por ser Nochebuena, ceno con mi padre. Mis hermanas, mis primos, todas y todos..., me rodearon suplicándome; tuve que ceder...

La noticia me contrarió, mas no intenté apartar al barón de su resolución, considerando que aun era temprano y que aquella visita no sería la última de la tarde.

—Bien—dije, despidiendo al barón—, ve con tu familia; celebraré mucho qué te aburras...

Fuése amohinado y prometiendo volver al día siguiente. Después de cenar me acerqué al balcón, limpiando con una toalla el vaho que empañaba los cristales: la nieve caía en gruesos y apretados copos; la calle y los edificios, vestidos de blanco, dibujaron sobre el cielo negro sorprendente paisaje; los coches rodaban sin ruido; un murmullo lejano de tambores, panderetas y zambombas, llenaba el espacio. Al principio pensé ir al teatro ó á visitar á Carmen Arellano; pero pronto cambié de opinión; ya era tarde, los teatros terminaban temprano, Carmen, probablemente, habría salido con algún amigo... Preferí, pues, aguardar, y fuí á sentarme delante de la chimenea encendida, distrayéndome en contemplar cómo las llamas atacaban los trozos de leña. Mis reflexiones eran melancólicas; los cabellos, despeinados por las caricias inconscientes de los dedos, caían sobre mi frente; una expresión de apagado contento marchitaba la encendida fresa de los labios; mi cuerpo, apoltronado en un sillón, tenía el imponente y reposado abandono de las viejas estatuas. Sobre la chimenea había un reloj y el grupo escultórico de la eterna virgen huyendo del sátiro insaciable, cuyos dedos se crispaban sobre las

lamidas carnes marmóreas de la fugitiva; y eran dos objetos que simbolizaban el tiempo y el deseo: lo insconsciente, lo más triste, lo que pasa...

Permanecí absorta largo rato, el ánimo distraído en la contemplación de personas y parajes remotos. Yo era niña: tal día como aquél, no bien comenzaba á despuntar la aurora, mi madre nos llevaba, á Milagro y á mí, á la iglesia y luego á la plaza del mercado, de donde volvíamos provistas de pescados, frutas, tarros de rica almíbar, turrón y otras vituallas: el resto de la mañana lo empleábamos en preparar las inevitables fuentes de natillas y de arroz con leche, y asistir á la degollación del inocente pavo ó del lucio marranito, que al día siguiente serían sacrificados á la contenida voracidad de nuestros comensales. Terminado el almuerzo, me veía corriendo por las calles del pueblo con otras chiquillas de mi edad, trepando á los árboles ó encendiendo hogueras en el ejido; hogueras enormes que luego saltábamos recogiéndonos las faldillas á la cintura y con grave riesgo de morir abrasadas. También evoqué las últimas escenas de aquella jornada tan dulce: la cocina, con su ancha campana, bajo la cual nací y envejecieron mis abuelos, y la mesa familiar, presidida por mi padre, alrededor de la que nuestros parientes se agrupaban, mostrando sobre sus servilletas, anudadas al cuello, sus rostros á lo Van-Dyck, enrojecidos por la alegría, las conversaciones y el vino... Y pasados aquellos tiempos, acudía á mi memoria el tropel de mis Nochebuenas

errantes, solitarias, pasadas con gentes que me aburrían...

Interrumpí mi soliloquio para mirar al reloj; ¡eran las nueve y media...! ¿Que hacer...? Seguí pensando, recordando...

Antes del almuerzo había salido á pasear un rato en coche: frente al casino vi á Jacinto Valero, que me rogó le llevase á una casa de la calle de Serrano; iba apestando á esencias, elegante, limpísimo, cursi y amanerado como un figurín. Valero es un dichoso que jamás tiene que hacer; el dormir, como el comer, como los quehaceres más perentorios de la vida, los acepta y cumple tranqüilamente, cual si todos fuesen para su holgachona conciencia asuntos de pasatiempo y mínima cuantía. Nadie, pues, como Jacinto para aliviar el fastidio de una noche. Al despedirnos le pregunté:

—¿Dónde irás esta noche?

—Al teatro.

Su respuesta era consoladora.

—Te espero á cenar—dije.

—¿Cuándo?

—A última hora.

—Imposible—exclamó—; estoy invitado en casa de Francisca..., ya la conoces..., mi novia, una chiquilla riquísima, con quien he de casarme antes de quedar arruinado completamente.

De regreso encontré otros amigos, y todos me dijeron lo mismo; por lo visto, yo iba á ser la única persona que aquella noche cenaría sola en Madrid.

Mis conversaciones con Julio Maldonado y con el baroncito del Copo corroboraron tal pensamiento. Finalmente, mis dos criadas vinieron á pedirme permiso para ir... ¡no sé dónde...!, y como su sociedad nada podía consolarme, las dejé marchar.

Dieron las diez; mi cuarto solitario vibraba estremecido por el clamor tempestuoso de las panderetas, tambores y castañuelas que repicaban los vecinos de los cuartos inmediatos. Aquel regocijo vulgar traspasaba mi alma, rompía mis nervios, erizaba de alfileres el sillón donde estaba sentada. Me levanté, nuevos recuerdos invadían mis pensamientos. ¿Qué hice el año anterior...? ¡Ah, sí...! La Nochebuena anterior la pasé en París con Luanco, un viejo millonario americano á quien le olía el aliento muy mal; y, además, raro..., ¡muy raro...! Eso pocas mujeres lo sabrán mejor que yo... ¡Oh, qué asco...! Vivir siempre así, pasando de unos brazos á otros sin recibir en el alma ninguna emoción verdaderamente agradable...

Volví á pensar en Julio; todavía podría recobrarle enviándole un aviso; me contuve; el pobre muchacho estaba con su madre; yo misma le autoricé y aconsejé para hacerlo así, y las madres, sean livianas ó castas, siempre deben ser respetables para sus hijos. Recordé también que aún podía ir al teatro, zurcir una aventura cualquiera; mas, ¿para qué...? De pronto quise acostarme; aquella idea me sedujo rápidamente; sí, ¡qué bien...! Estando sola podría soñar, refugiarme en la niñez, animar los

viejos verdores, revivir las horas dulces que pasaron.

Al dirigirme á la alcoba, el timbre de la escalera vibró con repique corto y agudo. Aquello me contrarió. No siendo á Julio, estaba resuelta á no recibir á nadie. Volvieron á llamar.

—De todos modos—pensé—, quien sea tiene prisa en llegar á mí.

Deseando conocer al importuno, crucé el salón y seguí por los pasillos, haciendo girar los botones de las luces eléctricas; ya en el recibimiento, pregunté quedamente, acercando los labios á la mirilla de la puerta:

—¿Quién es?

—Yo.

—No conozco esa voz.

—Yo, mujer; abre.

—¿Jacinto Valero?

—El mismo: abre pronto, me muero de frío...

—No puedo recibirte. Está el barón del Copo conmigo...; habla más bajo...

—¡Malos diablos le lleven al barón!

—A última hora se le ocurrió acompañarme..., y como yo no te esperaba...

Hablando así sonreía silenciosa, llevándome un pañuelo á los labios. Jacinto Valero, lanzando entrecortados suspirones de despecho, preguntó:

—Pero..., ¿no puedes abrir un poquito la puerta?

—Imposible, y habla más bajo: el barón está despierto.

—¿Y tus criadas?

El pobre muchacho se avenía y resignaba con todo.

—Mis criadas—repuse—han salido. Con que no charlemos más. Hasta mañana.

Jacinto comenzó á golpear la puerta suavemente con los nudillos.

—Oye..., oye...

—¿Qué hay?

—¿Cómo salgo á la calle?

—¿A mí qué me cuentas?

—¿No tienes llave de la portería?

—No.

—¿Y entonces?

—Ten paciencia y espera en el zaguán á que llegue algún vecino.

—Pero...

—Adiós, adiós...

Volví á mi dormitorio y me acosté. Perfectamente; alguna noche había de dedicarla á mí, discutir conmigo misma, recordar, pertenecerme... ¡Fuera importunos! ¡Al infierno los jovenzuelos boquirrubios, oliendo todavía á carne impúber, y los pegajosos viejos...! Por primera vez, después de mucho tiempo, podría desnudarme sola, sin la preocupación del amigo exigente que observa. Hasta me alegré de que Julio Maldonado no estuviese allí.

La Nochebuena es la noche de las familias: los hermanos que tienen hogares distintos se reunen;

los camaradas íntimos se buscan; los hijos calaveras, oyendo el ruido salvaje de las zambombas, recuerdan su niñez, y vuelven á cobijarse unas horas bajo el techo paterno. Esa noche los maridos no salen, las esposas triunfan; es la noche de los tranquilos esparcimientos conyugales. ¡Pero, en fin...! También para nosotras, las cortesanas, las pobres mujeres de todo el mundo, sin familia y sin hogar, esta noche puede ser agradable. Como simbolizamos lo prohibido, todos nos huyen hoy. ¡Mejor...! Así nadie viene á molestarnos. Y una noche tranquila, sin hablar con nadie, sin oir obscenidades, sin fingir pasión, sin mentir sonrisas, sin inventar conversaciones entretenidas, sin pensar en hacernos deseables; una noche de reposo, de verdadero abandono; una noche sin volver la cabeza para recibir en las mejillas los besos que repugnaríamos soportar en la boca; una noche sin balbucear, entre falsos arrebatos de amor, el hueco "te amo...", ¡es para nosotras Nochebuena...!

Aquel invierno llevó al cementerio mucha gente; entre otros, al conde Padrós, al simpático vividor Pepe Lorca, de quien ya hablé en otra ocasión, y al célebre tenor Azquerino. También falleció mi inolvidable amigo don Pablo Ardémiz. La noticia de que el bondadoso don Pablo estaba agonizando, causóme emoción profundísima. Julio fué portador de la mala nueva.

—¿Cómo—exclamé—, de qué se muere y desde cuándo?

—Hace dos semanas que está enfermo; ayer su estado se agravó mucho; digiere mal; además, el frío, según opinión de los médicos, es un veneno para él; creo que tiene deshecho el aparato respiratorio.

Salté de la cama, y, vestida de cualquier modo, corrí á casa de Ardémiz; allí saludé á Martina Olivares, una rubia guapísima, querida del barón de San Lucas, don Carlos Grau, y otras dos ancianas muy elegantes y peripuestas, á quienes conocía de vista; una de ellas había sido actriz. Don Pablo tenía alquiladas dos habitaciones en una casa de huéspedes de la calle de Cañizares; allí fueron reuniéndose durante el resto de la tarde varias personas, hombres y mujeres, á quienes yo también saludaba.

El moribundo no me reconoció: la agonía cerró sus ojos y sus oídos; una mano exangüe reposaba sobre las colchas con reposo que ya sería eterno; los largos cabellos blancos de la venerable cabeza se adherían á la frente sudorosa; jadeo insólito entreabría los labios, plegados despreciativamente por la mueca desdeñosa con que la muerte despide á sus presas de la vida; sobre el bigote amarillento, la afilada nariz se retorcía. Mis párpados se llenaron de lágrimas, y fuí á sentarme en un diván, esperando el desenlace inevitable de aquella tragedia, mientras rebuscaba en mi cabeza las oraciones que me enseñó mi madre; después llegaron Carmen Arellano y Augusta; ¡todas caminaban de puntillas, interro-

gándonos con la mirada, cambiando efusivos y elocuentes apretones de manos, y luego se sentaron, formando con sus semblantes juveniles y tristes una especie de ramillete de flores mustias. El médico llegó más tarde, marchándose en seguida, luego de desahuciar al paciente con una ojeada inequívoca; los dueños de la casa entraban ó salían de la habitación á cada momento, cambiando frases breves con Victorina Zúa, la antigua actriz, como recibiendo instrucciones acerca de cuanto debía hacerse. Ella fué también quien ordenó que llamasen al cura; á la terrible ceremonia de la Extremaunción asistimos todos de rodillas; el enfermo dejóse ungir las manos y los pies sin estremecerse; el sacerdote salió del dormitorio, y un momento después tornó á sonar en el vacío de la calle silenciosa la fatídica campanilla del Viático. A las once y cuarenta de la noche, don Pablo Ardémiz comenzó á temblar; todas nos levantamos, rodeando su lecho, inclinándonos sobre su rostro lívido; excepción hecha del hospedero, que permanecía cruzado de brazos junto á la puerta, ningún otro hombre nos acompañaba; nosotras continuábamos esperando la extinción de aquella vida tan querida; las ropas del lecho ampararon muchas lágrimas. De pronto don Pablo abrió los ojos, sus ojos dulces, llenos de inmensa bondad, cuya expresión recordará mi alma eternamente. Después abrió los brazos, murmurando:

—Más cerca..., más cerca...

Todas le obedecimos, estrechándonos lo más po-

sible, mirando aquella boca que siempre acogió con sonrisa fortificante y consoladora nuestras pesadumbres; su agonía tuvo la majestad de los postreros momentos de Víctor Hugo, aquel gran Amadis de la justicia y de los débiles: perdiéndole creíamos perder al dios inefable de la tolerancia y del consejo, y una angustia infinita nos embargaba. Don Pablo había vuelto á cerrar los párpados.

—¡Ya...!—murmuró Carmen.

Victorina Zúa, que estaba apoyada de codos sobre la almohada, aproximó su cara á los labios del moribundo.

—Aun no—repuso.

—¡Pobrecito!

—Pobre don Pablo...; descanse en paz...

Nuestras lágrimas corrían goteando sobre el lecho, empapando el embozo; nuestros suspiros ahogados formaban un murmullo más conmovedor que una plegaria; prescindiendo de aquellas dos ancianas, cuya historia desconocíamos, ninguna de nosotras fué querida de Ardémiz, y no obstante le llorábamos como al más amado de los hombres; todas teníamos algo que agradecerle; unas fueron discípulas suyas de piano, otras de francés: Martina Olivares recibió de don Pablo un consejo que más tarde valió una fortuna: la inmensa confianza que su discreción y mundano talento inspiraban, nos obligó á mostrarle desnudas nuestras almas, llorando ó riendo delante de él: era, pues, como un anciano confesor, para quien nuestras historias no guardaban misterios.

Don Pablo se ahogaba; abrió los ojos, turbios ya; luego la boca...

—Adiós...—murmuró.

Fué su última palabra; sus labios, que se contrajeron tal vez para pronunciar la primera sílaba de un nombre, volvieron á abrirse, enmudeciendo perpetuamente; en aquel supremo trance, nuestras miradas, cediendo al mismo presentimiento, convergieron sobre la rugosa faz de Victorina Zúa, bajo cuyos cabellos blancos adivinábamos una larga historia de pasión hacia el muerto.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, el cadáver de don Pablo Ardémiz cruzaba por delante de Fornos; del cielo plomizo caía apretada llovizna; el coche mortuorio rodaba despacio sobre la nieve; muchos transeuntes saludaban el fúnebre convoy, otros pasaban de largo embozados en sus capas, porque el frío era grande: sobre el ataúd, el cariño de los supervivientes había colocado algunas coronas; una de ellas decía:

"A don Pablo Ardémiz, sus amigos del Café Suizo."

"A don Pablo Ardémiz. Recuerdo de treinta y seis años de amistad. Victorina Zúa."

Y otra:

"A don Pablo. Nieves Labarte,"

Dedicatorias todas que expresaban, con sencillez doliente, ese hueco imborrable abierto entre los vivos por los seres amados que se van. En cada una de las cintas correspondientes á las demás coronas,

había un nombre de mujer. Don Pablo no tenía hijos ni parientes conocidos; el séquito de su entierro lo formaron varios modestos coches de alquiler y los landós de las cortesanas más en boga. Augusta Cáceres, Martina Olivares, Carmen Arellano, Luisita Luján... y otras.

Mientras mi coche avanzaba cabeceando por el camino que lleva á la sacramental de San Justo, Consuelo Vera y yo, recordando la existencia mundana y no obstante impenetrable de nuestro común amigo, nos preguntábamos:

—¿De qué viviría don Pablo?

Por la noche, hablando con mis amigos del hombre cuyo grato recuerdo tanto nos preocupaba, pude satisfacer mi curiosidad. Victorina Zúa, aquella otra vieja á quien vi un momento, y cuyo nombre he olvidado, y algunas más, mantenían á don Pablo Ardémiz, vistiéndole, protegiéndole secretamente, con ese disimulo impenetrable con que las almas nobles saben corresponder á los favores recibidos, pagándole sus pequeños gastos de anciano pacífico, para quien el vicio y las pasiones dejaron de ser un peligro. Don Pablo, pues, vivía de las mujeres. ¿En calidad de amante...? No, en calidad de amante, no; sí en concepto de *iniciador*, de consejero, de hermano.

Antaño don Pablo había sido cariñoso vencedor de muchas de ellas; algunas llegaron vírgenes á sus brazos; otras, no..., pero de otras fué maestro doctísimo en el arte de conocer los peligros y bajíos del

mar de la vida; él enseñólas el modo de decir bien lo que se quiere y de traslucir, cuando conviene, lo que no se dice; el secreto de represar á los intemperantes, de enardecer á los tímidos, de rendir y avasallar á los indiferentes y á los ingratos, y de retener á los amantes que suspiran por su libertad y quieren marcharse. Y descubrióles también la manera de vestirse, y mejor aún, el hechicero secreto de desnudarse poco á poco... Criado entre cortesanas y conocedor de ese combate delirante del dinero por el placer, en que sucumben sin gloria tantas mujeres bonitas, Ardémiz nos compadecía sinceramente, poniendo á nuestro servicio su extenso saber; y por eso, ocho ó diez de nosotras, viéndole anciano y pobre, acordaron mantenerle y vestirle; por cariño filial, por casto y purísimo agradecimiento..., ¡porque fué bueno y tolerante para con todas...! ¡Pobre don Pablo! Recordándole, mis ojos se llenan de lágrimas; á su modo fué un filántropo, un gran filántropo. Jamás olvidaré la última tarde que, hallándome afligida por la muerte del marqués de Lágaro, sus manos paternales acariciaron mis cabellos...

Julio había comenzado á estudiar el primer curso de Derecho; su título de bachiller, del cual estaba yo tan orgullosa como él mismo, ocupaba en mi comedor lugar preferente. Julio me enseñaba los programas de sus asignaturas y las notas y apuntes que por las mañanas obtenía repasando en la biblioteca de la Universidad aburridos infolios; y yo lo examinaba todo, felicitándole por su varonil laboriosidad

y animándole con mi aplauso. Como por aquella época yo carecía de amante oficial, érame fácil disponer mis actos libremente, si bien moviéndome siempre dentro del círculo, más ó menos amplio, con que la necesidad oprime á todos sus esclavos; y usando de esta independencia permitíame el gustazo de retener á Julio cerca de mí algunas horas del día y no pocas noches. Mientras él estudiaba, yo, absorta en la contemplación de aquella obra mía, pasaba largos ratos fumando cigarrillos; por las noches eran tales la solicitud y apasionamiento de mi amor, que se me iba el sueño viéndole dormir, la boca entreabierta, el rostro hundido confiadamente en la ola de mis cabellos perfumados.

Conociendo por mí misma el negro porvenir de los hijos sin padre, procuraba asegurar á mi amado un mañana sereno, y acrecentar aquellas felices aptitudes de perseverancia y comprensión que tan gallardo norte daban á su espíritu. Julio Maldonado recompensaba mi solicitud amándome, no como suelen hacerlo los hombres, que desean á la mujer vulgarmente, con el apetito puramente sensual que inspira un manjar exquisito ó un vaso de Champagne, sino con pasión respetuosa, más atenta á mi propio goce que al suyo. El uso malpara y desluce el amor mercenario, mientras el desinteresado suele cobrar á cada nueva posesión reciente y esclarecido brillo. La ciencia ó el arte no divorcian al hombre de la mujer inteligente, pues ella le excita y acompaña en su trabajo, y esta comunidad de anhelos, cópula

ideal de los espíritus, es más íntima, fuerte y duradera que la convulsión carnal de dos cuerpos abrazados. Sólo así puedo comprender el génesis y desenvolvimiento de la pasión en que Julio y yo ardíamos; yo soy luz de sus ojos, él estrella marinera de mi alma y también sombra fiel y solícita que sigue mis pasos; y nos amamos, no porque haya en uno de nosotros cualidades que el otro no tenga, sí porque él aborrece ó desea con mi voluntad, como yo no sé querer más que lo por él hallado apetecible, ni fantasear cosa que él no estime digna de ser imaginada, ni seguir otros caminos que aquellos por donde fueron su afición ó su capricho. La fusión de nuestras almas es completa; nos amamos; he aquí una pasión que, por larga que sea mi vida, siempre podré poner en presente.

No obstante vivir tan cerca de Julio, de cuando en cuando tenía necesidad ineludible de correr aventuras escandalosas, de aturdirme con las originalidades obscenas del amor y del vino. Carmen Arellano, Augusta y Consuelito Vera solían emborracharse conmigo: aquellas expansiones tumultuosas eran resabios de nuestra vida antigua, ó como erupciones de una enfermedad virulenta mal curada.

Una noche estábamos mis tres amigas predilectas, Jacinto Valero y otros dos individuos cenando en un comedor de Fornos; Augusta, que toca la guitarra muy bien y tiene buena voz, era la heroína de la fiesta. Alguien propuso comer en las ventas de Amaniel una paella valenciana, pero una gran pae-

lla acompañada de otros platos de gustoso sabor y copiosamente regada con vinos de Jerez y Burdeos.

—Con quinientas pesetas—agregó el ponente—tenemos bastante.

Yo intervine.

—Vuestras orgías—exclamé—son ridículas; creéis de buena fe ser genios del desorden y emular las hazañas de Alcibiades ó de Byron gastando dos mil reales en un almuerzo para cinco ó seis personas. Yo, la más pobre, soy la más arriesgada y valgo más que todos vosotros.

Me había levantado para hablar, y movía los brazos con ademanes oratorios de caricaturesca majestad.

—¿Aceptáis una proposición?—añadí.

Todos, enardecidos alegremente por el vino, respondieron á coro:

—¡Sí!

—¿Queréis asistir á un banquete íntimo que desde ahora comenzaré á organizar para dentro de tres ó cuatro días?

—¡Sí!

—Pues quedáis invitados; y si en la fiesta no gasto, por lo menos, mil pesetas, tendréis derecho á decir en todas partes, en el café, en el círculo, en la prensa, donde queráis: "Abusaron de nuestra credulidad, nos han vendido; Isabel Ortego nos ha estafado..."

Fuí muy aplaudida; luego procedimos á examinar fraternalmente de dónde podría sacar los cuatro mil

reales de la proyectada comilona, pues yo confesé que no los tenía. Cada cual discurrió un plan, y todos me parecieron ineficaces y vulgares.

—Lo mejor será—dije—rifarme. Organicemos una rifa de doscientas cincuenta papeletas, por ejemplo, á dos duros cada papeleta. ¿No creéis que habrá en Madrid doscientos cincuenta caballeros de buen gusto que aspiren á mi mano izquierda...? ¡Pues ya tenemos reunidos dos mil reales sin contar las pujas que luego mis adoradores entablen! Esto, si vosotros os ocupáis de divulgar la noticia discretamente, no es difícil. Yo, como sabéis, estoy en moda, me conoce muchísima gente, y el premio otorgado al individuo favorecido por la suerte será una noche mía de amor. ¿Quién no es capaz de tentar, por diez pesetas, la posibilidad de obtenerme? Esto, por lo que á vosotros concierne; en cuanto á mí, juro desde ahora cumplir solemnemente lo ofrecido.

Mi proposición fué calurosamente aplaudida; todos me abrazaron, prometiendo trabajar activamente en la organización de aquella fiesta originalísima y sin antecedentes en la historia de los disparates humanos. Se acordó también celebrar mi sorteo en un salón de baile que por aquella época había en la Costanilla de los Ángeles; detalláronse algunos pormenores; Jacinto Valero propuso que, pues todas las personas que concurriesen á la rifa serían amigos ó, por lo menos, conocidos nuestros, no había inconveniente en convidar á la paella al esposo que la fortuna me deparase. Yo asentí á cuanto unos y otros

dijeron, buscando en todo ello, más que nada, un nuevo reclamo para mi nombre.

A la semana siguiente verificóse el sorteo. La noticia, como es de presumir, corrió velozmente de boca en boca, reuniendo más de trescientos curiosos; no había papeletas para tantos; los números se imprimieron por duplicado; en el salón la curiosidad y el vicio allegaron lo más granadito de las tertulias y casinos cortesanos; los fracs, los gabanes de pieles y los sombreros de copa abundaban. También fueron muchas mujeres de la cáscara amarga. Cada concurrente llevaba un número que recogió y pagó al entrar. Sobre el retablo donde se colocaba la música había una mesa y cuatro sillones, uno de los cuales ocupé yo; constituían el tribunal ó jurado que había de dirigir la rifa, el presidente, vicepresidente y secretario de la Sociedad Terpsícore, que celebraba sus bailes en aquel local todos los miércoles y sábados.

A las doce de la noche comenzó el espectáculo; el baroncito del Copo, que oficiaba de secretario, comenzó á cantar los números:

—¡Ocho..., treinta y cinco..., doscientos diez...!

Yo había cogido al azar, del bombo donde las papeletas fueron depositadas, un número cualquiera; el cuarenta; los que iban saliendo eran apuntados en una pizarra; claro es, por consiguiente, que el único número que el secretario dejase de cantar era el mío; tantas operaciones se idearon sin otro objeto que el de amenizar el espectáculo, acrecentando su interés

con hábiles rodeos y probando al público la imparcialidad y absoluta buena fe del tribunal. El barón del Copo había exclamado:

—¡Señores...! El cuarenta. ¿Quién lo tiene?

—Yo—dijo una voz.

Todas las cabezas se volvieron hacia el último que había hablado; era Juanito Pozo, que avanzaba recibiendo enhorabuenas y afectuosos apretones de mano.

—Señor Pozo—exclamó el secretario enfáticamente—, la señorita Ortego le pertenece, á no ser que alguno de estos señores quiera pujarla.

Julián protestaba, pues la suerte le favoreció; yo era suya y nadie podía disputarle su posesión; para tranquilizarle le dije que, si me pujaba ó permitía que me pujasen los demás, seríamos amigos; él se conformó.

—¿Quién da más de diez pesetas por la señorita Ortego?—decía el barón.

El anciano marqués de San Juan, don Miguel Vélez, repuso:

—Doy trescientas pesetas.

—Cuatrocientas—contestó Lágara.

—Quinientas.

—Setecientas...

—Setecientas cincuenta...—gritaban otras voces.

—¡Cincuenta más!

Exaltados los ánimos por los dobles acicates del deseo y del amor propio, continuaron aumentando mi precio; yo reía á carcajadas y conmigo todas mis

amigas; las pujas continuaron subiendo de diez en diez duros, y según la tasación era más alta, los luchadores menos fuertes se retiraban; diríase que iban á comprarme para toda la vida, que no para una noche. El vizconde de Algorta lanzó una oferta conmovedora.

—Doy mil quinientas pesetas.

—Dos mil—repuso secamente el marqués de San Juan.

Aquella era la artillería de grueso calibre, única que en tan desesperados momentos podía resolver el desenlace del empeñado torneo.

—Dos mil cien pesetas.

—Cincuenta más.

—Doy otras cincuenta.

—Y yo.

—Y yo.

El baroncito del Copo, alzando los brazos cómicamente sobre su atolondrada cabeza, repetía:

—Hasta ahora dan por la señorita Isabel Ortego dos mil trescientas pesetas. ¿Hay quien dé más, señores? ¿Hay quien dé más?

Insensiblemente los paladines tardaban más en responder, parecían fatigados, como viajeros que van llegando sin alientos al término de una dura y peligrosa ascensión. Cada nueva oferta iba precedida de breves comentarios sostenidos en voz baja, y luego quedaban resonando majestuosamente en el silencio de la sala, humillando á los tímidos; las agitadas palpitaciones de aquellos corazones convulsos llega-

ban á mí entonando una rara canción. Al fin quedó vencedor, y mereció los plácemes y alabanzas de todos, un tal don Facundo, á quien yo conocía mucho de vista y cuyo apellido y títulos nobiliarios he olvidado, el cual llegó á ofrecer por mí tres mil doscientas pesetas.

Fuí suya y recuerdo que, al subir á su coche, un leve sentimiento de despecho amargaba mi júbilo; él quiso averiguar la razón de mi silencio y mal humor.

—Siempre es depresivo—repuse—para una mujer como yo, convencerse ante una reunión de hombres inteligentes de que sólo vale seiscientos cuarenta duros...

Al otro día don Facundo y yo fuimos al merendero de las Ventas del Espíritu Santo, donde Augusta, Consuelo y Carmen Arellano nos esperaban con sus amigos. La orgía fué delirante. Por la noche aquellos degenerados regresaron á Madrid para entregarse, en cierto lupanar que Jacinto Valero conocía, á refinamientos abominables. Yo pagué todo el gasto. Cuarenta y ocho horas después regresé á mi casa; Julio me esperaba estudiando y, aunque parecía tranquilo, el encendido color de sus ojos me demostró que había llorado. Le abracé conmovida, queriendo resarcirle en un momento de todas sus penas.

—¡Bah, tonto—murmuré—, tonto...! Yo no quiero á nadie más que á ti.

Aquella misma semana, y antes de entremeterme

en nuevos gastos, envié á mi pueblo, y á nombre del cura don Joaquín, las dos mil doscientas veinte pesetas que me quedaban de la rifa.

26 mayo.

Con lo que seguidamente voy á referir, comienza una de las partes más importantes y duraderas de mi revuelta y peregrina historia.

Una noche Consuelito Vera fué á buscarme para ir á casa de Augusta Cáceres, donde nos esperaban dos títulos de Castilla muy interesados en conocernos. Fuimos; eran las once. En el gabinete estaban Augusta y un caballero cincuentón, alto y enjuto, metido en una amplia levita de purísimo corte inglés, el semblante pulcramente afeitado, los ojos pardos de aguda y tranquila expresión, los blancos cabellos peinados hacia atrás. Era don Felipe Reina, vizconde del Pretil; sus labios volterianos, sinuosos y delgados, revelaban el íntimo desdén que aquel espíritu gastado sentía hacia todo; las cejas, contraídas hacia arriba por el hábito de escuchar, daban á su ceño expresión atrayente de amabilidad y complacencia; dentro de los discos de oro que adornaban los puños de su camisa, refulgían dos estrellitas de brillantes. Augusta estaba de mal humor; su amigo Hermenegildo se había marchado, el otro caballero que prometió acompañarnos no podía venir; esta última noticia disgustó á Consuelo.

—Pues no tenemos nada mejor que hacer—dijo

Augusta—, vamos á casa de Inés, la *Tristona*. Su amigo Isaac Celaya está agonizando...; la pobre, seguramente, se alegrará de vernos allí.

Consuelo Vera y yo nos miramos buscando cada cual, en los ojos de la otra, una respuesta á lo que Augusta proponía; después miramos al vizconde. Don Felipe se encogió de hombros.

—Lo que ustedes gusten—dijo—; yo no conozco ni á Isaac ni á su amiga; pero esto no importa: si quieren ustedes ir, yo las acompaño con mucho gusto.

Inés vivía en la calle del Olivar; como la noche era templada, recorrimos el camino á pie; Augusta y Consuelo iban delante, riendo y charlando bajo sus anchos sombreros floridos; Felipe Reina hablaba animadamente dirimiendo conmigo una reñida cuestión de psicología amorosa, y como no fuese la mía la parte peor ni más deslucida del torneo, el vizconde exclamaba á cada momento, mirándome de hito en hito con gesto de leal admiración:

—¡Carambola, carambola...! No creía que tuviese usted tanto ingenio.

Después, vivamente interesado por mí, preguntó:

—Ha leído usted mucho. ¿De dónde es usted?

—Andaluza; sevillana...

—¡Ah...! Puede usted vanagloriarse de haber recibido ilustración y educación superiores. Yo, que pasé gran parte de mi juventud en el Extranjero, lo afirmo: sabe usted demasiado para vivir en este pobre país; ciertamente no merecía usted ser española.

Inés nos recibió llorando; los años habían matado en ella el deseo de agradar; sobre su vientre, hinchado por una antigua enfermedad secreta mal curada, se desplomaban los pechos lacios, desjugados y tristes.

—¿Cómo está Isaac?—preguntamos.

—Muy mal...; probablemente morirá antes de que salga el sol.

Penetramos en la alcoba del moribundo: allí estaba mi antiguo amante el novelista Mariano Cortés, acompañado de otro muchacho muy joven y de una mujer á quien yo no conocía. Hablamos rápidamente y en voz baja, cambiando un disimulando apretón de manos.

—¿Vienes á estudiar literatura, verdad?—le pregunté—. Seguramente no traes otro propósito que el de interpolar la agonía de este desgraciado entre dos cuartillas.

Sonrió ligeramente.

—¿Qué es de tu vida?—dijo.

—Nada; ¡psch...!, como siempre, ya ves...

—¿Te acuerdas mucho de mí?

Me alcé de hombros.

—No—repuse—; de ti, como de otros, me acuerdo poco, muy poco..., pues pasasteis por mi lado demasiado de prisa. ¡Ya lo sabes! Fuisteis para mí como esas estaciones casi anónimas, donde los trenes expresos sólo se detienen un minuto.

Mariano Cortés me miró pensativo y, sin responder, hizo un nudo en su pañuelo. Lancé una carca-

jada; fué una risa estridente, que obligó al vizconde á volver hacia mí la prudente cabeza.

—Ya suponía—exclamé—que en esta conversación había de regalarte una frase, por lo menos. Eres el hombre más aprovechado que conozco, pues vives de lo que escribes y sólo novelas aquello que has vivido, de donde se deduce que todo lo vives dos veces. Confiesa: ¿cuánto te dieron tus editores por haber estado en relaciones conmigo...?

La cabeza de Isaac Celaya, reposando sobre dos almohadas muy altas, tenía ya la elocuencia enigmática de las cabezas muertas: la frente bruñida y bombeada, brillando á la luz; los ojos hundidos, anegados en dos círculos violáceos; el semblante terminaba en una barbita puntiaguda, como el de aquella eterna alma desequilibrada que Greco pintó tantas veces sobre un fondo de hollín; su nariz aguileña y sus labios exangües, convulsivamente cerrados, presentían la quietud de lo inerte; de cuando en cuando los pulmones, heridos por la tisis, destosían fatigados.

—¿Cómo anda ese valor, Isaac?—pregunté.

Los ojos de Celaya, distraídos por la agonía, se fijaron en mí.

—¡Ah, es usted, Isabel...! Sí, estoy mal, me ahogo... El tiempo... no me ayuda... Este verano... ya se lo he dicho á Inés..., quiero volver á mi pueblo. Allí, con los baños de mar... me repondré...

Todos escuchábamos gravemente, como procurando conservar el eco de aquella voz que había de

extinguirse muy pronto, y el perfil de aquel rostro que nadie volvería á ver en ninguna parte. La campanilla de la puerta de la escalera vibró largamente; luego oímos la jubilosa algarabía de varias personas que iban allí á pasar la noche; después apareció una camarera pidiéndole á Inés, que lloraba en un rincón, tras su delantal, dos sábanas limpias. Observé que Mariano Cortés lo estudiaba todo, buscando en su imaginación de artista la forma gallarda de aquellas confusas sensaciones. Los amores de Inés y Celaya formaban una historia vulgar. Se conocieron, muchos años antes, en cierta casa de lenocinio que Isaac frecuentaba. Una noche Celaya rogó á su amiga le permitiese pernoctar allí, pues no tenía donde dormir. Esta fué la primera vez que sus almas, descubriéndose mutuamente sus cuitas, se comprendieron y simpatizaron. Inés comenzó á entregarse á Isaac por capricho, por consolarle, y concluyeron por irse á vivir juntos: ella tenía algunos muebles y buscó dos mujeres que la ayudaron á establecerse, pues eran trabajadoras y bonitas; él protegía los intereses de su amiga cuidando la casa, impidiendo cuantos escándalos pudiesen perjudicar la naciente industria. En medio de aquel cieno los dos envejecieron felices: fué uno de esos idilios oscuros que resbalan inadvertidos bajo la bulliciosa alegría de los honrados y de los fuertes.

Cuando salimos del dormitorio, Inés volvía anegada en lágrimas; inútilmente procuramos reanimarla; su dolor no tenía consuelo; Celaya era el único

hombre que no la había vendido; los dos estaban solos, los dos se necesitaban.

—Muerto él—decía—, ¿á quién le contaré mis penas...?

Mariano llamó mi atención tocándome en el brazo; quería presentarme á su amigo.

—Fortunato Muñoz, diez y ocho años, estudiante... Quiere ser amigo tuyo. Parece que, repentinamente, se ha enamorado de ti...

Delante de mí un jovenzuelo, rojo de vergüenza, se inclinaba respetuoso: para ahorrarle las molestias de aquella situación, mi mano estrechó la suya, que estaba fría y trémula. Mariano agregó:

—Te lo recomiendo; es un alma virgen. A ti también, que eres artista, te gustan las impresiones nuevas.

Dos semanas hacía que don Felipe Reina, vizconde del Pretil, era mi amante, y aunque ya llevamos viviendo juntos más de un año, aún disto mucho de penetrar su difícil y ambagiosa psicología. Felipe, es el modelo arquetipo del perfecto diplomático; habla sin apasionarse, aunque elocuentemente siempre, y tiene aquel gesto sobrio que tanto recomendaba Diderot á los actores: aunque sus labios insulten, sus ojos, eternamente indiferentes, sonríen; su rostro afeitado, viviendo sobre la apacible media luna de sus cabellos blancos, encubre algo impenetrable. He aquí un hombre á quien no podré conocer si, como dice el adagio, no como antes en su compañía una arroba de sal.

No obstante, yo me sentí atraída hacia él, no ya por su generosidad y afable trato, sino por aquella superioridad mundana y aquel inmenso conocimiento práctico de la vida de que daba á cada momento pruebas inconcusas. Era viudo: los cinco hijos que tuvo de su mujer, también habían muerto. Una vez, y cómo de refilón, Felipe me preguntó quién era Julio; yo, sin turbarme, le presenté como á sobrino mío, y él nada dijo. En diferentes ocasiones también sondeó mi pasado, queriendo averiguar la historia íntima de ciertas personas, y como yo no respondiese explícitamente y él advirtiera mi cuidado en no descubrir á nadie, pareció muy satisfecho de mi discreción y delicada reserva. También procuró excitar mi codicia poniendo á mi disposición cantidades grandes que, afortunadamente, no acepté.

Una noche, volviendo del teatro, Felipe me preguntó si estaba propicia á favorecerle en cierto sutil y enojoso asunto. Respondí afirmativamente, diciendo que me colocaba de parte suya sea cual fuere el peligro que hubiésemos de correr.

— Se trata — dijo — de llevar á un individuo, muy mujeriego, á cierta casa. La empresa, para una moza tan elegante y cumplida como tú, no es difícil.

—¿Quién es él?—pregunté.

—No puedo descubrirle — repuso el vizconde suavemente—: se llama Angel; por ahora, no necesitas saber más...

El novelesco ropaje de esta aventura animaba mi curiosidad.

—Y después que él y yo lleguemos á esa casa—añadí—, ¿qué hago?

—Marcharte. En fin, descuida, pues acerca de todo esto ya recibirás oportunamente instrucciones minuciosas.

No pregunté más temiendo perder la confianza que el vizconde iba poniendo en mí, y anhelando penetrar mejor las lobregueces de aquel espíritu solapado.

A la tarde siguiente padecí la visita de Fortunato Muñoz, á quien el novelista Mariano Cortés me recomendaba en una carta que aun conservo como acabado modelo de perversidad é ironía. Le recibí en el gabinete y con cierta petulante fatuidad que desconcertó á mi adorador; el pobrecillo comenzó diciéndome que, dos noches antes, había tenido el honor de ser presentado á mí en casa de Inés la *Tristona*. Yo repuse distraídamente:

—¡Ah..., sí...!

Sin embargo, como soy buena, me apenaba verle tan acoquinado y fuera de su órbita, mirándome con ojos suplicantes, como esperando el perdón del atrevimiento que tuvo yendo á visitarme. Entonces procuré ponerme á su nivel, escuchándole atentamente y riendo á todas sus palabras, acercándome cariñosamente á su pobre alma tímida. Fortunato Muñoz tenía diez y ocho años y cursaba en el Instituto del Cardenal Cisneros quinto año de bachillerato; después seguiría la carrera de ingeniero; eran varios hermanos; su familia estaba en buena posición...

—¿Saben en su casa que ha venido usted á verme?—pregunté.

—No, señora—repuso bajando los ojos—; en mi casa me tienen muy sujeto...; á mi madre todo la parece mal....: dice que en Madrid hay mucho vicio, muchas mujeres perdidas..., y raras son las noches en que me deja ir solo al teatro.

Mientras hablaba, yo le examinaba atentamente; me pareció demasiado niño y hubiese jurado que sus labios, frescos y rojos como los de una virgen, no habían besado aún. Fortunato Muñoz se marchó rogándome le autorizase para volver á verme. Repliqué por cortesía:

—Sí, venga usted cuando quiera: yo, por las tardes, siempre estoy aquí.

Mi ofrecimiento no fué olvidado: cada tres ó cuatro días y á la misma hora, Fortunato iba á verme; su compañía llegó á serme agradable; me divertían las actitudes de aquel niño grande que no sabía hablar ni sentarse delante de mí, y que únicamente andaba oportuno en recoger los objetos que resbalaban de mis rodillas al suelo. Una tarde, viéndole muy callado, pregunté:

—¿Cómo viene usted á verme tan á menudo? ¿Está usted enamorado de mí...?

Tuve que insistir mucho para animarle á responder afirmativamente; tan grandes eran su cortedad y empacho.

—¿Y por qué no me lo había usted dicho?—agregué.

Bajó los ojos ruboroso y sonriente, registrando su magín, buscando una palabra que no hallaba. Yo insistí:

—Anda..., repítelo... Isabel, Isabel, te quiero mucho...

La novedad de la escena me proporcionó un rato delicioso; Fortunato también parecía enajenado de alegría, que arrasaba sus ojos en lágrimas. Después le despedí, diciéndole que esperaba la visita del vizconde. Ya en el recibimiento, viendo que se marchaba alargándome la mano suspenso y como hipnotizado, pregunté:

—¿Quieres darme un beso?

—Sí, señora..., ya lo creo...; ¿cómo no...?

Se acercó, levantando hacia mí su cara sonrosada, y yo acerqué la mía á sus labios, dejándome besar en las mejillas. A pesar de tales condescendencias, yo estaba muy lejos de enamorarme de Fortunato; lo que me llevaba hacia él era un capricho, una curiosidad de mujer gastada, como la que me rindió en brazos del jorobadito Cristóbal Soto. Mi corazón pertenecía á Julio Maldonado absolutamente: Julio era algo más que un amante; era un hijo, un testimonio viviente de mi poder y de mi bondad, una creación mía, como lo fué de Janin el detestable actor Debureau; y si, momentáneamente, cediendo á las imposiciones inevitables de la vida, tenía que dedicarme á Felipe Reina, siempre que miraba al porvenir lo hacía pensando en Julio, acariciando, entonces como ahora, la ilusión de pertene-

cerle completamente. La orfandad y pobreza de Julio también eran para mí dos poderosísimos agentes de seducción, pues su mismo desvalimiento me llevaba á continuar la obra benéfica que comencé al librarle del fango del regajo, mientras Fortunato Muñoz era rico y tenía padres, posición, carrera..., y hay algo invencible, acaso inexplicable, que nos impide, á nosotras, las mujeres de todo el mundo, enamorarnos de un hombre feliz; sin duda porque la dicha es también despreocupación, olvido, ingratitud.

La curiosidad, sin embargo, me movía á examinar de cerca aquel espíritu temprano, y de desvanecer gradualmente su inocencia, hasta llegar á revelarle el supremo goce que él, seguramente, desconocía aún: aquel prurito de iniciación era un sentimiento fuerte; el innato capricho varonil que ofrece á las vírgenes apetecibles sobre las demás mujeres. Hacia Cristóbal Soto me empujó la compasión, el antojo de hacer muy dichoso, siquiera momentáneamente, al que siempre fué muy desgraciado; la dulzura de su trato, la necesidad que mi pobre carne, magullada por la pasión demasiado voraz del marqués de Lágaro, tenía de ser acariciada suavemente, y el deseo de tener un hijo: hacia Fortunato Muñoz me llevaba la afición de lo nuevo, el capricho de conocer lo inexplorado, de ver lo que nadie había visto; afición característica, inconfundible, de las voluntades aventureras.

Las conversaciones de Fortunato eran de una simplicidad seductora; unas veces me hablaba de su

dinero, cual ofreciéndome su fortuna; otras decía que deseaba casarse, como invitándome al matrimonio; pero jamás se atrevió á formular su punzante anhelo de llegar á mí. También me comprometió á referirle mi historia: él sabía que Mariano Cortés y yo tuvimos relaciones íntimas; pero deseaba conocer el nombre de todos mis amantes, especialmente del primero, á quien aborrecía: el pobre muchacho estaba celoso de mí, con esos celos resignados, pero terribles, que matan de tristeza á las palomas.

¿Cómo referirle la serie interminable de mis caídas y enamoramientos, ni cómo recordar las veces en que me vendí á cualquier precio como una lumia del montón, ni cómo hablarle de la iglesia que á mis expensas estaban edificando y de los temores que el porvenir de mi madre y de todos los míos me inspiraban? Esto último equivalía á decir que la noche de mis errores no había terminado, ya que, para dar frente á tantos gastos, necesitaba continuar vendiéndome. Para evitarme las molestias de una narración demasiado larga y evitar á mi candoroso interlocutor un sacrificio inútil, improvisé una novela sencilla: yo era viuda; mis primeros amores ilegítimos los tuve con el difunto marqués de Lágaro; después conocí á Mariano, á quien dejé para ponerme en relaciones con mi actual dueño don Felipe Reina, vizconde del Pretil. Fortunato escuchaba absorto y callado, entregándose á la ingenua bondad reflejada en mis ojos, dedicando á mis palabras la fe ciega,

irreflexiva, con que la religión nos ordena acatar la excelsa magnitud y soberanía del primer principio. Fortunato creía en mí: sus ojos le hubieran dicho que yo mentía, la opinión universal de los hombres me hubiese condenado, y el pobre niño seguiría aceptando la lealtad de mis palabras, sin añadirle á mi historia una página más de las que yo, espontáneamente, quise describirle.

A pesar de todo esto, en la victoria que Fortunato Muñoz obtuvo sobre mí influyó, más que mi fugitivo antojo de descubrirle el bien sumo, la casualidad...

Era una emperezadora tarde de junio; yo me hallaba echada sobre un diván, los ojos medio cerrados, dormitando en la semioscuridad del salón: fué aquel un día felicísimo para mí: Felipe Reina me había dado, sin objeciones ni esfuerzo, ocho mil reales que la víspera le pedí, y Julio acababa de marcharse, dejándome rendida de cuerpo y de espíritu. Un cansancio inenarrable siguió en mí á aquel dulce momento: yo adoraba á Julio con un doble amor de amante y de madre, que me forzaba no sólo á educarle, vestirle y defenderlo de todo peligro ó asechanza, sino á impedir que buscase nada fuera de mí. En determinadas ocasiones este sentimiento llegaba á constituir un caso morboso casi repugnante: todo lo hacía pensando en mi amado y para bien suyo; buscando su placer, olvidaba el mío; si él de noche, hallándose reposando cerca de mí, me solicitaba, yo procuraba entregarme de modo

que su mocedad quedase plenamente saciada, quitándole así el deseo de otra mujer: era un sentimiento análogo al que experimentan las mujeres cuando amamantan á sus hijos: Julio hubiera llegado á pedirme un placer nuevo, raro, doloroso, y se lo hubiera concedido para evitar la posibilidad de que su natural curiosidad lo buscase fuera de mí. Queriendo á Julio de esta suerte, como á hijo, llegué á comprender por qué muchas mujeres gastadas, en su odio al sexo fuerte, gustan de los hombres lampiños; sin duda, porque les parecen menos machos...

En esto meditaba cuando llegó Fortunato, muy limpio, perfumado y bien puesto, llevando en una mano su sombrero de paja. Al verle exclamé:

—Estoy sola, tengo sueño..., ¿para qué vienes á molestarme...?

Desconcertado con tan agrio recibimiento, iba á marcharse, bajando ante mi despótica voluntad su cabeza complaciente. Yo, divirtiéndome en abusar de su inexperiencia y timidez, le dejé llegar hasta la puerta, donde un gesto mío le contuvo.

—Si quieres—dije displicente y como entre sueños—, quédate: pero has de acostarte conmigo.

Le vi acercarse á mí temblando, llevando en las mejillas el subido color de las amapolas.

—¿Quieres?—exclamé.

—Sí, sí, señora...; pero usted no habla seriamente...

Había dejado su sombrero sobre una silla; yo me levanté, dirigiéndome bruscamente hacia la alcoba;

él me siguió callado, caminando con pasos insólitos de autómata. Delante del lecho me quité la bata, quedándome en camisa: una camisa de seda verde con encajes que transparentaban mi carne blanca.

—Desnúdate—dije.

Él sonreía perplejo y avergonzado, llevándose las manos al cuello como si quisiera deshacer el nudo de su corbata.

—¿Pero... es verdad?—balbuceó.

—Sí, hombre, sí—repuse con fingida impaciencia—; ¿no lo ves, zote?

En aquellos momentos sólo me animaba un espíritu analítico, puramente artístico, como el que llevaba á Mariano Cortés á presenciar en la alcoba de un lupanar la agonía de un tísico.

Fortunato y yo nos acostamos sobre las colchas, porque el calor sofocaba; yo pasé uno de mis brazos desnudos bajo su cuello, para dominarle mejor y tenerle más cerca; el pobrecito estaba cohibido, los brazos cruzados en la actitud que las monjas recomiendan para dormir. Yo me había destrenzado mis largos cabellos odorantes, echándoselos por la cara para aturdirle con su perfume; después le miré sonriente, sabiendo que su emoción, sobrecogimiento y empacho le ponían muy lejos del deseo.

—Sé franco—dije—; ¿tú has dormido con alguna mujer?

Contestó afirmativamente, con ese afán ridículo que los boquirrubios ponen en parecer hombres de mundo.

—Sí, muchas veces.

—¿De veras? ¿Como cuántas?

—¡Ah; no sé...! Muchas...

Siguió mintiendo con tesón necio que llegó á molestarme.

—Entonces—repuse—, tómame... ¿A qué esperas?

Fortunato, á pesar de mi invitación, permanecía turulato y remiso. Yo insistí. De pronto, él rompió á llorar; lloraba á cántaros, como lo que era: como un niño.

—Perdone usted..., soy un tonto... No me atrevo..., no me atrevo...

Quiso levantarse para ocultar su vergüenza lejos de mí; yo le retuve, presa de repentino y maternal enternecimiento.

—¡Ah, bobo, bobo!—exclamé—. ¡Si ya lo sabía...!

Entonces dió comienzo aquella escena exquisita de iniciación.

—Acaríciame—dije—como quieras.

Le cogí las manos.

—¿Te gustan mis pechos?

Él asentía con la cabeza.

—Pues si te gustan, tómalos; son tuyos...

Después, mis manos sabias resbalaron sobre su cuerpo. Cuando Fortunato se marchó, yo quedé muy satisfecha de haber sabido proporcionarme una emoción nueva, segura también de que mi nombre viviría en la memoria de aquel niño tanto como el recuerdo de sus padres...

Por la noche, según costumbre, recibí la visita del vizconde. Eran las ocho y minutos.

—¿Quieres—dijo—que le juguemos á ese Angel de quien te hablé la encerrona proyectada?

—Cuando gustes.

—Pues toma.

Me dió una butaca para los Jardines del Buen Retiro.

—El individuo de que se trata—añadió Felipe—se hallará sentado á tu izquierda.

—¿Cómo lo sabes?

Hice esta pregunta porque mi curiosidad derrotó á la reserva que voluntariamente me había propuesto tener en cuantos asuntos concerniesen al vizconde. Las cejas de Reina expresaron un leve sentimiento de desconfianza y disgusto.

—No necesitas saberlo—dijo—; lo supongo...; Angel es un hombre algo más joven que yo, grueso, un poco calvo, con la barba casi blanca... Si, como sospecho, una vez terminado el espectáculo, quiere acompañarte, aceptas sus proposiciones, sean cuales fueren, y subes á un coche de alquiler, que te llevará á la travesía del Conde, número... Subes al piso principal; te recibirá un individuo joven, completamente afeitado, á quien llamarás don Pepe, como si tuvieras confianza con él, aunque no mucha. Después, no bien Angel llegue al dormitorio, y sin que él se aperciba, te marchas á la calle. En la esquina más próxima verás un coche: allí espero.

Aunque bien dispuesta á obedecer al vizconde

en cuanto me mandase, me repugnaba aquel engaño, que acaso velase una traición. Los ojos cautos de Felipe Reina sorprendieron mi pensamiento.

—No tengas reparo en complacerme—dijo—; todo ello no tiene importancia; tonterías...; una broma de casino... ¡Cosas de hombres!

Cuando llegué á los Jardines vi que, efectivamente, según Felipe había previsto, la butaca de mi izquierda la ocupaba un caballero cincuentón, grueso, con la barba corrida y casi blanca. Yo le conocía de vista: era uno de esos alegres vividores que se encuentran en las plateas de todos los bailes de máscaras. De pronto sentí que su rodilla rozaba la mía; permanecí inmóvil, como absorta en el subidísimo goce musical de la representación; después, una de sus botas oprimió descaradamente uno de mis zapatitos de bordado tafilete, mientras que sus ojos abismaban en mi escote una larga mirada lasciva...

—¿Viene usted sola?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Es posible? ¿Y en qué piensan los hombres para dejar desamparadas á las mujeres como usted?

Le miré sonriendo, pagando su fineza con una dulce mirada tentadora. Después, para cerciorarme de que era el sujeto que yo buscaba, pregunté:

—¿Usted se llama don Angel?

—Sí, señorita. ¿Cómo lo sabe usted...?

—No recuerdo; alguna amiga me lo habrá dicho. Yo le conozco á usted de vista.

—¡Uf...!—exclamó gozoso y risueño, cual si en aquello estribase su vanidad mayor—, de vista me conoce medio Madrid.

Continuábamos hablando, intimando rápidamente en la penumbra de los paseos. Don Angel quiso saber si yo vivía sola.

—No—repuse—, pues tengo alquiladas tres habitaciones en casa de un matrimonio amigo mío. Él se llama Pepe, es un tipo muy notable..., á quien irá usted conociendo si quiere honrarme yendo á visitarme más de una vez...

—¿Cómo no?—repetía don Angel—. ¿Cómo no...?

Bajo las rectas alas de su sombrero de paja, sus ojos ahuevados y glotones fosforeaban. Yo, entretanto, me preguntaba quién sería aquel individuo y el exacto papel que yo iba á representar en toda aquella misteriosa y quizá criminal aventura. Terminada la función, don Angel me convidó á cenar; yo rehusé su invitación, alegando el temor de que alguien nos viese, y advertí que este delicado miramiento mío le agradó.

—Lo mejor será—dije—marcharnos directamente á mi casa. ¿Le parece á usted bien?

Él, á fuer de hombre galante, aceptó en seguida mi deseo; subimos á un coche. Durante el trayecto, don Angel quiso usar de los derechos que mis benevolencias iban concediéndole.

—Sea usted más paciente—dije—, pues aunque otra cosa parezca, no estoy acostumbrada á estas aventuras.

Él se contuvo. ¡Ah, si mi buen cochero y consocio Eustiquio Fernández me hubiese oído...!

Cuando llegamos á la travesía del Conde, bajé del vehículo, procurando dar á todos mis movimientos gran aplomo. La puerta del zaguán estaba entornada; don Angel y yo atravesamos el oscuro portal, y comenzamos á subir una breve y retorcida escalerilla. En el primer rellano nos detuvimos ante una puerta, á la que llamé tirando de un cordón mugriento: una campanilla vibró en el silencio; un hombre joven, completamente afeitado, salió á recibirnos; su semblante, impenetrable y duro, lo reconocería entre mil. Yo entré primero, diciendo familiarmente:

—Hola, don Pepe.

El desconocido repuso en el mismo tono:

—Hola, Isabel. Buenas noches...

Puso en mis manos una vela encendida, haciéndome simultáneamente un guiño imperceptible para que me dirigiese hacia la izquierda. Eché á andar seguida de don Angel; atravesamos un saloncito y un gabinete casi vacíos y como amueblados de prisa, y llegamos á una alcoba: una habitación grande, con suelo de ladrillo y paredes enyesadas y sin otro mobiliario que un lecho de hierro, una mesita de noche, sobre la cual dejé la vela, y varias sillas. Don Angel exclamó, sentándose, sofocado:

—¿Tú vives aquí...? ¿Y vas vestida como una princesa...? ¡Si parece mentira...!

Me estremecí; repentinamente había tenido la intuición neta de haber cometido una acción villana, y quise huir para sustraerme cuanto antes á la corrosiva ponzoña del remordimiento.

—Espere usted—dije—; voy á buscar un vaso de agua.

Atravesé corriendo el gabinete y la sala, y llegué al recibimiento, donde Pepe me aguardaba, sin cerrar la puerta; me pareció que llevaba en la mano, sujeto á la muñeca por una correa, un bastón corto y nudoso. Al salir á la calle vi en la esquina de la calle de Segovia un coche de alquiler, y corrí desalada hacia él; dentro esperaba Felipe; advertí en su rostro una extraordinaria expresión de anhelo.

—¿Se arregló todo?—dijo.

—Todo...

El vehículo había echado á rodar hacia Puerta Cerrada; en el silencio de las calles solitarias me pareció oir un grito lejano..., luego otro... El vizconde del Pretil alentó fuertemente, como si mi presencia acabase de aliviar su pecho de una grave opresión.

—¿Ves, tonta—dijo—, cómo mi plan era muy sencillo...?

No respondí, temiendo que la curiosidad me inspirase nuevas preguntas. Una semana después, el vizconde del Pretil me dijo que aquel verano, muy contra su deseo, no podríamos salir de Madrid,

porque su primo don Angel Fabricio de Orts había muerto; circunstancia por la cual él llegaba á heredar íntegra la cuantiosa fortuna de su tío don Ramón, marqués del Consejo. Hacía tres ó cuatro años que Felipe y su primo sostenían un pleito ruinoso; no obstante, la muerte de su rival parecía haber impresionado al vizconde dolorosamente.

—Al fin era un hombre—decía—con quien he jugado de niño varias veces...

No creo en la sinceridad de estas palabras, y, sin saber por qué, barajo en mi imaginación la figura del difunto don Angel Fabricio de Orts con la de aquel don Angel á quien llevé con engaño á cierta casa de la travesía del Conde. ¡Y que los limpios de espíritu me perdonen este sesgo, un si es no es oblicuo, de mi pensamiento.

Por la noche comuniqué á Julio Maldonado mis temores.

—Sea como fuere—dijo—, procura intervenir lo menos posible en los asuntos del vizconde, pues le creo hombre peligroso.

Aquel año Julio aprobó el tercer curso de Derecho, y era un mozo muy espigado y simpático; arrancada por la ilustración y el ejemplo continuo de mi buen trato la leve corteza plebeya que tenía cuando le conocí, adquirió su persona aquella inconfundible distinción de sentimientos y de modales, por la que yo comprendía el origen noble, genuinamente aristocrático, del pobre huérfano, y esa poderosa vida cerebral que suele caracterizar á los hijos

de las ardientes pasiones ilegales. Viéndome en relaciones con el vizconde del Pretil, Julio sufría; pero represaba sus celos, comprendiendo su inferioridad y la necesidad que yo, por mis obligaciones, los compromisos contraídos con ciertas personas y mi afición al lujo, tenía de pertenecer á un hombre rico. El dolor, sin embargo, de mi protegido decreció ostensiblemente durante los dos últimos años, merced á un nuevo sentimiento de conformidad y resignación, cuyo verdadero origen desconozco aún. Yo, que le quiero con toda mi alma, también padecía viéndole sufrir. Pero, ¿qué hubiera sido de él y de su carrera si yo, por no lastimar ciertos afectos, hubiese trocado mis lucrativas costumbres de cortesana por otras menos desgobernadas y licenciosas? Julio era una obra mía, un hijo; por salvarle del fango donde lo hallé, hubiese rebasado los límites de lo abyecto. Y, no obstante, nunca le quise como á Perico Francos; á veces creo amarle menos, otras más...

No sé: de todos modos, y aunque las formas ó apariencias de tales amores sean idénticas, estoy cierta de que son dos sentimientos perfectamente deslindados y desemejantes. A Pedro yo no hubiera podido burlarle con nadie: era mi amante, un verdadero amante que me poseía con pleno dominio de mi cuerpo y de mi pensamiento, y fué mi pasión hacia él pasión juvenil, llena de ingenuidad, robustez y salud. A Julio, por haberle conocido en otra época, cuando mi espíritu estaba más desjugado, le amé de otro modo: me enorgullecía trocar en hom-

bre ilustrado y de provecho á quien hallé camino del hospital, del presidio ó de la miseria; aquello era un engendro mío, mi lujo mayor y más excelente. En nosotras, las heteras, todo es borroso, y así como generalmente perdemos nuestro verdadero nombre al sustituirlo por otro de guerra ó de escándalo, de igual modo vamos perdiéndolo todo: carácter, criterio, esperanzas, fe... Por miedo á este íntimo anulamiento, he luchado por salvar de todos mis naufragios la ilusión de un amor: primero quise á Pedro, después á Julio. Pedro fué para mí sol y alegría, mañana y ayer, todo..., pues fuera de él empezaba para mi alma el vacío. Julio es el complemento de mi felicidad; viene á ser el hijo que refuerza los vínculos de un matrimonio que Amor compuso; es algo más espiritual que físico, como si él abreviase el cariño que dediqué á todos los seres que ya he perdido; no acierto á explicarme. Y, además, Julio Maldonado es una buena obra, y el bien que en su persona recibe la Humanidad legitima, ante el rígido tribunal de mi conciencia, mi paso por el mundo.

Julio tenía varios amigos, compañeros suyos de Universidad; algunos me fueron presentados; aquellos mozos turbulentos, gérmenes de médicos, de abogados, de grandes artistas quizá, me recordaban los amigos de Perico; este recuerdo me obligaba á recibirles amablemente, perdonando sus impertinencias y aun echándoles de menos en mis raras tardes de soledad, porque me reconozco más alegre y más

joven oyendo á toda esa loca juventud riendo á mi alrededor. Todos hacían gala de ser mujeriegos y borrachos; éste se finaba por los naipes, aquél robó á su padre, empeñándole por dos mil reales la cabeza del toro que mató al célebre diestro Cartagena, para marcharse con una modista de bureo, y ninguno quería ceder á los demás en desenfado, impetuosidad y travesura. Solamente un tal Pepe Rinaga quebraba la armonía de aquel cuadro de manicomio. Rinaga quería casarse con una mujer rica, para componerse de sopetón y sin pesadumbres un porvenir seguro y tranquilo como los caminos en línea recta. Yo solía burlarme cruelmente de aquellos propósitos con algazara y júbilo de todos.

—Mire usted, Rinaga—decía yo—, el matrimonio y el suicidio, aun siendo perfectamente antagónicos, pues aquél es una esclavitud y éste una liberación, se parecen en cuanto tienen de irremediable ó definitivo. El hombre que ya no sabe qué hacer y abomina de su independencia porque gustó todos sus placeres, piensa: "Aún puedo remediar este mal, casándome." Y el suicida dice: "Todavía me queda el recurso de darme un tiro." Como ve usted, ambas son medidas radicales que únicamente deben adoptarse á última hora...

10 junio.

En cuanto Felipe Reina llegó á mi casa, le pregunté:

—¿Quieres acompañarme esta tarde á casa de una adivinadora?

El vizconde respondió á mi proposición con una mirada burlona.

—Hoy he recibido un prospecto—añadí—anunciando la llegada á Madrid de la célebre adivinadora francesa madame Memphis, á quien la Prensa extranjera atribuye maravillas inverosímiles. Deseo conocerla y pedirla informes exactos acerca de mi porvenir, pues dicen que madame Memphis lee en lo futuro como en las páginas de un libro bien impreso. Conque, ¿vienes...?

Felipe, siempre amable, encogióse de hombros; estaba á mi disposición; mi alegría fué grande. Yo, si no por educación, sí por temperamento (al fin soy andaluza y mi padre y mi abuelo lo fueron, y raza obliga), soy algo supersticiosa; me gustan las adivinadoras, sus trajes hieráticos, amplios y graves, como los de las antiguas pitonisas; sus rostros pálidos, un poco tristes, acongojados por la visión perpetua de lo remoto; y me subyugan también sus casas, bañadas en un encanto indefinible, especie de templos consagrados á Jano, el dios que mira simultáneamente con sus dos caras al porvenir y á lo pasado, ó de antesalas místicas, en que se atisban los indecisos horizontes de lo que ha de ser, de las nebulosas en gestación, de los días que no han amanecido aún...

En la calle de San Marcos, delante de la prodigiosa capilla donde madame Memphis registraba el

misterio de las horas que iban llegando, había algunos coches; eran las siete de la tarde de un lloviznoso día de otoño. El vizconde y yo, modestamente vestidos, atravesamos el zaguán y subimos una escalera elegante, limpia y clara; la camarera que salió á recibirnos nos condujo á un salón moderno, amueblado con sobriedad de buen gusto, donde esperaban turno para interrogar á la adivinadora ocho ó diez personas, entre hombres y mujeres. Todos callaban, como preocupados por hondos y graves pensamientos, ó por el ridículo de hallarse reunidos allí; al aparecer nosotros todos nos miraron atentamente, y yo quise descubrir en aquellos ojos una sombra de ironía; pero me equivoqué; eran miradas ingenuas, tristes, como la de los enfermos á quienes el dolor congrega en las antesalas de los médicos. De vista, por lo menos, unos y otros nos conocíamos; ellos eran degenerados; ellas pertenecían á esa nutrida falange de señoras lunáticas, perseguidoras incansables de la sensación nueva, que amenizan sus ocios escribiendo cartas de amor á los artistas en boga.

En vez de aquel salón burgués yo hubiera preferido una habitación sombría, poblada de esqueletos, retortas y pavorosos jeroglíficos, como aquellos que ornaban los laboratorios de los nigromantes medioevales; pero, no; los muebles eran sencillos, el suelo estaba bien alfombrado, los cortinajes de color amarillo proporcionaban al espíritu agradable emoción de bienestar y quietud. Los clientes de la adivina-

dora iban desapareciendo uno tras de otro por la puerta de un gabinete contiguo...

—Pueden ustedes pasar—dijo por allá dentro una voz dulce.

Entramos. Madame Memphis era una jamona de mediana estatura, intensamente pálida, con la boca triste y los cabellos y los ojos negrísimos; vestía sencillamente y su semblante y actitudes revelaban un tedio muy en armonía con el carácter que debe tener quien presuma saberlo todo. Creo que á la primera ojeada madame Memphis, no en virtud de don profético alguno, sino por su larga práctica de la vida, comprendió las clases sociales á que el vizconde y yo pertenecíamos. Sentada delante de la adivinadora y sin hablar, la presenté respetuosamente mi mano izquierda, que ella palpó, miró y registró por todas partes; de cuando en cuando fruncía las cejas y sus ojos penetrantes iban y volvían de Felipe á mí. Después me mostró un cesto lleno de flores, invitándome á formar un pequeño ramo con las que más me gustasen, pues aseguró existen relaciones constantes entre el espíritu del sujeto y las flores por él elegidas como bonitas ó mejor olientes, y estas conexiones son uno de los delicadísimos medios que los quirománticos emplean para romper las fronteras del mañana.

—¿La agradan á usted los geranios?—preguntó.

—Sí.

—¿Y los alelíes?

—Mucho.

—Aquí veo dos violetas...

—Es mi flor favorita.

—Bien..., bien...

Mientras hablaba con lentitud preocupada, sus grandes ojos inmóviles descubrían el tenaz proceso razonador del pensamiento. Hubo un largo silencio, pasado el cual madame Memphis comenzó á decir como entre sueños:

—Las violetas, combinadas con los alelíes y los geranios...

Fué una relación rara, incongruente á ratos, de la que no recuerdo. Acabó prediciéndome que sería rica y que dos hombres se matarían por mí.

—No puedo, por hoy, decir más—agregó—; he trabajado mucho y estoy fatigada.

La consulta había concluído; el vizconde del Pretil y yo nos retiramos depositando sobre una bandeja de plata primorosamente cincelada que madame Memphis nos presentó, un billete de 25 pesetas.

Cuando Fortunato Muñoz supo el sombrío vaticinio de madame Memphis, le vi compungirse.

—Uno de esos muertos—dijo—seré yó.

—¿Por qué?

Se alzó de hombros; no lo sabía; pero estaba cierto de que sería así. Es inverosímil lo que aquel niño angelical había llegado á quererme; casi todas las tardes iba á verme, contentándose alegremente con las dulzuras que yo quisiese darle; para no marcharse de Madrid con su familia, que todos los años veraneaba en Biarritz ó en San Juan de Luz, tuvo la

habilidad de saber fingirse enfermo; creía ciegamente en aquella simplicísima historia de amores que yo inventé para reivindicarme á sus ojos y serenar sus inquietudes; yo era la mejor, la más inocente y compasiva de las mujeres, y todos los meses mi pobre amiguito, con amaños y economías que nunca descubrí, me regalaba trescientas ó cuatrocientas pesetas, que yo aceptaba de aquellas manos puras pensando en mi iglesia.

A mediados de diciembre supe que Fortunato Muñoz había muerto bajo las ruedas de un tranvía; la víspera del accidente, el pobre niño estuvo en mi casa y parecía, como siempre, risueño y feliz. ¿Cómo explicar su muerte? ¿Se trataba de un accidente fortuito ó de un suicidio...? Pensé con terror en la profecía de madame Memphis; dudas terribles destrozaban mi alma. Por la tarde Mariano Cortés vino á verme; yo estaba sola.

—¡Te has lucido!—exclamó el novelista, que, contra su costumbre, parecía muy emocionado—. ¡Te has lucido...!

—¿Por qué?—dije—. ¿Qué sabes de Fortunato?

—Nada nuevo; lo que sabes tú; que murió anoche.

—¡Murió!

—Sí; le mataste tú.

—¡Yo!

Me abalancé á él y trabándole nerviosamente por las solapas del gabán le zarandeaba, exigiéndole la explicación perentoria, decisiva de aquellas palabras enigmáticas.

—¡Habla..., di...! ¿Qué sabes...? Sé franco. ¿Por qué le maté yo?

Mariano Cortés, lentamente, y eligiendo sus palabras, como si escribiese una cuartilla conmovedora, me refirió la catástrofe; él presenció la terrible escena.

—Fortunato—dijo—salía de Fornos y atravesaba reposadamente la calle de Alcalá en dirección á la de Sevilla. Yo, por lo que luego te diré, salí del café tras él, resuelto á vigilarle desde cierta distancia.

En aquel momento, dos y cinco minutos de la madrugada, la plazoleta que hay ante el Palacio de la Equitativa estaba despejada y tersa como la superficie de un estanque helado; el coche número 109 venía de la Puerta del Sol cargado de viajeros, y avanzaba con esa velocidad brutal, irrefrenable, del último tranvía, como hundiéndose en el cono luminoso que delante de él alargaban sus reflectores eléctricos. Al ver á Fortunato que cruzaba la calle con paso firme y tranquilo, el conductor del coche tocó repetidas veces el timbre de alarma, pero sin miedo, pues un atropello en aquellas circunstancias parecía imposible. El tranvía seguía avanzando y Fortunato también; ya sólo mediaba entre ellos dos ó tres metros; Muñoz miró al coche impávido, como sonámbulo que no aprecia sus sensaciones, y dió algunos pasos hacia los rieles por donde en aquel supremo momento pasaba la muerte. Yo empecé á gritar. El conductor, comprendiendo la inminencia del peligro,

dió media vuelta á la manivela reguladora, cortando la corriente y agarrándose desesperadamente al freno. Ya era tarde; Fortunato fué arrojado contra el suelo. Entonces comprendí que no se trataba de un suicidio, sí de una distracción casi inexplicable; porque Muñoz, aturdido momentáneamente por el golpe, trató de levantarse, perneando entre los pliegues de la capa que le embarazaba, extendiendo sus brazos crispados como para contener á la muerte. Pero el tranvía, en virtud del terrible impulso adquirido, rodó sobre su víctima con una especie de voracidad consciente, y al fin la arrolló, magullándola bajo su pesada mole...

La emoción y el dolor habían secado el ordinariamente copioso raudal de mis lágrimas.

—Habla—dije—, habla...; cuéntame todo lo que sepas.

—Repito—insistió Mariano—que Fortunato no es un suicida; cuando la muerte le salió al paso él no la vió. No obstante, estoy seguro de que fuiste tú... quien le mató.

Según él, la psicología de aquella negra desventura fué la siguiente:

—Cuando Fortunato y yo—continuó Cortés—llegamos al café, había en las mesas donde suelo sentarme diez ó doce personas, artistas en su mayoría: pintores, escultores, poetas... Como supondrás, la presencia de Muñoz pasó inadvertida; apenas si los que estaban más cerca de la silla donde el pobre muchacho se sentó volvieron un poco la cabeza

para mirarle... Se hablaba de arte y de mujeres; se recordaban nombres: Martina Olivares, Augusta, Consuelito Vera... De pronto, el músico Sánchez-Garfín pronunció el tuyo. Yo miré á Fortunato y le vi palidecer...

—¿Y cómo le permitiste oir aquellas infamias?—grité furiosa.

—¡Bah!—repuso Mariano en el mismo tono—. ¿Y quién hubiera sido capaz de arrancarle de allí...?

Continuó:

—A la indiscreta pregunta de Sánchez-Garfín, contestó un pintor diciendo que eras una de las mejores mujeres que habían pasado por su estudio. En aquella tertulia, querida, tienes varios amigos fervorosos; unos ponderaban tus caderas y tu cuello, otros tus brazos, y todos, recordándote, levantaban los ojos al cielo como en éxtasis. Fortunato había palidecido hasta la lividez; pero continuaba inmóvil, los codos sobre la mesa, la cara entre las manos...

Yo, no sabiendo cómo terminar aquel suplicio, contribuí á prolongarlo cambiando bruscamente de conversación; algunos creyeron que tu recuerdo me molestaba. "Mariano—dijo Vinarey—también ha visto los ojos de Isabel de muy cerca..." ¿Qué querías que yo hiciese? ¿Cómo atajar aquel flujo de indiscreciones y obscenidades, ni cómo advertir á la tertulia con un rápido guiño que delante de Fortunato nadie hablase de ti...? Recordaron tus años de miseria, tus relaciones con el marqués de Lágaro, tus amores con un organillero, tu viaje á París y

cómo don Facundo te adquirió en una rifa por tres mil y pico de pesetas; ¿qué sé yo...? Todos tus secretos, todas tus locuras, todas tus vergüenzas salieron allí... De repente Fortunato Muñoz balbuceo—: "Me ha engañado..." Y levantándose difícilmente, salió del café sin saludar á nadie; tu imagen llenaba su cerebro, iba inconsciente, caminando como un autómata. Yo, adivinando una desgracia, le seguí. Lo demás ya lo sabes. Por eso digo, y repito, que fuiste tú quien le mató...

Entonces mi pena, la inmensa pena que la muerte de aquel pobre niño me causaba, estalló en sollozos. Me cubrí la cara con ambas manos.

—Déjame—murmuré—, déjame llorar.

No, yo no era responsable de su muerte, ni él, ni tampoco ninguno de los que, inadvertidamente, fueron rompiéndole el corazón á golpes. En estos casos, como escribió Flaubert sobre la última página de un libro admirable, la culpa la tiene la Fatalidad.

VI

9 febrero.

Más de tres años han pasado sin que yo añadiese á mis *Memorias* ninguna nueva página, y pues en la composición y redacción de aquéllas llegué á tocar los tiempos actuales, desde hoy sólo escribiré de tarde en tarde, separando así prudencialmente lo escrito de lo vivido, único medio seguro de ver, á través de los sahumerios fantasiosos de la evocación, las cosas y personas según fueron y no invertidas ni trocadas.

Como me ocurre siempre que disfruto de reposo y de espacio para examinarme por dentro, siento que mi espíritu va suavizándose, perdiendo sus agrios contornos primitivos, limándose como esas piedras errabundas que el agua llevó muy lejos del sitio de donde fueron arrancadas; ahora, como cuando niña, suelen acometerme reparos y enternecimientos ilógicos; así, por ejemplo, creo á ratos que soy ino-

cente y pequeña otra vez, y me preocupa la opinión que las gentes puedan formarse de mí. No extraño que á cierta edad comiencen á mordernos las malas ideas, hijas de la experiencia y del desaliento. Las mujeres, aviejándose y sabiendo que todo envejece á su alrededor, son como los arroyos, que, según van secándose, ven marchitarse las flores que exornaban sus orillas; porque ellas son el contento y la risa, rocío de la vida, y cuando enmudecen, el júbilo de los demás, eco ó copia del suyo, las vuelve la espalda.

¿Dónde iré yo á parar, pobre hoja seca lanzada á los revueltos vientos del capricho? ¿Habrá un poco de respeto y de paz para mis últimos años? Y cuando muera, ¿dónde reposarán mis huesos? A veces me veo enterrada en la cripta de mi iglesia, cerca de mis padres, bajo la torre donde anualmente las campanas doblarán por el reposo eterno de aquellas dos almas que tanto amé; otras veces imagino que tan bellas ilusiones se desploman, y que voy á ser enterrada en la fosa común, entre un ladrón y una alcahueta...

Actualmente habito aquel hermoso piso segundo de la calle del Caballero de Gracia, que recuerdo haber descrito prolijamente en otra parte. Los retratos de amigos y amigas que allí guardo fortalecen estas nostalgias, cada día más duraderas, de mi espíritu, pues demuestran las injurias irreparables hechas por el tiempo á la belleza. Carmen Arellano, aquella bohemia, loca y feliz, á quien jamás intimidó la miseria, había enfermado de la vista, y comenzaba

á perder la irreflexión pueril que todas envidiábamos; Agustina Cáceres, económica y previsora como aquel Florentino que de los cien francos que le dieron por el empeño del reloj guardó cincuenta en la Caja de Ahorros, se retiró á su pueblo con un capitalito de doce á catorce mil duros, con los cuales pensaba vivir tranquila y honestamente; otras compañeras habían desaparecido totalmente ó envejecían dedicadas á cultivar el corazón del último amante, buscando todas para su vejez un puerto de refugio. Yo misma, tan fuerte para la pelea, me siento declinar. "Sólo se empinan los pequeños", decía Diderot. Yo también comienzo á empinarme, procurando descollar sobre las pecadoras que las nuevas generaciones van lanzando contra el imperio y poderío, un poco antiguos ya, de mi belleza. Mas no sé cómo componérmelas para satisfacer mi gusto sin raspadura ni quebranto de mis intereses; á veces pienso que el vizconde del Pretil, tan bueno, tan generoso y tan viejo, será la salvación de todos los míos; y cuando me hallo más resuelta á quererle y esclavizarle por cuantos medios juzgo hábiles y conducentes á tal fin, mi capricho interroga á mi previsión: "¿Y Julio, qué haces de él...?" Ante cuya pregunta todas mis cábalas se desploman.

Felipe Reina me quiere mucho, especialmente desde cierta noche en que reñimos por una intemperancia mía, que, afortunadamente, lejos de rebajarme á sus ojos, me dignificó y ensalzó por todo extremo. Fué después de cenar: yo estaba sola en

el gabinete, abismada en uno de esos accesos de negra melancolía que con tanta frecuencia me acometen ahora. Era el día 11 de diciembre: yo, sentada delante de la chimenea, con los codos sobre ló rodilla y la mirada inmóvil, pensaba que cinco a seis años antes, y en otra noche como aquella, el marqués de Lágaro se había suicidado por mí. Estas meditaciones solitarias son las oraciones que los descreídos rezamos por el descanso de los muertos. Recordando á Paco Narbona, recompuse aquellos tiempos, que, si no aventajaban á los actuales en fastuosidad, sí les sobrepujaban en desgobierno, disipación y alegría: vi mi cuarto de la calle de San Marcos, especie de altar pagano, abierto siempre al escándalo; recordé mis murrias de antaño; las figuras de Gerardo, de Dámaso Carrillo y del marquesito de Lori, pendencieros y libertinos, pasaron en tropel como loca comparsa carnavalesca; Cristóbal Soto también insinuó en la penumbra de los pequeños recuerdos su silueta contrahecha y triste...

—¡Paco, Paco de mi alma... —pensaba yo, oyendo llover—, desde entonces cuánta agua han echado las nubes sobre ti...!

Cuando más absorta me hallaba en estas evocaciones, llegó Felipe Reina acompañado de tres amigos, á dos de los cuales yo no conocía. Todos se sentaron delante de la chimenea, y comenzaron á beber del coñac que una doncella acababa de servirnos; yo, entretanto, procuraba mantenerme alejada del bullicio, creyendo que en tal ocasión, más que

en ninguna otra, el recuerdo de Narbona era algo muy noble, muy santo, que merecía descansar junto á la memoria de los buenos padres enterrados... El vizconde, buscando tal vez una ocasión para lucir mis habilidades, me presentó una guitarra.

—Anda, niña—exclamó—, alegra esos ojos; quiero que estos señores se formen buena idea de ti.

Le miré sin pestañear.

—Déjame—murmuré secamente—, no tengo ganas de broma.

Él insistía.

—Toca, mujer; toca y canta...

Bien á despecho mío, no pude contenerme; algo muy trágico y muy hermoso me cegaba.

—¡No!—grité—; hoy hace años que falleció el marqués de Lágaro, y esta noche aquí, en mi casa, no canta nadie...

Y levantando la guitarra, la tiré al suelo, con las cuerdas rotas; después me eché á llorar. Felipe y sus amigos, que habían conocido á Narbona, supieron respetar mi dolor, y acaso lo admiraron. Cuando el vizconde y yo nos quedamos solos, le abracé, rogándole me perdonase aquel arrebato.

—Puedes estar cierta—dijo—de no haberme ofendido: los grandes y generosos movimientos del corazón, sea cual fuere la persona que los inspire, siempre son hermosos.

Mi vida, durante toda esta época, fué deslizándose sin sobresaltos, y es curioso ver cómo en la

novela de las almas vagabundas hay días cuyas emociones no cabrían en un volumen de muchas páginas, como otras veces la historia de varios años no bastaría á llenar un párrafo.

Julio Maldonado había terminado brillantemente su carrera, y acababa de cumplir veintitrés años: se hallaba, pues, atravesando esos difíciles momentos en que los jóvenes ambiciosos se cruzan de brazos delante de la vida, no sabiendo cómo atacarla ni qué rumbo seguir. Yo, comprendiéndolo, velaba por él, utilizando en provecho suyo todo mi valimiento y los catorce años de experiencia que, acaso desgraciadamente, nos separaban.

Es original la situación de espíritu que el vizconde del Pretil adopta para tratar los asuntos de Julio: él, que tiene celos de todos los hombres, no se preocupa de Maldonado; yo le he dicho que es sobrino mío, y él aparenta creerlo, sin duda para no mostrarse ostensiblemente atropellado por una pasión contra la que su larga vista comprende que es vano luchar. Julio tiene á los ojos de Felipe Reina la autoridad inapelable de lo consumado, de lo que ha sucedido, y le acepta sin odio, como á un mal necesario, como me soporta á mí, con toda mi historia de errores. Julio vive en una casa de huéspedes de la calle de las Torres, y sólo viene á visitarme dos ó tres veces por semana: cuando él y Felipe se encuentran en mi casa, el vizconde le saluda con afectuosidad paternal. Después, si hablo con Reina acerca del porvenir de mi sobrino, para quien anhelo

una situación independiente y decorosa, advierto que mi viejo amigo se estremece.

—Eres inmensa—dice—; sólo con una mujer como tú no se echa de menos la falta de un cielo.

Realmente, debo confesarme que, tanto Julio Maldonado como el vizconde del Pretil, son dos caracteres extraños y muy dignos, cada cual por su concepto, de observación y estudio.

Julio es un espíritu penetrante, reconcentrado y ambicioso; su concepción es rapidísima, su voluntad desconoce la vacilación y el cansancio; además, y por efecto, sin duda, de este inmenso dominio que tiene sobre sí mismo, es algo frío: muchas veces he creído que su alma y la del gran Napoleón debían de parecerse. Cuando le conocí, era un niño. Al pedirle antecedentes de su familia, me dijo, sin empacho ni ambages, que era hijo natural, lo que me agradó, pues "no avergonzarse del nombre de su padre—como escribió Lamartine—, es la nobleza del plebeyo." Al principio, apenas si osaba mirarme frente á frente.

—Yo—decía—soy para ti un juguete, un monigote, que puedes vestir y educar á tu antojo, y con el cual pretendes distraerte. Pero yo jamás llegaré á ti, estamos demasiado lejos el uno del otro; las alegrías que mi amor te proporcione, no son duraderas; tú quisiste á Perico, y tu alma fué y será suya perpetuamente.

En aquellos primeros tiempos, Julio era el prototipo del chulito limpio, pinturero y travieso, que

vive de las mujeres: en pie delante de mí, adivinaba mis pensamientos con sólo mirarme á los ojos, y tenía la discreción supina de marcharse medio minuto antes de empezar á estorbar, para reaparecer cuando yo comenzaba á echarle de menos. Pero, á despecho de su fingida alegría, el infeliz sufría mucho; mis veleidades atormentaban su corazón, y aún no tenía edad ni reflexión para comprender que mis vergüenzas eran un mal inevitable; estos sufrimientos los leí, más de una vez, en sus pobres párpados, rojos de llorar. Cuando comenzó sus estudios de segunda enseñanza, su carácter dió un paso gigante, que me colmó de júbilo; su ánimo, hasta allí distraído, se apartaba de todo, hasta de mí, para reconcentrarse en sus libros, y este ardor era tan fuerte, que muchas noches, hallándonos acostados, dejaba de besarme para explicarme los límites de Noruega ó decirme cuántos y quiénes fueron los reyes de Aragón. Yo le oía gozosa, pensando en los hijos que nunca tuve y en mi excelente padre, que jamás se cansaba de oirme charlar; y como con Pedro Francos, hablando en la oscuridad del dormitorio, parecíame que la voz de Julio venía de muy lejos, cautivándome con el hechizo de lo remoto. Los estudios y la edad fueron cambiando aquel temperamento, haciéndole de año en año más ambicioso y reservón; todo lo escudriñaba, de todo entendía. Actualmente mi lindo organillero de otros tiempos es un joven de mediana estatura, con ojos grandes y muy vivos y un semblante pálido cortado por un bigotito negro.

No tiene amigos, y cuida de exhibirse lo menos posible; nunca salimos juntos, y cuando le he visto por ahí, siempre iba solo; sus horas las reparte entre su casa de huéspedes y las bibliotecas públicas, donde aprovecha gran parte del día revolviendo librotes. Este exceso de trabajo ha llegado á perjudicar su salud: los médicos me lo dijeron, y yo le reñí severamente por su inconsiderado amor á los libros. Mis reprimendas fueron desoídas.

—Déjame—decía—; quiero saber mucho para llegar á ser rico y conquistarte para mí solo.

No sé verdaderamente hacia dónde Julio dirige sus pasos; pero es innegable que sigue un rumbo fijo, porque su voluntad es de las privilegiadas, que no descansan, ni se tuercen, ni se rompen. En estos momentos Julio constituye mi única ilusión; por él lo dejaría todo, y separarme de él equivaldría á quitarme la vida: es mi hijo, mi compañero, un compañero milagroso que, conociendo todos mis secretos, no me ha vendido aún. ¡Qué pocas personas podrán decir de sus hermanos otro tanto...! Por su parte, Julio también me quiere, aunque hay en su pasión algo filial que desde hace algún tiempo, sin duda porque voy para vieja, comienza á lastimarme un poco.

¿Y qué diré del vizconde?

Felipe Reina es otro carácter enigmático; por cubrir las apariencias, no vive conmigo; rara vez me habla de su familia, de la que, según dice, van quedando muy pocos; es viudo, y, como yo, no se

consuela de no tener hijos; frecuenta el Palacio Real, cuyas recepciones me describe frecuentemente, entornando los párpados. Repito que Felipe es hombre de entresijos. Acaso un degenerado moral, á quien una vida de placeres demasiado larga privó de carácter; así creo á veces que me quiere tanto como pudo amar á su mujer propia, y otras malicio que sería capaz de cambiarme por una cartera de ministro, acaso por un sencillo bastón de gobernador.

Por aquellos días mi hermana Milagro me escribió hablándome de la insegura salud de nuestra madre y de lo muy preciosa y espigadita que estaba mi sobrina Virginia, que pocos días antes había cumplido trece años.

—"Dime—agregaba Milagro ladinamente—lo que hacemos con la niña, quien, lo mismo para el alcalde que para el cura don Joaquín, es un prodigio de gracia, travesura y desenfado; se parece mucho á ti; cualquiera diría que es hija tuya. Su padre quiere mandarla á Sevilla á estudiar, aunque ello nos cueste apuros y miserias; pero yo le digo á Justino que no hagamos nada sin tu consentimiento, aunque ya comprendo que no podrás llevarte la niña á Madrid..."

Yo, inconsciente hasta la tontería y generosa hasta el despilfarro, admiro á esas personas que, como las buenas máquinas, no ejecutan en balde ningún movimiento. Milagro, escribiéndome, lo había pensado y previsto todo, atando limpiamente los menores cabos, hablándome de su pobreza, ponde-

rando las gracias de la chiquilla, en quien sabía que yo adoraba, y deslizando al final la idea de que la trajese á Madrid. Estas insinuaciones, al ir dirigidas contra una mujer que, como yo, jamás supo hacer daño á nadie, no podían ser estériles.

Una noche estábamos acostados el vizconde y yo, y estaba preocupada.

—¿Qué tienes?—preguntó él.

—Nada—repuse, provocándole á pedirme una explicación—; tonterías de la vida pasada..., recuerdos...

—¡Ah, recuerdos...! ¡Tengo yo tantos!

—Lo creo.

—Más que tú.

—Seguramente.

—Y más tristes.

—Tampoco lo dudo. Pero dime: ¿qué tendrán las remembranzas que, aun siendo alegres, siempre parecen un poco melancólicas...?

Hablé discretamente y con voz monótona, que emperezaba los sentidos; todo callaba en nuestra alcoba; la luz de los lirios blanqueaba mis brazos desnudos; Felipe escuchaba atento; sobre la almohada reposaba su vieja cabeza, con su frente terrosa y cansada como la de un muerto. A grandes pinceladas fuí evocando el ayer de nuestras relaciones; nosotros, que ya íbamos siendo viejos y que nos amábamos mucho, probablemente no nos separaríamos nunca. Por tanto, teníamos derecho á preguntárnoslo todo, á saberlo todo, pues los secretos son como

trozos de hielo, que enfrían y separan las almas que caminan juntas.

—Yo falté á ese deber—añadí—; yo te he engañado...; aún no comprendo cómo pude fingirte tanto..., si no fuese porque el temor de disgustarte amarraba mi lengua.

El vizconde me miró receloso: seguramente pensaba en Julio.

—Lo diré de una vez—proseguí—, pues también necesito que en este delicado asunto tu experiencia me aconseje y me guíe. Yo tengo una hija...

El vizconde se incorporó en el lecho, como empujado por violento resorte.

—¡Una hija!—repitió.

—Sí.

—¿De quién?

—De Pedro Francos.

Hubo un corto silencio; Felipe murmuraba perplejo:

—Una hija... ¿Quién lo hubiera pensado...?

Y agregó:

—¿Cómo pudiste callarlo tanto tiempo?

—No sé..., temía molestarte.

—¡Molestarme...! ¿Por qué...?

Había vuelto á acostarse, sintiendo, quizá, haber demostrado excesivo interés y sorpresa ante aquella noticia.

—¿Qué edad tiene?—preguntó.

—Ha cumplido trece años.

—¿Y vive...?

—En mi pueblo, con mi hermana y mi madre.

Callamos; yo, adivinando el rumbo de sus pensamientos, le esperaba en el punto estratégico donde presumía obtener sobre el vizconde la última victoria. Tampoco aquella vez mis cábalas fallaron.

—¿Y Pedro—interrogó Felipe con una timidez que la seguridad de su voz no encubría—, reconoció á la niña?

—No.

—¿Cómo?

—Yo no quise, temerosa de que algún día intentase quitármela.

El vizconde sonrió, sosegado y feliz.

—Hiciste bien—repuso—, muy bien.

—La niña se llama Virginia; Virginia Ortega, como yo...

Después le rogué me dijese lo que su experiencia apreciaba más eficaz y útil al porvenir de la niña. Virginia era despierta, demasiado despierta tal vez, y esta precocidad constituía para su inocencia un peligro constante: hasta entonces la dejé campear libremente, porque la niñez es talismán precioso que libra á las almas del fango de la vida: pero de allí en adelante las circunstancias cambiaban; la niña iba á ser mujer; sus primos, los hijos de mi hermana, también eran muy granaditos y avispados, y jugando por las calles los niños aprenden muchas vergüenzas.

—Por eso—añadí—, quería traerla conmigo.

Felipe afirmó con la cabeza.

—¿Te parece bien?—insistí.

—Muy bien, ya lo creo... ¿cómo no...? Lo que siento es que, para adoptar resolución tan cuerda, hayas esperado tanto.

Enajenada de gozo enlacé mis brazos al cuello de Reina.

—¡Gracias, gracias, amado mío!—exclamé sintiendo que la emoción y el agradecimiento llenaban mis ojos de lágrimas—; ¡pobre niña mía...! Desde hoy ya tiene padre, porque tú ya empiezas á quererla, ¿verdad? ¡Oh! ¡Si supieras cuánto se parece á mí...!

Con esta inocente invención me proponía obtener para mí y mi familia pingües ventajas y beneficios. Aquel era el único medio de dar á Virginia una educación esmerada, librándola al mismo tiempo de ese ambiente groserote y pernicioso de los pueblos donde las aptitudes morales mejores se malogran. Este, además, era un nuevo medio de atraer al vizconde, ciñéndole á mí con ese sutil y fortísimo lazo que retiene á los padres horas y horas, silenciosos y embelesados, delante de las cunas. Yo también, por cariño á los míos, comenzaba á embarazarme del porvenir.

—Si alguna vez—pensaba—, Felipe y yo riñésemos, la pasión que el vizconde ha de sentir necesariamente por la chiquilla, le impedirá abandonarme.

Y no separarme de Felipe era continuar protegiendo á mi cuñado, cuyos negocios nunca iban

bien, y concluir las obras de la iglesia y completar la educación de mi sobrina y colocar á Julio..., que para todo tenía dinero y probado valimiento el vizconde.

Un contratiempo inesperado á poco destroza mis bien urdidos planes. Estaba yo almorzando, cuando una de mis criadas vino á decirme que un caballero me esperaba en el salón.

—¿Quién es?—pregunté.

—No dijo su nombre.

Aquella descortesía me molestó.

—Ve y pídele una tarjeta—grité colérica—; debía comprender ese señor que no puedo estar á disposición de todos.

Permanecí en el comedor inquieta, presintiendo la amenaza inminente de algo raro. Marchóse la camarera y momentos después reapareció diciendo que el importuno visitante no tenía tarjetas y que insistía en hablarme de un asunto que á mí, más que á ninguna otra persona, interesaba. Sin motivo, mis nervios temblaron; lo imprevisto, lo estupendo, estaba allí, retándome: valerosamente salí á su encuentro...

Era un individuo de treinta y siete ó cuarenta años, alto, vestido con una larga y amplísima levita de paño negro: tenía el rostro pálido, los ojos desesperados y grandes, la barba y los cabellos mal cuidados: parecía italiano ó portugués: la suciedad de su camisa y de sus manos y la detestable situación de sus pantalones y de sus zapatos de charol acusaban una miseria horrible.

—Caballero...

—Señorita...

Rápidamente, como quien busca para suicidarse el camino más corto, el desconocido expuso el objeto de su visita.

—No necesito recordar mi nombre—comenzó diciendo—; yo, Isabel, soy un aventurero que derrochó su fortuna alegremente y que de pronto despierta del dorado sueño de su alegría, para caer en el estado de extremada pobreza donde me hallo. A estas horas, señorita, cuatro de la tarde, aún no he comido. Hace dos días que estoy así...

Tranquilizada acerca de las intenciones que podía tener contra mí aquel extravagante personaje, le invité á sentarse. Aceptó.

—Compadezco—dije—la situación de usted, y la compadezco tanto, porque la comprendo, porque yo también he sufrido privaciones. Siento mucho no ser rica. No obstante...

Mi interlocutor interrumpió extendiendo sus brazos hacia mí.

—¡Ah, señorita—exclamó—, no se moleste usted...! ¿Qué podría usted darme? ¿Un duro?

—Un duro... ó cinco...—repuse suavemente.

—¿Ve usted...? ¿Y qué puede hacer con veinticinco pesetas un hombre que no come desde anteayer? ¿No comprende usted que mañana estaría lo mismo que hoy?

Le miré fijamente, pensando despedirle; mis ojos dijeron mi propósito.

—Todavía no me voy—repuso el desconocido con forzada amabilidad—; antes necesito enseñar á usted unos papeles que ha tiempo escribió usted á ciertas personas y que hogaño servirán á su caridad de generoso estímulo.

Seguidamente sacó de las profundidades de su levita un grueso paquete de cartas atadas con un balduque rojo.

—Aquí están—dijo—casi todas las cartas que el difunto marqués de Lágaro, de quien fuí gran amigo, conservaba de usted, y otras que en época posterior escribió usted al duque Edelmiro Wandirweld; más algunas fotografías donde aparece usted en actitudes poco honestas...

El miserable se interrumpió, estudiando en mi semblante el efecto de sus palabras. Mis mejillas ardían. Él continuó:

—Ahora bien: como no pretendo lastimar á usted inútilmente en sus intereses, si quiere usted recobrar estas cartas que tanto la comprometen, ha de entregarme quinientas pesetas. De lo contrario, esta misma tarde irán á manos del vizconde.

Aquella descarada amenaza me indignó, revolviéndome furiosa contra quien venía á proponerme tan humillante transacción.

—¡Fuera de mi casa!—grité.

—Piénselo usted bien.

—¡Fuera de aquí!—repetí—. ¡Váyase usted, váyase..., ó llamaré á mis criados para que le echen!

—Como usted guste—repuso levantándose—;

pero hoy el señor vizconde lo sabrá todo, pues le esperaré en la calle, ó iré á buscarle al casino. Además, hablando con él podré referirle muchos detalles que acerca de la vida íntima de usted me han contado.

Aterrada, entreviendo el abismo que la cobarde delación de aquel miserable ponía bajo mis pies, inicié un leve movimiento para retenerle; él se paró, mirándome fijamente, fruncido el ceño, los labios y los puños nerviosamente apretados. Nunca la acusación infame pudo elegir mejor ocasión que aquélla para herirme, pues aunque Felipe Reina conocía mi historia á grandes rasgos, ni sus celos ni mi prudencia le permitieron jamás descender á los detalles odiosos; y estos pormenores podían lastimar su pasión, debilitando la hoguera de afectos que yo, con tanta perseverancia y fortuna, iba fomentando. El desconocido había vuelto á sentarse delante de mí, deshaciendo el siniestro paquete.

—Mire usted, mire usted...—repetía.

Reconocí las cartas, las dulces cartas, voz de pasados y mejores tiempos, escritas con tinta que ya pardeaba; y vi aquellos retratos obscenos de los que no guardaba memoria y que probablemente fueron hechos en la mañana que siguió á alguna noche de borrachera.

—Sólo de usted depende—prosiguió mi interlocutor—que la servidumbre de usted y el vizconde queden ignorantes de todo esto.

Reconociéndome vencida, quise concluir cuanto

antes aquel combate inútil. Además deseaba recobrar las cartas á Narbona dirigidas por el gusto de volver á leerlas.

—¿Quiere usted trescientas pesetas?—exclamé desesperada.

—No, señora.

—Cuatrocientas...

—Tampoco.

—Pues no doy por eso más.

—Ni yo acepto menos de mil.

Dirigí hacia el reloj del gabinete una mirada angustiosa.

—Váyase pronto—exclamé—; el vizconde no tardará en venir.

—Lo sé, señorita, y no me asusto. Ya comprenderá usted que en estas circunstancias, don Felipe Reina es mi mejor amigo..., mi aliado más poderoso. ¡Ah, si no fuera por él...! ¿Estaría yo aquí...?

Desconcertada por tanto cinismo, corrí á mi alcoba, de donde volví trayendo los cuatro mil reales en que mi acusador tasó su silencio.

—Tome usted—dije sin mirarle á la cara.

Inmediatamente me devolvió las cartas.

—Supongo—añadí—que no volverá usted á molestarme...

—Isabel—repuso—, aunque las apariencias que ahora me rodean acrediten lo contrario, no soy ladrón de oficio.

Le acompañé hasta el recibimiento para cerciorarme por mí misma de que se marchaba. En aquel

instante crítico, llamaron á la puerta: era Felipe. No tuve otro remedio que presentar á los dos hombres.

—El señor vizconde...; un amigo de mi familia que ha venido en nombre de aquélla á visitarme...

—Muy señor mío.

—Beso á usted la mano...

Sin más se separaron, inclinándose ceremoniosamente el uno delante del otro.

3 diciembre.

Hace medio año que Virginia vive con nosotros: es una muchacha muy alta para su edad y apretadilla de carnes, aunque todavía usa las falditas á media pierna; tiene la nariz levantada y corta, los ojos de color ceniza como yo, y los cabellos muy negros y crespos: el eco de sus carcajadas espanta de mi casa el tedio de las horas monótonas.

Virginia, que ha comprendido inmediatamente mi situación, habla de sus primitos con aplomo maravilloso y no me llama tía Isabel ni por casualidad. Estoy hechizada con ella, y en cuanto al vizconde, creo que ya quiere á la chiquilla tanto como yo. Dentro de algunos días pensamos colocarla interna en un convento de monjas del que nos han hablado muy bien.

Desde que Virginia está aquí, he vuelto á sufrir aquella actividad calenturienta, aquella terrible fiebre de oro que me poseía en París cuando los estudios

de Julio y las obras de la iglesia esclavizaban todos mis pensamientos. La futura felicidad de Maldonado y de Virginia me atormentaba. Gentes hay en la corte oriundos de un pueblo donde tienen parientes, que vienen á ser para ellos una especie de segunda familia: Julio carece de ésto, y yo, para remediar tan lamentable falta de relaciones, lanzaba á volar la imaginación componiendo lucidos andamiajes de ambiciosos triunfos: y unas veces pensaba presentar á Julio diputado por el distrito á que mi pueblo pertenecía; otras imaginaba renunciar completamente á él y casarle con mi sobrina, que para entonces y merced á su mucho despejo, elegancia y gentileza, y á los reiterados buenos oficios del vizconde del Pretil, llegaría á dama de palacio ó poco menos... Comprendo que tales planes son incongruentes y ridículos; pero yo así discurría, y dudo que ninguna madre, que haya pensado alguna vez en encumbrar á sus hijos, pueda burlarse de mí.

Para ir realizando tales ensueños, necesitaba ser rica; no sólo para apoyar la proyectada candidatura de Julio, sino también para concluir definitivamente las obras de la iglesia, en la que, según el anciano don Joaquín no se cansaba de repetirme, sólo faltaban el embaldosado, la pila bautismal, la barandilla del púlpito y algunos otros detalles y perfiles de menor cuantía.

Yo pensaba: ¿De dónde sacar dinero para tantos dispendios? Las personas que tienen una familia á su cuidado son como las locomotoras de los trenes

mixtos, que generalmente remolcan vagones de más, por lo que no es raro verlas patinar fatigosamente en los recuestos. En aquella ocasión yo también patinaba, vencida por el peso de todos los compromisos y obligaciones que tiraban de mí hacia atrás en aquella difícil pendiente.

Aunque me repugnaba burlar al vizconde, á quien, desde mucho tiempo atrás, no engañaba con nadie, tuve que hacerlo atropellando todo género de conveniencias, prefiriendo esta vergüenza á la de someter á su generosidad á nuevas y al parecer injustificadas exacciones. Lentamente, y sin que Felipe sospechase lo más mínimo, comencé á preparar los hilos de ciertos enredos; y como desde las alturas por mí ocupadas la caza del hombre es muy fácil, mis esfuerzos no tardaron en ser fructuosos.

Una tarde, recién levantada del lecho, estuve examinándome desnuda ante el espejo de un armario. Imparcialmente reconocí las huellas que el tiempo maldito fué dejando sobre mis hombros: los ojos habían perdido algo de su avasallador brillo primitivo y entre mis apretadas crenchas algunos cabellos plateaban: pero no obstante mis treinta y siete años cumplidos, supe con satisfacción y orgullo que mis caderas y mis senos se mantenían pomposos y duros, y que los brazos y las piernas cobraron en morbidez voluptuosa la cimbreante esbeltez que el talle había perdido. Estaba, pues, en condiciones inmejorables para seguir adelante empleando aquellos años postreros de belleza pujante en ganarle á la

vida el último combate. También la historia de mis escándalos me favorecía; yo era como esas aventureras criminales que vuelven de cumplir su condena orladas por la leyenda siniestra del presidio; todavía los caballos de mi landó llamaban la atención de los indiferentes; todavía mis camisas negras recuerdan la novela de mi gran pasión; mi generación no me ha olvidado; la sombra del marqués de Lágaro sigue protegiéndome bajo sus tenebrosas alas abiertas.

Cierta mañana una vieja amiga vino á buscarme para llevarme á casa del duqne Valentín, á quien ni su altiva posición, ni menos sus achaques y goteras, permitían correr amorosas aventuras fuera del propio hogar.

—El duque—añadió la corredora—es hombre generoso que si, como supongo, queda satisfecho de usted, nos dará á ganar mucho dinero.

A las cinco en punto de la tarde mi embajadora y yo penetrábamos en el palacio ducal por una puertecilla secreta, junto á la que un viejo criado nos esperaba. Después fuí introducida en un espacioso gabinete en cuya chimenea ardía fuego excelente; las ventanas de aquella habitación daban á un jardín cuyos raquíticos arbolillos, alargando por el espacio su negro y escueto ramaje, parecían arañas inmóviles sobre la inmensa tela gris del cielo: los muebles eran de caoba, con asientos y respaldos de seda carmesí; del mismo color, si mal no recuerdo, eran también los cortinajes y la alfombra; en los án-

gulos brillaban, con su severa tonalidad de objetos antiguos, algunas figuras y jarrones de bronce; algo vetusto y triste caía del techo elevado.

Por una puertecilla disimulada al fondo del salón, junto á un armario de luna, apareció el duque Valentín. Don Cándido era un hombre setentón, menudo de cuerpo y enjuto, y muy elegante y risueño á despecho de sus alifafes. Su cara, cuidadosamente afeitada, "era un poema de amor ardiente y mudo, algo parecido á los selames orientales, esos ramilletes de flores emblemáticas que ofrecen los Bachagas á sus enamoradas para expresarlas todos los matices de su pasión", como dice Alfonso Daudet describiendo cierta corbata de su hermano Jaime. Aquel rostro, efectivamente, desfigurado por una afección cutánea, ofrecía las coloraciones más diversas: las narices se habían erisipelado, tiñéndose de rojo; la frente era blanca; extrañas granulaciones amarillentas y violáceas hinchaban las mejillas.

El duque me invitó á desnudarme, asegurando que podía hacerlo sin miedo, pues la temperatura del salón era muy alta; después me acosté sobre varios cojines de seda carmesí, que el mismo don Cándido fué colocando en el suelo, delante de la chimenea. Entonces comprendí que aquella habitación no fué decorada caprichosamente, pues el color rojo oscuro de la alfombra y de los muebles realzaba la blancura de la carne, dando á los contornos y dintornos de la escultura femenina precisión y agudeza. El duque Valentín era un neurasténico atormentado por la ma-

nía de las actitudes extravagantes. Él mismo lo reconocía.

—Soy un pobre hombre—dijo—que, entre otras chifladuras, padece de delirio persecutorio; no puedo ir por la calle sin padecer la idea de que seré herido ó atropellado por la espalda, y unas veces creo que me acometen con un cuchillo, ó que un balcón se desploma sobre mí. Acaso me sorprendas más de una vez en las esquinas, mirando ávidamente á un lado y otro, y pensarás: "El duque espera á una mujer." ¡No, querida mía! El duque no espera á ninguna mujer; lo que el pobre duque aguarda es á que pase y vaya bien lejos el último coche...

Cuando, ya de noche, quise marcharme, don Cándido me entregó doscientas pesetas, mostrándose muy ufano de haberme conocido y prometiendo volver á llamarme tan pronto como pudiese, lo que hizo pocos días después.

El duque y yo llegamos á ser muy amigos, y gracias á él conocí, entre otros varios empingorotados señores, á don Mateo Echarpe, que desempeñaba, en el nuevo ministerio que acababa de constituirse, la cartera de Gracia y Justicia; era un anciano gordinflón y miope, que aseguraba no haber conocido á ninguna mujer tan exquisita como yo.

En aquella vida, no obstante, pocas veces las satisfacciones compensaban la magnitud de los sacrificios; tiene el amor miserias que no pueden recordarse ni menos escribirse sin padecer amagos de vómito; el macho siempre es sucio y brutal, y todos los

hombres, aun los más cuidadosos de aparecer afables con las mujeres honestas, son insolentes hasta el insulto con las heteras. Nosotras les odiamos con odio fortísimo, superior á todo otro sentimiento; sólo así puede explicarse la criminal conducta de aquella infeliz que, sabiéndose enferma de un mal secreto, incurable y terriblemente contagioso, comenzó á darse á cuantos hombres la solicitaban para vengarse del sexo.

Don Mateo Echarpe, que era muy querido en palacio, donde iba casi diariamente, me había dicho con su voz nublada y cariñosa de abuelo:

—¿Sabes, niñita, que tienes mucha suerte? El rey te vió ayer en las carreras y se ha enamorado de ti.

—¡El rey!—repetí confusa.

—El mismo. Cuando me lo dijo, tú pasabas cerca de nosotros en un landó. Yo repuse, á fuer de buen vasallo: "La conozco, sé quién es y dónde vive; Su Majestad no tiene más que alargar la mano..."

Con objeto de dar satisfacción al capricho de mi augusto enamorado, Echarpe y yo quedamos citados para dos días después, de noche, en el palacio ducal de don Cándido. A Felipe le dije que Julio estaba enfermo y que deseaba pasar aquella noche cuidándole; el vizconde no opuso reparos á mi deseo.

Cuando llegué al palacio del duque fuí conducida, como siempre, al salón rojo donde don Cándido

y yo solíamos reunirnos. Allí sentados, delante de la bien encendida chimenea, me esperaban tres caballeros: el duque Valentín, con su cara policroma y triste como un ramillete de flores de trapo, el ministro don Mateo Echarpe y otro señor joven, delgado y de mediana estatura, pálido, nervioso, con la nariz glotona de los emperadores romanos y los ojos muy vivos; vestía un precioso chaleco de terciopelo acanelado y americana y pantalón negros, ligeramente ceñido este último sobre lindas botas de charol. Era el rey. Al principio, lo confieso, estaba turulata, cohibida por la presencia imponente del egregio personaje, no sabiendo qué decir, ni qué expresión dar á mi rostro, ni dónde poner las manos. Poco á poco, sin embargo, animada por la llana y regocijada conversación del monarca, que era muy campechano y decidor, fuí recobrándome del natural desconcierto y sorpresa que la novedad de la escena me produjo. Aquel anciano criado sin librea que me recibió la primera vez comenzó á prepararnos una mesa pequeña, pero copiosamente abastecida de fiambres suculentos y generosos vinos; la blancura nívea del mantel hería la vista; las copas, rebosantes de Jerez y de Champagne, brillaban á la luz. Los cuatro arrimamos nuestros sillones á la mesa y empezamos á comer; don Mateo y el duque, en su prurito de halagar los apetitos reales, se despicaban celebrando mis íntimas perfecciones y excelencias. El rey, que me había enlazado un brazo alrededor del cuello, concluyó sentándome sobre sus rodillas;

estaba rojo; un leve mador cubría su frente ancha; sus ojos ardían.

—Tutéame —dijo.

No sabiendo qué responder, me eché á reir, turbada aún por la idea de hallarme ante el hombre símbolo de la patria, representante y continuador soberano de la historia nacional.

—Tutéame—repitió imperativo—; no puedes imaginar cuánto deseo oirme tratar familiarmente fuera de mi casa.

A media noche el duque y Echarpe se retiraron, dejándonos al rey y á mí medio borrachos. Yo me había echado en el suelo sobre unos cojines, mareada por los vapores de la bebida; el rey corrió hacia mí, besuqueándome ruidosamente, desnudándome á zarpazos, con una fiebre de adolescente que logró burlar una noche la vigilancia de sus ayos y sabe que aquellas horas de independencia y deleite pasarán muy pronto.

Muchas veces he pensado con emoción en el tormento de ser rey.

No hay suplicio comparable al de hallarse rodeado continuamente y en todas partes de gentes que luego tendrán á gala referir los gestos y las palabras más insignificantes de su soberano, dando á todo importancia inmensa. ¿Qué importa nacer en la púrpura y vivir con todas las necesidades físicas cubiertas, si los anhelos independientes del espíritu jamás serán calmados? Como los reos condenados á muerte, el rey puede pedirlo todo, todo menos la libertad,

que le daría no ser rey. El monarca, unido, en una pluralidad inmensa de casos por altas razones de Estado, á una mujer que no le interesa, vive aislado en medio de sus vasallos, como esos pinos solitarios que vemos servir de penacho á la cresta de algún monte. El rey no puede palidecer ni reir sin que se sepa y sin que aquel cambio de color y aquella risa sean largamente interpretados y discutidos; irá por la calle y no podrá beber un vaso de vino en ninguna parte; las mujeres más hermosas pasarán cerca de él, y el buen parecer le vedará mirarlas, ni más ni menos que esos niños infelices á quienes un pedagogo intransigente y cruel lleva de paseo cogidos de la mano.

El régimen constitucional merma la autoridad del monarca; los periódicos ministeriales le aburren con la divulgación oficiosa de sus actos más nimios; los partidos políticos de la izquierda le ridiculizan abultando sus debilidades ó inexperiencias; á todas horas un círculo de amables cortesanos le rodea, oprimiendo sus pulmones, enredándose á sus pies; en la intimidad una mujer, separada tal vez de su corazón por razones invencibles de religión y de raza, turba con su presencia fría sus horas de reposo. ¡Pobres seres! Bajo el peso de su corona, su juventud y sus alegrías todas quedaron aplastadas. ¡Ah! ¡Qué no darían ellos por correr las calles sin que nadie les mire y bailar como estudiantes en un merendero al compás de un pianillo de manubrio y jugar y besar á sus hijos como hacen todos los padres, sin expo-

nerse al riesgo de que los periódicos lo cuenten después...!

Unicamente así comprendo el ciego regocijo con que mi augusto amante se abandonaba aquella noche en mis brazos. Allí estaba cierto de no ser espiado; valiéndose de mañas y artificios, como estudiante travieso que huye á media noche de su colegio descolgándose por una ventana, así salió él de palacio, dejando de ser rey para ser hombre durante algunas horas.

—¿Me quieres?—preguntaba á cada momento.

—Sí.

—Pero, entendámonos: ¿me quieres por mí mismo ó por lo que soy?

Yo respondía, casi de buena fe:

—Te quiero por ti mismo, por tu conversación, por tu figura...

—¡Oh!—replicaba apesadumbrado—. Eso dices tú..., pero, ¿quién lo sabe?

Estas dos ideas rivales batallaban en su imaginación, acibarando y pellizcando su contento. Su alma, genuinamente española, era á ratos impulsiva y briosa como la jota, á veces sentimental como la malagueña; y así, tan pronto me retozaba riendo, clavando en mi garganta sus dientes blancos, como el misterio de las pasiones desconocidas empañaba su júbilo.

—Ese Echarpe—decía—no debió decirte quien yo era, y tú acaso no me hubieses reconocido. ¡Entonces, qué satisfacción la mía! Porque yo quisiera

verme amado como un don Nadie del montón, para tener celos el uno del otro y reñir contigo de igual á igual...

Tres días consecutivos pasé en aquella habitación, adonde, para comodidad de su augusto huésped, mandó el duque colocar una cama. Algunos periódicos dijeron que el rey estaba en El Pardo.

Estas noticias mi amante las leía echado en el suelo, con la cabeza sobre mi regazo, hallando una delectación perfectamente explicable en colocarse fuera y más abajo de su acostumbrado nivel. Yo le examinaba compasiva, comprendiendo entonces, mejor que nunca, que ante la mujer, como ante la muerte, todos los hombres son iguales. Al separarnos, el rey, que había ponderado repetidas veces la pequeñez y aristocrática delicadeza de mis manos y de mis pies, quiso llevarse, como recuerdo de mi amor y vasallaje, un zapato mío.

—Y, pues te dejo descalza—agregó—, toma diez mil pesetas para un par de botas.

Fué una generosidad digna, ciertamente, de un emperador. Al despedirnos volvió á preocuparle la idea de la impresión que dejaba en mí.

—¿Te he gustado?—preguntó.

Yo repuse ingenuamente:

—Mucho.

Y no mentía.

Parodiando á Pascal hubiese podido añadir: "Me creía delante de un rey, y me sorprendió encontrarme con un hombre."

23 octubre.

Una mañana, cuando me apercibía á beber el café de mi desayuno, entre sueños, Consuelito Vera llegó á decirme que Carmen Arellano estaba en el Hospital gravemente enferma.

—Me han asegurado—prosiguió—que no vivirá tres días. Si puedes vamos á verla; un amigo mío médico me dió una autorización especial para entrar allí cuando yo quiera.

Esta noticia me llenó de dolor, y sin perder momento me vestí. Consuelo quería alquilar un coche; pero yo, necesitando sacudir el marasmo de mis sentidos aletargados por el sueño, decidí ir á pie. Bajamos la cuesta de la calle de Santa Isabel, aspirando el aire refrigerante de la mañana, comentando el fin desastroso reservado generalmente á todas nosotras, padeciendo también la impresión intraducible de melancolía que los establecimientos de salud que por allí abundan vierten sobre toda aquella populosa barriada madrileña. A la derecha estaba el convento de Santa Isabel, con sus celosías invariablemente cerradas; á la zurda mano el viejo monasterio de San Carlos levantaba su enorme mole negra; al fondo de la calle, el pasadizo de cristales que relaciona al Hospital Provincial con la escuela de Medicina, y por donde pasan en camillas los enfermos que han de ser operados, parecía el puente tendido por la ciencia y la caridad entre la muerte y la vida.

A la pobre Carmen la mataba, más que la enfermedad infecciosa que emponzoñaba su sangre, la pesadumbre de quedarse ciega. Ella, tan alegre, tan enamorada de los colores y del sol, no podía aceptar la perspectiva cruel de una noche sin término. Cuando Consuelito Vera y yo llegamos á la sala veintitrés, destinada á enfermedades de la vista, Carmen Arellano parecía dormir en actitud supina, los brazos abandonados sobre el embozo de las sábanas; bajo el pañuelo que ceñía su cabeza asomaban los diabólicos cabellos desrizados por los trasudores del sufrimiento. Aquel salón era un local cuadrangular, anegado en luz suave; colocados á la hila de las paredes había varios lechos de hierro, en cada uno de los cuales reposaba un rostro empalidecido por el dolor, la sombra y la quietud. Al acercarnos á nuestra infeliz amiga, ésta levantó un poco la cabeza, procurando vernos por debajo de la venda negra que cubría sus ojos.

—¡Ah!—murmuró—. Sois vosotras..., gracias.

Estrechamos sus manos frías.

—¿Cómo estás?—exclamé—. ¿Te sientes más animada?

—Ya no me cuido de levantar mi espíritu—repuso—, porque es inútil. El médico, sin duda, lo ha dicho, y anoche estuvieron repitiéndolo por aquí, y en voz muy baja, varias enfermas. "Esa de la cama número veinticuatro—murmuraban—no llega al domingo..."

Nosotras procuramos llevar á aquel ánimo, transi-

do de pena, un poco de consolación; ella era muy joven; además, de la vista nadie se muere...

—Es que padezco varias enfermedades—contestó Carmen—; tengo el vientre hinchado, mi sangre está podrida... Por eso no piensan trasladarme á otra sala, para ahorrarse un trabajo inútil...

Continuamos interrogándola, creyendo que nuestra curiosidad aliviaba sus cavilaciones; ella respondía poco á poco y con voz monótona, sin mover la cabeza, indiferente á todo bajo su venda negra. Los alimentos los repartían entre las enfermas por raciones ó medias raciones, según el médico dispusiese; para el servicio de cada sala había un ayudante y varias Hermanas de la Caridad; á las siete de la mañana y á las cuatro de la tarde, invariablemente, había rosario; después, y á toque de campana, se repartían las medicinas en un carrito con cubierta de cristal...

—¿No viene nadie á verte?—preguntamos.

—Nadie.

—¿No tienes en Madrid ningún pariente?

—Ninguno. Y aunque los tuviese, sería igual; no vendrían.

Luego añadió, recordando:

—¡Ah, sí...! De cuando en cuando me visitan dos pobres amigas..., dos moribundas..., de la sala de incurables. Cuando nos despedimos nos besamos llorando, por si acaso no volvemos á vernos...

Hablaba gravemente, sin sonreir; ¡ella, la adorable loca, que antes reía por todo...!

En el local silencioso resonaban las conversaciones de las pacientes que charlaban de cama en cama; algunas permanecían sentadas en su lecho, cruzadas de brazos, el gesto duro, mostrando á las tinieblas de su desgracia un ceño fruncido; otras, las más rebeldes, iban á tientas de un lado á otro, arrastrando sobre el suelo embaldosado sus pies torpes. Colocada entre dos ventanas, en una hornacina abierta en el espesor del muro, tras un cristal, una Virgen cruzaba sus flacas manos sobre su manto de terciopelo azul türquí, apiadándose de tantos dolores...

Por la tarde, Consuelo y yo volvimos al Hospital, pues comprendíamos que nuestra infeliz amiga no tardaría en despedirse definitivamente de nosotras. En aquellas horas de libre comunicación, el Hospital ofrecía un aspecto casi alegre; cada enfermo recibía sus visitas; un murmullo de conversaciones invadía el espacio, espantando la tristeza de los techos. Mientras Consuelito Vera y una Hermana distraían á Carmen, yo trabé conversación con una enferma joven y muy hermosa que á la tarde siguiente había de revelarme un curioso trozo de vida. Se llamaba Juana, tenía diez y nueve años y era sobrina del dueño de una posada de la calle de Toledo.

Juanita había perdido la vista siendo niña; pasaron los años, y la joven, no pudiendo permanecer ociosa en una casa donde todos trabajaban, pagaba la manutención que de su tío y amo recibía lavando

la ropa, fregando platos y empleándose en otros pequeños quehaceres, para cuyo desempeño su fino tacto y complaciente deseo bastaban.

En cierta ocasión, estando sola en la cocina, sintióse abrazada por detrás; dos manos codiciosas sobajearon sus senos: por la voz, Juanita reconoció á Pepe, un carretero mozo que aprovechaba cuantas ocasiones favorables había para pellizcarla.

—¿Cuándo voy á tu cuarto?—preguntó él.

Ella se levantó, procurando zafarse del apretado y vergonzoso abrazo.

—Déjeme usted...; no sé..., nunca...; ¿ni qué entiendo yo de eso que quiere usted decirme?

De pronto oyó pasos, y redobló sus esfuerzos para desasirse; pero José no la soltó: quien llegaba era amigo suyo. Entre grandes risas, los dos hombres comenzaron á palparla y á besarla glotonamente; ella, temblando de miedo, reculaba hacia la pared, tapándose el rostro con los brazos. La llegada de su tía interrumpió tan repugnante escena. Juanita, con su oscuro lenguaje plebeyo, procuraba explicarme los temores que acongojaron su ánimo aquella tarde. La violación es un acto que la fantasía de las vírgenes se representa oscuramente; el hombre lo imagina mejor, pues casi lleva en su sexo la perfecta explicación del misterio: por razones de la misma índole, la mujer apenas puede comprenderlo. Hablo por experiencia. Siendo yo niña, solía preguntarme: ¿Qué es violar...? Acerca de esto, las novelas y los libros de medicina me habían facili-

tado pormenores elocuentes; pero faltaba algo que ninguna explicación esclarece. En esto llegaba yo hasta donde el desenfado del novelista quería llevarme. "Fulano—decía el autor—cogió á la amada entre sus brazos, la empujó sobre el diván, sus labios se juntaron; ella sintió bajo sus faldas la presión de unas manos ardientes..." ¿Y después?—me preguntaba yo pensativa—; ¿y después...? Aquello era como una novela por entregas, en la que el editor trunca y aplaza siempre lo más interesante para la entrega siguiente.

Y si esto me ocurría á mí, que para ver el pecado llevaba siempre el pensamiento asomado á las ventanas de los ojos, ¿qué no le sucedería á una ciega, á quien las indiscreciones de los libros nada pudieron enseñar? Juanita había llegado á la mocedad llevando en la memoria el confuso recuerdo de los semblantes pueriles que vió siendo niña: aquellos rostros barbilampiños no bastaban á sugerir la noción del hombre; y si quiso componerla, seguramente hubo disparidades inallanables entre aquellos borrosos perfiles infantiles y la silueta varonil que su deseo imaginaba. Era éste un antagonismo de imágenes, un torneo intestino de fantasías y de recuerdos, que los ciegos de nacimiento ignoran. Sólo considerando todas estas circunstancias llego á representarme las emociones por Juana sufridas al recibir bruscamente, y sin previo permiso ni beneplácito suyo, el descortés ataque del carretero. Querían violarla: ella sabía que la violación es do-

lor y vergüenza, y todos sus músculos y todos sus nervios se replegaban, encogiéndose ante el enigma. Lo desconocido estaba allí: ¿cómo la acometería? ¿Por dónde? Y bajaba la cabeza instintivamente, cubriéndose la frente con los brazos: era una sensación análoga á la experimentada por quien penetrase en un cuarto oscuro donde estuvieran esperándole para agredirle con un cuchillo.

Juanita dormía sola en un pajar situado al fondo de un largo patio, y cuya puerta no cerraba. A media noche, la voz de José despertó á la joven. A Pepe le acompañaba su amigo. Aquel asalto perpetrado en las tinieblas horribles de la ceguera, tenía originalidad imponente, indescriptible: era como una amenaza que viniese al mismo tiempo de todas partes; Juana, trémula de terror, reculaba, buscando algún punto firme á que asirse. ¿Cómo huir ni qué medios de defensa emplear contra unos enemigos á quienes el sentido de la vista daba ventajas inmensas...? De pronto fué empujada al suelo, y cuando quiso gritar, ya no pudo; mientras José tomaba posesión de ella, su amigo la impedía todo movimiento sujetándola fuertemente. Satisfecho José, pagó la tercería de su camarada con otra igual...

Una niña que escuchaba esta conversación, también me regaló otra página inolvidable de su vida.

Ello sucedió pocos meses antes, estando ella á punto de perder la vista completamente.

—Aunque mi madre llevaba á casa muchos hombres, con quienes tenía trato—empezó diciendo—,

yo todavía ignoraba lo que eso era..., y jamás hubiese creído que mi madre se prestase á ciertas miserias... Una noche, hallándome acostada y con los ojos medio vendados, pues las granulaciones de los párpados me mortificaban mucho, mi madre llegó acompañada de un individuo á quien yo no conocía, ni ella, probablemente, tampoco.

—No podemos quedarnos aquí—murmuró.

Él repuso:

—¿Por qué?

—Porque... está despierta...

Me señalaba con un gesto. El desconocido replicó:

—¿Está enferma de la vista?

—Sí.

—¿Ciega?

—Casi, casi...

—Entonces no puede vernos. Vamos.

Ella resistía aún, no queriendo ofenderme desde tan cerca. Pero él, indudablemente, tenía prisa, porque insistió malhumorado:

—De no ser aquí, dejémoslo; yo no ando más. Elige.

Y fué; fué allí mismo, delante de mí, porque no había otra habitación, y yo lo vi todo. ¿Cómo no cegué antes de presenciar tanta ignominia? En cambio, mi enfermedad me dejaba completamente ciega veinticuatro horas más tarde. Reconozcamos que el mundo no está bien hecho...

A la tarde siguiente, Consuelito Vera y yo en-

contramos á Carmen Arellano agonizando; había perdido el conocimiento; bajo el pañuelo que ceñía la frente, sus facciones irregulares y atrayentes de mujercita de Guillaume se descomponían: los cabellos rojos iban adhiriéndose con el mador de los últimos momentos á la tez pecosa; los labios sinuosos se plegaban en una mueca bajo la nariz sin sangre; las manos flacas se crispaban sobre las mantas; sólo de cuando en cuando movía la cabeza convulsivamente, adelantando el mentón hacia arriba, como buscando un hilo de luz bajo la noche impenetrable de la venda que cubría sus ojos. Alrededor de la moribunda estaban sus dos amigas y un mozo del Hospital; ellas lloraban, pensando en sí mismas...

Nosotras nos inclinamos sobre Carmen, oprimiendo apasionadamente sus manos frías.

—Carmen, Carmen..., ¿no me ves?

—Carmen, ¿no me oyes?

Ella denegaba con un gesto, rogándonos tal vez que la dejásemos dormir en paz. Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¡Pobre amiga! Recordé sus locuras, sus alegrías inconscientes, las veces que estando de fiesta con varios hombres, amantes nuestros de una noche, pasábamos riendo y medio desnudas de unas rodillas á otras. Muriendo ella, algo muy mío, muy personal, se marchaba también. En el silencio de los dormitorios vibraba la campanilla del Viático; todas las enfermas se persignaron; las más devotas hincáronse de rodillas sobre sus lechos. ¡Oh! ¿Será cierto que de tantas ambiciones, de tantos proyectos, de

tantas horas jubilosas de juventud no quede nada?

Consuelo y yo nos marchamos llorando. Al cruzar una galería vimos cómo dos mozos llevaban al Depósito, sobre unas parihuelas, el cadáver de un hombre: iba envuelto en una sábana; los dedos de sus pies desnudos sujetaban un papel que decía su nombre, su edad y el número de la cama donde murió.

Durante varios días estas emociones gravitaron sobre mi ánimo, espantando de él todo otro pensamiento. Bien considerado, el mundo es horrible, y si tuviésemos tiempo de pensar en ello, raras serían las personas que llegasen á los cuarenta años sin haber intentado suicidarse una vez, cuando menos. Afortunadamente, la lucha por la vida absorbe de tal modo nuestra atención, que los dolores propios nos vedan ocuparnos de las ajenas pesadumbres. Es más: aun dentro de nosotros mismos, hay penas que pasan inadvertidas, porque otras mayores las borran y oscurecen. Lo que me recuerda la respuesta que dió Chamfort al arzobispo de París, que escribía mucho. "¿Ha leído usted—preguntó éste—mi último mandamiento? —No, Monseñor; ¿y usted...?"

Así, en la vida, se siente tan de prisa, que ni tiempo nos queda después para sentir lo sentido.

Insensiblemente, y bien á despecho de mi carácter, que siempre fué expansivo y decidor, voy aislándome, no adquiero relaciones nuevas, mis antiguos amigos desaparecen, el mundo comienza á producirme una molesta emoción de vacío. ¿Moriré

como Carmen, sola y en la miseria...? No he vuelto á ver al rey ni al duque Valentín, quien, según dijeron los periódicos, se hallaba enfermo de cuidado. El ministro Echarpe es, por ahora, el único personaje de verdadero fuste que visito de cuando en cuando.

Julio y Virginia son mis dos únicas ilusiones. Con mi hija adoptiva salgo á la calle raramente, pues comprendo que mi nombre proyecta sobre ella una sombra infamante de escándalo, y yo quiero hacer de Virginia una perfecta señorita, dulce, ilustrada y honesta, para lo cual me propongo defender su inocencia lo más posible.

A primeros de año, hablé con Virginia de los Reyes Magos, y me apenó comprender que mi sobrina ya no da crédito á esas deliciosas patrañas de la niñez.

Nada más dulce que esa tradición infantil que tantas lágrimas inocentes ha enjugado. Yo también he creído en los Reyes, y por no disgustarles fuí más de una vez trabajadora y obediente. Todo menos perder su amistad: mi imaginación les veía cabalgando á la luz de la luna sobre gallardos caballos blancos, y luego descolgarse por la chimenea para depositar sobre las tibias cenizas del hogar los juguetes otorgados por su justicia á mi buena conducta.

El vizconde y yo hablamos de esto con Virginia, invitándola á escribir á los Reyes pidiéndoles las muñecas y baratijas que más de su gusto fuesen.

—¡Vamos, mamita!—exclamó la muchacha riendo—, ¡qué tonterías dice usted...; déjeme usted tranquila...!

Nosotros insistimos, asegurando que Baltasar, Gaspar y Melchor bajaban al mundo todos los años.

—Escríbeles si quieres convencerte por ti misma—añadí—, y aseguro que antes de dos días te habrán contestado.

La novedad de esta promesa impresionó la curiosidad de Virginia.

—¿Qué les pido?—dijo.

—Lo que gustes.

—¿Una guitarra?

—Eso es poco: pídeles una guitarra y un sombrero, un devocionario... y algo más: unos pendientes de oro, verbigracia.

Virginia quedó convencida.

—La carta—añadí—debes dirigirla á Melchor, que es muy bondadoso.

Por la tarde, mi sobrina y yo fuimos á Correos.

—¿A qué buzón echo la carta?—preguntó.

—Al del Extranjero—repuse sin vacilar.

Por la noche, Felipe y yo redactamos la carta que el paternal Melchor escribía á Virginia, mostrándose dispuesto á conceder los regalos pedidos. El excelente Rey, efectivamente, cumplió su palabra, y la alegría de Virginia fué inmensa. Creo, sin embargo, que mi sobrina ya no comulga con tales leyendas, y que los años, pese á mis esfuerzos, van realizando

fatalmente su empresa desencantadora. Evocando estos detalles ínfimos, me ocurre pensar que ó soy buena ó muy rara: porque á mis años, con el cansancio que va produciéndome la vida, sólo una mujer muy extravagante ó muy santa puede complacerse en escribir cartas á los Reyes Magos...

Aquel invierno Felipe Reina me llevó á viajar por Italia.

—Quiero—decía el vizconde—que pases estos últimos tiempos agradablemente, pues ya voy sintiéndome achacoso, y presumo que hemos de separarnos pronto.

En ocasiones diferentes el vizconde me había hablado de testar en favor mío buena parte de su hacienda; pero yo me guardé siempre delicadamente de recordarle su promesa, y hasta me molestaba pensar en ello, pues Felipe, á pesar de su carácter impenetrable y reservón de viejo diplomático, era hombre agradable, de variada conversación y cultísimo trato, á cuyo lado las horas se pasaban muy bien.

Cuando á principios de primavera regresamos á Madrid, supimos que el Gobierno y los partidos políticos se aprestaban á la lucha electoral.

Inmediatamente concebí la idea de presentar la candidatura de Julio, á quien hablé del asunto. Maldonado, emocionadísimo, me abrazó llorando, diciendo que nunca, por grandes que fueran su influencia y su fortuna, podría corresponder á mis bondades. Su agradecimiento era conmovedor.

—¡Bobo!—exclamé—; ¿á qué viene eso? ¿No sabes que nuestros intereses son comunes? Para ti la gloria, para mí la satisfacción de verte triunfar...

Julio quería presentarse candidato ministerial: el vizconde del Pretil apoyó su deseo.

—Es lo mejor que puede usted hacer—dijo una mañana en que los tres almorzamos juntos—, si quiere usted luchar en la consoladora certidumbre de no ser derrotado.

Por la noche conmoví á Felipe hasta el enternecimiento hablándole de lo mucho que yo quería á mi madre y de los sacrificios innúmeros que hice en provecho de mi familia, y le hablé también de mi iglesia, que abriría sus puertas bajo la advocación del glorioso San Miguel, en recuerdo de mi padre, que así se llamaba, mostrándole además las largas y cariñosísimas cartas que el anciano don Joaquín y otras piadosas personas de la localidad me escribían.

—Te admiro—decía Reina—; eres una de esas mujeres que, con su bondad inagotable, están probando á todas horas la necesidad de un cielo.

Resuelto, al fin, á favorecerme con toda su influencia, contagiado de aquel cariño maternal que yo ponía en Julio, el vizconde escribió á varios amigos suyos que residían en Sevilla, y que por su dinero y relaciones valiosas podían apoyar eficazmente la candidatura de Maldonado.

Desde este momento, mi actividad no tuvo dique ni mis nervios sintieron cansancio: en pocos días

escribí al pueblo más de cincuenta cartas anunciando mi proyecto y rogando el apoyo de todos, y visité á don Mateo Echarpe, que también prometió favorecerme, y á Mariano Cortés, quien me propuso organizar con dos ó tres amigos suyos, buenos oradores y muy duchos en asuntos electorales, un viaje de propaganda, al cual Julio Maldonado, con objeto de desenvolver sus dotes oratorias y captarse simpatías, debía ir. De esto hablé con mi ahijado.

—Si no te reconoces con desparpajo y bríos suficientes para hablar en público—dije—, escribe cuatro ó cinco discursos buenos, llenos de frases de relumbrón y de promesas; te los aprendes después de memoria... y, nada más. ¡Adelante!

Pero Julio calmó esos temores; sabíase orador, su verbo era copioso y fácil, acaso brillante; la tribuna, lejos de asustarle, le seducía.

Las cartas que empecé á recibir del pueblo en contestación á las mías mortificaban mi amor propio, poniéndole duras espuelas á mi actividad. Don Toribio y don Joaquín me escribieron que los Alvarez presentaban á su hijo mayor Fernando como candidato conservador, y que al saber que yo pretendía imponer al distrito un diputado buscado entre mis amantes, juraron derrotarme, para lo cual se proponían quemar en la contienda el último cartucho. Era, pues, conveniente que yo distribuyese bien mis fuerzas y, á ser posible, que fuese al pueblo para dirigir la batalla personalmente. Justino también me escribió varias cartas, aconsejándome en el mismo sentido;

los Alvarez, aunque aborrecidos en el distrito, contaban con el inmenso ascendiente que el cacique tiene sobre los braceros del campo, todos los cuales era indudable que votarían la candidatura de don Fernando, aun cuando otra cosa les dijese su conciencia; conmigo estarían, por lo menos, los elementos liberales y republicanos del pueblo, los obreros que trabajaron en la iglesia y otras muchas personas cuyos votos mis amigos cuidarían de ir recabando uno á uno. Desde luego la opinión de Justino no me pareció razonable, pero no quise decir nada sin oir la del vizconde.

—Tu cuñado está en lo cierto—dijo Felipe—; esa lucha, donde tantos y tan encontrados intereses se ventilan, no puedes ganarla desde aquí.

—Bien—repuse—, haremos cuanto sea menester; iré al pueblo y allí pelearemos por la victoria á brazo partido.

Hablando así estaba dispuesta á todo, hasta entregarme á don Fernando si él, por lograr mi amor, retiraba su candidatura. Era éste uno de tantos combates reñidos por el pueblo bajo contra la mesocracia, representada en aquella ocasión por los Alvarez. Pertenecían éstos á la clase más distinguida y pudiente de la localidad; sus abuelos fueron nobles, sus tataradeudos también, y de aquí provenía su implacable hostilidad hacia mí. No aborrecían en mi persona á la aventurera querida de reyes, sino á la hija de Miguel Ortego, el traficante de caballos, á quien tantas veces vieron conducir su ganado al

abrevadero de la plaza pública; y á la hermana de Milagro, campesina zafia que apenas sabía escribir; y á la cuñada de Justino, otro palurdo que llevaba sus cuentas con los dedos; y á la tía de Virginia, á quien esperaban ver trocada en señorita de un momento á otro. Por eso se opusieron tenazmente á la erección de la iglesia, rechazando, llenos de vergüenza y despecho, la probabilidad de que en la cripta colocada bajo el altar mayor, los restos de mis padres, los destripaterrones de otros tiempos, reposasen alguna vez. Y este odio tocó á somatén y obtuvo su mayor auge cuando supieron que yo, de acuerdo con el cura y con las autoridades principales del pueblo, y apoyada por otras poderosas personalidades de Sevilla y Madrid, quería imponerles un diputado, cuya futura influencia no tardaría en irradiar torrentes de clara y ennoblecedora luz sobre todos los míos. Allí, por tanto, más que enemistades personales, se dirimía un antiguo y reconcentrado odio de clases.

Otro día, una semana antes de las elecciones, Julio conoció á los dos amigos de Cortés que habían de apoyar su candidatura; todos jóvenes simpáticos á quienes la idea de viajar cómodamente y con gastos pagados seducía. Oportunamente Julio redactó un manifiesto dirigido á sus electores, del cual se imprimieron veinte mil ejemplares, que Justino, el alcalde, don Joaquín y otros buenos amigos se cuidaron de repartir profusamente. Además, en todos los pueblos del distrito, y pegadas en las fachadas y

puntos más visibles, grandes tiras multicolores de papel repetían con grandes letras negras el nombre del candidato liberal. Pocos días antes de las elecciones, Julio y sus dos compañeros de propaganda salían de Madrid, llevando Maldonado en la cartera cinco mil pesetas que yo le entregué en billetes. Aquella misma semana yo, que en tal ocasión no evité sacrificio ni perdí medio de salir triunfante, había empeñado buen número de alhajas hasta reunir una cantidad circuncirca de mil trescientos duros que debían cooperar poderosamente, en un momento dado, á llevar á la lucha y en favor mío á los votantes remisos y venales. El Gobierno, además, con su inmenso poder, estaba de mi parte.

La mañana víspera del escrutinio llegué á mi pueblo; iba sola y sin otro equipaje que un saquillo de mano; en el mesón donde se detuvo la diligencia me aguardaban mi hermana y Justino, quienes me informaron de cuanto sucedía; los ánimos estaban excitadísimos, se temían colisiones entre los diversos bandos militantes, en varias partes se hablaba de suprimir los Consumos; la noche antes un obrero mató á otro por cuestiones políticas; finalmente, los Alvarez pagaban los votos á ocho pesetas, y ya habían comenzado á intimidar á los pusilánimes desplegando los peores medios de coacción; los pobres trabajadores estaban consternados; los más valientes no osaban maldecir del cacique sin bajar la voz; el recelo de quedarse sin pan ponía miedo en muchas voluntades.

Sin perder momento, y acompañada de Justino, me dirigí á casa del cura y luego á la de don Toribio, quienes, como siempre, demostraron al verme gran alegría. En pocas horas recorrí el pueblo, visitando aquellos amigos que yo sabía me eran más adictos. Todos me dijeron lo mismo, la lucha sería terrible, los Alvarez, irritados por mi temeraria osadía de provocarles en un distrito donde, desde tiempo inmemorial, sus antecesores imperaban sin contiendas, no retrocederían ante ningún atropello... Yo me encogí de hombros y seguí charlando con unos y otros, fortaleciendo á los débiles, punzando el amor propio de los irresolutos, cambiando con los ternes y decididos un bizarro apretón de manos lleno de esperanza, y adquiriendo la convicción de tener más simpatías que las que pensaba. Muchos vecinos se asomaban á sus puertas para verme pasar; algunos me saludaban respetuosamente, quitándose hacia atrás sus anchos sombreros. Yo les animaba con una sonrisa de cordial amistad.

—Ya veremos—les decía—cómo se porta mañana cada cual.

Este incesante trajín muscular y de pensamiento duró toda la tarde; á la hora de cenar, ya no podía más; había conversado, por lo menos, con quinientas personas, y dicho y oído otras tantas veces las mismas palabras; la flaca materia se resistía á seguir luchando; mis párpados se cerraban; no obstante, el vigor soberano de la fe me sostenía.

Maldonado y sus amigos estaban en un villorrio

inmediato, del cual debían regresar á caballo antes de que cerrase la noche para hablar en la Plaza Nueva, que tal era el nombre de la situada delante de mi iglesia.

No puedo recordar, sin fuerte emoción, la zozobra terrible de que mi ánimo fué presa durante las últimas horas de aquella jornada memorable. Yo estaba con mi cuñado y mi hermana en casa de don Joaquín cuando Julio y sus compañeros llegaron rendidos de hablar y de correr á caballo bajo el sol y por entre el polvo de las carreteras. Desde el balcón de la habitación donde nos hallábamos se abarcaba todo el perímetro de la plaza, llena de gente que esperaba ávidamente la aparición de los oradores; al fondo surgía la iglesia de San Miguel, con sus altos paredones de ladrillo, su torre de un solo cuerpo y sus tejados nuevecitos plateados por la luna. Pasarían de tres mil las personas reunidas en la plaza, y de pronto me sentí mareada, envanecida por el incienso del triunfo; la victoria era mía; todos los pobres estaban con nosotros.

A las nueve de la noche, los tribunos subieron al tablado levantado ante el atrio de la iglesia y alumbrado por dos poderosos mecheros de petróleo. El primer orador se dirigía ya á la multitud quitándose el sombrero, abriendo los brazos; la muchedumbre, poco ha inquieta y conversadora, enmudeció; desde el balcón adonde Milagro, Justino y yo nos asomamos, se dominaba aquella plebe entusiasta y sencilla, con sus duros y morenos semblantes inmoviliza-

dos por la esperanza de comprender la felicidad, largo tiempo esperada, con que aquellos tres elocuentes señores cortesanos iban á convidarles; y sus discursos eran como esas músicas que, incomprendidas, se escuchan gustosamente porque acarician el oído.

Cuando Julio tomó la palabra mi emoción aumentó, y la respiración trocóse entre mis labios convulsivamente abiertos en penoso estertor; creo hubo momento en que mi corazón cesó de latir. Julio comenzó hablando fríamente y en voz muy baja; después fué animándose, según prometía defender á los menesterosos, combatir en las Cortes á los ricos opresores, aupar con todo su esfuerzo á los desheredados, á los caídos, condenados á eterna pobreza por el involuntario delito de haber nacido en pobre cuna... Julio era parco en el gesto; su verbo, generalmente conciso y brioso, tocaba á ratos las fronteras de la verdadera elocuencia. No obstante, estaba emocionadísimo y había en su voz un trémolo extraño; sobre su rostro pálido, el bigote y los ojos pintaban enérgicas sombras negras. Yo le miraba suspensa, sin comprender lo que por mí sucedía, pareciéndome imposible que quien tan brillantemente prometía llevar al Congreso la representación de un distrito, y abatir el orgullo de los ricos y reivindicar los hollados fueros de los pobres, con lo que parecía dispuesto á continuar la obra gloriosa de igualdad que mató á Cristo, fuese el muchacho á quien diez ó doce años antes conocí empujando por las calles

un pianillo de manubrio. Volví á sentirme orgullosa de mí misma; aquel era el último triunfante capítulo de una obra mía; creación admirable que parecía restar altura á las robustas paredes de la iglesia. A cada momento, salvas apretadas de aplausos interrumpían al orador; no pudiendo dominar mis nervios, tuve que retirarme del balcón y beber algunos sorbos de agua. Mi hermana se alarmó:

—Esto no es nada—decía yo llorando—, la emoción..., ponte en mi lugar..., le conocí cuando era un niño.

Por la noche se reunieron en casa de don Joaquín veinte hombres amigos de Justino y del alcalde, mozos de armas tomar, con los cuales podíamos contar incondicionalmente, y que prometieron intervenir las mesas para evitar las coacciones y chanchullos que en esos días de elección se cometen. Cada uno de ellos recibió de mis manos, como premio á su esfuerzo, cincuenta pesetas, y mucho antes de que rayase el día todos salieron del pueblo, unos á caballo y otros á pie, encaminándose á los lugares más importantes del distrito.

La mañana siguiente me halló en el comedor, sentada delante de don Joaquín que acababa de celebrar su misa. A cada momento llegaban mozos que acudían á referirme las alternativas de la lucha; en el colegio de la iglesia, Maldonado triunfaba; en cambio, en la Plaza Vieja, los Alvarez nos llevaban muchos votos de ventaja. Julio se balanceaba en una mecedora cerca de mí, pálido y mudo. Yo,

aunque destrozada por la inquietud, le miraba animándole con ese heroísmo de las madres que, por pensar en sus hijos, se olvidan de sí mismas.

—Ten paciencia—murmuré—; si perdemos... ¿qué importa? De todos modos quedaremos bien.

—Si pierdo—repuso Julio sombrío—, me doy un tiro.

Nuestra cruel zozobra duró todo el día; á media tarde volví á sentirme destrozada y vencida; jamás, ni aun después de mis mayores orgías, he sufrido un cansancio igual. Por la noche, á pesar de este doble agotamiento moral y físico, pude dormir. Afortunadamente, tantos ajetreos y tan formidable batallar no fueron vanos. Al otro día, por la tarde, supimos el resultado general de la elección: habíamos vencido; Julio fué electo diputado por una mayoría de cuatrocientos votos...

7 marzo.

Al volver á Madrid me esperaba una mala sorpresa. Mi amiga Leonarda Cadenas, envidiosa de mi fortuna, quiso enemistarme con el vizconde, diciéndole que Virginia era sobrina mía, que nó hija. Aquella delación me avergonzaba; á las preguntas de Felipe, que tan bueno, generoso y sincero fué siempre para mí, no supe qué responder.

—¿Por qué me engañaste?—preguntó Reina.

Comencé á balbucear:

—Temí que no quisieras admitir á Virginia con

nosotros; además... deseaba que te interesases por ella..., que la cuidaras..., cual si de algo muy tuyo..., muy tuyo, se tratase...

—¡Qué inocente eres!—repuso Felipe—. De hoy en adelante no olvides que todo lo que tú ames, sea bueno ó malo, por el hecho decisivo de hallarse bajo el amparo de tu cariño, será sagrado para mí.

Aunque este incidente no tuvo consecuencias peores, resolví vengarme de Leonarda, envidiosa y avara como ninguna de las mujeres que he conocido. La venganza es un sentimiento excelso; es la pasión divina por antonomasia. Si Dios no se hubiera vengado del Diablo precipitándole con poderosa mano á la región de las perpetuas tinieblas, el infierno no existiría y el cielo sería inútil.

Yo quería lastimar á Leonarda en su parte más sensible y flaca, y como aparentemente nuestra amistad no se había relajado, pues tuve buen cuidado de no afearla su traición, frecuenté su trato, buscando en ella una debilidad que al fin hallé, merced á una sirviente que Leonarda Cadenas había despedido.

Estoy convencida de que la mujer es un capricho, un episodio, un momento psicológico fugitivo del alma varonil.

Hasta los más profanos al arte de la pintura han oído hablar de Boticelli, que tenía predilección por esas bocas pequeñas que invitaban al deleite con sus labios rojos y gruesos. Otros pintores adoran los ojos; los ojos negros, centelleando ardientes en la

penumbra de las pestañas; los ojos azules, ventanas apacibles de los espíritus tranquilos; los ojos verdes, plantío de sentimientos enigmáticos. Y una vez terminado aquello que les obsesiona, atropellan el resto, trazando narices incorrectas, gargantas absurdas, cuerpos ridículos ejecutados con la fiebre de la precipitación. Manías semejantes aquejan á la vulgaridad de los hombres: unos se desviven por las mujeres menudas y traviesas; otros por las altas y soñadoras; éste por las delgadas; aquél, que es más sanguíneo, por las de caderas poderosas y redondo aparejo.

También hay excéntricos para quienes los pies ó el pelo constituyen la suprema belleza femenina. Entre estos últimos anormales estaba don Estanislao González, el anciano y opulento banquero á quien Leonarda debía una posición que ella, miserable en todo, hasta en el ambicionar, jamás soñó tener.

Los cabellos rubios, largos, ondulantes, suaves, de Leonarda Cadenas, hechizaban á don Estanislao, quien seguramente era todo lo feliz que puede ser un hombre cuando en las horas de íntimo esparcimiento apoyaba la cabeza sobre el hombro de su amada, cerrando los ojos bajo la caricia de crenchas aromosas. Porque el viejo banquero ignoraba lo que supe milagrosamente; y fué que los incomparables cabellos de Leonarda Cadenas eran postizos...

Aquel día Consuelito Vera y yo almorzábamos en casa de Leonarda; don Estanislao nos acompañaba. Cuando estábamos bebiendo el café apare-

ció una criada, anunciando la llegada del peluquero.

—Dile que espere un momento—exclamó Leonarda.

Yo repuse fríamente, como el espadachín que, viendo á su contrario descubierto, se tira á fondo.

—Si hemos de salir, no perdamos tiempo. Y pues tienes la fortuna de llevar los cabellos postizos, envíaselos al peluquero para que vaya pintándolos y rizándolos mientras concluyes de almorzar.

Hablé sencillamente, como ajena al inmenso daño que estaba causando; luego miré á don Estanislao, cuya frente había palidecido hasta la lividez. ¡Pobre hombre! Aquello fué para él peor que un martillazo en los dientes: la cabellera admirable de Leonarda, aquellos cabellos tan suaves, tan largos, bajo cuyos rizos olorosos se había dormido tantas veces..., ¡eran comprados...! Poco tiempo después tuve la malsana satisfacción de saber que don Estanislao y Leonarda Cadenas, cuyo amor en este caso bien puede decirse que estaba pendiente de un pelo, se habían separado... La conciencia no me remuerde por ello; Leonarda en mi lugar, y aun sin motivo, hubiera hecho otro tanto.

Varios meses hacía que Julio trabajaba en su bufete de abogado; al principio aceptaba cuantos negocios le traían; después comenzó á imponerse cierta selección, reservándose únicamente aquellos que más armonía guardaban con su criterio y aficiones; la brillante defensa de un individuo que, por

salvar el honor de su hermana, mató al padre incestuoso, granjeóle cierto prestigio de abogado criminalista; además, su diputación, proporcionándole muchas amistades valiosas, le daba crédito y autoridad inverosímiles: un año después de establecerse, sus ganancias no bajarían de quinientas á seiscientas pesetas mensuales.

Maldonado vivía con una criada vieja en un pisito principal de la calle de Isabel la Católica. Allí fuí á visitarle varias veces acompañada de Consuelito Vera, único afecto desinteresado que voy salvando de ese mar de la vida donde al embate de la muerte, de la codicia ó de la envidia fracasaron tantas amistades que parecían eternas. El despacho de Julio era una hermosa habitación amueblada con cómodos sillones de cuero claveteado y grandes armarios bien abastados de libros que daban á la estancia el aspecto recogido y severo de un gabinete de lectura: en la entreventana, sobre una panoplia con armas antiguas, había un reloj de bronce; largos cortinajes de felpa vestían las puertas.

Julio nos recibió muy bien, obsequiándonos con pastas y vino generoso, y afanándose en que nos quedásemos á cenar con él: nosotras rehusamos la invitación; el vizconde del Pretil nos esperaba.

—Lo aplazaremos para otro día—dije—, y procura que algún amigo tuyo nos acompañe; de ese modo la pobre Consuelito no se aburrirá tanto.

Julio asintió; luego comenzó á mostrarse distraído

y á mirar al reloj; creeríase que todo aquello lo habló por parecer espiritual y amable, y que algo importante le preocupaba. Nosotras, comprendiéndolo así, nos levantamos para marcharnos: él nos acompañó hasta la puerta; había recobrado su verbosidad insinuante, mostrándose amabilísimo y muy pesaroso de quedarse solo. Cuando llegamos á la calle, Consuelo dijo:

—¿Qué le sucede á Julio?

—Nada.

—¿No le notaste inquieto y como fuera de sí mismo?

—No.

Contesté aplomadamente, con esa confianza estúpida que nos inspiran las personas con quien hemos vivido muchos años. Pasados algunos minutos de meditación, mi amiga repuso cavilosa:

—No sé, no sé qué decirte; Julio es un hombre raro...

Aunque Consuelo Vera jamás tuvo un gran sentido práctico de la vida, sus palabras me preocuparon. Los niños tienen un instinto maravilloso para discernir lo bueno de lo malo; cuando un niño enlaza espontáneamente sus brazos al cuello de un desconocido y le besa, podéis estar ciertos de que aquel individuo no es un criminal. Consuelo era un alma niña; su inconsciencia, aquella despreocupación indiferente y tolerante que la llevaba á aceptarlo todo sin apreciar el demérito ó valimiento de los lugares y de las personas, la otorgaba, sin embargo, cierta

capacidad superior de adivinación, cuya exactitud de apreciación vi confirmada reiteradas veces: Consuelo no se equivocaba: jamás su instinto dejó de presentir el oro de las almas. Siempre que íbamos á casa de Maldonado, Consuelito Vera recibía la misma impresión.

—Creeríase—decía—que nuestra presencia le angustia. ¿Por qué? ¿Tantas son sus ocupaciones que no puede dedicarnos un rato de conversación? ¿O es que nuestra presencia menoscaba el crédito y la seriedad de su casa...?

Tras una pausa agregó:

—¿O será que se avergüence de hallarse ante personas que conocen su historia y los orígenes de su encumbramiento?

En apoyo de su pensamiento, hízome notar algunas particularidades en las que mi cariño me hubiera impedido siempre fijarme, pues el amor, como dice Cervantes, "mira con anteojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza y á las legañas perlas." Generalmente, Julio Maldonado nos recibía con cierto embarazo que inútilmente procuraba dominar; después hablaba nerviosamente, riendo sin gusto, por no parecer desabrido ni huraño; en cambio, al despedirnos, alegría desbordante bañaba su rostro; jamás nos habló seriamente de sus asuntos, cual si quisiera mantenernos alejadas de todo aquello que llenaba su intimidad, y nunca quiso acompañarnos por parajes que no fuesen solitarios ó excéntricos.

—Te aseguro—concluyó Consuelo—que tu amigo es un hombre de cuidado.

Cuando llegué á mi casa trabajo me costaba reprimir el llanto; un dolor taladrante como un florete traspasaba mi alma; bajo mi cuerpo, mis piernas trémulas flaqueaban; apenas podía respirar. Por primera vez, después de tantos años, comencé á creer que Julio, efectivamente, me quería un poco menos que antes. A la tarde siguiente fuí á verle sola, no pudiendo dominar mi curiosa inquietud; desasosiego caótico que á veces tenía el duro ceño del despecho y de los celos, y á ratos la máscara maternal, plácidamente resignada, de los amores extintos.

Julio Maldonado estaba solo, escribiendo. Exclamé desde la puerta del despacho:

—En mala hora llego.

Levantó los ojos.

—Hola..., ¿eres tú?

Suavemente dejó la pluma, pasándose una mano por la frente.

—¿Por qué crees—agregó—llegar en mala hora?

—Porque interrumpo tu trabajo.

—¡Bah, qué tontería!

Me acerqué á Julio y, sin darle tiempo á levantarse, le abracé, oprimiendo su cara contra mi seno mientras examinaba, á la luz del balcón, su apretada cabellera negra, donde la ambición y el estudio comenzaban á blanquear algunos cabellos.

—¡Cuánto trabajas!—murmuré.

—¿Lo dices por mis canas?

—Sí.

—¡Ah, tienes razón! Trabajo mucho.

—¡Y cuánto deseas!

—Deseo inmensante; y no reposaré hasta no ser poderoso y rico; ¡muy rico!

Hubo un corto silencio.

—¿Quieres que me vaya?—dije.

—¿Cómo?

—Por si te molesto.

—Interrumpirme tú, molestarme tú... ¡Bonita ocurrencia! Vamos, cualquiera creería que esta casa no era tuya...

Por primera vez me sentía coactada ante el hombre y como vencida: había en Maldonado algo irresistible y superior que me rechazaba. Él, adivinando, tal vez, aquel sentimiento mío, rodeó con un brazo mi cintura, conduciéndome al gabinete, donde nos sentamos sobre un diván. Julio se había colocado cerca de mí, sin besarme, contentándose con darme, mientras hablaba, afectuosas palmaditas en los muslos.

—¿Me quieres mucho?—suspiré.

—¡Vaya una pregunta!

—Y durante el día, en los cortos ratos de paz que te consienten tus placeres y tus afanes, ¿te acuerdas de mí?

—¿Cómo no...? ¡Mil veces!

Lo decía sonriendo, con risa contrahecha que parecía helarse sobre sus labios. Después hablamos del

pueblo, celebrando otra vez la derrota de los Alvarez. La iglesia de San Miguel había sido bendecida con pompa y gran derroche de músicas y fuegos artificiales; á la bendición de las campanas asistieron como padrinos Milagro, mi cuñado Justino, don Toribio y otros amigos; y don Joaquín, aunque ya octogenario y muy achacoso, pudo al cabo celebrar, bajo aquellas bóvedas que tantos disgustos y afanes le costaron, la primera misa. Cumpliendo uno de mis mayores anhelos, los restos de mi buen padre fueron depositados la semana anterior en la cripta, donde los acordes augustos del órgano resonaban dulcemente.

—Dicen —añadió Julio—que el cadáver se conserva muy bien.

Yo murmuré:

—¡Pobre padre!

Una negra meditación invadía mi ánimo; si es cierto que los espíritus viven después de la muerte, el alma de mi padre, que indudablemente sabía cuánto lloré y sufrí y cuán grande fué siempre mi cariño hacia él, viendo los esfuerzos que hice por redimirme del vicio, amparar á todos los míos y honrar su memoria, debía haberme perdonado... Julio, entretanto, me hablaba de un pleito muy complicado, honroso y lucrativo, que acababan de encomendarle. De pronto, derrotando mi abstracción, miré á Máldonado: era arrogante, con su ancho frontal, su nariz neroniana, aguileña y cruel, sus bigotes empingorotados, su mentón testarudo; algo

irresistible y superior abrillantaba sus ojos; su acento breve no admitía controversia: hablaba sin vacilar, afirmando siempre; cada uno de los gestos con que subrayaba sus palabras tenía la autoridad decisiva de una rúbrica. Como su alma, su cuerpo, saludable y robusto, adquirió la complexión inconfundible de los hombres de presa. Sin duda, Julio y el marqués de Lágaro se parecían; pero la impetuosidad de aquél iba en éste mejor dirigida y por caminos más razonables y prácticos. A cada momento Maldonado preguntaba:

—¿Me oyes?

Yo afirmaba maquinalmente. Acababa de verme reflejada en un espejo, y no sabía desligar los ojos de aquella imagen: me reconocía demasiado gruesa; el calor y la presión del corsé arrebolaban mi rostro, hinchándome las mejillas de sangre; mis cabellos eran menos negros que antes. Y me hallé fea, fea y vieja, muy vieja, bajo mi gran sombrero de plumas... Luego miré á Julio, que aún no había llegado á la plenitud de la vida, midiendo con terror los catorce años que nos separaban.

Después, sin deseo carnal, guiada por el único anhelo de conocer su alma, inicié un diálogo de amor.

—¡Bien hemos luchado, Julito!

—Bien—repuso—, y cuenta que aún no alcanzamos la mitad del camino.

—Cuando nos conocimos, yo era joven..., tú eras un niño. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿Recuerdas el empacho con que fuiste á verme la primera vez?

Sus mejillas se colorearon levemente. Quise sondear mejor la índole de aquel sentimiento.

—Avergonzándote de tu pasado—dije—, haces mal, porque el triunfo y la gloria de nuestra ascensión son tanto más grandes cuanto mayor y más honda fué la sima de donde salimos.

Advertí que Julio empezaba á intranquilizarse; mis palabras le herían; era una inquietud análoga á la que sufren los nobles y los ricos improvisados cuando al llegar á su pueblo con algún amigo que desconoce el reciente origen de su fortuna y ennoblecimiento, se ven de pronto rodeados por gentes indiscretas que les conocieron plebeyos y pobres. Julio, indudablemente, había olvidado sus tiempos de organillero vagabundo, y aquellas evocaciones, que yo hallaba tan dulces, magullaban su amor propio. Comprendiéndolo así, cambié la conversación.

—¡Cuánto nos hemos querido!—dije.

—Mucho.

—¡Cuántos millones de besos hemos cambiado...!

—Cuántos..., infinitos.

—Infinitos, sí; porque ni tú sabías separar tus labios de mi cara, ni yo quería que aprendieses...

Cogí entre mis manos una de las suyas.

—¿Te acuerdas—añadí—de cuando me decías: "Isabelita, tú has querido mucho á Pedro, pero yo sabré curarte de ese amor. Ayúdame tú...?

—Sí, sí..., me acuerdo de todo. Tonterías de niño.

—De chiquillo—repuse—ó de enamorado, como quieras; chiquilladas deliciosas, nunca ridículas: el verdadero amor es niño siempre...

Hubo otra pausa. Yo proseguí:

—Entonces me querías más.

—Más, no; lo mismo.

—A todas horas estabas besándome, no te saciabas... ¿Olvidaste las veces que cerrabas tus libros de estudio para venir á darme un beso, un solo beso, y marcharte en seguida...? Ahora, en cambio, perdemos las semanas y aun los meses sin cambiar un abrazo.

Julio Maldonado empezó á balbucear disculpas: nuestra pasión, seguramente, no había cambiado, pero las circunstancias no nos favorecían: él comenzaba á escalar los peldaños de una posición importante, y con el mundo no puede jugarse impunemente, porque el tilde más leve basta á romper una reputación. Yo tampoco debía cometer ninguna ligereza que tendiese á enfriar mis relaciones con Felipe Reina, de quien tantos y tan señalados favores había recibido...

Mientras Julio hablaba, mis ojos recorrían la habitación, pasando de un mueble á otro: todo, aunque modesto, era nuevo y cómodo: el piano, la alfombra, los cortinajes, los sillones, con sus asientos muelles y sus blandos respaldos. Enlacé mis brazos al cuello de Julio, invitándole á tenderse en el diván apoyando la cabeza sobre mi regazo.

—Ven—dije—; quiero tenerte así, muy cerca... como en otros tiempos...

Él rehusó; pero yo insistí, y hubo de ceder: acostóse boca arriba, con un brazo sobre el pecho y el otro extendido á lo largo del cuerpo, mientras yo, llenos los ojos de lágrimas, acariciaba sus cabellos.

—¡Qué bonitos los tienes!—murmuré—; ¡qué ensortijados..., qué negros...!

Se incorporó; aseguró hallarse muy mal en aquella actitud; no respiraba bien, el cuello de la camisa le oprimía la garganta...

—¡Quítatelo!—dije.

—No, puede venir alguien.

Fué aquélla una escena odiosa que aún abrasa en ira mi corazón. Repentinamente, comprendiendo que mi amante se me escapaba, tuve deseo de él, ó más bien anhelo de probarme el ascendiente que sobre su voluntad tenía aún mi belleza. Me hinqué de rodillas sobre el diván, acercando á su rostro mis labios suplicantes.

—Estamos solos—dije—; abrázame..., ¿quién nos lo impide?

Él se llevó un índice á los labios.

—Calla..., habla más bajo.

—¿Por qué?

—Pueden oirnos...

—¿Quién?

—La criada. Y, sin eso, aquí la menor libertad es un riesgo..., compréndelo..., á cada momento estoy recibiendo visitas...

Continué rogándole, sin ver, cegada por la pasión, toda la vergüenza de aquella súplica.

—Entonces—añadí—, ¿cuándo nos veremos?

—Cuando quieras.

—Esta noche...

—¡Esta noche! Imposible, tengo mucho que hacer..., imposible...

—Mañana por la tarde.

—Tampoco. Espera... necesito ir al Congreso... ¡Cá, tampoco puede ser mañana!

—¿Entonces...?

—Otro día.

—¿Cuándo...?

Permanecí de hinojos sujetándole por los hombros: mis súplicas eran anhelantes.

—¡Oh, no sé!—replicó—. Otro día cualquiera. ¡Ya te lo diré...! ¡Ya te lo diré...! Ocasiones no han de faltarnos...; no tengas tanta prisa...

Se había levantado bruscamente, pasándose las manos por los ojos como para tranquilizarse, cual si hubiese resuelto no volver á llegar á mí y temiera quebrantar su propósito. Yo también me levanté: comprendí que me había quedado muy pálida; un frío mortal sacudía mi cuerpo.

—Me voy—dije.

Y corrí hacia el recibimiento. Julio me siguió, queriendo detenerme.

—¿Qué te sucede?—repetía—. ¿Te has incomodado?

Sin contestarle abrí la puerta; mis oídos zumbaban.

—Adiós—murmuré—; adiós.

Mis ojos se llenaron de lágrimas: él exclamó tendiéndome los brazos:

—Ven, ven..., entra...; aun es temprano... ¡Tonta! Si te quiero más que nunca...

—No—repuse bajando la escalera y restañando con un pañuelo el llanto que inundaba mis mejillas—; no, ya no puede ser... Además, tú no me quieres..., no me quieres...; tu cariño murió...; creo que entre nosotros todo ha concluído.

Aquella noche la pasé llorando; á cada momento mis sollozos despertaban al pobre vizconde.

—¿Qué tienes?—decía.

—Estoy triste—repuse—; mi madre está enferma...; abrigo el presentimiento que la pobre ha de durarme muy poco...

Desde que escribí el renglón anterior, hasta este momento en que vuelvo á coger la pluma para reanudar la redacción de mis *Memorias*, han pasado cuatro años. ¡Ah...! ¿Cómo recordar los sufrimientos sin guarismos por mí padecidos durante este tiempo? Según creo haber dicho ya, hay períodos apacibles en que el tiempo se desliza sin traernos nada nuevo, de suerte que varios años de vida apenas contienen media docena de acontecimientos notables, y otros en que los lances adversos y prósperos se multiplican, rindiendo la voluntad, acobardándonos, llenándonos la frente de arrugas y de canas los cabellos.

Desde que el vizconde del Pretil vivía conmigo,

mi carácter iba aquietándose y perdiendo su primitiva condición independiente y díscola, como esos trenes que van disminuyendo su velocidad y resoplando confiadamente, según se acercan á la estación término de su viaje. Felipe Reina marcaba el período ó momento más alto de mi engrandecimiento; y el cansancio de todas mis facultades y la conciencia de mi cercana vejez y de mi belleza decadente mataban mi curiosidad, quitándome el deseo de nuevas aventuras. ¡No podía más! Desde el día en que vi triunfar la candidatura de Julio, me rendí, dando por dignamente epilogada y concluída la historia de mis hazañas.

Las personas que vivieron siempre en su esfera ignoran cuán poco amor hay en nuestra vida de amores y las luchas y sufrimientos de los que trataron gentes de todas clases: yo, cansada de padecer ingratitudes y desilusiones, comenzaba á sentir aversión hacia el mundo, y sobre todo, aborrecimiento invencible hacia los hombres. Después de mi aventura con el rey, no había vuelto á engañar al vizconde: el porvenir de Julio ya no exigía de mi abnegación nuevos sacrificios, pues el joven diputado estaba en circunstancias de cumplir sus ambiciones personalmente; mi bienhechora misión, por tanto, había concluído, y me dediqué en cuerpo y alma á Felipe; el serle fiel me producía íntima y purísima complacencia; era una satisfacción análoga á la que experimentan en la quietud de su retiro esos ancianos militares á quienes sus muchas heridas y su pecho

heroico sembrado de cruces gloriosas dieron derecho al descanso.

Aquella paz apenas duró un año. De pronto, la nigratitud de Julio vino á romperme el alma; Julio, olvidado de mí, me abandonaba para correr locamente tras su fortuna: aquello era horrible como la ingratitud de los hijos que abandonan á sus padres ancianos y viejos para casarse y luego de casados se ven muy lejos... Después, la noche precisamente en que Felipe, Virginia y yo estábamos hablando de hacer una excursión á Baleares, un telegrama de Milagro vino á decirme que mi madre, enferma repentinamente, estaba agonizando; pocas horas después otro telegrama anunciaba que mi madre había muerto...

En el viaje que por tan triste motivo hice á mi pueblo, Virginia y Felipe Reina me acompañaron; el dolor y la desesperación de mi impotencia para luchar contra aquel golpe de lo inevitable rompían mi alma; á Sevilla llegué con los ojos hinchados de llorar; mi sobrina y el vizconde procuraban inútilmente consolarme. Aquel viejo cuerpo, bajando á la tumba, se llevaba algo mío, muy mío; algo muy hondo.

—Muerta mi madre—repetía yo entre sollozos—, ¿con quién podré hablar de cuando era niña?

Por un fenómeno de asociación ideológica bien comprensible, el recuerdo de mi madre se ligaba al de mi vejez y á la ingratitud de Maldonado. ¿Qué sería de mí? ¿Quién cerraría mis párpados...? En la

diligencia, ante el aspecto de las serenas campiñas que recordaban mi infancia, mi dolor redobló; pasábamos cerca del cementerio, sobre cuyas blancas tapias los cipreses funerarios cabeceaban; Felipe cerró los cristales del coche para librarse del viento que en aquella parte del camino soplaba de frente, cegándonos, como complaciéndose en tirarnos á los ojos el polvo de los muertos. En el mesón donde la diligencia se detuvo me esperaba Justino. Le abracé llorando.

—Nuestra madre—pregunté—, ¿cómo murió...? Dímelo... ¿Se acordó de mí...? ¿Me ha perdonado? No me engañes.

El buen hombre también lloraba.

—Sí, te ha perdonado..., se acordó mucho de ti, mucho...; la última palabra que pronunció fué tu nombre. Yo estaba á su lado, lo oí bien: "Isabel... Isabel", repetía...

Llegamos á nuestra casa; allí vi á mi madre reposando inerte, los brazos á lo largo del cuerpo, en la misma alcoba y en el mismo lecho donde yo nací. La abracé llorando, llamándola.

—¡Madre, madre...!

Pareciéndome imposible que mi voz no llegase hasta ella: entre Justino y el vizconde me sacaron de allí á empujones, pues temían que el mucho dolor me produjera algún ataque nervioso; cedí, casi inconsciente, llevándome sobre los labios la impresión de aquella carne inerte, fría, con un frío húmedo, penetrante, que llega á los huesos; frío indes-

criptible que no se parece al frío del granizo ni de la piedra. Aquella tarde verificóse el entierro, al que concurrieron muchas personas, toda gente pobre; el cadáver fué depositado en la cripta de la iglesia de San Miguel, junto al de mi padre, perpetuando así en la muerte la unión de aquellos dos seres que en vida jamás se separaron.

Aquel panteón familiar era una especie de capilla de cinco metros en radio, circular y abovedada, en cuya parte central había un tragaluz situado delante del altar mayor y defendido por una verja de bronce. Desde aquella cripta rodeada de tumbas que mandé construir para guardar los restos de todas las personas que amé, oímos misa á la mañana siguiente mi hermana, Justino, el vizconde, Virginia y sus hermanas. Muy por encima de nuestras cabezas, en la cresta de la orgullosa torre, las campanas volteaban llamando á los fieles; en la iglesia resonaban las pisadas suaves de los devotos. Comenzó la misa; hasta nosotros llegó el místico aroma del incienso quemado; el órgano lanzó al espacio sus acordes luctuosos. Abajo los muertos, la cripta, con el misterio augusto de lo eternamente inmóvil y callado, sirviendo de cimiento al altar donde la religión fortalece á los tristes con la promesa de otra vida; abajo la realidad, arriba el ensueño... Allí estaba el origen de todos los cultos. Entretanto, la seguridad de que cuanto nos rodeaba era obra mía y que los restos de mis padres reposarían durante algunos siglos entre aquellos espesos y solidísimos muros que con mi es-

fuerzo levanté, mitigaba mi pesadumbre acerba dándome ese aquietamiento majestuoso que sólo produce el cumplimiento de los más altos deberes. El día lo pasamos todos en la iglesia rezando. Por la noche tampoco quise salir de allí, y cuantas razones amontonaron Milagro y Justino para apartarme de mi empeño fueron inútiles. Felipe Reina, comprendiendo que mi terquedad sería invencible, se puso de mi parte.

—Dejadla—dijo—, pues es su gusto. Yo la acompañaré. Vosotros podéis marcharos.

Todos obedecieron al vizconde, aunque de mala gana, subiendo lentamente uno tras otro la angosta escalerilla de mármol por donde se bajaba al panteón. Al quedarnos solos Felipe y yo, abracé á mi amigo.

—¿Por qué no te marchas también tú?—dije—. Quiero estar sola, necesito estar sola... para llorar á gritos.

El anciano vizconde me abrazó y besó muchas veces.

—No me obligues á dejarte—repuso con voz que la emoción estrangulaba—, porque el temor de que te suceda una desgracia me abruma: compréndelo así; soy ya viejo y débil y una impresión demasiado fuerte me mataría. Si algo me quieres, obedéceme en esto. Tú quedas libre: puedes rezar, llorar..., hacer lo que quieras; no te diré nada...

Bajé la cabeza aceptando su deseo, y para tener la seguridad de hallarme más aislada cerré con llave y cerrojos dobles la estrecha verja del panteón.

Mientras viva recordaré como entre sueños aquella escena sombría, romántica y terrible, digna de una tragedia shakesperiana. Del techo pendían dos lámparas de plata que derramaban mortecino y amarillento resplandor sobre la cóncava pared y el oscuro mármol de los sarcófagos, de los horribles sarcófagos vacíos, que recordaban con su vacuidad cómo cuantos seres amé, tarde ó temprano habrían de reunirse allí: mi falda negra de seda resbalaba por el suelo de mármol con imperceptible roce: en un ángulo, sentado sobre un banco, estaba el vizconde, los brazos cruzados, pensativo, rezando tal vez; la luz plateaba sus cabellos alisados y blancos. ¿En qué meditaba? No era difícil adivinarlo: las fuerzas iban faltándole, se sentía viejo; aquellos sepulcros le hablaban, sin duda, de que para él también llegaría pronto la hora del reposo...

Me acerqué á la tumba de mi padre, y medio arrodillada, la frente apoyada sobre la piedra, comencé á improvisar una oración.

—Padre, ya estoy aquí, á tu lado otra vez, después de tantos años... ¡Ah, si supieses cuánto he llorado...! Fuí cruel contigo, te dejé, te abandoné cuando acaso necesitabas tenerme más cerca...; seguramente mi ingratitud aceleró tu muerte. Padre, perdón... Yo entonces estaba loca, me parecía que la juventud se me escapaba y que únicamente la libertad y el amor guardaban el secreto de la dicha. Mírame ahora, volviendo á ti desengañada de todo, casi vieja, maltrecho el cuerpo, el alma rota... ¡Ah, padre, padre

mío! ¿Por qué quisiste morir sin perdonarme? ¿Por qué no me llamaste antes de que tus brazos dejaran de poder ceñirse alrededor de mi cuello? ¿Por qué tus labios se cerraron sin absolverme...? ¡Oh! ¿No comprendías que tu último rencor iba á llenar de sombras toda mi pobre vida? ¿Qué no haría yo, qué no daría yo por despertarte, por volver á escuchar tu voz? Antes yo era niña y jugaba aquí mismo, en lo que ahora es iglesia y panteón y entonces era solar: tú volvías del campo, te sentabas junto al fuego, me colocabas en tus rodillas, abrigándome contra tu pecho y bajo tus labios... ¡Oh, padre, padre mío, padre de mi alma...! ¿Por qué estamos tan separados...?

Continué hablando, ajena absolutamente al sitio donde estaba, y durante varias horas prolongué aquella retahila de pensamientos y frases incoherentes.

Después, ante la tumba de mi madre, comencé otra oración análoga:

—Madre, tú fuiste piadosa para mí, tú me perdonaste. Ya ves, yo te quise mucho... y he trabajado mucho para que el pan no te faltase... Yo también, á mi modo, he sido buena... y, como á ti, todos me han vendido y á todos he perdonado. La fatalidad me persigue: en vano procuro salvarme; los hombres que yo quiero se mueren ó se van... Quiéreme tú, madre, y reza por mí, por tu pobre hija que ya va sintiéndose muy vieja y muy sola. Ahora mi único deseo ferviente es morir..., morir aquí, tranquilamente..., en este rincón donde vine á nacer...

Mi voz se debilitaba según mi pensamiento iba nublándose; mis dedos se crisparon sobre la piedra del sarcófago; de pronto perdí el sentido. Cuando volví en mi acuerdo me hallé fuera del panteón, en la sacristía, sentada ante una ventana abierta; amanecía; bajo el cielo, teñido con las pálidas rosas de la alborada, se extendían los verdes trigales acribillados de amapolas. El vizconde, pálido como un muerto, velaba por mí, aventándome el rostro con un abanico.

—No te asustes—murmuró—; no fué nada; un ligero mareo...

Repentinamente, sintiéndome fuerte, comprendiendo que mi misión allí tambien había concluído, exclamé:

—Vámonos.

—Sí, vamonos—repuso alborozado—; tanto dolor es inútil.

Habíamos resuelto, de acuerdo con mi familia, que Virginia pasase aquellos meses de verano con sus padres, para lo cual entregué á mi hermana, que siempre andaba falta de dinero, doscientas cincuenta pesetas. Justino y mi sobrina me prometieron reunirse conmigo en la corte á fines de septiembre. Por la tarde, luego de despedirme de don Joaquín y de don Toribio, Felipe Reina y yo salimos de aquel pueblo, al que, probablemente, ya no volveré nunca; y al día siguiente llegamos á Madrid, donde, pocas semanas después, el Destino me asestaba el golpe mayor quizá de cuantos he recibido.

Hacía ya tiempo que la debilidad física del vizconde del Pretil era muy grande, su carne flaqueaba y su antiguo amor iba trocándose en apacible y respetuoso afecto paternal; sus deseos, más que de una imperiosa necesidad orgánica, emanaban de ficciones cerebrales voluptuosas, por lo que su satisfacción le producían fatiga y agotamiento increíbles. También el vizconde, como suele sucederles á los que de jóvenes gozaron mucho, padecía del corazón. Todo esto me obligaba á quererle: además, hay algo exquisitamente delicado que nos impide olvidar á las personas que una vez lloraron con nosotros.

Una noche salimos del teatro Eslava al terminar la segunda función. Cuando llegamos á mi casa, Felipe, que no despidió su coche porque sentíase aquejado de jaqueca y deseaba regresar pronto á su hotel, quiso entretener conmigo algunas horas. Yo, temiendo las consecuencias de aquel esfuerzo, procuré distraerle tocando el piano.

—No—dijo él—, nada de música; me duele la cabeza. Acostémonos cuanto antes...

Estaba muy pálido.

—Sufres—repuse—; tranquilízate; otro día...

—No, ahora.

Hablaba imperiosamente, con una impaciencia rara en él, como si adivinando su fin cercano quisiera apurar aquel último deleite antes de que se le fuese la vida. Nos acostamos; Felipe me abrazó; de pronto se puso lívido, horriblemente lívido...

—¡Felipe!—grité—. ¡Felipe...!

Cogiéndole por los brazos le incorporé.

El abrió la boca sin poder articular ningún sonido, sus ojos se ahuevaron con la angustia de la agonía y de pronto retorcióse violentamente cayendo sobre la almohada, muerto.

A mis gritos acudieron las criadas y Fabián, y entre todos trasladaron el cadáver del vizconde á su coche para ahorrarme belenes judiciales y un escándalo inútil. El cochero, que era hermano de Fabián, se prestó desde luego á defender aquella mentira que en perjuicio de nadie redundaba. A la mañana siguiente los periódicos dijeron que el excelentísimo señor don Felipe Reina, vizconde del Pretil, había fallecido repentinamente al llegar á su casa.

También esta vez la sombría predicción de madame Memphis se había cumplido.

VII

3 abril.

Viendo rodar las hojas, me acuerdo de mí; yo también soy hoja arrancada de su rama, árbol sin raíces caído en la corriente de un río, canto rodado expuesto á la atracción de todos los planos inclinados.

Mis dos últimas desgracias magullaron mi espíritu, determinando en sus facultades depresión y apocamiento inmensos; la muerte del vizconde había maltrecho mis intereses; la ingratitud de Julio hirió mi esperanza, extendiendo ante el insólito presente un porvenir oscuro y solitario. ¿Dónde ir? En el horizonte de mi oscuro mañana, ¿qué nueva estrella encenderá la próvida diosa de la ilusión? Paralizada por ese estupor que sigue á las grandes catástrofes morales, permanecí mano sobre mano, sumida en quietismo absoluto, incapaz de realizar ningún movi-

miento voluntario; después las cartas de Milagro y de Justino, recordándome que había muchas necesidades y muchos deberes que sólo de mí esperaban remedio y consolación, me volvieron á la vida, que es lucha y desvelo. Los meses que siguieron á la muerte de Felipe pasaron solapadamente, sin emociones, ni ruidos, ni deseos. Mi libertad, bruscamente recobrada, me sugería este único pensamiento:

"—¿Qué será de mí...?"

Todas las tardes salía á pasear en mi landó, unas veces sola, otras acompañada de Consuelo Vera, de cuya leal amistad recibí en aquella ocasión pruebas numerosas; por las noches iba al teatro y siempre á palco, defendiendo así las alturas en que mis triunfos pretéritos me colocaron. Esta exhibición era inconsciente y no respondía, por tanto, á fines preconcebidos; el hombre no alarmaba mi corazón ni mis intereses; no quería á nadie, no deseaba nada; el recuerdo de Julio insensibilizaba mi espíritu, haciéndole refractario á toda emoción curiosa ó simpática, y el tener joyas, muebles y otros objetos de valor que, aun mal vendidos, podían asegurarme la vida durante muchos meses, me quitaba el deseo y hasta el pensamiento de ganar dinero. En el paseo de coches del Retiro, como en el teatro, muchos individuos y no pocas mujeres me miraban; eran miradas curiosas, interrogadoras, acaso un poco tristes, que me perseguían hasta muy lejos, y en las cuales el deseo carnal no relucía. Una tarde, en la calle de

Alcalá, frente al casino de la Gran Peña, saludé á mi antiguo amigo Jacinto Valero, que acababa de volver de Londres, donde se había casado. Al verme, Jacinto se acercó.

—Adiós, Isabel, ¿cómo estás?

Su voz me causó gran contento; hacía mucho tiempo, más de cuatro ó cinco años, que no cambiábamos un apretón de manos. Noté que sus ojos desvergonzados me examinaban curiosamente.

—¿Cómo me encuentras?—dije.

—Bien.

—¿Muy bien?—añadí, subrayando mi pregunta intencionadamente.

—Sí, sí..., muy bien...

—Más vieja.

—¡Oh, naturalmente! Todos envejecemos.

—Y mucho más gruesa.

—Sí, tal vez..., un poco más gruesa que antes... ¡Bah, pero eso no es defecto...! A mí, aunque veterano ya en lides de amor, no me gustan las mujeres delgadas.

Comprendí que deseaba dejarme satisfecha, pero que otro pensamiento le quedaba dentro; no obstante, agradecí su discreta galantería. Valero, que sabía por los periódicos la muerte del vizconde, añadió:

—¿Con quién estás ahora?

—Con nadie.

—¿Y de qué vives?

Me encogí de hombros.

—¿Qué sé yo? De mis recursos, del impulso adquirido... Ya sabes que á las mujeres como yo la inercia las sostiene.

—Es verdad.

Me preguntó por Julio Maldonado; al oir aquel nombre me estremecí, nublóse mi voz, arreboláronse mis mejillas. Jacinto Valero, á quien esta vergonzosa turbación no debió pasar inadvertida, me dirigió otras preguntas acerca de las relaciones que continuaban ligándome á mi protegido, quien, según le dijeron, era diputado. Valero admiraba mi bondad; á creerle, yo era una mujer que abreviaba todas las excelencias: inteligencia, generosidad, heroísmo, abnegación, desinterés...

—Porque es indudable—agregó—que cuanto ese hombre vale te lo debe á ti.

No tuve valor para negarlo; hubiera sido aquél un sacrificio superior á toda humana santidad, y harto hice respondiendo á la insidiosa pregunta de Jacinto con un gesto errante que, sin afirmar nada, lo consentía todo. Luego dijo:

—¿No te ha hecho aún ninguna canallada?

—Ninguna.

—Es raro; en los hombres la ingratitud marcha casi siempre en razón directa de los favores recibidos.

Después, sorprendiendo quizá en la tristeza de mi sonrisa y en cierto acento vacilante, que inútilmente procuré disimular, gran parte de mis dolores, exclamó compasivo:

—¡Pobre Isabel...!

Sin duda Valero acababa de adivinar el desplome y trágico anonadamiento de mi postrera ilusión, porque sus ojos adquirieron expresión conmovedora de piedad y tristeza; y era aquélla la mirada compasiva con que yo había notado que en todas partes me recibían. Despedíme de Jacinto inmediatamente, pero llevando en la imaginación la apesarada elocuencia de su rostro. Por la noche fuí al teatro; los hombres me examinaban curiosamente, blandamente, como acariciándome con los ojos; este descubrimiento me apenó. Evidentemente mis desgracias eran muy grandes y notorias cuando tanto me compadecían, y esta idea produjo en mi ánimo nuevas languideces. Tal impresión, no obstante, duró poco; el espejo y el ejemplo de lo que á otras compañeras de decadencia acontecía vinieron á probarme que bajo aquel interés aparente había un grave fondo de indiferencia; como mi belleza declinaba, los hombres iban olvidándome; ya no me deseaban y sólo admiraban mi historia, lo que fuí, otorgándome esa mirada triste y curiosa que los viajeros dedican á las ruinas. Como los artistas, las heteras tenemos una época de auge y brillo durante la cual todo el dinero y todos los deseos convergen hacia nosotras; después la firma se gasta, el público se familiariza demasiado con nuestro nombre, y aun los mismos que sólo de lejos nos conocen, cansados de saber pormenores de nuestra vida, concluyen por creernos viejas y olvidarnos. Es necesario ser mujer y coque-

ta para sentir bien el dolor fortísimo de no ser deseada; es pesadumbre, es bochorno, es desaire que se remueven con cada hombre que pasa junto á nosotras sin volver la cabeza; repentinamente nos hallamos aisladas del mundo de la locura y de la risa; las músicas se apagan, las carcajadas y los taponazos del festín suenan muy lejos; las generaciones jóvenes se alejan hacia las playas de su ilusión, volviéndonos su espalda indiferente.

Todo esto aumentó la postración de mi voluntad, rota bajo el mazazo del último desengaño; y así, algunas veces, muy pocas, maldecía de Julio, que me abandonó; pero otras mi conciencia, cobarde ó tolerante con exceso, disculpaba al ingrato, hallando natural que, pues todos iban dejándome, él me diese de lado también. Esto me recuerda un pequeño episodio romántico, de un romanticismo tristón intensísimo, como la tristeza de las tardes de invierno.

Después de almorzar, Consuelo y yo habíamos salido á pasear por el campo; íbamos á pie y vestidas sencillamente; era aquél día de trabajo; los caminos de la Moncloa estaban desiertos, el viento acariciaba los aladares, un poco blancos, de nuestras sienes; el sol caía á plomo plateando el follaje nuevo de los árboles. Yo hablaba perezosamente, recordando á Consuelo la tarde en que, paseando con Carmen Arellano por los alrededores del Hipódromo, vi á Ernesto Cebrián echado al pie de un árbol.

—¿Te acuerdas de él?—añadí.

—Sí. ¿Qué ha sido de ese tipo?

Hice un gesto indiferente.

—No sé; no me ha escrito nunca.

De los dos nombres que acabo de citar, y que este incidente asocia en mi memoria, nada queda ya: Carmen murió, Ernesto Cebrián se fué...

Caminaba poco á poco, pues mis músculos, como mis facultades mentales, flaqueaban. Consuelo hablaba, y yo, sorda ó abstraída, respondía á cada momento:

—¿Qué dices?

No tardó en fatigarse de repetir dos veces, por lo menos, cada frase, y continuamos el paseo trabadas del brazo y callando, pero sin aburrirnos, comprendiéndonos en nuestra común tristeza. Nos sentamos sobre un banco, ante un camino que el sol, deslizándose por entre el movible dosel de los árboles, acribillaba de luminosos puntitos; el camino se extendía sinuosamente, perdiéndose entre tapices de verdura sembrados de pinos. Por él aparecieron dos enamorados; una modista y un estudiante tal vez; iban cogidos del brazo, mirándose cuando hablaban y con las caras muy juntas, como quitándose mutuamente las palabras de los labios; llevaban los trajes manchados de tierra, lo que probaba que estuvieron echados por el suelo; ella llevaba en la mano un puñado de hierbajos y de florecillas silvestres; les vimos acercarse, pasar por delante de nosotras, alejarse, desaparecer... Y de pronto sentí la tristeza de los caminos por donde todo llega y se va..., y rom-

pí á llorar. Esto bastará á explicar el estado de mi espíritu durante aquella época.

Hacía varios meses que yo iba empeñando ó vendiendo, para comer, mis vestidos y mis joyas mejores; el landó lo despedí poco después de morir el vizconde, y más tarde, con propósito de disminuir gastos, enajené gran parte de mis muebles, deshaciendo aquel dormitorio de luces fantásticas donde tuve cifrado la mitad de mi orgullo, vendí el piano y la sillería del comedor y, sin más compañía que la de una criada, me trasladé á un cuarto principal de la calle de San Vicente Alta.

Estas economías, tan útiles á primera vista, aceleraron mi ruina. Hay relaciones constantes, no ya entre el individuo y las personas que le rodean, sino entre ese mismo sujeto y los objetos de que más frecuentemente se sirve. El deseo de parecer bien, la limpieza, la elegancia, el amor á los libros, el vergonzoso respeto al qué dirán, son sentimientos que, naciendo de nosotros, concluyen afianzándose á los objetos que nos circundan, dotándoles de una psicología sui géneris, casi consciente, que no tarda en ejercer sobre el ánimo sutil y callada presión; de tal modo que, siendo nosotros los que por necesidad ó capricho componemos el medio, somos luego víctimas de nuestra propia obra, hallándonos forzados á practicar por hábito lo que empezamos haciendo por gusto; y así, un tocador bien abastado de esencias y un buen cuarto de baño nos obligan á la limpieza; los libros distraen de los placeres materiales lleván-

donos á buscar las puras emociones del arte; un corsé elegante invita á ceñirnos el talle, sugiriéndonos el deseo de parecer esbeltas; el saber que por la noche ocuparemos en tal ó cual teatro un palco ó platea, es recuerdo que, imponiéndose á la pereza ó al cansancio, nos fuerza á rebuscar en el cuarto ropero nuestro traje mejor.

Por eso creo que, á no haber dejado tan bruscamente el escenario donde el generoso vizconde del Pretil me dejó instalada, el crepúsculo de mi imperio hubiera sido mayor: el deseo de no claudicar me hubiera sostenido, lanzándome á preparar nuevos enredos amorosos, y el boato aparatoso con que vivía hubiese puesto marco seductor y magnífico á mi belleza vacilante. Pero no pude; ya no sabía luchar; ante lo más grave, mis hombros propendían á levantarse inconscientes y desdeñosos; no había redención para mí; las heridas que Felipe y Julio Maldonado me infirieron eran mortales. Aquel cuartito de la calle de San Vicente Alta favoreció mi aislamiento: todo era pobre allí; la modestia de los muebles parecía autorizarme á vestir de cualquier modo: la falta de landó y de palcos donde exhibirme amortiguó mi coquetería; repentinamente me hallaba vencida, expulsada de todas partes, bajando la larga pendiente reservada á cuantas pecadoras subieron muy alto. La indiferencia, que malogra tantos artistas, iba apoderándose de mí. ¿A qué amargar el presente para embellecer el mañana? El combate por la vida me parecía tan vano y falto de

finalidad como esos apretados torneos que los jugadores de ajedrez entablan por defender un monigote de madera: ¿qué importa que el rey negro mate ó no á su enemigo? Pues todo me parecía igual; el espectáculo más interesante, más terrible, más conmovedor, no hubiese tenido virtud suficiente para obligarme á entreabrir los ojos.

A pesar de tantos contratiempos, no dejaba de remitir dinero á mi familia de cuando en cuando. A principios de invierno, Virginia me escribió varias cartas, rogándome la trajese á mi lado; yo procuré disuadirla de su empeño, pues temía exponerla á los malos días de abandono y vergüenza que sin duda me esperaban: luego dejó de escribirme, y un año más tarde supe por mi cuñado que mi sobrina tenía novio y que se casaría pronto. Sin motivo, y á despecho del apasionado cariño que siento hacia todos los míos, esta noticia me entristeció, llenándome de lágrimas las mejillas. Virginia se casaría ante el altar de mi iglesia, sus hijos se bautizarían allí, y veinte años después, ni ella, ni ellos, ni nadie, se acordaría de mí, que tantas y tan amargas luchas libré por asegurar el contento de todos. Los negros presentimientos de mis horas peores volvían á cercarme: mi porvenir era oscuro: probablemente mis huesos no obtendrían nunca el consuelo de reposar bajo la cripta...

Julio Maldonado me había escrito, mostrándose sorprendido y pesaroso de no recibir noticias mías. Inmediatamente fuí á verle, hallándole, como siem-

pre, en su despacho, solo y trabajando. Hablamos un rato, y aunque estuvo cariñoso y amable conmigo, le vi preocupado y un poco frío, como cuidadoso de guardar aquellas distancias de honestidad y mutuo respeto que, á juicio suyo, debían separarnos. También pareció molestado por mi sordera.

—¿Qué es eso?—preguntó—. ¿Reuma quizá?

—No sé—repuse avergonzada—, no sé...; hace tiempo que estoy así. ¡Es raro! Lo siento porque ese defecto me hace aborrecible, ó, por lo menos, sosona y antipática. Todas mis amigas se quejan, como tú, de que no oigo bien.

Fuí entristeciéndome hasta echarme á llorar: me sabía vieja y débil, muy débil y muy pobre. Julio se apresuró á consolarme, besándome la frente y las mejillas, brindándome con su protección incondicional.

—Mientras yo viva—dijo—, no te faltará una habitación donde dormir, ni un pedazo de pan...

En este rasgo humanitario mi ciega pasión creyó vislumbrar un poco de amor.

—No es tu dinero—exclamé arrojándome entre sus brazos—lo que busco; es tu cariño, tu corazón..., el corazón y el alma que te di... ¡Ah, Julio, Julio mío...! ¿Qué no daría yo por que volvieses á quererme como antes?

Vi que sus ojos cambiaban, trocando su expresión enternecida por otra prudente, casi severa.

—Ya sabes—dijo—que te quiero como á una madre, como á una hermana... No hablemos más de esto.

Se había puesto muy serio. ¡Oh, sería inútil ro-

garle! Su pecho era duro, insensible, sordo, como aquella tumba donde años antes estuve rogando á mi padre que me perdonase... Recordé con desesperación y vergüenza los catorce años que me separaban de mi amante: él era joven, yo vieja, y mi fealdad y mi historia le permitían avergonzarse de mí: aquel amor casto me humillaba; creí volverme loca.

—¡Desprecio tu dinero!—grité—, y, antes de pedirte cinco céntimos para comer, moriré de hambre.

Contestó fríamente con su sequedad de hombre de acción que no malgasta el tiempo en polémicas vanas.

—Harás mal: y de mí, por el mismo cariño que me tienes y por respetos á la posición que ocupo, no debes solicitar otra cosa.

Estas acritudes mortificantes levantaron mi ánimo, inspirándome un pasajero anhelo de luchar por la vida, defendiendo las últimas tristezas de mi pobre belleza, probando al ingrato que la acebuchena fortaleza de mi voluntad no necesitaba extraños arrimos. Fué como un vértigo; el último reflejo de un incendio, la llamarada postrera de una luz que, antes de apagarse, retiembla y parpadea.

Por la noche, luego de bien pintada, encorselada y ceñida, salí á la calle, como treinta años antes, resuelta á todo: mi gran sombrero, oscureciéndome el semblante, agrandaba mis ojos; las sombras nocturnas daban á mi cuerpo cierto aire juvenil y exótico. Cuando llegaba á la Plaza del Rey, un individuo que desde hacía rato iba siguiéndome, me abordó,

tocándose ligeramente con la punta de los enguantados dedos el ala de su sombrero de copa.

—¿Es usted Isabel Ortego?—dijo.

—Yo soy.

—Vengo siguiéndola á usted...

Se me ocurrió preguntar:

—¿Es usted de policía?

Mi interlocutor contestó á mi pregunta echándose á reir.

—Soy—repuso—el barón Neli, título que usted, seguramente, conoce.

Dijo también algo más que no comprendí. Era un hombre de cincuenta años, elegante y grueso, con largos y levantados bigotes blancos. El barón me conocía desde que yo estaba en relaciones con Felipe Reina; después supo que el vizconde del Pretil había muerto. Su afición hacia mí era grande; mas nunca me lo dijo porque siempre me veía en coche ó en palco y acompañada. Aquella noche, al encontrarme sola y á pie, no pudo abstenerse de saludarme.

—Hoy—agregó—no me detengo porque varios amigos me esperan en Fornos; pero mañana, á las cinco de la tarde, tendré el gusto de visitarla á usted.

Le dí las señas de mi casa y nos despedimos. Al día siguiente, y á la hora indicada por el barón, recibí la visita de un joven de veinticinco á treinta años, muy bien vestido y simpático, que dijo ser el barón Neli.

—El señor—prosiguió—que usted conoce y á

quien espera, es un amigo mío, hombre de envidiable buen humor, que cena conmigo casi diariamente y que, según anoche me confesó, acababa de apropiarse mi título para captarse más pronto la confianza de usted. Yo, al saberlo, y siendo como soy admirador ferviente de usted, me he apresurado á derrotar á mi amigo tomándole la delantera. Por tanto, soy yo el verdadero barón Neli, quien tiene el honor de ponerse á los pies de usted.

Confieso que aquella sustitución me agradó, pues Anselmo Palma, mi nuevo amador, tenía la lengua bien prendida y el ingenio muy despierto y chistoso: parecía, además, uno de esos aristócratas manirrotos que mueren ignorando el valor del dinero. Mi criada recibió órdenes terminantes de no abrir la puerta á nadie y de manifestar á cuantas personas preguntasen por mí que yo había salido. Minutos después llamaron á la campanilla.

—¡Ahí está ése!—exclamó Anselmo.

Mientras mi camarera hablaba y discutía con el importuno, que se negaba á creer que yo hubiese salido, Palma y yo reíamos abrazados.

Anselmo era un aventurero delicioso, alegre y galante: advertí, sin embargo, que se abstenía de acariciarme el talle y los senos, sin duda por hallarme sobradamente gruesa y madura; á ratos parecía burlarse de mi sordera: estas pullas que, como las decía bajando la voz, yo apenas entendía, me pusieron colorada varias veces. Al marcharse me abrazó riendo. Yo dije:

—¿Cuándo nos vemos?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Porque tú no querrás verme; porque te he engañado... Porque el verdadero barón Neli es el otro..., el anciano que ya conoces...

—¡El otro!—repetí.

Las carcajadas de Anselmo Palma me aturdían, avergonzándome cual si mi sordera fuese la responsable única de mi situación, un poco ridícula.

—Sí—agregó Palma—, yo soy quien, aprovechando lo que el barón Neli nos dijo anoche de su encuentro contigo, vino á verte, atribuyéndole la superchería ó fingimiento de que él ha sido la primera víctima.

Después, con un desenfado increíble, dió media vuelta y se marchó, rogándome no le guardase rencor por lo sucedido. Quince ó veinte años antes este engaño probablemente me hubiese hecho reir; pero en tales momentos mi pobre espíritu hallábase tan débil y atribulado que de pronto, sin saber cómo, empecé á llorar. Ya no servía para pecadora: era vieja y fea y sorda, y aquella sordera infame me atontecía; los hombres se burlaban de mí.

—Todos me despreciarán—repetía—, todos... Los mejor pensados creerán que soy necia ó que estoy borracha.

También pensé en Julio, disculpando su retraimiento, y tal recuerdo aumentó mi pena. Esta impresión persistió muchos días.

Otra noche la casualidad me puso en relaciones con don Florencio Montes, dueño de un gran bazar de ropas hechas de la calle de Hortaleza. Nos conocimos en un tranvía: cuando yo subí al coche hube de quedarme en la plataforma trasera, pues todos los asientos estaban ocupados: en pie y muy cerca de mí había un caballero grueso y de mediana estatura, con ojos saltones y azules y un semblante cuadrado, mofletudo y rojo, cortado por un bigotazo gris. Era don Florencio. Representaba cincuenta años, llevaba el pelo cortado al rape y tenía la respiración presurosa y el cuello corto y sanguíneo de los impacientes. Al principio, temiendo exponerse á un desaire, limitóse á oprimir mis caderas con su vientre redondo; después, aunque muy suavemente, sus manos me palparon; la fuerte sacudida que experimentó el tranvía al doblar una curva me autorizó á perder el equilibrio, abandonando mi busto sobre el macizo pechazo de don Florencio, que me sostuvo por el talle: esto nos acercó, sirviendo de pretexto á una conversación que no terminó hasta la madrugada.

Mis amores con don Florencio Montes duraron cerca de un año. Era un tipo celoso, fatuo y violento, con esa violencia emanada más de la grosería y mala educación innatas que de la impetuosidad de las pasiones. Como buen comerciante, también era tacaño; la costumbre de comprar barato y vender caro, buscando el ahorro y la ganancia en todos los momentos, le volvió miserable y cicatero consigo

mismo, dejando que el espíritu ordenador de previsión y economía que inspiraba sus negocios amargase también con las hieles de lo calculado y de lo útil sus mayores placeres. Montes estaba casado con una mujer alta y flaca, de la que hablaba raras veces, y con quien casó, probablemente, porque era rica. A todo momento don Florencio abominaba de las mujeres voluntariosas y lascivas que, proclamando la igualdad entre ambos sexos, buscan en su varonil independencia la ocasión de satisfacer torpes y vergonzosos apetitos: esta conversación le ponía fuera de sí, inflamando sus ojos.

—A una mujer así—repetía—, hay que matarla... ¿No te parece...? Matarla ó dejarla...

Después enmudecía, sumiéndose en una meditación rencorosa y callada. Sin razón terminante ninguna, siempre creí que la esposa de Montes quebrantaba gravemente sus deberes conyugales, y que si ya no se habían separado era porque el comerciante sospechaba que aquel divorcio perjudicaría el feliz y tranquilo curso de sus negocios.

Aunque mujer, reconozco que los cónyuges no deben gozar de iguales derechos y prerrogativas. El matrimonio es, en cierto modo, una especie de edificio ó fortaleza que dos almas enamoradas formaron para defenderse mutuamente y luchar por la vida mejor y con mayores ventajas: el hombre, personificando la fuerza y la acción, es el cimiento ó aquella parte que está á la altura del regajo, en la sombra, expuesta á la humedad y á las salpicaduras del

barro; por el contrario, la mujer, símbolo de la pureza y del honor, es la cúpula, lo que vive á la luz y bajo el sol... Y esa diferencia inevitable de posiciones supone desigualdad de derechos. No obstante, reconozco los motivos que en una tristísima mayoría de casos atenúan la traición de la esposa. ¡Don Florencio maldecía las mujeres lascivas...! Ignoro los motivos que mi amigo tuviese para hablar así; ¡allá cada cual con sus miserias!

Yo, sin embargo, que conozco la vida muy de cerca, creo que, salvo raras excepciones, no hay mujeres verdaderamente viciosas, dando á este adjetivo su legítimo alcance y significación; pues el vicio no es solamente ardor sensual, sino también pereza voluptuosa, curiosidad, melancolía de vivir, afición á lo nuevo y á lo raro, ilusión de lograr el aquietamiento de ese anhelo, sin objeto y sin nombre, que pierde tantas almas... Así, las mujeres jóvenes que engañan á sus maridos viejos lo hacen impulsadas más por la fatiga moral del hombre que por su cansancio físico: las aburre hallar al esposo siempre triste, sin ganas de ir al baile, desengañado de los placeres, que apuró hasta las heces cuando soltero, y reglamentando estúpidamente sus placeres conyugales para dedicar mejor sus actividades al medro y aburrida ordenación de los negocios; y entonces es cuando ella, la mujer, piensa en el amigo que la solicita; porque el amante es el misterio, el peligro, lo raro..., y en lo imprevisto y peligroso está la poesía, la dulce poesía que embriaga nuestras almas

sentimentales con el doble veneno del sacrificio y de la muerte.

Don Florencio me daba mensualmente trescientas pesetas, de las cuales enviaba yo diez ó doce duros á mi hermana, empleando los restantes para comer, pagar mi casa y vestirme. Nadie sabrá lo que yo, tan acostumbrada á gastar dinero, sufrí entonces: las pocas joyas que me quedaban iban desapareciendo camino de la casa de préstamos; la seguridad de que muy pronto estaría en la miseria apretaba mi garganta; á pesar de lo avezada que estoy á luchar á brazo partido con la desgracia, muchas noches me dormía con los ojos hinchados de llorar.

Comprendo que la mujer de Montes fuese liviana, y lo comprendo y disculpo tanto mejor cuanto sería una mujer joven á quien enardecerían la curiosidad y la sed de vivir; yo misma, que, por conocer el mundo demasiado bien, adquirí títulos para aborrecerlo, experimentaba deseos vehementes de burlar á Florencio, siempre celoso, grave y metódico, como preocupado en deducir el tanto por ciento de todas las cosas. También aquellos meses transcurrieron monótonamente, dejando en mi memoria, ahora que los juzgo desde lejos, una impresión gris.

Anselmo Palma había tenido la poca vergüenza de volver á visitarme. Su presencia me causó una doble emoción de alegría y de cólera, pues aún le guardaba rencor por haberme engañado; él, seguro

de vencer mi hostilidad, reía cínicamente, asegurando que cualquier hombre, en su lugar, hubiese hecho lo mismo.

—El único—dijo—que no debe perdonarme es el barón Neli.

Con el barón riñó por mí. Anselmo era uno de esos muchachos que sólo se crían en las grandes ciudades y que, sin saber nada y careciendo de fortuna, entienden de todo y frecuentan el trato de la sociedad adinerada y pudiente: una conversación agradable y un frac bien cortado les abre todas las puertas; se les ve frecuentar los teatros en las noches de moda y en las tribunas del Hipódromo; los hombres les quieren, las mujeres mal casadas suelen dedicarles sus horas de melancolía y aburrimiento; algunos consiguen casarse ventajosamente, convirtiéndose en tronco de ricas y respetables familias... Anselmo era seductor: tenía la delicadeza de los adolescentes, la frivolidad alegre de los hombres mundanos, y á ratos también la nostalgia sentimental, exquisitamente reflexiva, de los artistas. Tanto me gustaba, que hubo momentos en que fuí capaz de quererle, con leal y arrebatado amor; pero pronto, recordando la ingratitud de Julio y mi vejez, me retraía prudentemente, sabiendo que entre Palma y yo toda aproximación amorosa duradera era imposible: me conocía gorda y vieja; sobre todo vieja... y, además, sorda..., y esta sordera exageraba la natural torpeza de los años.

Una noche Anselmo y yo salimos del café Vare-

la; al llegar á la calle, mi amigo, que hallaba contento en mortificarme, exclamó:

—¿Sabes qué han dicho de nosotros unas mujeres que estaban ahí, en la puerta?

—No—repuse inocente—; ¿qué han dicho?

—Pues... que yo debía de ser hijo tuyo.

No entendí bien, y tuvo que repetírmelo: entonces me eché á llorar. Palma parecía muy admirado y pesaroso.

—¡Pobrecilla!—exclamaba—, ¡pobrecilla...! Lloras por todo. ¿A qué viene eso...? ¿Ni qué te importa lo que el público imbécil piense de nosotros...?

No quise explicarle el complicado motivo de mi dolor: ¿para qué...? Yo recordaba que veinte años antes don Alberto me acompañó á comprar unas botas: yo las quería de tafilete; él denegaba con la cabeza.

—"Parece, señorita—dijo indiscretamente el zapatero—, que *su papá* prefiere las botas de charol."

Don Alberto enrojeció y acaso hizo grandes esfuerzos sobre sí mismo para no llorar. Entonces yo parecía hija de mis amigos; hogaño los términos estaban invertidos, y mis amantes parecían hijos míos. ¡Ah...! ¿Cómo expresarle á Anselmo Palma, joven y loco, la espantosa filosofía de estas enormes pequeñeces?

Mis relaciones con Anselmo tuvieron desenlace extraño.

Hacía tiempo que el temor de ser sorprendida por Montes en flagrante delito de infidelidad me

preocupaba, no sólo por conservar su apoyo, sino porque de su carácter celoso y violento podía recelarse cualquier molesto desaguisado. Anselmo procuraba tranquilizarme, chasqueando la lengua con aire sereno.

—Aunque nos sorprendiese —decía—, no te apures; estamos salvos; tengo un pretexto magnífico para alejar de nosotros toda sospecha.

—¿Cuál?

—No lo digo; las mujeres sois indiscretas: por lo pronto, vive tranquila; la eficacia de mi plan es infalible.

Sucedió, al cabo, lo que yo temía; don Florencio nos sorprendió y su llegada fué tan brusca y mi casa era tan pequeña, que Palma no pudo ocultarse ni huir. Al penetrar en el gabinetito donde Anselmo y yo estábamos, don Florencio Montes frunció sus cejas amenazadoras.

—¿Quién es usted?—preguntó.

Palma se levantó ceremonioso, con un aplomo que redobló mi asombro, pues mi pasmo era tal que la saliva se me secaba en los labios.

—Mi nombre—dijo Anselmo—, no necesito decirlo, pues usted no me conoce. Usted será el esposo de la señora: muy señor mío... Yo vine á solventar con ella un asunto que, seguramente..., ha de enojarle á usted. Lo siento; usted sabrá excusarme...

Paulatinamente yo iba recobrando ese brío heroico que las mujeres acostumbramos tener en los momentos peores. Anselmo continuó dirigiéndose á

Montes, que permanecía cruzado de brazos delante de la puerta.

—Yo estoy empleado en la fábrica de los señores Gutiérrez, Pérez y Compañía, á quienes la señora de usted adeuda ciento diez pesetas con setenta céntimos, por ropa blanca, encajes, puntillas y otros artículos; y mi principal, extrañando que nadie fuese á pagar esta cuenta, me ordenó venir aquí. Efectivamente he venido tres veces; la señora de usted me dice que no tiene dinero, que aguarde... Usted disimule mi franqueza: yo... no puedo; no debo esperar... Por esto celebro que haya usted llegado: así sabremos todos á qué atenernos...

El truhán hablaba á tropezones y con firmeza, como el hombre torpe que está irritado y procura disimularlo; yo le miraba admirando su ingenio y sin atreverme á negar. El semblante de don Florencio había recobrado su expresión habitual; al principio tuvo un amago terrible de celos; luego quedó tranquilo, casi sonriente, muy ufano de haberse engañado.

—¿Trae usted la factura?—dijo.

—Sí, señor.

Montes, gravemente, pagó la cantidad que Anselmo reclamaba, y éste se marchó. Al quedarse á solas conmigo, don Florencio me riñó duramente, llamándome manirrota y tramposa, y jurando que aquella sería la primera y última vez que, por mi causa, volvía á poner su cara en la vergüenza. Yo soporté la filípica pacientemente, pensando comprar-

me un traje con el dinero que tan ingeniosamente supo quitarle Palma á mi protector. Pero no hubo tal cosa. Anselmo Palma, que era un miserable, cobró, se fué y... ¡no he vuelto á verle...!

Pocos meses después, don Florencio me sorprendió leyendo una carta de Julio, y como indudablemente hacía ya tiempo que deseaba reñir conmigo, agarróse á ese pretexto para cohonestar su ingratitud y quedar bien; ninguno de los ruegos y lagoterías que empleé para volverle á mis brazos dió provecho. Así terminaron aquellas relaciones que, ó mucho me engaño, ó serán las últimas de mi ya excesivamente larga historia de amores.

En la carta que tanto daño me hizo pedía informe de varias personas, coterráneas mías, que solicitaban no recuerdo qué protección ó favor. Claro es que mi cariño aprovechó esta ocasión para volver al despacho de Julio; y más valiera que tal pensamiento no me hubiese cruzado la frente, pues fué aquella la emboscada que el Destino dispuso para asestarle á mi pobre corazón el golpe de gracia. Ignoro cómo Julio y yo empezamos á disputar; sólo sé que cruzamos graves denuestos; que yo censuré acerbamente su conducta, llamándole ingrato y solapado, que él tuvo la avilantez de ofrecerse á reintegrarme cuanto dinero gasté con él, y que cuando, fuera de mí y deshecha en lágrimas, quise conmoverle evocando la historia de nuestros amores, el miserable, haciéndose fuerte, se alzaba de hombros con una indiferencia que me rompía el alma.

—Siempre que vienes aquí—exclamó—, es para darme un disgusto, un gran disgusto... Y, te soy franco: preferible es que no vuelvas más.

—¿Me despides?—grité.

—No, no te despido; te aconsejo en provecho de los dos.

La vergüenza y la indignación que esta escena me produce, aún llena de sangre mis mejillas; y, sin embargo, entonces permanecí inerte, aniquilada bajo los reiterados golpes de la adversa suerte, sin que ni el más pequeño músculo protestase contra aquella inaudita flagelación moral. Antes bien, poseída de vehementísimo y estúpido enternecimiento, cubrí de besos las manos de Julio; aquellas enojosas escenas eran inevitables; él no me quería, yo le adoraba, y algo sobrehumano, superior á toda reflexión y voluntad, me forzaba á repetírselo llorando á gritos.

—Julio mío, niño mío..., alma de mi alma—sollozaba yo—. ¿Cómo pudiste olvidar las noches que pasamos juntos, tú repasando las lecciones del día siguiente, yo haciendo los cigarrillos que habías de fumarte después? ¿Quién recosía tu ropa, quién, sino yo, luchó por abrigar tu orfandad con sus caricias y sus cuidados?

Repuso lacónico:

—Tú. Pero aquello pasó; los tiempos han cambiado; yo no puedo vivir en sempiterna niñez... Comprende que mi posición social presente me impone una conducta intachable. ¿Qué dirían mis enemigos si yo continuase en relaciones contigo?

—¡Ah...! ¿Te avergüenzas de mí?

—De ti... y de mí... y de todo... Para triunfar, cualquier camino es bueno; pero luego ese pasado debe quedar eternamente oculto, como los cimientos sobre los cuales se edifica. En el ayer estuvimos unidos: tú eras joven, eras rica, tenías relaciones valiosas...; yo era desvalido y pobre, y justo fué que me ayudases; felizmente las circunstancias cambiaron, y en el porvenir debemos caminar separados... ó, si quieres, paralelamente, pero sin reunirnos...

Continuó hablando fríamente, tirándome á los ojos el barro de su egoísmo; y yo, que tantas veces había reconocido en la distinción de sus modales un origen noble, volvía á ver en él al descendiente del magistrado don Arsenio Ortiz, insensible y calculador, abandonando á su hijo para evitarse en lo porvenir gastos y quebraderos de cabeza.

—Si alguna vez necesitas dinero—agregó—, recurre á mí: pídeme lo que quieras..., ¡todo, menos cariño de verdadero amante! Hasta ahora, querida Isabel, tu amor me favoreció; de hoy en adelante podría estorbarme. Yo, bien lo sabes, decidí tener dinero y un nombre famoso. ¡Déjame, pues, y no te abraces á mis rodillas...!

Sus palabras tenían autoridad incontestable: yo le escuchaba suspensa, los labios entreabiertos por un anhelo que paralizaba la vida de mi corazón, las manos inertes sobre el regazo.

—Además—prosiguió Julio—, ¿quién dice que yo no halle una mujer rica con quien casarme?

Lancé un grito y todos mis músculos vibraron poniéndome de pie.

—¡Tú!—dije—. ¡Casarte tú...!

—Yo, sí. ¿Cómo? ¿Acaso piensas cerrar á mi ambición el camino mejor?

Bien pronto mi cólera y mis celos se deshicieron en lágrimas.

—No, Julio—exclamé—, no te cases hasta que yo muera. ¡Ten compasión de mí, Julio! Poco he de estorbarte. Mírame..., ya soy vieja..., y la seguridad de que te aburro me matará pronto...

Me miraba con ojos duros, llenos de aburrimiento y de cólera, pensando evidentemente en la utilidad de darme la puñalada final.

—¿Tienes novia?—balbuceé.

Mi voz fué débil, muy débil, pues en aquel momento abarqué toda mi desgracia; él repuso suavemente:

—Sí, tengo novia.

—¿Para casarte?

—Para casarme: una muchacha bonita..., buena..., joven, y, sobre todo, muy rica.

Lancé un grito; mis manos se cruzaron sobre el pecho; mis ojos quedaron inmóviles. Algo hormigueaba en mi cerebro, algo terrible: el idiotismo ó la locura...

—Lo que no impide—añadió Julio—que yo vele por ti y te quiera más que á ninguna otra mujer.

Empecé á hablar sin tino, llorando y mesándome los cabellos: Maldonado, cruzado de brazos, escu-

chaba impávido, inexpresivo y frío como una figura de cera. Un timbre vibró, anunciando una visita: entonces Julio, cogiéndome por un brazo delicadamente:

—Me harás el señalado favor de marcharte—dijo—; ha venido un cliente que no debe conocer nuestras intimidades.

No respondí, y anduve cruzando varias habitaciones hasta llegar al pasillo, sintiendo sobre la espalda la presión de la mano con que Julio me empujaba suavemente. Luego me hallé en el rellano de la escalera, que bajé automáticamente, apoyándome contra la pared, pues mis piernas trémulas no me sostenían. Las nociones de mi soledad, de mi vejez y de la ingratitud y próximo matrimonio de Julio llenaban mi cerebro, atolondrándome con un mareo que llegaba al desvanecimiento. Atravesé el zaguán, llegué á la calle y seguí andando sin saber hacia dónde: no tenía noción de las distancias y mi espíritu parecía haberse replegado en alguna muy íntima y recóndita entraña, porque las emociones sensoriales apenas le alcanzaban: sólo sabía que no debía permanecer en casa de Julio y que éste me había despedido...

Al cruzar la plaza de Santo Domingo recibí un violento golpe en la espalda que me derribó al suelo; las ruedas de un coche pasaron sobre mí, magullándome, rompiendo mis vestidos: no pude abrir los ojos; mi cabeza colgaba sobre mi pecho, rodando inerte de un hombro á otro; sentí que me levan-

taban del suelo, que me llevaban; á mi alrededor vociferaban, como riñendo, muchas personas; después aquel ruido disminuyó y experimenté la emoción vaga de penetrar en un local cerrado: allí fué donde mi conciencia desapareció completamente.

Cuando volví en mi acuerdo me hallé acostada sobre una mesa de operaciones; á mi lado había dos individuos; el más viejo tenía en la mano un frasquito de sales.

—¿Dónde estoy?—pregunté.

—En la Casa de Socorro—me contestaron.

Era aquél un saloncito oscuro, entristecido por ese ambiente frío de las habitaciones adonde jamás desciende el sol. Los dos hombres que me acompañaban me ayudaron á incorporarme.

—¿Está usted aliviada?—preguntó el que, por su continente y mayor autoridad, parecía el médico de guardia.

—Sí, señor.

Me habían sentado en un sillón, donde me dijeron que podía descansar todo el tiempo que quisiese. Pregunté:

—¿Estoy herida?

—No, señora.

Esto me reanimó: permanecí quieta largo rato, comprendiendo que el amor á la vida aun no había muerto en mí. Pensé en Julio. "Si él supiese mi desgracia, seguramente vendría..." También pensé, aunque muy lentamente, porque mis ideas se coordinaban con sumo trabajo, en Fortunato Muñoz: así

murió Fortunato, como yo misma estuve á punto de morir; yo le maté, como Julio pudo matarme, y habían bastado quince ó veinte años para que los términos de aquellas dos íntimas tragedias, tan perfectamente idénticas en su esencia, quedasen invertidos. A estos dos nombres se asociaron luego los de Anselmo Palma y don Alberto. Antes, cuando yo parecía hija de mis amantes, los hombres se mataban por mí; hogaño, mis amigos parecían hijos míos y era yo, ¡oh dolor!, quien se dejaba matar por ellos...

Como el cochero que me atropelló no pudo ser detenido, el oficial de guardia de la Casa de Socorro, después de escribir mi nombre y las señas de mi domicilio, quiso conocer detalles de lo ocurrido. Le rogué que hablase alto, pues era algo sorda, y advertí que los semblantes que me rodeaban adquirían expresión descortés y burlona. Declaré que nada sabía; yo iba distraída...; de repente recibí un golpe en la espalda y caí al suelo de bruces...

Un guardia dijo:

—Vaya, mujer, confiese usted que iba un poco de aquí...

Y movió la mano en el aire, significando que yo había bebido. Repuse tranquilamente:

—Se equivoca usted.

—¡No, hombre!—exclamó el oficial que me había tomado declaración—, es que la pobre es sorda

Cuando salí á la calle quise subir á un coche para volver á mi casa: no pude; había perdido el portamonedas

28 septiembre.

Tras larga rebusca logré saber dónde vivía la novia de Julio: se llamaba Felisa Durán, no tenía madre, y habitaba una casa, propiedad suya, de la calle de Almagro. Una tarde quise conocerla: era una muchacha elegante, de corte señoril y casi tan alta como yo; tenía el rostro muy pálido, la nariz y la boca algo tristes, los ojos pardos y grandes; iba acompañada de un anciano que debía de ser su padre, y su cuerpo tenía esa tiesura indeterminada que tan maravillosamente traduce y delata la sequedad de las almas. Por la noche lloré mucho, reconociendo que Felisa, bajo el amparo de su juventud, era más hermosa y deseable que yo. Esta escena se repitió varios días consecutivos. Todas las tardes iba á situarme en cierta esquina de la calle de Almagro para ver á mi rival, que, no conociéndome, pasaba junto á mí indiferente, dedicándome una mirada fría...

—Esta es mi heredera—pensaba yo—, la que ha de recoger los frutos del árbol que con tantos cuidados planté...

Intimidada por el carácter de Julio, no me atreví á visitarle otra vez: en cambio concebí el loco propósito de hablar con Felisa Durán, esperando conmover su corazón con la historia de mis penas y obligándola hábilmente, por medio de súplicas y lágrimas, á romper sus relaciones con Maldonado.

Tal pensamiento me acosó mucho tiempo, y unas veces lo rechazaba rotundamente apreciándolo irrealizable y descabellado, otras componía escenas idílicas, de una placidez triste, en las cuales Felisa, llena de filantrópica emoción y comprendiendo la justicia de mi deseo, se sacrificaba por mí. Únicamente me contenía el temor de irritar á Julio, de atraerme sus iras, de perderle completamente. Con objeto de sondear su ánimo, torné á verle; me recibió con amabilidad fría; le dije cómo estuve en peligro inminente de morir aplastada bajo las ruedas de un coche: esta noticia pareció interesarle, y, reconociéndose quizá autor principal de mi desgracia, me abrazó, besándome la frente. Cuando después, sin saber cómo, empecé á reprocharle sus desvíos, atajó mi discurso diciendo severamente:

—No sigas por ahí, es inútil; en vez de estorbarme debías ayudarme á concluir tu obra, la obra de mi generación, y felicitarte de verme cuanto antes rico y famoso. Es más: si tomases alguna determinación contraria á mis propósitos, da por cierto que todo entre nosotros ha concluído.

Esta recomendación refrenó mi deseo; aunque más tarde la comezón que de hablar con Felisa sentía volvió á dominarme, arrastrándome al cabo á tan inútil y penosísima resolución.

Una mañana, vestida modestamente, visité á Felisa. Me recibió una doncella.

—La señorita—dijo—está en el baño; pero puede usted esperarla.

Fuí introducida en un gabinetito pequeño, decorado con cortinajes y muebles color rojo oscuro. Sentada en un sillón, cerca del piano, aguardé: estaba tranquila; el dolor y los años habían santificado mis facciones y borrado de ellas esa impresión impúdica con que el pecado afea, como con un sello, el rostro de las viejas cortesanas. Delante de mí, sobre un espejo con marco dorado, aparecía la imagen de mi cuerpo macizo, hinchada por la grasa de los años; mis mejillas cansadas, un poco fofas, tenían la elocuencia de las lágrimas que por ellas corrieron; la luz que atravesaba los cristales del balcón plateaba mis cabellos. Rápidamente, oyendo los pasos de Felisa Durán, examiné mi traje, mis dedos sin sortijas, mi falda negra y sencilla, mi refajo de seda sin encajes, mi mantilla colocada descuidadamente alrededor del cuello: únicamente mis pies, calzados con cierta pecaminosa coquetería, parecían el último resabio de una larga historia galante.

—¿La señorita Durán?

—Servidora de usted.

Nos dimos las manos: después nos sentamos; yo no sabía cómo empezar el diálogo: Felisa era una de esas personas impenetrables que enfrían el aire que las rodea. Ella también me examinaba con aquellos ojos grandes y quietos que parecían emboscados á ambos lados de la orgullosa nariz. Luego dijo:

—Usted tendrá la bondad de manifestarme en qué puedo servirla.

Pasé por la vergüenza de rogarla me hablase un poco alto; después tragué saliva, ignorando aún por dónde empezar ni cómo vestir el pensamiento. Por fin, con arranque de toro, embestí al peligro derechamente.

—¿No es cierto—dije—que es usted novia de Julio Maldonado?

—Sí, señora.

Tardó un poco en contestar y la vi palidecer fuertemente: yo también estaba emocionadísima.

—¿Qué más?—agregó.

—He venido—proseguí—para decirla que Julio no puede casarse con usted...

—¿Cómo? ¿Acaso no es soltero?

—Sí, sí, señorita... Maldonado es soltero ante la ley, pero de hecho vive ligado á mí por vínculos indisolubles.

Me miró atentamente; luego su altiva fisonomía reflejó un sentimiento desdeñoso; sin duda me hallaba vieja.

—¿Y él—dijo—, la quiere á usted...?

No supe contestar: quedé suspensa, reconociendo la cruel ridiculez de mi situación.

—Él...—balbuceé—, sí, me quiere...; yo, por lo menos, lo creo así... ¡Ah...! ¿Cómo no ha de quererme si hice por él lo que la mejor de las madres no haría por sus hijos?

Felisa Durán meditaba, la vista fija en el suelo. De pronto se levantó.

—Me parece—dijo secamente—que eso debe

usted discutirlo con él, no conmigo. Por otra parte, yo le quiero mucho, él también parece quererme... No dude usted, pues, que nos casaremos si no hay entre nosotros más obstáculos que las razones de gratitud ó de amor por usted apuntadas.

Como picados del tábano, mis nervios vibraron.

—Es que á ese hombre —exclamé— le conocí niño, le he visto crecer..., es mi alma..., ¿cómo quiere usted que ceda sin lucha lo que para recreo mío y amparo de mi vejez guardé tanto? Maldonado, señorita, más que mi amante, es mi hermano, es mi hijo... ¡No me lo quite usted...!

Aun añadí otras palabras declamadas con furiosa vehemencia; pero, contenida por mi cariño invencible á Julio, me abstuve de decir nada que pudiese comprometerle ni morder el buen concepto que de él tuviesen en aquella casa: nada dije, por tanto, de su oscuro origen, ni de cómo le conocí, ni de mis sacrificios para educarle y darle carrera. Felisa Durán escuchaba impasible. ¿Qué sabía ella, nacida y criada en el lujo, lo que son las batallas de la vida? Cuando terminé de hablar, mi interlocutora apoyó un timbre; me despedía.

—Por lo visto—dije—, nada consigo de usted...

—Nada. Repito que eso debe usted discutirlo con Julio.

Y sin esperar á que su camarera viniese, saludó ligeramente y se fué, oponiendo á mis dolores su alma de mármol. Así terminó aquella entrevista que había de separarme para siempre de Julio.

Aunque decidida á luchar afianzándome á la vida con todas mis fuerzas, no niego que mi espíritu declina corriendo parejas con el cuerpo; cada vez estoy más aislada, más distante del mundo, que ya parece rodar muy lejos de mí: Milagro y Justino, que antes me escribían semanalmente, empiezan á olvidarme; nadie me visita; los días desfilan monótonos sin que ningún amigo llame á mi puerta. "¿Cómo estoy tan olvidada?", me pregunto. Me hallo forastera y como despedida de todas partes; la juventud que hogaño ama y ríe no me conoce; ¡la vida no me trae emociones nuevas! Diríase que las horas presentes, horas hermanas de aquellas en que tanto brillé, pasan ante mí encogiéndose de hombros. Es éste un silencio que no proviene de mi sordera, sino que lo llena todo, cielos, tierra, cual si viniese de lejos.

Barrenada por este pensamiento, quise que un médico me reconociese: era un anciano profesor de San Carlos, de quién mi inolvidable Felipe Reina fué muy amigo. Don Jaime, que así se llamaba aquel señor, me aseguró, tras prolijo examen, que la anatomía de mis oídos estaba intacta; la fisiología, por consiguiente, de dichos órganos debía ser normal.

—Sin embargo—repuse—, yo estoy cierta de hallarme sorda. También unas veces oigo mejor que otras. En esto, innegablemente, influye el tiempo.

Le referí el accidente del coche.

—Eso—dijo don Jaime—, sólo prueba que iba usted distraída.

Volvió á reconocerme minuciosamente, y sus últimas observaciones afimaron y robustecieron las primeras: los huesecillos que relacionan el tímpano con el nervio auditivo estaban intactos, y no había razón para creer que las vibraciones sonoras no se transmitiesen; para demostrármelo hizo algunos ruidos que oí perfectamente. La causa, pues, de mi sordera, era, á su juicio, mucho más recóndita y acaso de origen moral: las ondas sonoras herían el tímpano y el nervio vibraba; pero su vibración se perdía porque la conciencia andaba absorta en otras cavilaciones: se trataba, pues, de una idea fija que absorbía todo mi vigor inteligente, ó de una atrofia de la atención. Según la autorizada opinión de don Jaime, mi espíritu, que no mi cuerpo, era sordo, y esto provenía de disgustos, de cavilaciones, de exceso de placeres...

Para aliviar mi daño, el médico me había recetado buenos alimentos, largos paseos por el campo y mucha distracción. Nada de ésto hice. ¿Para qué, cuando todo era inútil? El ánimo, herido cruelmente por los reiterados reveses de la vida, se apartaba inconscientemente del mundo, aletargándose en la negación relativa de las sensaciones; la pereza enmohecía los engranajes luminosos del entendimiento; la voluntad perdía su fe; los recuerdos se difuminaban en el horizonte nebuloso de la memoria; los ruidos se apagaban. Y no era que ninguna idea me dominase con ruina y anulamiento de las demás, sino que mi atención holgaba, despreciándolo todo y como

vagando por los callados y borrosos linderos de la imbecilidad.

La desesperante convicción de ir acercándome á la muerte poco á poco me aterraba, obligándome continuamente á mirar hacia atrás. ¿Dónde fueron aquellas pecadoras que tanto brillaban cuando yo empecé? Treinta años antes, mirándolas pasar en coche, ricas, elegantes y deseadas, yo las envidiaba bajo mi trajecillo provinciano de percal; después, lanzada al torbellino de las ambiciones, de los placeres y de los viajes, las perdí de vista, y al volver en mí, como quien despierta de un dilatado y agitado sueño, vi que aquella realidad huyó perdiéndose en la distancia ó en la muerte, y que ellas y yo misma, y conmigo todas las aventureras contemporáneas mías, habíamos pasado. ¿Qué fué de Eduardo Olmedo? ¿Qué de Teodora y de Joaquín Antón, quienes, desde hacía cinco ó seis años, no me importunaban? Ya las carcajadas de aquellos amigos de Paco Narbona que se llamaron Vinarey, Dámaso, Carrillo y Gerardo Torres sonaban muy lejos; sus voces y sus pasiones se apagaron; todo huía: Mariano Cortés, don Alberto, Benito Lamarca, el duque Wandirweld, Regenta, Luis Sauté, don Facundo, el ministro Echarpe... y tantos otros, formaban una multitud de siluetas calladas y blancas que parecían alejarse hacia la región muda donde mi padre y mi madre me esperaban; sólo permanecían inmutables las calles, las calles malditas, por donde la juventud y las alegrías se van. ¿Qué fué de Pedro

Francos, el gran amor de mi juventud primera? ¿Se casó y era feliz, ó había muerto? Diego Ferrer y don Pablo Ardémiz, inmóviles bajo las tapas de sus ataúdes, llevaban á mi espíritu la convicción de que la suprema verdad está en los camposantos: por esta misma razón las sombras ensangrentadas de Fortunato y del marqués de Lágaro parecían perdonarme el mal que les hice; Cristóbal Soto también aparecía con su cara triste y su cuerpo corcobado de bufón, envejeciendo resignadamente entre las cuatro paredes de un jardín rural...

La vida es un río, un gran río infausto que se lo lleva todo: gloria, poder, ilusiones, afectos... Mirando los paquetes de cartas que de diversos amantes conservo, pienso en las mías; ¿qué fué de ellas y de los mechones de cabellos que repartí entre tantos hombres? ¿Se habrán perdido en el espacio que extinguió la canción de mis besos, ó quedarán todavía algunos ocultos en el fondo de ignoradas gavetas? También recuerdo el clavel blanco que Pedro guardó mucho tiempo, como recuerdo de una tarde feliz, entre dos hojas de un atlas geográfico: él, hablándome de su madre con aquella apasionada sencillez de héroe primitivo que no he hallado después en ningún hombre, me había hecho llorar; al salir del merendero donde pasamos el día, cogí un clavel con el que luego, distraídamente y repetidas veces, me sequé los ojos. Pedro puso gran empeño en conservar aquella flor mojada con mis lágrimas, y yo se la dí.

—La guardaré mientras viva—dijo.

¡Ay! ¿Dónde estará aquel clavel sobre el cual nuestros ojos lloraron y nuestros labios rieron juntos toda una noche...? La corriente de la vida vence la fortaleza de las mayores pasiones: en ella, los amores que se resisten á morir son como esos escollos que quiebran el cristal fugitivo de los ríos y que al fin, cediendo á la perenne acción socavadora de las aguas, vacilan y ruedan por el fondo del cauce.

Yo había creído que los cuatro amantes que, por diversos motivos, dejaron más huella en mi alma serían á modo de arrecifes ajenos al impulso filante, horriblemente desconsolador, de lo que se va: me engañé; ellos también se fueron: á Pedro le vencieron el olvido y la distancia; al marqués de Lágaro y á Felipe Reina se les llevó la muerte; y el mismo Julio, cuyo porvenir iba ligado al mío por tantas cadenas, ¿acaso no braceaba ya muy lejos de mí?

No quiero penetrar los secretos de esta alma sombría; Julio es malo; tiene el disimulo cruel de los felinos y la frialdad de las armas blancas, que matan callando.

—¿Me habrá querido Julio alguna vez?

Indudablemente me amó al principio de nuestras relaciones, mientras su imaginación penetrante no vislumbró posibilidad de recabar de mi afecto y generosidad beneficios mayores. El primer favor que le hice me enajenó su corazón: á partir de entonces creo firmemente que sólo pensó en explotarme, estudiando cuanto podía para formarse pronto una posición independiente, y abandonarme. Como más

tarde me dijo muchas veces, son buenos cuantos caminos llevan al triunfo: y era la base ó cimiento de su fortuna, y los cimientos es lo olvidado, lo perdido en la sombra, lo que se aplasta... ¡Oh...!, ¿es posible que las noches que yo malgasté viéndole estudiar, Julio, abriendo paréntesis entre dos párrafos de una lección, pensase ya en que algún día habíamos de separarnos...? Acaso en alguna ocasión, tuvo celos de mí; mas aquéllas fueron rebeliones pasajeras de su amor propio; después se alzaba de hombros, importándole un pitoche de mis amantes, sabiendo que buena parte del dinero que yo de ellos recibía era para él. Maldonado iría muy lejos, tan lejos y tan alto como quisiese, pues reunía para triunfar cualidades excepcionales de hipocresía, constancia y vigor. Admiro que un muchacho robusto y guapo como él no se pervirtiese en el vicioso medio donde pasó sus primeros años; mi amistad y su ambición le salvaron; especialmente su ambición inménsa, que secaba todo otro sentimiento: los libros le esclavizaban, pasaba las noches trabajando, no era vagabundo ni mocero, y los amigos que tuvo, aunque disipados y locos, no pudieron apartarle del estudio. Como otras cortesanas sólo desean ahorrar dinero y retirarse antes de que la vejez ó las enfermedades las inutilicen para el amor, mi alma jugosa sólo quiso proporcionarle á Julio Maldonado una carrera y con ella un porvenir tranquilo y honrado. Jamás, ni un solo momento, pensé que ni nuestras historias igualmente manchadas, ni los años, pudieran separarnos: me veía

envejeciendo á su lado, ayudándole con mis consejos, feliz bajo el brillo de sus triunfos... El pérfido, entretanto, estudiaba para independizarse, porque se avergonzaba de mí. ¡Oh...! No ha mucho me dijeron que se había casado con Felisa Durán; en las últimas elecciones fué reelegido por su distrito: yo le dí todo: amor, carrera, medios de fortuna, ¡hasta un pueblo...! Y ahora me deja y vive en la luz de los vencedores, sin acordarse de mí, que lloro en la noche de los olvidados. ¿Será posible que los sueños de Julio Maldonado no tengan pesadillas?

Mucho después, aterrada por esa impresión de soledad y silencio que va creciendo á mi alrededor continuamente, escribí á Julio varias cartas, doliéndome del olvido en que me tenía. A la última, salpicada por mis lágrimas de borrones, respondió Maldonado ofreciéndome dinero en una misiva cortés y lacónica. Resueltamente deseaba romper conmigo; le contesté despreciando su oferta: yo no pedía dinero; yo no era una especie de viejo empleado á quien se jubila. No me respondió; tampoco le he buscado, y todo parece haber concluído entre nosotros. Lentamente me siento morir, desfalleciedo en el nirvana de mi hastío: no sufro, ni ambiciono, ni temo á la miseria, que va acercándose; por primera vez empiezo á comprender la vida de las ostras que envejecen á oscuras pegadas á una roca...

Una noche Consuelito Vera fué á verme. Consuelo, aunque ya pasa de los cincuenta años, morirá joven; su alma inconsciente, su alma de mosca no

envejece; esa fracasada de la libertad, sentirá perpetuamente la atracción de la aventura y de lo imprevisto. Mi amiga había comprado por ocho pesetas una botella de excelente coñac.

—Si quieres—dijo—, echaremos un trago; te convido.

Acepté; el tiempo era frío y las buenas bebidas saben llevarse nuestras penas muy lejos.

—¡Rico coñac! – exclamé chasqueando la lengua.

Seguimos bebiendo lentamente, dejando la boca abierta luego de vaciar nuestros vasos para no desaprovechar ni la última gota. Yo, que estaba cosiendo cuando Consuelo llegó, abandoné mi labor sobre una silla; un mareo dulcísimo iba esclavizando mi ánimo, lanzando sobre él vigorosas corrientes de olvidada alegría.

—¿Para quién compraste esta botella?

—Para mi amigo.

—¡Ah...! ¿Tienes un amigo?

—Sí.

Me admiré, pues hallaba á Consuelito Vera tan vieja y fea como yo misma.

—¿Cuándo empezaron esas relaciones?

—Ha poco; cinco ó seis meses.

—¿Cómo se llama tu hombre?

—No te rías: Rufino.

—¿Y te quiere?

—Creo que no: yo tampoco le quiero. Vivimos juntos... ¡psh...! por hacer algo, porque es preciso vivir de algún modo...

—Tienes razón.

Tornamos á beber. El comedor donde estábamos era una habitación pequeña, con sillas de enea de respaldo cuadrado y una lámpara con pantalla blanca que ardía suspendida del techo sobre una mesa redonda: yo sentía que la bebida acaloraba mis mejillas; los ojos de Consuelo relucían en el fondo de sus cuencas, bajo el doble arco de las cejas canosas.

—¿Qué es tu amigo?—interrogué.

—Albañil.

—¿Trabaja mucho?

—Ahora no.

—¿De qué vivís entonces...?

Consuelo hizo un guiño malicioso. Rufino, que conocía algunos individuos ladrones de profesión, solía intervenir en asuntos poco limpios; y como no era celoso, ella gozaba de libertad para hacer cuanto estimase provechoso á los intereses de la sociedad.

—¿Quién iba á creer, embajadora del Brasil—exclamé riendo—, que descenderías tan abajo?

Consuelo se encogió de hombros, con una resignación alegre que no pude menos de envidiar.

—Bebamos—dijo presentándome una copa.

—Sí, bebamos.

—Por nuestro pasado.

—Por lo que fuimos.

Apuramos nuestros vasos de un trago. Yo añadí:

—Debíamos también brindar por nuestros amantes.

—Son muchos.

—No importa.

—No habrá bastante coñac.

—¡Bah, de poco te apuras! Tengo yo dinero para comprar otra botella.

—Adelante, pues...

Vaciamos nuestras copas y aun tornamos á llenarlas otras muchas veces. Consuelo Vera, con lengua que la embriaguez entorpecía, me refirió una aventura repugnante. Una noche en que ella salía de su casa á comprar carbón para hacer la cena, un señorito aristócrata amigo suyo la abordó; no porque gustase de su cuerpo, que Consuelo sabía viejo, desgobernado y poco deseable, sino para saber las señas de cierta muchacha de quien estaba fervorosamente enamorado.

—Si me la proporcionas—añadió el galán—, te regalo cien pesetas..., doscientas..., lo que quieras...

Y para dar á sus palabras mayor validez y autoridad, mostró á mi amiga una cartera pródigamente abastada de billetes de Banco.

—Yo—continuó Consuelo—me comprometí á buscar la moza por quien mi amigo preguntaba, pues sospechaba dónde podría encontrarla á horas tales. "—Si quieres—insinué—, ven á mi casa y espéranos allí."— Él accedió. Llegamos juntos á mi cuarto, que era una guardilla del callejón del Potro, donde le dejé solo, asegurándole que no tardaría tres cuartos de hora en volver. Al llegar á la calle encontré á Rufino. "—No subas"—dije. "—¿Por qué?" "—Porque hay gato encerrado." Le puse al tanto de lo que sucedía. "—¿Tú viste—

repuso Rufino con aire taciturno de matasiete—si ese hombre lleva el dinero que dice?" " Sí." "—¿Y tienes seguridad de hallar á la muchacha que él desea?" "—¡Oh, no sé...; haré lo posible...!" "—En tal caso—replicó Rufino, que había lanzado por la calle solitaria una mirada interrogante—, cállate y ven..."— Subimos la escalera; Rufino iba delante; yo, adivinando su intención, le seguí temblando como una azogada. Rufino penetró en la guardilla abriendo la puerta suavemente, dirigiéndose luego hacia la habitación donde nuestra víctima leía un periódico. Al vernos, el joven se levantó, temiendo quizá una sorpresa; pero Rufino saltó sobre él sin darle tiempo á defenderse, arrojándole al suelo, donde le sujetó por la garganta, mientras su mano derecha ejecutaba sobre las quijadas del caído un redoble fatal. Cuando le vimos sin conocimiento, huímos, llevándonos su cartera.

—¡Bien hecho!—exclamé.

La bebida me volvía amoral y cruel. Consuelito Vera reía, sirviéndose otra copa de coñac. Habíamos empezado á fumar. Yo dije:

—¿Y á cuánto ascendía lo robado?

—A poco más de ochocientas pesetas. No fué mal bocado...

Cuando Consuelo se marchó, yo estaba dormida. A la mañana siguiente desperté sedienta y con mal sabor de boca; apenas pude almorzar: por la tarde compré una botella de coñac y, poco á poco, sin advertirlo, volví á embriagarme; la alegría que aquel

estado me produjo es indescriptible por lo intensa y recóndita: desde entonces me emborracho frecuentemente. Para nosotras, las viejas, que tenemos tantas pesadumbres, la borrachera es más sabrosa que el amor, más dulce que la muerte...

19 julio.

Virginia se casó hace dos años, y no me escribe casi nunca; su madre tampoco se acuerda de mí: ¿ni para qué, cuando saben que no podrán seguir explotándome? ¡Ay del árbol caído! ¡Malhaya el buque que quedó sin timón! Por algo creí siempre que los abismos de la humana perversión no tienen fondo.

Fácilmente recompongo las conversaciones que á propósito de mí se improvisarán por las noches en mi casa, bajo la benigna campana de la chimenea, sentados todos sobre los viejos butacones de aquella cocina, adonde, ni partida en pedazos, pienso volver. Los hijos de Virginia no sabrán quererme; para ellos la "tita Isabel" será una mujer muy mala, que murió muy lejos del pueblo y cuyo nombre no debe pronunciarse alto: Milagro y Justino, á quienes hice cuanto bien he podido, también murmurarán de mí bajo sus cabellos blancos, llamándome loca, despilfarradora y viciosa. ¿Por qué no tuve la previsión de arrancarle al vizconde del Pretil un testamento en favor mío? ¿Y por qué en vez de construir una iglesia que honrase la memoria de mis padres, no com-

pré una casita donde mis sobrinos hubiesen vivido perfectamente? La ingratitud de Julio reforzará la mala opinión que todos formaron de mí: cuando Maldonado me dejó, sus motivos tendría. Además, en el mundo los acontecimientos están dispuestos de suerte que cada cual obtiene las prerrogativas y bienandanzas que merece, y claro es que, pues yo estaba en la miseria, no merecería hallarme mejor. Estoy cierta también de que tan bárbaro discurrir acarrearía las naturales deducciones de esa moral vulgarísima y cruel que encierra toda la vida entre dos líneas rectas. "Isabel ha estado vistiendo bien, viajando y sentándose á buenas mesas, mientras nosotros quedábamos aquí, amarrados al surco: nosotros supimos economizar parte de lo poco que teníamos, mientras ella no supo ahorrar nada de lo mucho que pasó por sus manos; justo es que sufra ahora lo que gozó antaño..." ¡Ah, los imbéciles! Ellos no saben, ó no quieren saber, que esos tálamos donde las mujeres casadas son felices suelen ser para nosotras, las cortesanas, motivo de asco y de tormento. Lentamente unos y otros iban olvidándose de mí; el cura don Joaquín, que me bautizó, y don Toribio, el alcalde, tampoco me escribían; habían muerto. Las generaciones caminan de prisa; hoy parece que no han llegado aún, y mañana ya van muy lejos; viéndolas huir padezco esa emoción de abandono y soledad que experimentan los viajeros embarcados en una corbeta viendo pasar á su lado y perderse momentos después en el horizonte la mole andadora de

los trasatlánticos. Las relaciones entre los principios ó elementos moral y físico del individuo son innegables: antes mi carácter alegre, obligándome al aseo y al buen vestir, conservaba mi belleza; más tarde, el cansancio de la voluntad precipitó el desplome de mi escultura y la ruina de todas sus gracias: descuidé el peinado; casi nunca me ponía el corsé; mis pies, que llegaron á ser famosos por la pulcritud y excesivo esmero con que siempre los llevé calzados, iban hogaño metidos en amplias botas mal embetunadas...

Consuelito Vera, conociendo mi penuria, me recomendaba el oficio de alcahueta.

—No servimos—decía—para nada mejor.

Aquella mujer, sublime en su desfachatez ó en su inconsciencia, reconocía fríamente, casi con alegría, su fealdad y su vejez. Yo protesté; no quería claudicar aún; mi dignidad y mi orgullo rechazaban tanta abyección: el oficio de sobajañí ó zurcidor de albedríos, tal como el apostólico don Pablo Ardémiz lo ejercitaba, era admirable; pero cobrar en dinero el placer de los amantes que nuestros buenos oficios unieron, me parecía lo peor de lo malo, lo más despreciable, lo más ruin en la escala de las humanas miserias.

—¿Te acuerdas de Severina Aguilas?—dije.

Consuelo adelantó el labio inferior con ese movimiento despreciativo que llega á ser inconsciente en los viejos sobre quienes pasaron muchas desgracias.

—En ese espejo—repuso—debemos mirarnos: hay que vivir, sea como fuere...

Para convencerme rebuscó buen golpe de argumentos: Severina y cuantas viejas lumias conocimos en los albores de nuestra carrera también habían sido jóvenes, y á última hora tuvieron que ceder el campo á las cortesanas que las nuevas generaciones iban sirviendo en el alegre banquete donde la juventud deja pasar la copa dorada de la locura de mana en mano. Yo debía imitar aquel ejemplo prudente que ya siguieron otras contemporáneas nuestras: Luisa Luján y Nieves Labarte protegían con su experiencia á varias cortesanas en boga, á quienes acompañaban, satisfaciendo así su deseo de continuar frecuentando los teatros y de pasear en coche: Clara Tello estableció una mancebía; Leonarda Cadenas, menos feliz, se dedicaba á explotar á las sirvientes, para lo cual, según parece, tenía descomunales habilidad y fortuna.

—¡Y yo!—añadió Consuelo—; ¿qué sería de mí si no tuviese dos ó tres amigas muy guapas...?

No se cansaba de hablar: yo la oía impávida, sin dejarme convencer y bebiendo de cuando en cuando largos tragos de aguardiente, holgándome de tener á tan poco precio y tan cerca de mis labios el remedio de todo dolor.

Por aquella época viví en un piso tercero de la calle de Lavapiés: era un cuarto compuesto de cuatro ó cinco habitaciones pequeñas y amuebladas con los restos peores de mi antiguo esplendor: en las paredes

ya no quedaban cuadros ni espejos; mi cama era de hierro, en la sala había dos sillones y algunas viejas sillas de terciopelo amarillo, que apoyaban sus retorcidas patas sobre los desnudos suelos: una ráfaga de aire hubiese recorrido toda la casa sin hallar alfombras ni aplastarse contra los cortinajes de ninguna puerta.

Mi vida entonces era pacífica y monótona como una oración: no teniendo criada, me levantaba temprano para ir al mercado, comprar las vituallas indispensables y apercibir el almuerzo: mientras el fuego cumplía su cometido abrasando la panza de las cazuelas, yo barría y lavaba lo sucio: por las tardes cosía delante del balcón, pensando siempre que estaba muy sola: en el suelo, cerca de mí, tenía una botella de aguardiente, á la que mis ojos dedicaban miradas elocuentes de cariño y agradecimiento; de vez en vez, cuando mi pesadumbre era muy grande, alargaba la mano, cogía la botella y, aplicando su boca á la mía, echaba un duradero trago. Por las noches casi nunca cenaba; aquellas repentinas libaciones, abrasándome el estómago, me quitaban el apetito, y frecuentemente hube de marcharme á dormir agarrándome á las paredes, tropezando con los muebles que me cerraban el paso, cayéndome de borracha y de sueño.

Empeñadas todas mis alhajas, veía con indiferencia estulta acercarse el momento de cambiar mi última peseta. Después de tantos años, la miseria y yo volvíamos á estrecharnos la mano; yo la temía y, sin

embargo, nada hice por rechazarla: mi pobre voluntad estaba rota, mi imaginación ya no podía inspirarme nuevos recursos de defensa. Antes, en mis peores meses de bohemia, me fortificaba la convicción de ser joven: "Tras estos malos tiempos—pensaba mi fe—, otros mejores vendrán." Por eso la juventud siempre es rica, porque sus bríos y su ilusión son en el mercado de la vida moneda de grande y positivo valor. En cambio ahora comprendo la desesperanza y absoluto decaimiento de la vieja Gregoria, la portera de aquella casa de la calle del Espíritu Santo donde Perico Francos y yo, pasando tantas hambres, fuimos, no obstante, tan felices. Ella no esperaba nada del mundo; yo, tampoco. ¿A qué, pues, afanarnos por permanecer en él algunos años más? Mejor era rendirse con esa entrega absoluta del viajero aspeado que cae en medio del camino, y esperar á la muerte tranquilamente, los ojos cerrados, borracho el espíritu en el sahumerio adormecedor de la embriaguez.

¿Quién iba á decirme que el mundo guardase un placer ignorado para mí? De joven yo despreciaba la elocuencia exquisita de las botellas de Burdeos y de Jerez, que me guiñaban desde la mesa del festín con sus ojos acarminados ó amarillos; los excesos de la bebida me asustaban; la alegría iba conmigo; que bebiesen los hipocondríacos, los desdeñados de Momo, los viejos... Y decía bien: la borrachera es el único placer reservado á la ancianidad por el Destino piadoso; los años del amor pasaron, los aza-

res del juego y las molestias de los viajes nos aterran, el estómago gastado rehuye los placeres gastronómicos, el reuma se agarra á nuestras piernas; la familia, sabiéndonos inútiles y previendo nuestro cercano fin, procura acostumbrarse á la idea de perdernos, lo que en una mayoría desoladora de casos logra fácilmente... ¿Qué harán, pues, los pobres viejos para olvidar su poquedad, flaqueza y abandono? ¿Qué harán, si no es beber...? El vino desentumece los músculos y pone acicates á la imaginación; su heroísmo reta á la miseria y á la muerte, su generosidad comprende todas las abnegaciones, su despreocupación acomete todos los peligros, sus divinas espumas se llevan todos los recuerdos. Yo debo y quiero ser borracha, lo necesito; á la embriaguez debo mis únicas horas de paz, y ya que la flojedad de mi atención cerró mis oídos á los ecos del mundo, necesito también ensordecer mi conciencia con el alcohol, para no oir la voz quejumbrosa del pensamiento. Los desilusionados necesitamos, para vivir tranquilos, de una doble sordera; no oir lo que dice el mundo, no escucharnos á nosotros mismos. La alegría, de no hallarse en la inconsciencia radiante de la juventud, sólo debemos buscarla en la noche impenetrable de los sordos que se emborrachan, jamás en la penumbra de la reflexión...

A mediados de aquel invierno estuve enferma, aunque no gravemente, y es la única vez que recuerdo haber guardado cama más de ocho días. Fué una semana muy triste: mi soledad y la falta de reloj

alargaban las horas; acordándome de Pedro Francos procuré relacionar los diversos momentos del día con ciertos ruidos: á la una, llegaba el aguador; á las tres pasaba por la calle una mendiga, que, alejándose, arrastraba á lo largo de las aceras una canción doliente... Pronto me aburrieron estas observaciones; pues nada esperaba ni nadie había de ir á verme, ¿qué me importaban las horas? Involuntariamente, mirando desde mi lecho y á través de un ventanuco las pobres ropas que las vecinas de otros cuartos intériores colgaban á secar sobre el ambiente húmedo del patio, comparaba mi soledad presente con los años de mi infancia, tan rodeados de solicitudes. ¡Oh, qué dulces aquellos dolores curados con medicinas que yo bebía por coger el juguete ofrecido á mi obediencia...! Después pensaba en Julio y en la iglesia de San Miguel, esfumando ambas ideas en las gasas grises de mi desilusión.

Una tarde Consuelito Vera fué á visitarme acompañada de un joven mal vestido, pero de continente y ademanes elegantes, á quien yo no conocía: entraron cogiendo la llave que yo tenía la precaución de dejar debajo de la puerta, junto al marco: yo estaba acostada.

—Te presento—dijo Consuelo—á mi amigo... ¿cómo te llamas, tú?

El interpelado sonreía sin contestar. Ella continuó:

—A mi amigo Antonio: eso es; Antonio... ¿Y el apellido?

—Nanquín.

—¡Es verdad...! Nanquín, Nanquín... ¡Es un apellido tan raro! Pero ya no se me olvida: Nanquín, Nanquín...

Consuelo hablaba con la voz ronca y el soez desenfado de las lumias viejas: parecía borracha. Antonio también había bebido. Ella continuó haciendo la apología de su amigo:

—Donde le ves, con esos pantalones de pana, es periodista y poeta...; sólo que ahora no trabajas, ¿verdad?

Nanquín, que iba y venía por la habitación midiéndola á largos pasos, repuso deteniendose:

—Ni ahora, ni nunca.

Consuelo acogió esta contestación con una estrepitosa carcajada.

—¡Eso, chica, eso que él dice...! No le quieren en ninguna parte. Es de los nuestros..., de los buenos aficionados á empinar el codo.

Se había sentado á los pies de mi lecho, cruzando una pierna sobre otra, mostrando sus pantorrillas enjutas vestidas con medias blancas. La indiqué disimuladamente que se cubriese.

—¿Para qué?—repuso—. Antonio es de confianza. Ya supondrás que no tenemos relaciones; no obstante, le quiero como á un hijo..., y él... me aprecia como á una madre; ¿verdad, tú?

—Verdad—repitió Nanquín con gravedad cómica.

Yo guardaba mi actitud expectante, sin entregar-

me á ese regocijo imbécil de los borrachos que, como comen mal, se aturden en seguida; y á pesar del ruin nivel á que me degradó mi mala fortuna, cierto amor propio me impedía aún caer completamente en aquella sentina de torpe y relajo avillanamiento. Antonio, que sin duda era poeta de fácil y abundante inspiración, había comenzado á improvisar alejandrinos y cuartetas delante de cuantos objetos llamaban su curiosidad; y ya dedicaba una frívola y picante seguidilla á las paredes de mi alcoba, testigo probable de íntimas y numerosas confesiones, ora cantaba en endecasílabos sonoros las tristezas de mis sillas, cuyos viejos asientos recibieron la presión cariciosa de tantos cuerpos femeninos. Indudablemente estaba borracho; yo reía escuchándole, porque algunas de sus improvisaciones tenían verdadera gracia. Consuelo Vera también reía, envaneciéndose del buen efecto que las originalidades de Antonio Nandín me causaban. Luego dijo, dando á sus palabras tono confidencial:

—Tengo dos pesetas: ¿quieres que compre una botella de aguardiente?

Antonio oyó la proposición de mi amiga.

—Pago—dijo—una docena de pasteles.

—Y yo—repuse animándome súbitamente—pago otra peseta de aguardiente y dos pesetas de salchichón.

Después, sobreponiéndome al reuma que me anquilosaba las piernas, me levanté. Concluímos emborrachándonos los tres en el comedor, junto á la

mesa: fué una tarde de fúnebre y delirante alegría, durante la cual Consuelo y yo, recordando los buenos tiempos de nuestra juventud, nos enternecimos varias veces hasta llorar. A la mañana siguiente, sin saber cómo, desperté desnuda y en mi cama; Consuelo roncaba sobre un sillón, los labios entreabiertos, dirigiendo al espacio su rostro lívido como el de un cadáver; á mi lado estaba Antonio Nanquín, profundamente dormido; habíamos pasado la noche juntos. Cuando despertó, recuerdo que nos miró á Consuelo y á mí con espantados ojos, recomponiendo su situación.

—¿Somos amantes?—preguntó.

Yo repuse:

—No sé.

—Yo, tampoco.

Bostezó y quiso marcharse.

—¿Te vas?

—Sí, me voy.

Y añadió brutalmente:

—No me gustan las viejas.

No me ofendí; aquel escrúpulo me parecía natural; después de tantos años de derrota, mis pobres oídos recibían sin emoción las mayores durezas.

No obstante, Nanquín, siempre que estaba borracho, lo que sucedía con frecuencia, iba á verme: su imaginación artista, excitada entonces por el aguardiente ó por el vino, me magnificaba, encontrándome bellísima, un poco triste y con la solemnidad y grandeza inolvidables de las pirámides; mi

frente tenía la melancolía de las vírgenes muertas.

Estos requiebros, aunque mentirosos, me halagaban, arrullándome con el ritmo de todas las músicas agradables. Antonio, como Diego Ferrer, tenía el labio inferior colgante y los ojos exaltados y claros; multitud de leves arrugas cortaban en direcciones varias su semblante descolorido y fofo; caminaba como los atáxicos, y aunque no había cumplido treinta años, ya estaba completamente calvo; los excesos que derribaron su cabellera llenaron de canas su retorcido bigote de mosquetero. Las borracheras de Nanquín eran melancólicas: al acostarse solía llevarse á la cama dos ó más botellas, á las que llamaba "hijas mías" ó "amadas mías", besándolas y estrechándolas contra su pecho con enternecimiento bufo. Después me invitaba á olvidar, bebiendo, el dolor de vivir: como en el fondo de toda aquella embriaguez había un gran pozo de tristeza, las palabras de Nanquín me excitaban á vaciar mi vaso; mis complacencias aumentaban su sed, y continuábamos bebiendo.

—Tú, tú eras la mujer que yo necesitaba—decía—; eso quería..., eso: una prostituta vieja..., vieja y borracha..., con quien enlodarme.

A ratos, por efecto de esas pintorescas inconsecuencias de la borrachera, las exclamaciones de Antonio Nanquín me ofendían.

—¡Ah!—balbuceaba yo—, ¡ah, está bien! ¿Conque me desprecias...? ¡Está bien!

Quería levantarme, marcharme; él me lo impedía

poniéndome sobre los hombros sus manos trémulas, apoyándose de refilón en mí para no caer.

—No te desprecio—contestaba—, no te desprecio; no podría despreciarte... ¿Acaso no somos iguales? ¿No comprendes que estamos cubiertos de fango los dos?

¿Cómo trasladar al papel la real y vibrante filosofía de aquellos diálogos vulgares, sostenidos en un cuarto interior y sobre viejos muebles que á todas horas parecían recordarme las alturas de donde fuí cayendo...?

Antonio era un bebedor insaciable; no recuerdo haber conocido nadie que bebiese más que él: generalmente libábamos aguardiente, inspirados por el deseo de emborracharnos pronto.

—Bebe—decía Nanquín presentándome un vaso; —bebe; ¿no estás triste?

—Sí.

—¿Muy triste?

—Muy triste, sí. ¡Más triste que tú!

—Mentira.

—Verdad; más triste que tú... porque estoy más sola.

—Tampoco eso es cierto; más solo, más desamparado que yo no hay nada, ni nadie... ¡Ni la una de la mañana está más sola que yo...!

Estas orgías solitarias en que la atracción de la carne no intervenía tenían simultáneamente majestad ridícula y terrible. A Nanquín, como á mí, la idea de morir sólo le abrumaba, y ambos discutíamos

probando cada cual cómo sus penas eran las mayores. Una noche, excitados por los recuerdos y completamente beodos, nos conmovimos hasta llorar.

—Las cortesanas y los artistas—decía yo recalentando una vieja opinión—, nos parecemos; nuestro origen es común; somos como astillas de un mismo palo.

—¡Falso!—interrumpió Antonio altanero—; ¿de dónde deducís vosotras, meretrices, que vuestra misión puede compararse con la nuestra? Nosotros, los poetas, alegramos la vida...

Yo le atajé exclamando:

—Como nosotras.

—Nosotros celebramos el placer, la locura, la anarquía...

—Como nosotras.

—Los poetas viven del amor, porque es lo que cantan, y para la belleza...

—Como nosotras.

—Pero es que los artistas, para cumplir su misión, necesitan tener talento.

—Como nosotras. ¡Ah...! ¿Crees empresa fácil la de gustar á muchos hombres...?

Nanquín me miró desconcertado por el ritmo de aquella contestación siempre repetida.

Yo proseguí:

—Como he tenido relaciones con un novelista, sé mucho de ésto. El artista que se vende á un editor, es como la hetera que tiene un amante; el editor le viste, le mantiene... y hasta pone cierto orgulloso

empeño en que aquél brille y vaya bien vestido, temiendo justamente que por las malas trazas del otro puedan juzgarle á él desfavorablemente; y por igual razón, el escritor que trabaja para muchos editores y no tiene sueldo fijo, se parece á esas mujeres que andan por ahí, de zoco en colodro, á caza de aventuras. Todos, vosotros y nosotras, servimos de recreo al público y vivimos mientras gustamos; luego, no bien dejamos de agradar, las multitudes nos vuelven la espalda, y la miseria y el olvido nos cierran el paso. ¿Quién comprará tus versos, desdichado, cuando quedes sin talento? Á mí, que ya soy vieja, ¿quién querrá comprarme mis caricias...? Somos anormales, desequilibrados infelices que hallaron en el mismo desconcierto de sus nervios un medio de lucha: adoramos lo imprevisto y explotamos lo raro, lo superfluo y, siendo pobres, vivimos siempre entre aristócratas y gentes ricas, porque el arte, como el amor, son superfluidades ó paramentos sólo accesibles á los felices. Yo, que vendí todas mis gracias, estoy en la miseria: ¿qué será de ti, cuando tu cerebro fatigado agote todas las seducciones de tu pensamiento...?

Antonio Nanquín, agobiado bajo el doble peso de su dolor y de su borrachera, murmuraba:

—Tienes razón, sí..., tienes razón...

Añadí bromeando:

—En fin, yo, por razones de edad, iré al Hospital antes que tú. Pero, no importa: allí te espero...

—Somos dos vencidos—murmuró Nanquín—,

por eso estamos juntos... que, como el mar, la vida arroja los cadáveres de los que en ella naufragaron hacia las mismas playas.

Rompió á llorar; era un fracaso de la gloria; la ingratitud y la envidia le impidieron vencer. A pesar de mi borrachera, comprendía perfectamente las angustias de aquella pobre alma roída por el vicio: no tenía dinero, ni prestigio literario, ni ninguno de aquellos placeres con que su ilusionada primera mocedad soñó; y si en tales momentos compartía mi pobreza, era por necesidad, porque no conocía otra mujer con quien matar su horrible fastidio de artista derrotado. Bebimos en silencio otras muchas copas, y lo hicimos pausadamente, reteniendo algunos segundos el aguardiente en la boca, y sintiéndolo bajar por la garganta.

—Nada queda detrás de nosotros—murmuró Nanquín.

—Nada.

—Ni el recuerdo...

—Ni aun eso.

Hubo otro largo silencio, que yo interrumpí.

—Tú—dije—, no supiste componer un libro que dure... Yo no he podido concebir un hijo...

Antonio Nanquín tenía los párpados enrojecidos por el llanto; mis mejillas también estaban bañadas en lágrimas. El poeta, algo más repuesto, levantó su copa llena hasta los bordes de aguardiente, invitándome con un gesto á hacer lo mismo.

—Somos dos miserables—exclamó.

Yo repetí, alegrándome por primera vez de hallarme tan baja:

—Sí; dos miserables..., abyectos y borrachos.

—Eso es—repuso Nanquín—, tú lo dijiste: borrachos... No importa; el mundo es malo; olvidémoslo volviendo á beber...

Nanquín estaba alcoholizado: muchas veces le vi ante el mostrador de una taberna, balanceándose sobre sus piernas inseguras y mirando al tabernero sin acertar á pedirle el vaso de aguardiente que deseaba. La borrachera le idiotizaba y convertía en una verdadera bestia, puerca y muda: el hilo de babas que salía por sus labios entreabiertos manchaba la camisa; no podía desnudarse ni ejecutar ninguna operación que exigiese cierta coordinación de movimientos; muchas noches, relajados sus músculos por la acción enervadora de la embriaguez y perdida toda conciencia, Antonio Nanquín se orinaba en el lecho; el frío de aquellas humedades me despertaba, y aun no he podido olvidar el olor nauseabundo que durante estas horas de estúpida orgía vaheaban las carnes de aquel miserable. Mis relaciones con el poeta duraron poco; fué éste un enredo ilógico: Antonio me despreciaba por vieja y fea; yo también le aborrecía por menguado y abyecto. No obstante, seguíamos llorando y bebiendo juntos, reconociendo alegremente nuestra degradación... Parecíame imposible que ninguna mujer hubiese bajado más que yo, y, sin embargo, la experiencia vino á probar lo contrario, obligándome á descender otro peldaño, acaso

el último. En poco tiempo la miseria me había obligado á cambiar de casa varias veces: de la calle de Lavapiés me trasladé á la de San Juan, luego á la de Fúcar, más tarde á la Plaza de San Gregorio... y después no sé á cuántos sitios más. Consuelito Vera, que había reñido con Rufino, me propuso vivir juntas y yo acepté: el ideal de mi amiga era abrir un lupanar.

—¡Ah, si yo tuviese dos mil ó tres mil pesetas!—murmuraba sumergiéndose en la ideación de aquel sucio proyecto como quien se abisma en una mina de oro...

Vivíamos entonces en un cuarto interior de la calle de la Cruz, al cual concurrían algunas muchachas pobres de cuya belleza Consuelo era principal administradora. También iban tres ó cuatro hombres, casi todos jóvenes que, según luego supe, explotaban á sus queridas, quitándolas por la fuerza ó con caricias cuanto dinero podían. A mí, que siempre anduve entre gente rica, me extrañaba hallarme otra vez, como al principio de mi carrera, entre hombres pobres, rústicos y mal vestidos, á quienes la lucha por la vida preocupaba.

Todas las noches se reunían en el comedor de nuestra casa, acompañadas de sus respectivos amantes, dos ó tres mujeres que pasaban el rato allí jugando á las cartas ó á la lotería: las veladas se prolongaban hasta muy tarde; el frío nos obligaba á cerrar herméticamente las puertas y ventanas de la habitación; algunas veces nos regalábamos el paladar

con una botella de aguardiente pagada á escote: todos, hombres y mujeres, fumaban, y aun recuerdo, como si acabase de verlo, el cuadro compuesto á la luz del quinqué suspendido del techo sobre la mesa, por aquellas cabezas innobles ó locas, absortas en el vaivén de los naipes bajo la atmósfera gris formada por el humo de los cigarrillos. Algunas veces yo solía rebelarme contra estas reuniones, que nos costaban, por lo menos, quince ó veinte céntimos diarios de petróleo. Mi amiga se encogía de hombros.

—No importa—decía—; esta gentuza que gasta el dinero con la misma facilidad con que lo cobra, siempre deja algo á ganar.

Creo, sin embargo, que la conducta de Consuelo no era completamente interesada, con exclusión de todo otro sentimiento ajeno á la idea del lucro, sino que vivía así porque aquel vicioso ambiente halagaba su carácter irregular, aficionado inconscientemenfe á la perversidad.

Esta sociedad, tan diferente de aquella otra elegante y bien educada que yo conocía, cautivaba mi atención: una de nuestras jóvenes amiguitas era francesa; otra, valenciana, y todas tenían cabezas pequeñas y de brillantes y bien rizados cabellos. Ellos eran artesanos, que ni trabajaban ni buscaban colocación, y que si hablaban de sus oficios era para no demostrar, por modo demasiado ostensible, que vivían de las mujeres. La seriedad es uno de los rasgos más chocantes y graciosos de la chulería ma-

drileña. El verdadero chulo, dando á este calificativo su acepción más exacta y ceñida, es, antes que nada, un hombre serio, sobrio en palabras, parco de ademanes, reflexivo y que reirá muy poco y sólo cuando el dicho ó hecho sometido á su consideración merezca ser muy celebrado. El chulo no es el obrero disipado que gasta entre la noche del sábado y la tarde del domingo su jornal de la semana, ni el estudiante mocero de los bailes públicos, ni es el torero andaluz, expansivo y hablador, que con sus riñas ó sus alegrías alborota los colmados: el chulo neto, habla poco y pone su cuidado mayor en escuchar atentamente y de modo que su cara no refleje emoción ninguna; después contestará reposadamente y dando á sus palabras intención punzante y grave autoridad. La indumentaria de este tipo es, como su psicología, amanerada y cursi: el cuello de la camisa bajo, la corbata de nudo, la americana entallada y corta, los cabellos planchados sobre las sienes... Yo pasaba ratos deliciosos examinándoles, destornillándome de risa ante la cómica gravedad de sus rostros afeitados; pero otras veces me aburrían, y de buena voluntad les hubiese arrojado de allí á puntapiés.

Una noche el amigo de la francesita me presentó al ebanista Paco Leal, á quien llamaban *Ortigas*, y del cual me habían ponderado su gracia y lo solicitado que estaba de las mujeres. Era un joven moreno, delgado y de mediana estatura; tenía la frente y los ojos grandes; su cuello largo y su semblante en-

juto terminado en una boca puntiaguda como un hocico, acusaban hiprocresía y travesura de carácter: un mechón, cuidadosamente rizado, de cabellos, le llegaba al entrecejo, afeminando la expresión de su rostro lampiño; vestía traje negro: sobre la abullonada pechera de la camisa flotaban con estudiado desgaire las puntas de un pañuelo rojo. El tipo aquél, en suma, me pareció insignificante y ridículo.

El *Ortigas* procuró distraernos refiriéndonos sentada y campanudamente sus relaciones con Pepa la *Gorda* y Juana la *Partía*, á quien quiso matar por celos: ambas eran dueñas de casas públicas. Mientras Paco Leal hablaba, sus camaradas le miraban atentamente, como comprendiendo y participando de los sufrimientos que por hembras de tanto mérito padeció aquel noble y apasionado corazón; entretanto las copas de aguardiente continuaban vaciándose con acelerada regularidad. A media noche todos estábamos borrachos; algunas parejas desaparecieron en la oscuridad de las habitaciones contiguas; mientras Georgina, la francesa, bailaba el cancán poniéndose las faldas alrededor del cuello, el *Ortigas* comenzó á cortejarme en alta voz, como queriendo dar público testimonio de su irresistible habilidad y precipitado y total rendimiento mío.

—A mí—decía mirando á la reunión con apicarados ojos—me gustan las gallinas viejas.

De pronto, mareada como estaba por el alcohol, tuve el capricho de entregarme una vez más, probándome de este modo que los hombres todavía gus-

taban de mí. Comprendí, sin embargo, que algo noble protestaba aún, desde mi conciencia, contra el puerco deseo; era necesario ahogar este escrúpulo bebiendo más.

—¡Dame aguardiente!—grité abrazándome á mi galán—; quiero emborracharme.

Paco cogió la botella, sirviéndome un vaso de medio cuartillo, que yo apuré de un trago, apoyándome contra la pared para no caer; todos aplaudieron, admirando mi fortaleza. En medio del desatado huracán que atronaba mi cerebro, percibía un confuso clamoreo de risas y de voces.

—¡Mirad la vieja—decían—, qué buen mozo se lleva!

Todos se abrazaban bajo la luz del quinqué, que palidecía tras el humo de los cigarros; mis cabellos blancos y la vieja cabeza de Consuelo pintaban dos manchas desagradables en aquella bacanal disparatada y un poco triste de aquelarre. Yo había enlazado mis brazos al cuello de Leal.

—¡Dame más aguardiente!—repetía—; ¡más..., más...!

Y él, borracho también, murmuraba apretando los dientes, entornando los ojos:

—¡Toma..., toma... lo quieras..., si te daría mi sangre!

El *Ortigas* era un bribonazo con quien tuve relaciones quince ó veinte días; el charrán no se cansaba de explotarme, quitándome cuanto dinero podía; llamándome vieja y sorda y asegurando que

los hombres como él merecen ser bien pagados.

Una vez que me opuse rotundamente á tan injustas exacciones, me pegó, bañándome la cara en sangre; aquella escena se repitió varias veces; entonces le despedí, y él, que comprendía mi pobreza extremada, no volvió.

Pocos meses después, Consuelo y yo nos trasladamos á una modesta guardilla de la calle de Pizarro.

Una noche, atravesando la Plaza de Celenque, vi á Julio Maldonado, que iba en un coche del Ateneo; al reconocerme, Julio mandó detener el vehículo, echó pie á tierra y vino á saludarme; le hallé muy cambiado; se había dejado la barba.

—Adiós, mujer; ¿qué es de tu vida?

—¿Y de la tuya?

Él alimentaba esperanzas de llegar á ministro en la próxima crisis; tenía cuarenta y un años: yo le escuchaba impasible, como si todo afecto hubiese muerto dentro de mí.

—¿No lees periódicos?—dijo.

No comprendí bien y tuvo que repetir su pregunta levantando la voz.

—No—repuse—; hace tiempo que perdí esa afición.

—Pues, á propósito de la última crisis—añadió—, un periódico ministerial me ha propuesto para la cartera de Gracia y Justicia.

Hice un gesto afirmativo, significando que celebraba la noticia. Julio me dirigió varias preguntas,

demostrando interés hacia mí; según él, yo tenía la culpa de que no nos viésemos.

—¿Para qué?—repuse—. Estamos mejor así.

Maldonado se encogió de hombros.

—¿Dónde puedo escribirte?—dijo.

Pensando en la frecuencia con que la miseria me obligaba á cambiar de domicilio, repuse:

—Escríbeme á Correos.

Sin más, nos separamos. Aunque estaba bien persuadida de que Julio no se molestaría en enviarme ninguna carta, como la esperanza arraiga tan fácilmente en nuestras pobres almas, raras fueron las semanas que dejé pasar sin ir á Lista de Correos. Es aquél un local lóbrego y estrecho, limitado al fondo por los trece barrotes verticales de una reja. Yo me acercaba á la ventanilla sintiendo en la garganta una molesta opresión.

—¿Hay carta para Isabel Ortego?

El empleado contestaba:

—¿Trae usted cédula?

—¿Cómo?—respondía yo avergonzada, adelantando el busto y poniéndome una mano detrás de la oreja.

—¡Qué si trae usted cédula!

—¡Ah, sí..., sí, señor...!

Era una cédula antigua, á la que yo, corrigiendo la fecha de su expendición, daba de año en año nueva validez. La Lista de Correos es el centro adonde converjen los vagabundos de cada ciudad ó cuantos, por algún concepto, viven fuera de lo legal: allí reci-

ben sus cartas los que no tienen casa, los mercaderes que realizan negocios poco limpios, los maridos adúlteros, las esposas livianas, las heteras que padecen un amo de quien deben guardarse; las irregulares, en fin... ¡Oh! ¡Cuántos volúmenes podrían componerse narrando los amores, las estafas, los criminales propósitos de infanticidio ó violación, y también las historias de abandono, de miseria y de lágrimas, que han pasado por aquella ventanilla de la calle de Carretas...

Como era de prever, mi esperanza de recibir carta de Julio Maldonado quedó incumplida. Hacía mucho tiempo también, más de un año quizá, que ni Milagro ni Justino me escribían: súbitamente me acometió la idea de que sus cartas podrían haberse perdido. Alarmada por este pensamiento interrogué al cartero, quien me aseguró no haber visto ningún sobre dirigido á mi nombre.

—Si viese usted alguno—repuse—, y yo me hubiera mudado de aquí, le ruego me lo deje en Lista de Correos.

Muchas tardes, cediendo á inspiraciones seniles, bajaba al portal, donde esperaba al cartero, que casi siempre me saludaba sin detenerse. ¡Jamás me trajo nada...! ¡Nada...! ¡Oh...!, saber que el mundo es tan grande, que hay tantas naciones, tantas ciudades, tantos millones de individuos, y que durante meses y años enteros no hay en esa Humanidad ni un pensamiento, ¡ni un solo pensamiento dedicado á nosotros...! ¿Cabe concebir nada más horrible...?

—¡Ah, soñadores que os levantáis todas las mañanas llevando en el pecho, con el presentimiento de algo inesperado, la alegría de una ilusión nueva...! ¿Acaso no sufristeis nunca la tristeza infinita que deja tras de sí el cartero que pasa de largo ante vuestra puerta...?

VIII

NOTA DEL AUTOR

Desde este momento, las *Memorias* de Isabel Ortego pierden su unidad: las últimas cuartillas son un manojo de notas inconexas, escritas con letra impaciente y rápida: caracteres mal diseñados, cuadros inconcluídos, momentos psicológicos descritos atropelladamente y bajo el imperio de una impresión..., todo perdido bajo el esfumino nivelador de una melancolía inmensa. Estas notas, sin embargo, van publicadas á continuación ajustándome fielmente al manuscrito que de manos de Isabel Ortego recibí, con lo que el lector podrá seguir derechamente, y sin obstáculos ni tropiezos, la cruel línea descendente recorrida por aquel gran espíritu en su doloroso crepúsculo.

5 junio.

Estoy sirviendo en casa de la valenciana Amalia Pérez y de la francesita Georgina, que tienen en la

calle de Barbieri un entresuelito muy lindo. Mis amigas suelen incomodarse conmigo por mi excesiva afición al aguardiente; pero me respetan porque conocen mi historia, la nobleza de mi corazón y la fidelidad maternal con que custodio y defiendo sus intereses. Realmente, más que una criada, soy para ellas un aya ó señora de compañía: me han comprado ropa interior, de la que me hallaba completamente desprovista, y trajes negros; muchas veces las acompaño al campo, cuando van con hombres desconocidos de quienes temen alguna celada, y al teatro. Yo, que las quiero bien, me desvivo por seguirlas, y me enfurezco conmigo misma cuando mi sordera me deja incurrir en alguna indiscreción ó torpeza.

Amalia Pérez tiene veintidós años y es de mediana estatura y muy redonda y apretada de senos y de caderas: generalmente lleva los negros cabellos peinados hacia atrás; los ojos también son negros: baila tangos y canta á maravilla y tiene una boca preciosa. Muchas tardes, yo, recordando mis buenos tiempos, la invito á bailar y pasamos ratos muy divertidos: Georgina, echada en un sillón, ríe hasta llorar, sujetándose el vientre con ambas manos; Amalia canta y baila, y como yo no la oigo bien, levanto los brazos y las piernas tan á destiempo y fuera de propósito, que mis amas se despican de risa. Mis pies, calzados con viejas chanclas, están ya muy torpes; las faldillas de percal que llevo en casa, apenas me cubren las piernas; sobre el abdomen, un poco hinchado por la falta de corsé, cuelgan y tiemblan

los lacios pechos; los vaivenes y agachadillos de la danza desanudan mis blancos cabellos: todo esto me ofrece doblemente grotesca y ridícula, con lo que experimento extraña satisfacción; he perdido el sentimiento de la coquetería, convencida de que no puedo agradar; soy una especie de clown triste que sólo aspira á divertir exagerando su propia fealdad.

Georgina parece más joven que su amiga; es alta, delgada y tiene una cabecita adorable, dorada y redonda como una cabeza de muñeca; sus cabellos son rubios, el timbre pastoso de su voz y sus estridentes carcajadas de loca me recuerdan las alegrías nerviosas de Carmen Arellano, y largas historias repletas de desilusiones y de lágrimas pasan por mi frente.

Amalia y Georgina, que gustan de andar por casa medio desnudas, están siempre midiéndose las pantorrillas y los brazos. Amalia Pérez quiere enflaquecer; la francesita, por el contrario, en su anhelo de engordar, ha empezado á tomar píldoras de arsénico. Frecuentemente las sorprendo examinándose delante de un espejo.

—Estoy más delgada que antes—dice Amalia.

—Y yo — responde Georgina — mucho más gruesa.

Después se azotan y se besan: las noches en que sus amigos no van á verlas, suelen dormir juntas. Dicen que Georgina y su amiga se quieren torpemente. Tal vez: ni lo sé, ni me importa... ni las censuro.

. . . .

. . . .

Noches atrás estuve cenando con mis amas y una joven llamada Matilde en un comedor de Fornos; nos acompañaban tres caballeros aristócratas, muy planchados y elegantes, que me recordaron mis buenos tiempos. Todos charlaban formando alegre y ensordecedor guirigay; yo, comprendiendo mi inferioridad, comía y callaba, ocupando en la mesa el menor espacio. ¡Y pensar que veinticinco años antes hubiera sido la reina indiscutible de esta fiesta!

Uno de aquellos señores, advirtiendo mi tristeza ó la frecuencia con que yo llenaba de vino mi vaso, me ofreció una copa de Champagne, que apuré de un trago.

—Beba usted más—dijo.

—Háblala recio—interrumpió Amalia—, porque es sorda.

Yo repuse:

—Gracias, caballero; no me atrevo á beber tanto; temo emborracharme.

—¡No importa!—exclamó—; ¡no importa...! De aquí el más cuerdo ha de salir á gatas.

Tal predicción, efectivamente, no parecía exagerada: á los postres todos estábamos borrachos: Amalia Pérez y Matilde se habían quitado los corsés; Georgina bebía el vino en los labios de su amigo; yo, acodada sobre la mesa para guardar mejor el equilibrio, hacía esfuerzos heroicos por conservar el imperio de mí misma. La tristeza me invadía; era una meditación imbécil, gris como las columnas de polvo que el viento levanta en los caminos: yo moriré, y la

juventud, una juventud que no me amó, seguirá riendo y cantando...

Se referían chascarrillos y anécdotas. Alguien dijo:

—Tú, Isabel, cuéntanos algo...

Otro añadió:

—Sí, eso es; tú, que eres vieja, debes de saber muchas historias; cuenta, cuenta.

Todos hablaban.

—¿Quién te engañó, Isabel...?

—¿Cuánto dinero cobraste por tu primera noche? ¡Dilo, sin mentir...!

Georgina acudió en mi auxilio.

—¡Isabel—exclamó—no se acuerda de nada...! Oid; quiero referiros una historia muy rara.

Los más díscolos prestaron atención, porque el vino á ratos tiene curiosidades interesantes. Georgina comenzó á hablar: en cierto café de París, una noche de orgía, conoció á un joven inglés silencioso y frío como una estatua: una impasibilidad absoluta helaba sus facciones, no movía los brazos, sus ojos azules no parpadeaban. No obstante, decían que era un hombre de fuego á quien las cortesanas de Londres devoraban muchos millones. El exterior impenetrable de aquel alma ardiente cautivó á Georgina, idólatra de lo raro, obligándola á descubrir por sí misma el misterio de la estatua.

—¿Y qué?—preguntaron todos.

—Nada—concluyó la narradora—; que sufrí una desilusión: era un hombre como los demás...

La historia de la francesita fué mal recibida; nadie comprendió su psicología. Entonces Amalia pidió la palabra para referir la historia de su primer desliz y el extraño espaldarazo con que su iniciador la graduó mujer de mundo. Aquello prometía ser interesante; todos escucharon.

Perezosamente, Amalia habló. Iba á contarnos un lance sencillo y vulgar. Ella acababa de llegar á Madrid, tenía diez y seis años y estaba de camarera en una casa de húespedes. Allí el trabajo era grande, el sueldo escaso; Amalia madrugaba con la aurora y por las noches se recogía muy tarde, después que todos estaban acostados: entonces, metida en su lecho, la pobre lugareña lloraba de aburrimiento, acariciando la visión de venturas inciertas y grandes. Un domingo por la noche, volviendo del teatro, conoció al pintor Paco Lasanta, quien la deslumbró y sedujo en pocas horas... Y fué porque había de ser, porque la virginidad es un dique opuesto á la ambición de las mujeres pobres. Poco después el pintor olvidaba su conquista; ella, que le quería, le buscó varias veves y siempre le hallaba junto á una ventana del café Suizo, bromeando con un grupo de amigos.

—Una tarde de agosto—prosiguió Amalia—, Paco, en vez de saludarme desde lejos como otras veces hacía, salió á la calle, con lo que me puse muy colorada, pues yo era una mozuela casi andrajosa y él un hombre elegante y de mundo. "—¿Qué haces?"—preguntó. "—Ya ve usted—repuse bajando los ojos—, lo de siempre: servir..." "—Pues eres muy

bonita—dijo—, y no mereces estar así; ven mañana y te haré un regalo..." Al día siguiente, no bien me vió, salió del café, entregándome allí mismo, delante de los transeuntes admirados, un corte de vestido, un billete de cincuenta pesetas y un florero repleto de varas de nardo—. "¡Ea—exclamó—; ya eres una mujer independiente! Acabo de darte una profesión: la de florista: un padre no hubiera hecho más por ti..."

Amalia calló, refrescándose la garganta con un trago de Champagne; los hombres aplaudieron; aquella anécdota era picante, original y bonita. Matilde pidió autorización para hablar; la aventura que prometía referir era más interesante que ninguna otra, por referirse, aunque de soslayo, á lo que en momentos tales estaba sucediendo allí.

—Gracias á ella—prosiguió—, paso la noche con vosotros.

Estoy cierta de que nadie, excepción hecha de mí, comprendió la triste y folletinesca originalidad del lance por Matilde contado; y no extraño que así fuese, pues únicamente yo me hallaba al tanto de ciertos íntimos y muy reservados pormenores.

En cierta capillita del barrio de Chamberí decía misa un anciano cura que fué actor, y con quien Matilde muchos años antes, cuando don Rafael aun no se había retirado del teatro, tuvo relaciones y un hijo. La mañana del día en que ocurrió lo que voy refiriendo, don Rafael probablemente acababa de echar con mano distraída la absolución sobre la ca-

beza de la última devota que fué á importunarle con sus confesiones, y permanecía en el confesonario absorto, evocando sus ya remotos triunfos de actor, sus ambiciones pretéritas, sus viajes y toda aquella vida de telón adentro, abigarrada y mareante como la sucesión de paisajes que huyen ante las ventanillas de los trenes en marcha; y acaso lloró también una vez más la ingratitud de Matilde, quien, con sus desvíos, le sugirió la idea de tonsurarse, echando por sus hombros aquella austera sotana que le separaba del mundo. En medio de tal derrumbamiento, personas que le conocieron bien sabían que el viejo sacerdote conservaba una fe, dije y tesoro de su alma; fe candorosa, ingenua como una oración infantil: la seguridad de que Matilde no le burló nunca, de que no perteneció á nadie mientras fué suya, y de que el hijo que tuvieron, y que murió á poco de nacer, era de los dos...

Matilde empezó explicándonos su amor á la Virgen; este cariño la redimía y ensalzaba; la Virgen, todo misericordia, comprendía las veleidades de su corazón pecador; mientras la Virgen viviese dentro de ella, Matilde estaba segura de no ser enteramente mala.

Aquella mañana Matilde experimentó repentinos y vehementes deseos de confesarse, concretando en palabras lo que en su alma tan bien guardado tenía, y deseos de ver á la Virgen; pero no en un templo aristocrático, sino en una de esas capillitas de los arrabales, ocultas entre dos casas muy altas: repre-

sentósela de pie sobre un altar, con su amplio manto de terciopelo carmesí, su largo semblante hebraico, sus grandes ojos inmovilizados por el dolor... Matilde llamó á su doncella, dando orden de que preparasen el coche. Entretanto volvió á adormecerse; se veía atravesando el pórtico de la iglesia, persignándose luego junto á la pila del agua bendita, después atravesando la nave desierta, más tarde de hinojos ante la verja de una capilla anegada en la penumbra soñadora de los santuarios...

Matilde llegó á una iglesia pobre donde jamás estuvo y cuyo nombre desconocía. Por los altos ventanales del templo penetraba una luz triste y blanca, como la que vierte la luna sobre las aldeas escandinavas dormidas sobre la nieve; ante la imagen de un Cristo agonizante, una lamparilla de aceite chisporroteaba; diseminadas por los rincones varias devotas jesuseaban en voz baja, con un tonillo somnífero como el zumbido del moscón que aletea en un cuarto cerrado; la humedad había pintado grandes manchas negruzcas en la parte inferior de los muros enyesados; dentro, en la sacristía, resonaba el golpeteo insólito de un postigo que el viento abría y cerraba fragorosamente. Bajo la sombra que proyectaba la escalerilla del púlpito había un confesonario, dentro del cual se insinuaba la silueta de un cura viejo, que parecía dormir con un devocionario abierto sobre las rodillas. Matilde se acercó. Don Rafael, despertado bruscamente de sus pensamientos, miró á la pecadora, entreviendo un rostro joven,

que las blondas de una espesa mantilla ocultaban, y que, seguramente, había visto otra vez...

—Padre...

—Hija mía...

Empezó la confesión; fué una franca confesión de mujer arrepentida sinceramente: lo dijo todo, todo... con la valentía tranquila del moribundo que ya nada puede temer de los hombres. Refirió su llegada á Madrid, su caída, sus herrores sucesivos. Al pronunciar el nombre del actor Rafael Marín, el cura lanzó un suspiro ahogado.

—No he vuelto á saber de él—dijo Matilde—; probablemente ha muerto: ¿le conoció usted?

—Sí, mucho...

Animada por el silencio de aquella iglesia pobre, un silencio absoluto como el que flota sobre los cementerios rurales, y por aquel cura viejo, de raída sotana, que sólo estaría acostumbrado á recibir confesiones vulgares de mujeres plebeyas, Matilde siguió hablando; á Rafael le quiso mucho; después empezó á olvidarle poco á poco, hasta que la pasión murió á manos del cansancio; el hastío es enemigo terrible que siempre hiere en el corazón...

—Lo que no me perdono—añadió—, es haberle engañado, cuando él, creyéndome buena, aun tenía puesta toda su alma en mí.

También habló de su hijo; un niño que Rafael Marín tuvo siempre por suyo...

Terminó la confesión y el cura nada dijo; el acerbo dolor de aquellas revelaciones le había privado

de conocimiento; su rostro parecía más lívido, sus cabellos más blancos. La joven, extrañando aquella quietud, se puso en pie y miró: el anciano clérigo estaba inmóvil, con la cabeza y los brazos colgantes y la boca entreabierta...

—¡Se ha dormido! - pensó Matilde.

Y salió de la iglesia.

—Al llegar á la calle—prosiguió la narradora—, me encontré con Amalia y Georgina, que llegaron como caídas del cielo. Georgina me habló de vosotros, invitándome á cenar en vuestra compañía; esta proposición, espantando mis recuerdos, se llevó con ellos mis penas; la alegría de vivir tornó á apoderarse de mi alma. "¡Viva la vida!", exclamé: y aquí me tenéis...

Calló, vaciando majestuosamente una copa de vino.

—¿Y el cura?—preguntaron todos—; ¿qué fué del cura? ¿Te echó la absolución?

Matilde lanzó una alegre carcajada.

—¡Ah...! ¿No sabéis?—dijo—; ¡un lance muy chusco...! ¡El cura no pudo absolverme!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque, oyendo mi confesión, el pobre hombre, que es muy viejecito, se quedó dormido.

—¡Dormido!—repitió Amalia.

—Sí.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¡Naturalmente!—exclamaron aquellos caballe-

ros—. ¿Qué les importan á los viejos las novelas de amores? Te digo que el desenlace de tu aventura tiene gracia..., ¡muchísima gracia...!

Y todos reían felices, levantando sus copas.

....

....

5 febrero.

En otra orgía he conocido al marqués del Atajo: don Vicente Spart. Actualmente tiene relaciones con Georgina. Es un hombre griego, ágil, musculoso y bello como Antinóo: aun no ha cumplido treinta años; va completamente afeitado y sus cabellos son negros, ensortijados y cortos; su voz y sus vehemencias me recuerdan las de Paco Narbona; pero éste era más irascible, y sus borracheras, generalmente, tenían mal epílogo. Vicente Spart deja que Baco y Cupido presidan su juventud; bebe hasta caer y se desperece por las mujeres: tiene un médico que le acompaña en todas sus orgías, para cuidarle si riñe y es herido, ó cuando los placeres le dejan rendido, maltrecho ó moribundo. En esto mi espíritu aventurero ve algo neroriano, algo admirable y muy grande que no suele hallarse en los demás hombres: el marqués del Atajo ama y bebe hasta morir; es una indiferencia á la vida y una sed de goces dignas de un emperador romano.

El siguiente rasgo pintará su concupiscencia insaciable de cosaco.

Una noche de borrachera el marqués fué á una casa pública, donde permaneció encerrado quince días. Cansado de las mancebas que allí había, pidió otras... y luego otras... Las alcahuetas recorrieron los lupanares mejores, buscando prostitutas que ofrecer á la voracidad de Spart. Vicente, no bien las poseía, las rechazaba; su médico no podía contenerle. Como en las plazas de toros el público grita:

—¡Caballos, caballos!

Así el marqués, desnudo y borracho como un fauno, pedía:

—¡Mujeres, mujeres!

Mientras Vicente y Georgina se besaban sobre un diván, yo, sentada á la mesa del festín entre dos botellas de Champagne, bebía hasta emborracharme. Es mi única alegría, y sólo estoy contenta cuando los objetos empiezan á oscilar á mi alrededor.

El marqués me admira, me sabe grande; el silencio hierático de mi embriaguez llegó á conmoverle. Levantóse como pudo del diván, y acercándose á mí, me abrazó, besando mi frente.

—Tu ancianidad—dijo—es triste y venerable como la figura de los reyes desterrados. Somos iguales: los dos majestuosos, los dos heroicos. Cuando yo sea viejo, me emborracharé como tú...

Sus palabras me conmovieron, arrasándome los ojos en lágrimas: mi orgullo despertó; por mi memoria pasaron los espejismos dorados de mi larga historia.

—Aunque una adivinadora me predijo otra cosa

—exclamé—moriré pobre. ¡No importa! Soy feliz, pues aun tengo ánimos para reir y beber con la juventud que bebe y ríe. Los hombres vulgares suelen insultarme llamándome fea y borracha. ¡Ah, si ellos supieran...! Mira, marqués, mira mis ojos..., aquellos ojos verdes donde centenares de amorosas agonías se reflejaron; mira mis manos, hábiles, perversas, diabólicamente enloquecedoras, como las manos de las sacerdotisas de Citeres; mira mis senos, sobre los que se adormecieron con el incienso de la suma voluptuosidad las cabezas más impacientes de Europa; palpa mis caderas, antaño duras, pomposas y suaves, como las lujuriantes caderas de las bailarinas de Sibaris... ¡Soy grande..., muy grande...! Yo he amparado la orfandad y la pobreza de todos los míos, yo he ganado elecciones, he hecho ministros, he levantado iglesias cuyas campanas pudieran repetir mi nombre. El marqués de Lágaro se suicidó por mí, el vizconde del Pretil murió de deleite entre mis brazos... ¡Mira mis pies...! Estos pies han llevado mi cuerpo, mi cuerpo inimitable, á la cama de un rey...

....

....

12 octubre.

La embriaguez y la sordera van embruteciéndome. Antes mi espíritu tenía otra amplitud de aspiraciones y de pensamiento; mi imaginación hallaba

complacencia reflexiva en la contemplación de lo grande; mi voluntad robusta sentía la atracción de lo noble, de lo heroico, de lo difícil; era algo muy fuerte y altivo que servía de sostén y poderoso báculo á mi ánimo, dándole la quietud augusta, inconmovible, de los viejos templos... Ahora, por el contrario, sólo lo pequeño y miserable me divierte y mueve á risa: lo delicado ó magnífico me aburre, me asfixia...

Anoche, después de cenar, Amalia, Georgina y Matilde estuvieron recordando cuentos y episodios de su vida; todas se embriagaron; yo también me emborraché, y era delicioso ver la prontitud con que el motivo más fútil quebraba la cohesión de nuestro pensamiento, permitiéndonos pasar sin transiciones del llanto á la risa. Una de nosotras, verbigracia, recordaba á su madre, y pesadumbre inconsolable nublaba todos los semblantes.

—¡Pobre madre!

—¡Ah, yo también perdí á mi madre...! ¡Pobre madre mía...!

Nos enternecíamos; los labios se apretaban convulsivamente; las lágrimas resbalaban por las mejillas cayendo en nuestros vasos llenos de aguardiente...

De pronto, Georgina, que tiene un espíritu alegre, exclamaba:

—Ayer tarde engañé á Fulano, prometiéndole ir á pasar la noche con él; me dió cincuenta pesetas, y luego, nada...

Todas reíamos.

—De esas truhanerías he hecho yo muchas.

—Yo, también.

—Y yo...

El vaho vicioso de nuestra historia nos exaltaba, inspirándonos una alegría loca y grosera; robar á los hombres nos parecía una acción meritoria; nuestras carcajadas llenaban el comedor.

Amalia Pérez refirió un lance de su bohemia. Dos años antes tuvo relaciones con un muchacho sin familia ni oficio; como estaban muy pobres, hubieron de empeñar, primero sus alhajas, luego sus trajes mejores, más tarde los muebles... A cada nuevo detalle, nosotras, recordando otras historias, exclamábamos:

—Como yo.

—A mí también me ha sucedido algo semejante.

—Y á mí...

La narradora continuó:

—Cuando todos los recursos fueron agotados, Federico y yo inventamos el procedimiento de comer en el café y marcharnos sin pagar. El ardid de que nos valíamos para esto era muy sencillo. Llegábamos al café entre doce y media y una de la madrugada y pedíamos una buena cena. A los postres mi amigo se registraba los bolsillos, hacía un gesto de contrariedad y salía á la calle cual si fuese á buscar tabaco. Ordinariamente acostumbraba á marcharse sin beber su café, demostrando con esto que su regreso sería inmediato. Transcurría un cuarto de hora, media hora..., y yo, que empezaba restañándome los ojos con el dorso de una mano, concluía por romper á llorar. El mozo se acercaba. "—¿Qué la sucede á

usted?"—preguntaba. "—¡Ay, señor, una desgracia muy grande—respondía yo—; ese tunante que ha cenado conmigo tomó las de Villadiego y probablemente no volverá!" "—¿Y no tiene usted dinero?" "—No, señor." " —¿Ni conoce usted á ese individuo?" "—Tampoco: le he conocido esta noche; dice llamarse Mengano... Fuimos á una casa de la calle de...; luego me invitó á cenar porque necesitaba cambiar un billete..., y ahora, ya ve usted..." Continuaba llorando; pasaba otra hora... ¿Qué hacer...? El pobre mozo consultaba el caso con el dueño; éste concluía por encogerse de hombros. "—¿Qué remedio?—decía—; déjala marchar." Yo salía á la calle; era feliz; mis lágrimas se habían enjugado; en una esquina distante Federico me esperaba. Así, comiendo una sola vez al día, vivimos más de un mes...

La historia de Amalia nos pareció exquisita, y todas la celebramos apurando de un sorbo nuestras copas.

Georgina refirió un lance, casi bufo, que la sucedió en Burdeos, donde se enamoró de un acróbata desde un palco del circo.

—Yo le había escrito citándole una tarde, en mi casa. Horas después recibí una carta de mi adorado, que decía: "Señorita: Siento mucho no poder acceder, por hoy, á su deseo: mañana es mi beneficio; probablemente trabajaré mucho, y necesito aprovechar todas mis fuerzas..."

La anécdota de Georgina también tenía gracia, y todas aplaudimos; continuamos bebiendo; yo sentía

que algo ardiente y pesado como un casco me apretaba las sienes. Quise levantarme y no pude.

—Agua—murmuré.

Todas se extrañaron; aquello era maldecir de la embriaguez santa.

—Sí -repetí—, dadme agua..., me ahogo.

Amalia llenó mi vaso de aguardiente.

—Aquí -dijo—, no se bebe otra cosa.

Cogí el vaso entre mis dos manos trémulas y lo apuré de un trago, resignadamente, como quien cumple un deber religioso. Todas rieron, celebrando aquel nuevo esfuerzo de mi vejez, y yo me sentí orgullosa de que la juventud no se desdeñase todavía de brindar conmigo.

Matilde, que era una sentimental, refirió una historia triste que, en otra ocasión, seguramente, me hubiese conmovido.

A los postres de una cena celebrada entre amigos y mujerzuelas que hablaban á gritos, ante sus copas de coñac y bajo el humo denso de los cigarrillos, Matilde y su amante de aquella noche sintieron sus espíritus fraternizar en la misma melancolía.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó él.

—¿Para el mundo...?

—Sí.

—Me refiero al mundo que nos rodea.

—Comprendido.

—Me llamo Matilde; para usted, Martirio.

—¡Bonito nombre!

—¿Y usted?

—Luis.

Hablaron en voz muy baja; después, tras un momento embarazoso de silencio, ella suspiró; él dijo, sufriendo vagamente la picazón de los celos:

—Ese suspiro es un recuerdo.

—En efecto...

—¿Dónde fué?

—Muy lejos.

La distancia á que aludía no era la que se aprecia por metros, sino aquella, mucho más triste, que se mide por horas; porque á lo distante en el espacio puede volverse; pero en la conjugación de la vida, ¿quién podrá tornar presente lo pasado?

—Yo tuve un novio..., es decir, un amante..., que se llamaba como usted.

—¿Le quiso usted mucho?

—Muchísimo, con toda el alma: cuando mi madre murió, él estaba enfermo, y por no dejarle solo, no me despedí de ella, que preguntaba por mí á todos. ¡Ya ve usted si le quise...!

Él repuso entristecido:

—Yo también tuve una mujer y...

—¿Por qué riñeron ustedes?

—No reñimos; nos separamos.

—¿Se fué?

—Sí; murió...

—¡Ah...!

Ya muy tarde salieron á la calle y caminaron cogidos del brazo; llovía. El hogar de Martirio era un sotabanco perdido en las alturas de un quinto. Luis

contó ciento diez y seis escalones. Los suelos eran de ladrillo, de las paredes pendían retratos y cromos sujetos por alfileres. Los dos amantes se acostaron, tiritando bajo sus vestidos húmedos; en el techo aguardillado del dormitorio había una ventana donde la lluvia chocaba con ruido monótono, y la luz colocada á la cabecera del lecho iluminaba las gotas de agua que corrían como menudos hilillos argentinos por el declive de los cristales. Bajo la ruda caricia del viento, el desván crujía.

—¡Qué noche!—exclamó Martirio.

Luis repuso mirando hacia la ventana, sobre la cual se dilataba la inmensidad negra del cielo:

—Me gusta esta habitación.

—A mí, me aterra.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Más de dos años.

—Según eso, mi afortunado predecesor ocuparía el sitio que yo ahora ocupo.

Ella hizo un signo afirmativo y sus ojos se arrasaron en lágrimas; para mejor disimular su pena, apagó la luz.

—No llores—exclamó Luis—; aquello pasó: yo también tengo penas, y, sin embargo...

Martirio preguntó:

—¿Quieres que hablemos de *él*?

—¿De quién?

—De *ese hombre*, no te enfades; recordándole te doy una gran prueba de simpatía.

Poco á poco fué abismándose en lo pasado, con

la laxitud perezosa del enfermo que va sumergiéndose en un baño de agua tibia. Aquel Luis se parecía al otro: tenía su estatura, la misma dulzura en la voz, su aliento...

La lluvia caía con pertinaz repiqueteo; de cuando en cuando un relámpago abrasaba el espacio con un flameo gigantesco de color violáceo. Martirio siguió hablando, recordando la historia dulce á veces, á ratos exquisitamente amarga, de sus amores. Ella y Luis conocieron los trances más duros de la vida: se vieron sin casa, esperando la salida del sol en los bancos de las plazas públicas; ayunaron muchos días; como no tenían otra ropa que la puesta, más de una vez él hubo de quedarse acostado, mientras ella lavaba sus calzoncillos en un barreño, á los pies de la cama...

—¡Y que ese hombre—añadió—haya olvidado todo eso...!

El dolor agitaba su cuerpo. Luis, enternecido, la abrazó estrechamente murmurando:

—¡Pobrecita...!

Sintió que las lágrimas de Martirio humedecían su rostro.

—Yo te consolaré—prosiguió—; yo seré bueno para ti; yo sabré arrancar de tu memoria el recuerdo lancinante del ingrato...

Ella balbuceaba:

—Te quiero..., te quiero...

—Sí—repuso él—, quiéreme y consuélame: yo soy más viejo que tú, yo también he amado y he su-

frido; de penas, también, está erizada mi alma...

Sus labios temblaron; ella, interesada por aquel dolor sincero y mudo, le abrazó; acababa de sentirse capaz de quererle.

—¡Hace tanto tiempo—dijo—que nadie me habla así...!

La lluvia caía, los relámpagos anegaban en luz cárdena el infinito del espacio negro; los dos amantes se besaban, procurando ambos ocupar los huecos, tristes como nichos, que otro hombre y otra mujer dejaron vacíos.

Fué aquélla una noche muy triste; muy triste y muy dulce...

Pasó el invierno. Luis y Martirio eran casi felices; ella, rara vez pensaba en *el otro;* él, apenas se acordaba de la muerta; á manos de la dichosa realidad presente, el recuerdo había sucumbido.

—Te debo mi tranquilidad—decía Luis.

Ella contestaba:

—Y yo á ti la mía: por eso te quiero tanto.

—Soy tu médico.

—Mi médico, sí, tienes razón; el médico de mi alma.

Y se abrazaban, enajenándose en el agradecimiento que sienten los náufragos por aquellos que les salvaron con riesgo de su vida. Cuando hablaban del pasado era tranquilamente, con la serenidad con que se recuerdan las dulzuras de un ensueño feliz, sin apasionamiento ni dolor ostensibles. Otras, Luis decía:

—Dejemos esa conversación.

—¿Por qué?

—Es peligrosa; en las heridas del cuerpo, como en las del espíritu, nadie debe tocar; se enconan...

Mostrábanse alegres y como desligados de todo lo viejo. Pero se engañaban á sí mismos; lo pasado volvía; el ausente y la muerta ejecutaban desde lejos su poder sombrío, separando á los vivos, que vanamente procuraban acercarse, durmiendo bajo el mismo techo, bebiendo en el mismo vaso, procurando á sus espíritus emociones análogas, abrazándose por la noche estrechamente... La anhelada fusión moral no llegaba. Al principio, cegados por la embriaguez de la mutua posesión, se creyeron á salvo de malos recuerdos: sus corazones latieron con fuerza; la naturaleza, alegre, se desperezaba; el mismo sol pareció brillar con el resplandor pujante de los viejos días... Después la verdad reaccionó, y fueron reconociéndose caídos y tan ligados al ayer fatal como siempre. Aquello era una especie de camino ó de cuesta muy triste, al término de la cual estaban la amistad pacífica ó el cariño lánguido de dos hermanos viudos que viviesen juntos.

—No es como aquélla—murmuraba Luis pensando en la muerta.

—No es como aquél—decía ella recordando al ingrato.

Para aturdirse inventaban conversaciones artificiosas.

—El mérito de la persona—afirmaba Luis—es

tan variable como el del oro; las perlas valen, porque así lo hemos convenido; reconoce, querida mía, que en las relaciones amorosas ó de amistad sucede otro tanto: quién, que para ti sería perfectamente repulsivo, otra mujer le presenta como ideal ó perfecto dechado de toda masculina perfección: y qué mujer, que no dejó en mí impresión alguna, es para otro hombre motivo de delirio y de muerte. En la germinación de los amores, como en la impresión, hallándole inferior y vulgar. Tal vez si ahora vieses á ese Luis, por quien tantas lágrimas has derramado, sufrieses una desilusión: acaso también me ocurriese otro tanto con quien tú sabes.

Volvía el invierno. Aquella noche Luis, al arrancar del almanaque la hoja correspondiente al día en que estaban, exclamó:

—¿Te acuerdas...? Hoy hace un año que vine yo aquí por primera vez.

—Es cierto: debíamos celebrar este aniversario haciendo algo nuevo. ¿Vámonos al teatro?

—¿Para qué...? Hace frío, llueve..., y para charlar de amores estamos mejor aquí.

Hablaron tranquilos mientras calentaban sus manos extendiéndolas sobre el brasero encendido. Recordaron sus primeras impresiones: cómo se conocieron y el respeto con que ambos se trataron; luego recompusieron la vida uniforme de todo aquel año.

—¿Di, me quieres mucho?—preguntó Martirio.

Él repuso:

—Mucho: como siempre.

La conversación languidecía: ambos se hallaban vencidos y presos en la misma tristeza y responsables del mismo fingimiento. De pronto Luis exclamó:

—Mira... ¡qué casualidad...! Hoy también hace años que conocí á la otra..., á la muerta.

—¡Ah...!

Y añadió, disimulando un gesto de cólera:

—¿Por qué callaste siempre esa rara coincidencia?

—Por no disgustarte...

Hubo otra pausa.

Después, por hacer algo, se acostaron, desnudándose lentamente y en silencio, abatidos por el cansancio infinito de sus almas.

Quedaron á oscuras; como el año anterior, la lluvia redoblaba sobre los cristales de la ventana su adormecedora serenata; el viento gemía, sacudiendo las paredes del callado desván; los relámpagos incendiaban con luz cárdena el cielo tenebroso.

Luis preguntó quedamente:

—¿Por qué no hablas?

Ella alzó los hombros. ¿Para qué hablar...?

Cuanto hiciesen por acercarse, sería inútil. Un año antes se buscaron con la ilusión de confortarse mutuamente, de olvidar... Aquella esperanza falló; sus pobres almas estaban bien muertas; todo proyecto de redención era imposible.

Varias veces intentaron hablar y no hallaron nada que decirse; el demonio del recuerdo invadía sus

cerebros, cristalizaba en sus labios las palabras. Aunque juntos, se hallaban muy separados por miriadas de pensamientos; tampoco pudieron besarse; entre ambos, sobre la misma almohada, la Muerte y lo imposible dormían. La obligación en que ambos estaban de hablar les oprimía la garganta. Ella, queriendo sustraerse á aquel tormento, exclamó:

—¿Quieres que durmamos?

Los muertos triunfaban; él, repuso:

—Sí; ¡es lo mejor...!

Matilde calló; Georgina y Amalia parecían reflexionar. Yo pregunté:

—¿Qué más?

La narradora repuso:

—Nada más.

—¡Ah! ¿Tu cuento acaba así?

—Claro. ¿Pues cómo querías, animal, que concluyese? ¿No te parece una historia... ó, mejor dicho..., un estado de alma muy triste..., muy triste...?

Yo, embrutecida, no comprendía; la afasia agarrotaba mi lengua, mis párpados se cerraban.

—Yo—balbuceé—, también tuve un amante... Perico... Pedro Francos... ¿No le conociste...? Bueno...; un amante de verdad, de corazón..., ¿y qué...? Pedro..., como Julio..., como ese Luis..., todos iguales...: todos se van... ¿Que eso es triste...? ¡Bah! Total, cero... ¿Sabes...? Nada, sentimentalismos..., falta de bebida...; nada más... que falta de bebida...

Volví á llenar su vaso y...

24 diciembre.

Amalia Pérez y Georgina se van con sus amantes; me dejan sola...

¿Cómo pasaré esta Nochebuena?

El ruido de las panderetas y de los tambores atruena mis oídos angustiándome el corazón, oprimiéndome la garganta y las sienes. Al pronto concebí y acaricié con deleite la idea de buscar un pueblo, un refugio, adonde el clamoreo de la humana alegría no llegase: El Pardo, Getafe, Aranjuez, perdido bajo las nieblas del Tajo, en el misterio de los bosques desnudos... Pero, no; esto es imposible; en todas partes hay hombres, hombres que adoran á Cristo y celebran su nacimiento ruidosamente... Y entonces envidié la fortuna de los que viajan: hasta los vagones que siguen á la locomotora á través de los desiertos horizontes no alcanza el imbécil regocijo oficial de los humanos.

Pensando en mi soledad, en mi desamparo, en mi penuria, acudió á mi memoria el divino consejo de Baudelaire: "Embriagaos de vino, de juventud, de gloria, de poesía, no importa de qué; pero embriagaos..."

Dice bien el poeta. Está noche debo pasarla bebiendo; el vino se lleva los recuerdos..., y una noche sin recuerdos... ¡Noche buena...!

Al día siguiente por la tarde...

....

EPILOGO

Así termina Isabel Ortego sus *Memorias*, con un párrafo que la muerte dejó inconcluído. ¿Qué misterio hay en él...? Nadie lo sabe; la única boca que hubiera podido decírnoslo, ya se ha cerrado.

Hace poco tiempo la casualidad me llevó á casa de un anticuario. Yo adoro esos bazares melancólicos abastados de relojes de bronce, de puñales, de muebles antiguos, de lechos testigos de ignoradas pasiones, especie de remansos donde la corriente de la vida deja momentáneamente los objetos que al fin, tarde ó temprano, ha de llevarse también. Un espejo con marco dorado atrajo mi atención; en un ángulo alguien había escrito su nombre y una fecha con un diamante. Yo miraba atentamente, escudriñando mi memoria, seguro de haber visto aquel espejo en otra parte.

El anticuario acudió en socorro de mi pensamiento.

—Este mueble—dijo—perteneció á Isabel Ortego.

—¡Ah...!

—¿La conoció usted?

—Mucho.

Aquel nombre levantaba en mí un mundo de recuerdos: los espejos son tristes, tristes como el cielo, que todo lo ha visto y de nada conserva huella ni rastro.

¿Cuántos amantes, tras una noche feliz, anudarían sus corbatas ante aquella luna impasible?

—Yo, que compré casi todos los muebles de Isabel Ortego—prosiguió el anticuario—, he tenido la curiosidad de coleccionar sus zapatos: ellos, mejor que nadie, podrán explicarle á usted la historia de la célebre deliciosa sobre cuyos labios pasaron, sin ajarlos, las bocas de tres ó cuatro generaciones.

—¿Luego ha muerto?—pregunté.

—Sí; murió en el Hospital hace algunos años.

Mi interlocutor abrió las gavetas de una cómoda donde guardaba las botas y zapatos correspondientes á los principales períodos en que la novela de la célebre cortesana se dividía.

—¡Es curioso!—exclamé—; ¡muy curioso!

Y entonces yo, que había leído las *Memorias* de Isabel, comprendí mejor la veneración idolátrica que, desde muy joven, aquella mujer singular dedicó á sus pies. Allí estaban los zapatitos infantiles, sin tacón y rotos por la punta, los zuecos rellenos de paja y manchados de barro, y unos brodequines muy rotos, muy feos, los brodequines, quizá, que llevaba puestos cuando Eduardo Olmedo la trajo á Madrid.

—Estos zapatos—continuó el anticuario—los usó en época posterior.

Era el calzado pretencioso, aunque barato, de las obrerillas domingueras aficionadas á las crujientes enaguas almidonadas y á los pañuelos de crespón.

Cada calzado tenía una fecha. Yo iba examinándolo todo atentamente.

El anticuario prosiguió:

—Estas botas que ve usted aquí fueron compradas por Isabel cinco ó seis años más tarde.

Y extendía la mano indicándome las aristocráticas botas de tafilete con quince ó veinte botones, y las chinelas que recuerdan el dulce sosiego de los dormitorios, con sus aterciopeladas alfombras, sus cortinajes tupidos, su ambiente oliendo á carnes de mujer limpia. Entonces vi á Isabel llegando al apogeo de su brillante carrera de cortesana vencedora: aquellas botas habían hollado las alfombras de Monte-Carlo y pisado los palcos del *Scala* de Milán y bajado las escaleras de mármol de la Gran Opera de París...

También vi unos zapatos de bailarina y otros de becerro, desgobernados y rotos.

—¿Y éstos?—interrogué—, ¿á qué época se refieren?

—A una época de decadencia, y bien puede decirse que ellos terminan la historia de Isabel; la pobre Ortego era ya vieja; los hombres la volvían la espalda...

Mi interlocutor me enseñó más de cuarenta pares.

—Los vendo baratos —repetía—; por dos mil reales se los lleva usted todos.

Yo los miraba silencioso, dirigiéndoles un discurso mental: "¿Cómo estáis tan quietos, vosotros que tanto corristeis por el mundo? ¿Quién conoció al marqués de Lágaro? ¿Cuál de vosotros corrió impaciente á las citas de Pedro Francos? ¡Quién pudiera volver á oir el rumor de vuestras pisadas...!"

Vi unas zapatillas de paño muy rotas, muy sucias, muy tristes... ¡Sí, dije bien: muy tristes!

—Con esas zapatillas —exclamó el anticuario, contestando á una pregunta mía — fué Isabel Ortego al Hospital. Cuando murió también las llevaba, y yo, antes de que cerrasen el ataúd, se las quité para completar mi colección.

Este último detalle me resolvió á adquirir aquellos zapatos, que componían una historia deslumbrante y caótica, bañada en la melancolía de los ídolos rotos y de las ruinas. Estos viejos objetos encierran grandes y moralizadoras enseñanzas.

Noches atrás, una joven cabecita pelinegra y muy loca fué á verme; se aburre con sus padres; sus nervios necesitan emociones fuertes, quiere amar, conocer países, luchar con la vida y con las pasiones cuerpo á cuerpo...

He contestado á sus preguntas abriendo el armario donde guardo el calzado de Isabel.

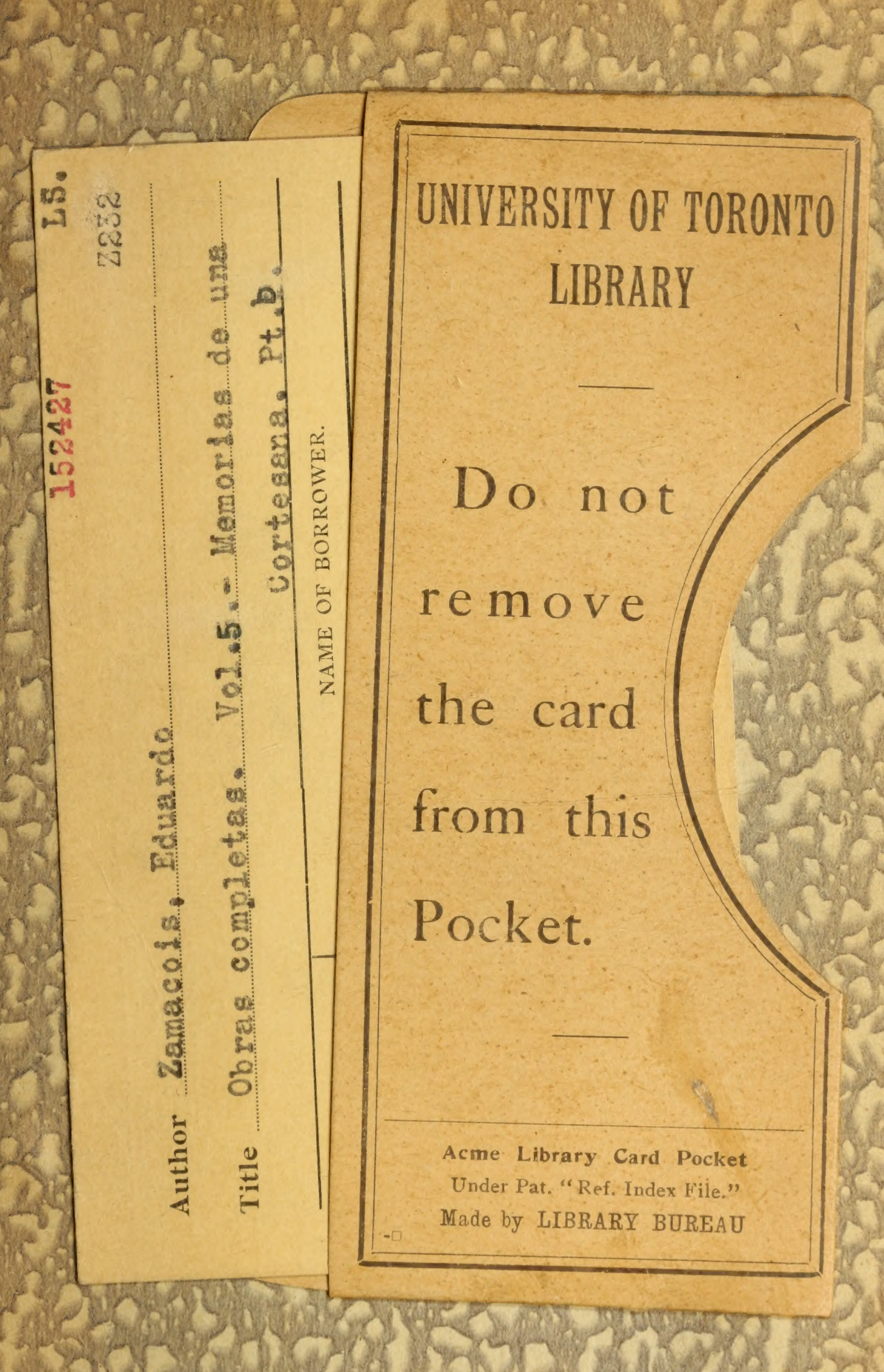
—Así se empieza —dije—, y por aquí se acaba. En ese combate que anhelas emprender, otras mujeres más fuertes y mejor armadas que tú han su-

cumbido. La vida es como las montañas: se sube por ella, se llega á la cumbre, se baja después... Y como las montañas dan en la llanura, así las vidas dan en la muerte, que es igualdad y vencimiento de todo orgullo ¡Más vale que seas buena!

Barcelona.—Julio, 1903.

FIN





LS.
Z232
152427
Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas. Vol.5.- Memorias de una Cortesana. Pt.b.
NAME OF BORROWER.
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

